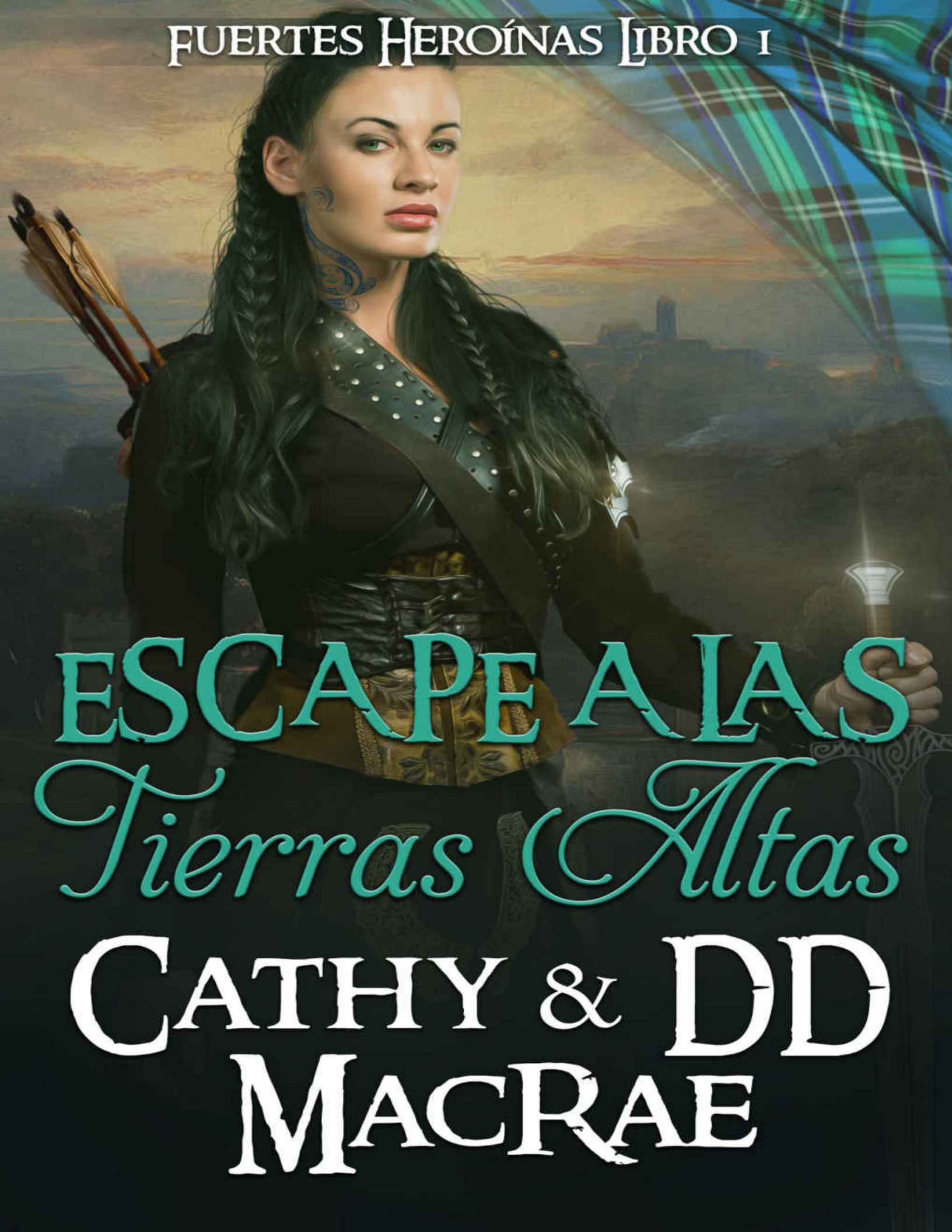
FUERTES HEROÍNAS LIBRO 1



ESCAPE A LAS *Tierras Altas*

CATHY & DD MACRAE

ESCAPE A LAS TIERRAS ALTAS

Fuertes Heroínas Libro 1

Por Cathy & DD MacRae
Traducción al español: Santiago Machain

CAPÍTULO 1

Siglo XIV
Colinas de Cheviot, frontera escocesa-inglesa

Anna miraba por encima del hombro. Los dos robustos ciervos que ella y su hermano habían cazado yacían sobre el lomo del caballo de carga. Sonrió, esperando a que las excusas de Edrick comenzaran de nuevo.

—Sabéis que el mío tenía más puntas de cornamenta antes de tropezar por el barranco y romperse una punta —declaró Edrick con un forzado tono de frustración.

—Puede ser, pero el hecho es que mi ciervo tiene doce frente a vuestras diez. —La despreocupada respuesta de Anna no se correspondía con la alegría que brotaba de sus ojos, ni con los temblores de una risa apenas contenida.

Edrick lanzó un suspiro de fastidio, tentando a Anna aún más hacia la risa. Llevaban discutiendo así desde la desafortunada caída de su presa ganadora.

—La mía aún supera a la vuestra. —Su resentimiento era cómico. Anna puso los ojos en blanco.

—Sí, bueno, si esa fuera la apuesta, seríais el ganador. Pero no fue así. —Su brusca respuesta no dio el brazo a torcer—. Tenéis mis tareas del establo para la próxima noche, hermano mío. —Soltó una carcajada que ya no pudo contener.

Salieron del bosque al pie de una suave colina. Una columna de espeso humo negro ondeaba en el cielo. El penetrante olor a quemado llegó hasta ellos, interrumpiendo el delicado aroma de la primavera. Una mirada apresurada a Edrick le dijo a Anna que compartían el mismo miedo repentino. Mientras ella se preparaba para ponerle un talón a su caballo, él enganchó las riendas en su montura y desenvainó una daga, sujetándola de las riendas para detenerla.

—Debéis jurar que no haréis otra cosa que disparar vuestro arco desde lejos. —La mirada feroz de su hermano le resultaba familiar. Antes de que ella pudiera responder, él soltó su presa y se volvió para hacer lo mismo con la de ella y dejar al caballo de carga, sin carga.

—Vuestra palabra, Anna. —Sonaba como un guerrero curtido, criado y entrenado para liderar.

—Este también es mi hogar. —Levantó la barbilla en señal de desafío.

—Sí, pero no puedo hacer lo que hay que hacer mientras me preocupe por vuestra seguridad. Podéis cubrir mi carga desde la distancia, pero nada más. Puede que ya sea demasiado tarde. Si la lucha está perdida, debéis huir a Escocia con el abuelo. Vuestra palabra. —Él la miró por un momento con una repentina suavidad que ella rara vez vislumbraba. La orden en su voz imitaba la de su padre con tanta fuerza, que la obligó a someterse.

Anna lo miró fijamente mientras el segundo ciervo se deslizaba del caballo de carga. La estatura de su hermano, 1,90 metros, le hacía sobresalir por encima de muchos. Ella, de sólo diez centímetros más baja que él, estaba a la altura de todos los hombres de su padre, excepto de los más altos. El cabello lacio y negro como el carbón, la nariz fuerte y el mentón de Edrick eran idénticos a los de ella, pero él heredó la ascendencia de ojos azules oscuros de la línea Braxton, mientras que Anna heredó el verde intenso del clan de su madre.

—Os doy mi palabra. —Concedió a regañadientes.

Edrick asintió una vez y puso su caballo al galope. Anna se detuvo el tiempo suficiente para

descolgar su arco y enganchárselo a la espalda. Luego, indicándole a su caballo que se acercara, corrió hacia el humo. Al llegar a la cima de la colina que dominaba su aldea y su hogar, Anna contempló la escena. La vista le robó el aliento y el estómago se le revolvió de angustia. El tejado de su casa solariega ardía con un fuego tan intenso que ya no era extinguible. El crepitar de las hambrientas llamas llegó a sus oídos. Un pequeño grupo de hombres acorazados intentaba penetrar por las puertas. Reconoció inmediatamente su armadura y sus tácticas.

—Malditos ingleses —escupió. Aunque los soldados de su padre mantenían a raya al enemigo, el número de enemigos parecía demasiado grande. Siguió a Edrick mientras guiaba su caballo para flanquear una pequeña formación de arqueros que inmovilizaba a los hombres del barón Braxton, dejándolos incapaces de rechazar a los que intentaban atravesar la enorme puerta de madera y hierro. Se detuvo entre dos esbeltos árboles, divisando a los arqueros, dispuesta a proteger a su hermano. Edrick se acercó en silencio, cabalgando a través de su retaguardia antes de que pudieran reaccionar. Su espada se alzaba y caía, cortando a los arqueros de armadura ligera como una hoz al trigo maduro. Giró su montura para hacer otra pasada. Varios arqueros rompieron la formación para huir. Dos arqueros se prepararon para disparar cuando Edrick cargó. Preparada para semejante reacción, Anna respiró con calma y lanzó una flecha al pecho del primero. La siguiente flecha falló su objetivo, penetrando en la cadera del hombre en lugar de en su torso. Sabiendo que había disparado demasiado rápido, Anna se tomó más tiempo con su tercer disparo. Cuando el arquero herido se dio la vuelta, su flecha se clavó en su pecho, haciéndole caer de espaldas.

La segunda pasada de Edrick a través de sus filas mató o dispersó al resto, permitiendo a los hombres en lo alto de la muralla centrarse en el gran grupo que manejaba un ariete. Derribó a dos arqueros más mientras se dirigían hacia el grueso del ejército. Los hombres de su padre reconocieron a sus inesperados aliados.

Flechas, virotes de ballesta, grandes piedras y aceite llovieron con renovada furia sobre los atacantes. Iluminados con antorchas, los enemigos se convirtieron en chirriantes hogueras humanas, paralizando su asalto a la puerta. El hedor del aceite quemado y la carne carbonizada pronto se unió al amargo olor del hogar de Anna en llamas.

Un rugido repugnante desvió la atención de Anna de la lucha. El tejado de su casa se derrumbó, las llamas y las chispas salieron disparadas hacia el cielo. Un muro de la torre principal se desplazó y se desmoronó al estallar la piedra bajo el calor del fuego.

La conflagración continuó hasta la torre donde se encontraba su cámara, un nivel por debajo de la preciada biblioteca de su padre. El terrible dolor de la pérdida amenazaba con abrumarla mientras el horror de la muerte y el humo la asaltaban. Anna los apartó violentamente y se concentró en proteger a su hermano. Impulsó a su caballo hacia delante, eligiendo su siguiente posición entre los arqueros muertos, y se agachó para recuperar las aljabas de flechas abandonadas. Un sentimiento de desesperanza sin precedentes se apoderó de ella al darse cuenta de las probabilidades a las que se enfrentaban. Convirtió su miedo en ira, usándola para derramar muerte sobre los más cercanos a Edrick. Su ataque de flanco a flanco en la retaguardia pilló desprevenido al enemigo, y muchos soldados de infantería cayeron antes de poder responder a la inesperada amenaza. Cada vez que uno se giraba para hacer frente a la carga de Edrick, el asta de Anna le atravesaba el pecho, poniendo fin abruptamente a su desafío. Otra pasada contra los hombres en el suelo, y Edrick empujó el número de muertos enemigos mucho más allá de una veintena.

Mientras el enemigo rodeaba a su hermano, el pánico se clavó en ella como si fueran garras. Disparó una flecha tras otra, abriendo una brecha en el nudo de carne y acero que lo rodeaba. La

espada de Edrick cortó la muerte de dos más, aprovechando la brecha creada por Anna. Despejó el grupo que lo rodeaba y le dedicó una sonrisa que terminó abruptamente en una mirada de sorpresa. Edrick se desplomó en la silla de montar, con una saeta de ballesta sobresaliendo de su espalda.

—¡NO!

Paralizada, observó horrorizada cómo un grupo de hombres arrastraba a su hermano del caballo. La puerta principal se hizo añicos y el sonido del roble astillándose ahogó cualquier otro ruido. Los soldados invadieron el patio de armas en la fortaleza de la baronía.

—No. —Su voz se redujo a un susurro estrangulado.

El enemigo no tardó en acabar con los hombres que se encontraban dentro de las murallas. Inmovilizada por el dolor, incapaz de moverse, Anna vio cómo todo y todos sus seres queridos eran violentamente arrancados por la sangre, el fuego y el acero.

El sonido de los caballos que se acercaban la sacó de su terror paralizante. Al girar sobre la silla de montar, vio a unos hombres que se le echaban encima. Recordando su juramento a Edrick, hizo girar a Orión y le dio una patada, espoleándolo hacia el bosque. Inmediatamente se puso al galope, y los terrones de hierba salieron despedidos a su paso. Apoyada en las crines de su caballo, le animó mientras este alargaba el paso, con las orejas pegadas a la cabeza. Atreviéndose a mirar hacia atrás, observó que la distancia que los separaba de los atacantes se había ensanchado y que las pesadas armaduras de los hombres frenaban a sus monturas.

El conocimiento de Anna de estas tierras, unido a la velocidad de Orión, pronto dejó atrás a sus perseguidores. Guio al semental hacia el norte, cruzando el río Tweed, y luego hacia un bosquecillo de árboles antes de atravesar terreno abierto hacia el bosque de nuevo.

Buscó señales de persecución y redujo la velocidad de Orión al trote cuando se adentraron en el bosque. Con el enemigo fuera de la vista, su único objetivo era esconderse. Distanciándose de su hogar, se adentró en Escocia, la oscuridad y el denso bosque los ocultaban.

—Tranquilo, muchacho. —Acarició el cuello de Orión mientras él caminaba—. Los malditos bastardos no pueden seguirnos el ritmo. Se lo merecen por llevar armaduras pesadas y elegir corceles más aptos para el arado que para la guerra. —El caballo agitó una oreja en respuesta y se zambulló de buena gana en un arroyo que se movía rápidamente, crecido por el deshielo primaveral.

—Esta noche no habrá avena, muchacho. —Anna mantuvo la voz baja a pesar del ruido creado por el rápido movimiento del arroyo—. Buscaremos un buen matorral bajo las estrellas. Esperemos que la noche siga siendo clara y seca—. Su rostro se llenó de lágrimas al recordar el motivo de una noche a solas, y acarició las crines de su caballo, sintiéndose reconfortada por el calor de su enorme cuerpo.

La corriente borraba las huellas de sus cascos con la misma rapidez con la que él las dejaba. Al cabo de un trecho, lo hizo subir por un terraplén de grava y se adentró en las profundas sombras. Deslizándose sobre su lomo, lo desensilló y dejó sus espadas desenvainadas en el suelo para poder acceder a ellas con rapidez. Se acomodó para descansar antes del amanecer, pero el sueño no le resultó fácil. La muerte de Edrick se repetía una y otra vez, atormentando sus sueños y dejándola más exhausta que recuperada. Finalmente se dio por vencida y se levantó, cuando el alba apenas se vislumbraba en el cielo. No perdió tiempo y levantó el campamento, buscando y escuchando cualquier señal de perseguidores. Tras comprobar que no había ninguno, montó en su caballo y se adentró en el bosque, insegura de su destino.

* * *

Anna se abría camino a través de bosques y campos, evitando la civilización, con preguntas que la atormentaban sin cesar.

«¿A quién servían? ¿Había atacado un señor vecino? Sin estandarte visible, sin heráldica, ¿cómo podía estar segura? ¿Quién es amigo? ¿Y quién es enemigo?»

Lo que la llevó a otra pregunta importante: ¿adónde iría? Volver a Inglaterra estaba descartado. Dondequiera que apareciera, podría ponerse involuntariamente en manos de enemigos desconocidos. Aunque se lo había prometido a Edrick, no podía ir al clan de su abuelo por miedo a atraer a los enemigos de su padre a su puerta.

Con su hermano y su padre muertos, ella era ahora la heredera de su padre. Si volvía, la declararían pupila del rey Edward y la obligarían a casarse, y no podía vivir con ese destino. Dirigió sus ojos al cielo, sopesando sus opciones. Su único camino era hacia el norte, hacia las Tierras Altas.

Un día se mezclaba con el siguiente, y luego otro. Como nunca se había adentrado tanto en Escocia, Anna sólo tenía una ligera idea de dónde se encontraba. La terrible pérdida de su hogar y de su familia le desgarraba el corazón, pero no tenía tiempo para lamentarse. Por ahora, el sigilo y la supervivencia eran sus prioridades.

* * *

Gritos femeninos atravesaron sus pensamientos, haciéndola poner en fuga a Orión. Al borde de una gran cañada, seis hombres sujetaban a dos mujeres jóvenes. Una luchaba, pateando al hombre que la sujetaba hasta que éste la tiró al suelo, rasgándole el vestido. Los sonidos de una batalla cercana llegaron a sus oídos.

«¿Un grupo de asalto? Malditos bárbaros, robando mujeres».

Anna apretó la mandíbula. Después de días de venganza insatisfecha que la carcomía, aquí había una injusticia a la que podía entregarse.

Dejando a Orión entre los árboles, Anna tensó su arco y se acercó sigilosamente al grupo. La mujer del vestido roto yacía en el suelo. Los hombres que la rodeaban se reían y sujetaban bruscamente a la otra mujer hasta que dejó de forcejear. Anna se acercó para ver mejor. Las dos eran apenas unas niñas. Una fría rabia la invadió. Salió de entre los árboles, con el arco preparado. Tras apuntar con cuidado, su primera flecha penetró en la espalda del hombre que había tirado a la muchacha al suelo. Hace un momento el hombre se erguía amenazador sobre ella, pero ahora yacía inmóvil a su lado. La joven caída lanzó otro grito, transportando a Anna de vuelta a la batalla por su hogar. Con el sonido fantasmagórico del grito de guerra de Edrick resonando en sus oídos, volvió a tensar el arco. La siguiente flecha atravesó el cuello del hombre que sujetaba a la segunda muchacha, y el peso de su cuerpo sin vida rompió el delgado astil al caer al suelo.

La atención de los hombres se desvió de sus desventuradas cautivas, buscando a su atacante. La tercera flecha de Anna dio de lleno en el pecho del hombre más corpulento, quien cayó de rodillas. Con un grito, los tres hombres restantes, cargaron. Su cuarta flecha también dio en el blanco y mató a otro. Los dos últimos hombres estaban casi sobre ella.

Deshaciéndose de su arco, Anna sacó dos espadas cortas curvadas de la vaina que llevaba a la espalda. Un distanciamiento sin emociones descendió sobre ella, insensibilizándola al miedo. El primer hombre que la alcanzó blandió una ancha espada, la cual Anna esquivó fácilmente haciéndose a un lado. Golpeó el brazo del espadachín con la primera hoja y la segunda se deslizó por su garganta sin apenas esfuerzo.

Sólo quedaba un salvaje. Este aminoró la marcha, echando un vistazo a sus cinco

compañeros caídos. La miró fijamente, con su sonrisa maligna que prometía dolor y muerte.

«¡Cerdo arrogante!»

Anna entrecerró los ojos. El golpe de la espada del salvaje se arqueó de forma lenta y predecible. Anna desvió el golpe con una espada y giró para esquivar a su oponente. Su otra espada se clavó profundamente en la parte posterior de su pierna, haciéndole caer de rodillas. Con el impulso de su ataque anterior, Anna continuó girando y volvió a golpear con ambas espadas, con lo que él cayó sobre la hierba manchada de sangre. Tras examinar la zona en busca de más enemigos, vio a dos grupos de hombres a caballo que corrían hacia ellas por el campo.

—¡Escondeos en el bosque, ahora! —Se volvió hacia las dos mujeres.

Con los ojos muy abiertos por la sorpresa, obedecieron sin rechistar. Complacida de que confiaran en ella, Anna retrocedió hasta que el bosque quedó justo detrás de ella, con los árboles y la maleza formando un muro protector contra un ataque organizado de los hombres a caballo. Levantó la cabeza y se enfrentó a la amenaza.

Al ver a sus parientes en el suelo, los bribones del primer grupo hicieron girar sus caballos para enfrentarse a los jinetes que venían detrás. Los derribaron sin piedad, con el sonido de acero contra acero resonando en el aire. Dos guerreros del segundo grupo se abalanzaron sobre los jinetes abatidos, despachándolos con brutal eficacia. En vista de la ferocidad de los hombres que ahora se abalanzaban sobre ella, Anna deseó que su arco igualara la contienda. El miedo le recorrió la espina dorsal, pero se negó a prestar atención. Su huida a Escocia parecía haber llegado a su fin. A pocos metros de ella, el jinete que iba en cabeza levantó el brazo, llamando al grupo a detenerse.

—¡Padre! —La joven con el vestido roto corrió al encuentro de los hombres, y la otra muchacha la siguió.

El líder desmontó y abrazó a la primera con fiereza. Los hombres se reunieron alrededor, ahora demasiado cerca para la comodidad de Anna. Sola y expuesta, con las espadas en guardia, se enfrentó a dos hombres que la apuntaban con ballestas, listos para disparar a la orden de su líder.

—Esperad —ordenó el líder. Tiró de su hija hacia atrás y miró a Anna—. ¿Quién sois, muchacha?

Un arquero se acercó, con el arma preparada. Anna cambió de postura, poniendo al líder y al arquero en su campo de visión.

—Una viajera, mi señor —respondió en gaélico, mientras sus instintos le pedían a gritos que huyera.

—¿Cuál es vuestro nombre? —Frunció el ceño.

—Anna —respondió con voz llana y sin emoción. El agarre de sus espadas desmentía su actitud tranquila.

—¿Inglés? —Su voz bajó a un gruñido.

—No, mi señor, escocés. —Respiró hondo para recuperar la compostura.

—¿Qué clan? —Mirándola, se balanceó sobre sus talones.

—Siento haberme entrometido, mi señor. Partiré de inmediato. —Anna recorrió el grupo con la mirada, buscando cualquier movimiento amenazador. Retrocedió lentamente hacia su caballo. Sin previo aviso, el hombre que seguía apuntándola disparó su ballesta. Anna se apartó ligeramente, desviando el proyectil con sus espadas. Dejando caer una espada, sacó un cuchillo de su brazalete de cuero. Plano, sin empuñadura, con un diseño pensado para el vuelo, se ajustaba perfectamente a la palma de su mano. Giró y lanzó el cuchillo contra el hombre. La hoja penetró profundamente en su hombro, haciendo que su ballesta cayera al suelo.

—¡He dicho que esperéis! —rugió el líder, haciendo contacto visual con cada uno de los hombres que tenía detrás.

Anna recuperó su espada y continuó retrocediendo hacia Orión.

—¡El próximo hombre que desafíe al lord morirá por mi espada! —Un profundo gruñido de barítono resonó por toda la cañada, haciendo que todos dejaran de moverse, incluida Anna.

—Él es Kenneth MacGregor, lord del clan MacGregor. —Una versión más joven del líder acercó su corcel unos metros.

—¿Seré vuestra prisionera, lord MacGregor? —Inclinándose ligeramente, Anna respondió con incredulidad.

El hombre más joven, claramente el hijo del señor, desmontó. Los dos hombres intercambiaron una breve conversación, en voz tan baja que Anna no pudo oír ni una palabra. Por su parte, Anna observó al joven MacGregor. Parecía unos centímetros más alto que ella, con los brazos y los hombros musculosos. Sus piernas descubiertas parecían tan grandes como su cintura. El cabello de marta, atado a la nuca, le llegaba hasta los hombros, rizándose en las puntas. Sus ojos, del azul más claro que recordaba, la atravesaron cuando cambió la mirada de su padre a ella.

En ese instante, Anna tragó saliva con inquietud.

Tanto el joven como su padre llevaban la sangre de sus enemigos en la piel y en la ropa. Saber que la joven era su hermana explicaba la ferocidad con la que luchaba por recuperarla. No explicaba, sin embargo, por qué Anna estaba detenida.

—Sí. Vendréis con nosotros.

El señor montó en su caballo, cogió a su hija y la colocó en la parte delantera de su montura. Luego cabalgó de vuelta a través del campo. Otro hombre hizo lo mismo con la otra niña.

—Soy sir Duncan MacGregor, hijo del lord. Entregaréis vuestras armas y cabalgaréis con nosotros. Podéis hacerlo voluntariamente, o podéis luchar. La elección es vuestra. —El hombre más joven la miró.

Con una mirada firme, Anna desabrochó la vaina de su espada y sacó las dos dagas de su cinturón. A continuación, sacó cada daga de sus botas y se las entregó con un gruñido a los hombres que se acercaban.

—¿Me permite montar, señor? —Puso tanto veneno en su voz como se atrevió.

—Sí, el señor os puso a mi cargo. Cabalgaréis. —Duncan le indicó su caballo.

Tomando las riendas de Orión, le indicó que montara. Mientras se dirigían hacia el lugar de la batalla, vio a un hombre que hablaba con lord MacGregor, agitando los brazos, claramente enfadado.

—Él es mi hermano, señor. Estoy en mi derecho de exigir un desafío.

—Levantad el campamento. Atended a los heridos. —El señor miró a Anna y luego de nuevo al hombre humeante delante de él, de mala gana asintiendo con la cabeza.

«Así que el hermano del hombre al que acuchillé exige el derecho a vengar su herida. No puede creer que lo haya hecho una mujer», se burló ella.

La sangre de Anna hervía. No importa que él hubiera desobedecido las órdenes de su señor. De repente, su rabia la cansó. No era la primera vez que un hombre deseaba matarla. Se encogió de hombros.

«Se unirá a las filas de otros que lo han intentado. La única pregunta es: ¿muerto o herido?»

—Eso me pasa por ser de ayuda. —No se dio cuenta de que había hablado tan alto como para que la oyeran, pero el joven MacGregor esbozó una sonrisa ante su queja.

Los hombres montaron tiendas, encendieron hogueras y recogieron a los heridos.

—Señor, si me permite ofrecerle ayuda, estoy entrenada como curandera.

—¿Por qué ayudaríais a mis hombres si os crees nuestra prisionera? —Duncan ató su caballo a un árbol cercano. La miró con suspicacia.

«Buena pregunta. ¿Por qué?»

—¿Estoy en lo cierto al suponer que estos hombres fueron heridos al rescatar a dos mujeres jóvenes secuestradas por un grupo de asaltantes?

Duncan asintió brevemente con la cabeza.

—Entonces ayudar a los hombres que resultaron heridos poniendo fin a una práctica tan bárbara es razón suficiente. —La oportunidad de atender a los heridos ahogaba su ira… por ahora.

—Una respuesta justa. Tenemos una tienda y algunas provisiones. ¿Necesitáis algo más? —Con la cabeza ligeramente inclinada, torció una comisura de los labios ante su respuesta.

—Agua hirviendo y *whisky*, si os sobra. —Al desmontar, Anna sacó su bolsa de la espalda de Orión.

—Traed agua de la hoguera y ponedla a hervir —ordenó Duncan a uno de los hombres que atendían el fuego. La miró fijamente, como si tratara de evaluar la veracidad de su respuesta. Anna se quedó inmóvil mientras su mirada la penetraba. Tras unos instantes de enervante escrutinio, Duncan se dirigió hacia la tienda.

Después de abrir la puerta, Duncan le hizo un gesto para que entrara. En cuanto lo hizo, sintió el hedor de la muerte inminente. Las provisiones estaban colocadas en el suelo, entre dos jergones con hombres heridos ya sobre ellos, que parecían ser los peores de los heridos. Uno de ellos tenía una profunda herida en el vientre, origen del penetrante olor. El otro tenía un largo tajo en una pierna.

—Señor, no es probable que este hombre sobreviva. Haré un emplasto para cerrar la herida y le daré té de amapola para el dolor. —Anna le dijo a Duncan en voz baja.

Este asintió mientras un hombre traía una olla de agua humeante y le susurraba mientras Anna seguía con su trabajo.

Después de curar la herida del estómago, se ocupó de tratar la de la pierna. Con hilo de seda encerado y una aguja redondeada, suturó el extenso corte. A continuación, aplicó un ungüento medicinal para prevenir la infección y la vendó. Uno tras otro, le traían hombres que la miraban sorprendidos cuando llegaban para ser atendidos. Mientras trabajaba, veía repetidamente a Duncan MacGregor por el rabillo del ojo. La observaba con semblante melancólico y enfadado. Aunque no era un hombre demasiado alto, poseía una presencia imponente. Se comportaba como un guerrero experimentado, las cicatrices visibles en sus brazos también daban testimonio de su experiencia. Era un hombre acostumbrado a obedecer órdenes. Cuando sus hombres lo miraban a los ojos, asentían con la cabeza. Los MacGregor parecían muy bien entrenados y disciplinados. El escaso número de heridos, comparado con el número de enemigos que yacían muertos en el campo, así lo demostraba.

—¿Puedo preguntar por qué me tenéis cautiva, mi señor?

Duncan no respondió, así que miró en su dirección. No se había movido. Aún de pie, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho, llevaba una máscara sombría e inescrutable. El calor de la ira surgió en su interior y sus manos se cerraron en torno a sus herramientas. Retenida sin motivo perceptible, ahora soportaba que la ignoraran como si no tuviera importancia.

«Debería dejar que trataran a sus propios heridos».

Con esfuerzo, resistió la tentación de hacer las maletas y abandonar su duro trabajo. La

curandera que había en ella no le permitiría dejar sufrir a esos hombres. Desde que MacGregor le permitió ocuparse de sus hombres, supo que no tenían ninguna curandera entre ellos. Los heridos no tenían nada que ver con la decisión de su señor de retener a la salvadora de su hija en contra de su voluntad. Por mucho que quisiera vengarse por su trato, su honor no se lo permitiría. Su padre siempre decía que un verdadero hombre o mujer de honor se comportaba así, se esperara o no, se observara o no. Sin embargo, el honor no le impedía provocar a su captor.

—¿Son todos los heridos, señor? —Esperó a terminar de hablar con el último hombre que le habían traído y reprimió el gruñido con el que quería puntuar su pregunta.

Duncan asintió una vez.

—Gracias por permitirme tratar a vuestros hombres. Aplaudo vuestros esfuerzos por impedir que *bárbaros* como esos se lleven a mujeres jóvenes contra su voluntad. —El sarcasmo en su voz aparentemente cayó en oídos sordos. Una vez más, no inspiró ninguna respuesta visible. El impulso de desafiarlo con una confrontación física aumentaba, pero luego se desvanecía. Incluso si conseguía esquivarle, un nutrido grupo de hombres fuera de la tienda no dudaría en detenerla.

Rodeada de guerreros experimentados, no veía ninguna posibilidad de escapar. Tendría que esperar su momento. Después de verla despachar a sus enemigos, Anna sabía que no la verían como una hembra indefensa y que, por tanto, estarían en guardia.

Ahora que había terminado de curar a los heridos, quería lavarse la sangre, la suciedad y saciar su sed. Tras una mañana tranquila, el día parecía cada vez más catastrófico. Mañana prometía más de lo mismo, si sobrevivía a la noche.

CAPÍTULO 2

Los ruidos del campamento se desvanecieron de los pensamientos de Duncan. Él y sus hombres habían matado al grueso de la hueste de MacNairn que había capturado a su amada hermana y a su sierva. Sólo le quedaba encontrar, matar al resto del grupo y rescatar a las jóvenes. Miró a su prisionero con escepticismo. Tan pronto como vio al grupo de asaltantes al otro lado de la cañada con las mujeres, la rabia invadió cada rincón de su ser. Cuando él y sus hombres cargaron hacia la tropa, un extraño salió de entre los árboles y abatió a tres de los enemigos con flechas antes de que los asaltantes pudieran reaccionar. Otro cayó antes de que el misterioso aliado desenvainara las espadas. En lugar de una espada larga, una *claymore* o un hacha, blandía dos bracamartes, y sus movimientos eran fluidos mientras esquivaba el primer ataque. Golpeó el brazo del atacante con la espada y asestó el golpe mortal. Al último MacNairn no le fue mejor. Al esquivar el ataque, el misterioso desconocido abatió rápidamente al bastardo.

A varios pasos de distancia, Duncan se dio cuenta de que el desconocido no era un hombre, sino una mujer. ¡Imposible! Si no lo hubiera visto todo delante de él, nunca lo habría creído. Sin embargo, era cierto. Esta extraña mujer detuvo a seis guerreros de las Tierras Altas con una eficacia mortal que él nunca había presenciado.

«¡Qué habilidad! ¡Qué valentía! Nunca había visto a una mujer superar a un hombre en combate, ¡y mucho menos a seis hombres!»

El calor se deslizó por sus venas.

«Y la más bonita que he visto nunca. Esta muchacha no era un lirio mimado, sino vital, convincente, viva».

Los expresivos ojos de la mujer, del color verde que sólo se encuentra en la naturaleza, le recordaron las historias de hadas que su madre le contaba cuando era pequeño. Reflejaban fuerza y valentía, unos ojos irisados que desprendían ira. Su largo cabello negro le llegaba hasta la cintura, recogido en una trenza gruesa como su muñeca. Su tez suave resplandecía, bronceada por el sol. Los pómulos altos, la nariz, la barbilla se veían fuertes y los labios deseables constituían una belleza impactante. Había terminado de curar a sus heridos con una destreza que uno esperaría que le hubiera llevado media vida dominar. La curandera de su clan no era ni de lejos tan competente, y la vieja bruja había pasado muchos inviernos.

«Ella afirma ser escocesa, pero por su forma de vestir y sus modales parece inglesa. Sin embargo, habla bien el gaélico. Por alguna razón, la muchacha tenía un buen maestro».

Un misterio. Desafortunadamente, un misterio que probablemente no resolvería, ya que su padre le dio permiso a Shamus para vengar la herida en el hombro de su hermano.

«Tonto. Su hermano se enfrenta a un castigo por desobedecer a su señor disparando a la muchacha, sobre todo porque ella salvó a mi hermana».

La disciplina debe mantenerse. Había luchado en demasiadas batallas como para no saber bien la lección. Como capitán, le correspondía ver que todos obedecieran sin cuestionar. Incluido él mismo.

«Le debo una deuda de por vida».

El enigma le retorcía por dentro. Sabía que su padre no deseaba condenar a muerte a la mujer, pero no podía ignorar la ley del clan.

«¿Debo apoyar a mi pariente o a la muchacha que acabo de conocer?»

Sonriendo por dentro por un sentimiento que no acababa de comprender, esperaba

sinceramente que Anna sobreviviera a la noche. Aunque la miraba de un lado a otro -sin duda buscando una forma de escapar de él-, hizo caso omiso de sus preguntas sobre el cautiverio, ya que no tenía ninguna respuesta que ofrecerle. Sus únicas órdenes eran desarmarla y detenerla. Su cuerpo se puso rígido, los puños apretados, una visión de la ira. Se tragó la sonrisa cuando ella giró hacia él.

—Señor, ¿deseáis que atienda a las mujeres? Puedo curar las heridas que puedan haber sufrido. —Blandió su afilada lengua con la misma despiadada precisión que una espada. El juego de emociones en su rostro, tan cambiante como las nubes, le sedujo.

—No es necesario. No estaban lastimadas. —Aprovechó para mirarla antes de responder.

Anna respondió entrecerrando ligeramente los ojos y asintiendo con la cabeza. ¿No le creía? ¿O pensaba que no confiaba en ella?

—No tenemos refugio para vosotros. Acamparéis fuera de esta tienda. Estamos preparando comida. Comeréis con nosotros.

—Gracias por la amable oferta, pero no será necesario. Puedo encargarme de mi propia comida. —Su rostro y su tono eran tan férreos como la mejor hoja de acero.

Duncan le indicó que saliera de la tienda. Sus alforjas y su saco de dormir estaban depositados en el suelo y ella guardó las provisiones en su zurrón. Levantó la vista y se puso rígida. Siguió su mirada hasta su semental, al otro lado del campamento, sin la silla de montar y atado a los otros caballos: otra vía de escape que se le negaba.

Duncan observaba con curiosidad cómo la mujer montaba rápidamente su campamento. Ella recogió sus pertenencias y las colocó junto a una gran roca, lejos de la tienda. Sacó un pequeño cuchillo plegable y cortó dos arbolillos, los colocó junto a la tela del suelo y utilizó un tercer arbolillo para crear un delgado tridente. Se acercó a la hoguera, moviéndose en silencio a lo largo de la orilla, con su sombra alejándose del agua, Duncan observó con aprobación. Al detenerse junto a un pequeño remolino creado por un tronco sumergido, Anna respiró hondo. Con un rápido movimiento, empaló a una trucha desprevenida. En ese instante, Duncan se sobresaltó con un bufido de sorpresa.

Tras limpiar el pez con movimientos precisos y limpios, Anna regresó a su campamento. Cavó una pequeña hoguera, recogió ramas caídas y sacó un pedernal. En el momento en que la piedra golpeaba el cuchillo, saltaban chispas en la yesca que había en el hoyo poco profundo. La madera se encendió y el fuego ardió.

Duncan dudaba que él hubiera podido hacerlo tan rápido. En pocos minutos, Anna tenía el fuego encendido y el pescado en el asador. Ella lo ignoró, ni siquiera le dirigió una mirada superficial.

«¿Cómo puede una muchacha tan joven poseer tales habilidades? Es inaudito, absurdo. Hacía cientos de años que no se entrenaba a las mujeres en el combate y la carpintería, y sólo para repeler a los bastardos romanos».

Duncan resistió la creciente tentación de acercarse a ella, con multitud de preguntas en la cabeza. Estaba claro que ella no quería saber nada de él. No podía culparla. La trataban como a una enemiga más que como a una aliada.

«¿De qué se trata, padre? Vio como había rescatado a Nessa».

Incluso vestida como un hombre, la encontró impresionante, aunque la iglesia llamaría a su elección de ropa un pecado. Por más que lo intentaba, Duncan no podía apartar sus ojos de ella. Sus curvas femeninas no estaban completamente ocultas bajo la armadura de cuero que llevaba. Una túnica negra a juego y unas correas cubrían el resto. Los brazaletes de cuero junto con la coraza estaban bien ajustados y hablaban de riqueza, al igual que su caballo.

«No tiene sentido. ¿Por qué alguien con recursos permitiría que una hija tan hermosa como ella se vistiera y comportara como un hombre y viajara sola?»

Sin duda, todo un misterio. Recordó el desafío y su humor cambió. Luchó con una fuerte necesidad de hacer algo para intervenir. Pasó una mano por su cara, frustrado. No podía. La ley del clan lo ataba tan fuertemente como a su padre. Ni siquiera podía ofrecerse a ocupar su lugar. ¿Qué le sucedía?

«¿Ponerse en su lugar? ¡Dios mío! ¿En qué estoy pensando? ¿Ir contra un miembro del clan por una joven extraña?»

¿Por qué sentía un poderoso impulso de protegerla cuando ella claramente no quería su protección?

«Debe ser gratitud por haber salvado a Nessa y a su criada. Una curiosidad. Un enigma por resolver, nada más».

Uno de sus hombres le entregó un tazón de estofado, haciéndole alejar tales pensamientos con otra maldición.

* * *

Al terminar el pescado, Anna sacó una de las pocas manzanas que le quedaban en el zurrón. Con un mohín, aspiró su dulce fragancia antes de morder la suculenta carne. Era mejor saborear esto, ya que probablemente no habría tales lujos en el lugar al que se dirigían. Por el olor del estofado que les ofrecían, podía suponer que sus raciones como prisionera serían similares o peores. Las tripas se le apretaron cuando MacGregor se acercó, con la misma expresión oscura y melancólica en el rostro.

—Venid. ¿Escuchasteis la petición de desafío cuando llegamos al campamento?

Por supuesto que sí. ¿La creía tonta? Se levantó sin responder a la pregunta.

—Las reglas son simples. El retador elige el tipo de arma y podrá elegir entre varias. El ganador puede tener piedad si lo desea o no. Cualquier agravio se considera cumplido con el combate.

—¿No es eso conveniente para el clan MacGregor? No tienen ese derecho mis parientes si alguien deseara vengar mi muerte —replicó al tiempo que giraba su cabeza, sin tratar ya de contener la ira que había estado conteniendo durante toda la tarde. Cada músculo de su cuerpo se tensó mientras luchaba contra el impulso de darle una patada en el culo al hombre que tenía al lado.

—¿Y qué clan debo esperar que venga a llamaros si perdéis esta velada?

El tono de Duncan sonaba tranquilo y uniforme, lo que la enfureció aún más. Irritada, Anna miró a los hombres reunidos sin responder y se dirigió hacia el círculo de rostros expectantes. Podía jugar a ignorar las preguntas tan bien como él.

—Buena suerte —le deseó.

—Podéis iros al diablo, señor —replicó Anna con fuerza suficiente para herir.

—Shamus ha reclamado su derecho al desafío. Hay que decir que Alasdair fue herido desobedeciendo mi orden. Pero él es un pariente. Bajo las leyes de nuestro clan, es su derecho y se lo concedo. Exijo que se ofrezca clemencia porque la desafiada es una mujer, y porque mató a la inmundicia MacNairn quién robó a mi Nessa. —En ese instante, lord MacGregor entró en el círculo y llamó la atención. Se volvió hacia Anna, asintió levemente y abandonó el círculo.

En el suelo, entre ellos, había un tartán con cuchillas esparcidas por su superficie. Los cuchillos eran de distintas longitudes, ninguno más largo que el antebrazo de Anna más el mango. Shamus se acercó a la tela, seleccionó una daga y le gruñó. Al mirar el montón, ella notó

que había bastones de madera tan largos como los puñales más largos.

—¿Se me permiten dos? —Cogió una en cada mano y miró a Duncan.

—Sólo un *Sassenach* llevaría un palo a una pelea de cuchillos. —Se volvió hacia Shamus en busca de la respuesta. Su risa se unió a la del resto de los hombres.

Anna toleró el insulto y se sumergió rápidamente en el espacio mental que su mentor le había enseñado.

«No pienses en matar ni en que te maten. No pienses en tu enemigo. Despeja tu mente. Toma sólo lo que te den».

La lección de Zhang le había sido inculcada desde hacía más tiempo del que podía recordar y fluía a través de ella como el aire que respiraba.

—Puta inglesa. —Shamus escupió en el suelo a sus pies, con la cara contorsionada por el odio. No parecía necesitar ninguna provocación para ponerse en marcha y matar a una mujer. La sangre derramada caería sobre sus manos.

—Bárbaros. —Anna gruñó, levantó las porras y las movió en círculos. Moviendo los pies junto con los bastones, entró en un ritmo constante. Las varas se movieron rápidamente en un remolino de movimiento, cantando bajo mientras cortaban el aire. Shamus la observaba sorprendido y fascinado, sin saber qué pensar de aquellos movimientos desconocidos. Tenía que tener cuidado. Por la forma en que se movía, este hombre había sobrevivido a varias peleas. Se movió con cautela, tanteando el perímetro de sus movimientos. Cuando las porras entraron en contacto con su espada, resonó un claro clac. Con cuidado de no golpear la daga en el filo, Anna sólo golpeó la parte plana del arma. Este patrón continuó durante un rato, él tanteando, ella defendiéndose. Shamus buscaba un punto débil. Anna se esforzaba por no mostrar ninguno.

Shamus se acercó para asestarle un golpe. Anna desvió la mayor parte de este, pero la punta le rozó el brazo izquierdo entre el codo y el hombro, provocándole escozor y calor familiares mientras la sangre fluía. Le lanzó una sonrisa malvada y una burla. No había tiempo para pensar, sólo para concentrarse en el *aquí*, en el *ahora*. Otro golpe y ella respondió con ambas porras. Cada uno de ellos hizo contacto con la muñeca que sostenía su espada, creando el característico sonido de la madera contra la carne. Shamus dejó caer la espada. Por la fuerza del contacto, ella esperaba que se hubiera roto un hueso.

Mientras las porras seguían girando tras el golpe, Anna las bajó para golpear la parte exterior de la rodilla de Shamus, girando al mismo tiempo para añadir más fuerza al golpe. Los dos impactos le doblaron la pierna, clavándole la rodilla en el blando césped. Tras continuar girando, Anna aprovechó el impulso de su último ataque para lanzar el siguiente, dirigido a la parte posterior del cráneo, donde se unía la columna vertebral. Los dos golpes, uno tras otro, en esta zona vulnerable lo dejaron inconsciente con un ruido nauseabundo, dejándolo caer como un árbol derribado. Luego cogió su espada, le sujetó por detrás del cabello y le clavó la daga en la garganta. La multitud, a la cual había ignorado durante la pelea, se sumió en el silencio. Buscó a MacGregor entre la multitud. Él entró en el círculo y ella la desafió.

—Señor, este hombre tiene una deuda conmigo. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. —El señor la miró sorprendido un momento antes de responder.

Entonces, Anna dejó caer a su oponente inconsciente, se dio la vuelta y se dirigió hacia su campamento.

—La espada —pidió Duncan.

Volviéndose hacia él, sus nudillos se blanquearon mientras empuñaba la daga, tentada de luchar para volver a Orión. Tras un momento de vacilación, volteó el cuchillo, ahora con la hoja en la palma de la mano, y lo lanzó hacia el hombre caído. La daga impactó entre sus piernas,

unos centímetros por debajo de su virilidad, clavándole el tartán en el suelo.

Se dirigió furiosa a su campamento. gruesas gotas de lluvia caían, las cuales desviaron su atención de la pelea. Fijó la tela encerada sobre los dos postes que había cortado antes, ancló los extremos a una roca y a un par de estacas y dio un tirón para comprobar su resistencia. Después se acercó al arroyo y lo cruzó, sin dar la espalda al hombre que la seguía. Se lavó todo lo que pudo con MacGregor presente, luego llenó su odre de agua y una pequeña olla de su zurrón.

Momentos después de acercarse al fuego, inspeccionó su herida. Un tajo superficial de cinco centímetros de largo supuraba sangre por debajo del hombro. Pronunciando una maldición contra todo lo masculino, se limpió la sangre, agradecida de no haber sufrido una herida mayor. Después de hervir el agua de la olla, Anna empapó la aguja y el hilo. Limpió y cosió la herida, aplicando el mismo ungüento que había utilizado antes con los hombres heridos. A continuación, cogió una venda de su zurrón y vendó el corte. Añadió más leña al fuego y colocó unas ramitas alrededor del lugar para que le sirvieran de señal si alguien se acercaba. Todavía furiosa por el trato recibido hasta entonces, se sentó con las piernas cruzadas bajo su pequeño refugio. Con los ojos cerrados y el cuerpo relajado, Anna obligó a su mente a tranquilizarse. Al cabo de una hora de calma, abrió los ojos a la noche. La fiebre de la batalla, junto con la mayor parte de su ira, habían desaparecido.

Estirándose, Anna se envolvió en su tartán, tratando de dormir lo más posible entre un grupo de hombres que habían demostrado ser enemigos. Esperaba que su actuación contra Shamus disuadiera a cualquiera de ponerla a prueba de nuevo esta noche.

Somnolienta, Anna repasó mentalmente los acontecimientos del día y se preguntó qué le depararía el día siguiente. Aunque sus acciones habían acabado con su captura, sabía que volvería a rescatar a aquellas muchachas si tenía la oportunidad. Aunque los hombres no tuvieran honor, esos bárbaros no alterarían el suyo. Agotada tanto emocional como físicamente, no opuso resistencia cuando el sueño la reclamó. Antes del amanecer se levantó y se dio cuenta de que tenía un nuevo vigilante. Así pues, pidió intimidad para satisfacer sus necesidades mañaneras y se dirigió al arroyo. Con un pequeño paño, se limpió los dientes y se lavó la cara. Después de levantar el campamento, no tenía otra cosa que hacer que esperar instrucciones. Mientras terminaba una rebanada de pan y una manzana, MacGregor el Joven se acercó con sus caballos ensillados. Por su expresión, parecía contento por algo. Al menos su humor más ligero marcaba un cambio respecto a la expresión tormentosa que solía llevar.

—Cabalgaréis conmigo otra vez. Estamos a tres días completos de casa.

Sin responder ni hacer contacto visual, Anna aseguró sus pertenencias y subió a su caballo. Ató las riendas de Orión a su montura, dejándola sólo a ella para el paseo. Durante todo el día Anna soportó las miradas especulativas de los hombres, algunas perplejas, otras divertidas. Aunque acostumbrada a tal escrutinio como mujer guerrera, se le erizaba la piel al no poder escapar de él. Se dio cuenta de lo mucho que confiaba en los nombres de su padre y su abuelo como manto de protección.

—Me preguntaba por vuestra armadura y vuestro caballo. Son de alta calidad, por lo que estaríais al cuidado de una persona con medios —dijo Duncan.

—Y, sin embargo, insistís en secuestrarme. Decidme, señor, ¿en qué se diferencian usted y vuestro padre de los bárbaros que maté ayer para rescatar a vuestra hermana y a su doncella? —Le lanzó una penetrante mirada.

La pregunta rompió la calma del hombre, quien volvió a mostrarse enfadado y pensativo. A juzgar por los músculos que ondulaban a lo largo de su mandíbula y el fuego en sus ojos, no le gustaba la comparación. Si conocía la diferencia, prefirió no explicarla.

Se detuvieron una vez hacia el mediodía para que los caballos pudieran pastar y beber. Resultó ser el único descanso del día. Después de hacer sus necesidades personales, Anna se puso en cuclillas con la espalda apoyada en un gran árbol para comer, observando a los hombres. La mayoría la ignoraban. Aun así, se negó a arriesgarse bajando la guardia.

—Los hombres no os harán daño. Estáis bajo mi protección —afirmó Duncan, con las cejas fruncidas, las manos en las caderas y los pies muy separados, como si estuviera reprendiendo a un hombre bajo su mando.

—Si vuestra *protección* fue demostrada anoche, ciertamente dormiré más profundamente esta noche, señor. Gracias. —Inclinó la cabeza hacia él y dejó que su mirada se cruzara con la suya, con los rasgos esculpidos en la roca.

La ira en el rostro del joven brillaba tan clara como el agua del lago junto al que se habían detenido. Se alejó sin responder y caminó varios pasos para terminar su comida. Al cabo de unos minutos, volvió a pisar fuerte hasta donde ella estaba sentada. Sin mirar en su dirección, Anna se dirigió a su caballo y montó. Tras subir a su caballo, Duncan no habló más mientras continuaban su camino.

El resto del día transcurrió sin incidentes. Al anochecer, finalmente se detuvieron. Sin luz suficiente para cazar o pescar, Anna comió de las provisiones de su zurrón. Repitió su rutina de buscar leña, encender un fuego y acampar. Duncan le trajo un cuenco de algo que olía a pies sucios y repollo, y lo colocó en el suelo delante de ella.

La mujer asintió con la cabeza, pero no tocó el brebaje de olor rancio y se limitó a comer de sus cada vez más escasas provisiones. Había cazado o pescado todos los días desde que se marchó de casa para no quedarse sin alimentos y pronto tendría que reponerlos.

Al día siguiente pasó lo mismo que al primero, con la diferencia de que comenzaron a subir.

«Tranquilo, muchacho». Acarició a su caballo, murmurando ánimos por el camino. Orión, que no estaba acostumbrado a los terrenos escarpados y rocosos, tropezó varias veces hasta que se acostumbró al terreno más difícil. Su comportamiento asustadizo reflejaba la proximidad de hombres y caballos desconocidos. Sus músculos se estremecían de vez en cuando, reaccionando a su inquietud.

Una vez, un grupo de cinco hombres a caballo salió a su encuentro. Duncan y su sire cabalgaron a su encuentro, dejándola al cuidado de otro mientras hablaban. La conversación fue breve y civilizada por lo que pronto continuaron su camino. Tras otra hora de viaje, el frío húmedo de la elevación sustituyó al aire más cálido de las Tierras Bajas.

La lluvia caía lenta y constantemente, mientras un viento amargo se llevaba las gotas por delante. Envolviéndose la trenza alrededor del cuello para entrar en calor, Anna se ciñó bien la capa con la tela encerada encima. Aunque temblaba de frío y humedad, seguía seca. Se dio cuenta de que sus compañeros de viaje apenas parecían afectados por el cambio de temperatura o el viento.

«Los bárbaros de las Tierras Altas están en su elemento».

Dejó de pensar en el frío para centrarse en algo más práctico. Los hombres la rodeaban por todos lados cuando montaba, manteniéndola encerrada. Con las riendas atadas al caballo de Duncan, no tenía posibilidad de escapar. Sin armas, estaría indefensa ante un ataque, incluso si de algún modo lograba eludirlos. Por mucho que le doliera, tendría que seguir esperando a que surgiera una oportunidad para escabullirse de sus captores.

MacGregor no hizo más intentos de hablar. Para su alivio, las miradas de los hombres desaparecieron en su mayoría. En ese momento, la consideraban simplemente como equipaje: la notaban, pero no la tenían en cuenta.

Se detuvieron junto a otro arroyo una hora antes del anochecer. No vio ningún pez en él. Desenrolló una honda de su cinturón, cogió algunas piedras lisas del arroyo y se adentró en el bosque, con Duncan varios pasos por detrás. Después de acechar el perímetro de su campamento, vio una liebre. Hizo girar la honda y mató al animal en silencio, cubriéndolo antes de volver a su sitio, ignorando a MacGregor.

El frío en el aire empeoraba con la caída de la noche. Anna encendió el fuego un poco más cerca y más grande que la noche anterior para combatir el frío húmedo que amenazaba con calarle hasta los huesos. Cargada con el conejo y sentada cerca del fuego, el frío se mantuvo mayormente a raya. Se preguntaba por los hombres que la habían hecho prisionera, y por Duncan en particular. Se había encontrado observándolo subrepticiamente a lo largo del día. Algo en él le llamaba la atención, aunque no tenía sentido.

«Debo de estar loca. Sentir algo que no sea ira hacia este hombre es una locura».

Raspar la piel de conejo después de comer le dio algo que hacer aparte de hacer y descartar planes para escapar. Si el aire se enfriaba mucho más, necesitaría matar varias liebres más para forrar su capa.

Anna permaneció vigilante, durmiendo poco, despertándose cada dos horas más o menos, aunque supuso que, si alguien planeaba atacar, ya lo habría hecho. Tal vez las palabras de protección de Duncan fueran ciertas. No estaba dispuesta a arriesgar su vida bajando la guardia simplemente por su promesa de seguridad. Confiar en este grupo de bárbaros podría ser un error mortal.

* * *

Después de tres días de estar cerca de esta mujer, esta Anna, Duncan se encontró perdido. Ni una queja, ni una petición. Se había ocupado tranquilamente de sus propias necesidades, sin depender de nada de los demás. ¿Qué muchacha, inglesa o escocesa, se comportaba así? ¿Cómo era posible?

¿Dónde aprendería una joven noble las habilidades que poseía? ¿Habilidades que deberían haberle llevado más tiempo que sus aparentes años dominar?

«Acepta nuestra comida, pero no se la come. Sus rápidas matanzas de peces y liebres son sorprendentes. Se desliza por el bosque como un espectro, más silenciosa que el guerrero más hábil…»

Duncan se había dado cuenta de que esta mujer era lo que parecía al principio, una luchadora y cazadora experimentada, aunque no podía entender cómo ni por qué. Las numerosas cicatrices visibles en ella, incluida una bastante larga en el cuello, lo confirmaban. El hecho de que se hubiera quedado mirando mientras ella añadía otra a su colección le remordía la conciencia.

«La muchacha está enfadada, y con razón. No nos dejaremos llevar por la complacencia con ella. Probablemente aprovecharía la primera oportunidad para degollarnos y escapar. Bella o no, no podemos bajar la guardia».

Debido a la posibilidad de problemas, Duncan informó a sus hombres que no dejaran de prestar atención. Ella requería vigilancia constante. Este conocimiento no aplacó sus instintos protectores. Por el contrario, se hicieron más fuertes con cada hora que pasaba. Nunca se escondió de sus sentimientos, simplemente no los entendía. Tampoco sabía qué hacer con su confusión.

«¡Qué descaro compararnos con los malditos MacNairn!» Reflexionando un poco más, comprendió lo que Anna pensaba. ¿En qué se diferenciaban?

«Por lo que ella sabe, va a ser llevada a nuestra casa y entregada a un hombre como esposa

en contra de su voluntad».

Duncan sabía que su padre no tenía esa intención. Sin embargo, ella no lo hizo. Riéndose para sus adentros, imaginó la escena. Lástima de cualquier hombre que intentara algo tan tonto. Acabaría con una daga enterrada en el corazón, o algo peor.

La respuesta de la mujer a su promesa de que no le harían daño le marcó profundamente. Por alguna razón, ella le hizo recordar a su hermano Callum y aquel terrible día, muchos años atrás, en el que su joven vida se apagó. Algo en Anna lo llamaba a protegerla, a garantizar su seguridad. Estaba claro que ella no le creía y se llevó la herida para demostrar que tenía razón. *Bárbaros* era la palabra que había utilizado. Hasta ahora, se habían ganado el nombre.

A pesar de su comportamiento varonil, Duncan vio su feminidad, su belleza. Como una víbora, hermosa pero mortal. Mejor verla desde lejos, tratarla con respeto. Anna tenía mucho frío desde que salieron de las Tierras Bajas, no estaba acostumbrada a la altitud y al clima. Duncan pensó en ofrecerle una manta, pero se lo pensó mejor. Ella no querría de él más que libertad.

A Duncan le seguía resultando difícil aceptar una colección de habilidades en una forma tan improbable. Cuanto más tiempo pasaba cerca de Anna, más deseaba saberlo todo sobre ella. Sabía que debía mantener las distancias, pero por alguna razón inexplicable se daba cuenta de que no podía. Sus ojos sólo se apartaban de ella cuando los cerraba para dormir. Su presencia no dejaba de perturbar la calma que él había creado cuidadosamente durante años. Nunca antes se había sentido tan perturbado por una mujer. Maldijo interiormente su propia debilidad mientras esperaba verla al día siguiente.

CAPÍTULO 3

A media tarde del día siguiente, Anna se dio cuenta de que habían dejado de escalar. Mientras el grupo se abría paso a través de un paso de montaña, no estaba preparada para la impresionante belleza de las Tierras Altas que se extendía ante ella. Las montañas se alzaban imponentemente altas y macizas, exuberantes de verdor y resplandecientes de agua. Los arroyos brotaban de las piedras y caían en cascada sobre los rocosos peñascos hacia los numerosos lagos que habían atravesado. La majestuosidad del escarpado terreno hacía palidecer su hogar de las Tierras Bajas.

Ese mismo día se habían encontrado con otro grupo de hombres de otro clan. Basándose en los saludos amistosos, estos hombres eran conocidos personalmente por el clan MacGregor. Una vez de nuevo en camino, se dirigió a uno de los hombres que cabalgaba siempre a su lado. Un hombre que había oído llamar Iain.

—¿Qué son estas montañas, señor?

La sorpresa cruzó cada rostro dentro de la distancia de los oyentes. Ella no había iniciado la comunicación con nadie más que Duncan o el lord desde su cautiverio.

—Los Montes Grampianos, *milady*.

El tono agradable de Duncan le dijo que esperaba que su pregunta fuera el inicio de una conversación. Sabía que se preguntaban por ella.

«Pueden permanecer curiosos. No agitaré más este asunto». Temía lo que pudieran hacer si descubrían que era hija de un barón inglés y nieta del terrateniente de un clan de las Tierras Bajas.

«Aunque, tal vez, si les hablara del abuelo, cambiarían monedas por mi libertad. No, no involucraré al clan Elliot. No pude salvar a mi familia inglesa, pero puedo proteger a mis parientes escoceses».

Al menos estos hombres la escoltarían lejos de sus enemigos ingleses. Anna sólo necesitaba encontrar una manera de escapar. Intencionalmente, no volvió a hablar y, finalmente, los hombres volvieron a ignorarla.

Al llegar a la cima de una colina, un castillo se vislumbraba en la distancia. Al anochecer, entraron en las afueras de una pequeña ciudad. Una sensación de frío en la boca del estómago de Anna le dijo que habían llegado a su destino.

El pueblo se extendía ante el castillo. La muralla norte de la fortificación de piedra estaba justo al lado de un acantilado que hacía imposible un ataque por la retaguardia. No había visto un lugar mejor para una fortaleza. Su posición daba a los habitantes la ventaja de ver a gran distancia, y los enemigos sólo podían avanzar de frente. La piedra gris oscura del torreón hacía juego con la piedra de las montañas circundantes, por lo que resultaba a la vez hermosa y premonitoria. Un escalofrío involuntario recorrió la espalda de Anna.

—Bienvenida a Ciardun. —Duncan se inclinó hacia ella.

«La Fortaleza Gris».

El nombre era apropiado, aunque su aspecto era de todo menos acogedor. La calidez y el alivio en la voz de Duncan le hacían sonar como si oliera una comida bien cocinada después de un largo y duro día. Obviamente, él estaba contento de estar en casa. La sensación de terror aumentó en Anna cuando pensó en las escasas posibilidades de escapar una vez que atravesaran aquellas formidables puertas. Volvió a estremecerse cuando el frío de su estómago se multiplicó

por diez.

Para distraerse de su nueva prisión, observó la escena que la rodeaba. Las miradas que recibía de los aldeanos -una mezcla de expresiones duras, curiosas y desconcertadas- le recordaban su difícil situación. No había ni una sola cara amable entre ellos. Se enderezó hasta alcanzar su estatura máxima, con la barbilla alta y una expresión inexpresiva.

Sospechaba que la causa de su curiosidad era la forma en que seguía a MacGregor, con las riendas atadas a su montura. O tal vez una mujer extraña vestida como un hombre despertaba su curiosidad. Nadie se atrevía a atacar a alguien que obviamente estaba a su cargo. Al menos había mantenido su palabra sobre su seguridad hasta el momento.

Una vez que cabalgaron más allá de la aldea, la presencia del castillo exigió atención como llamas en la oscuridad. Le pareció una estructura realmente intimidante. No era el más grande que había visto, pero sí intimidante. Cuatro torres de piedra, una en cada esquina, se alzaban en lo alto, con una torre cuadrada mucho más grande centrada a lo largo de la muralla trasera. Un largo edificio de piedra y madera de dos niveles conectaba las torres de las esquinas traseras con la torre cuadrada.

«Me pregunto si ser mujer me mantendrá fuera de las mazmorras. Probablemente no».

Un fuerte alboroto marcó el regreso del lord y su amada hija cuando entraron en el torreón.

—No os preocupéis, muchacha, todo irá bien. Tenéis mi palabra. —Duncan se inclinó más cerca para que sus palabras llegaran sólo a sus oídos.

Desmontaron y entregaron sus caballos a los mozos de cuadra, y Duncan la condujo a través de la puerta de la fortaleza hasta el salón principal. Había varias mesas y bancos preparados. En ambos extremos de la sala había enormes chimeneas que proporcionaban calor a toda la estancia. Un estrado elevado con una mesa bien equipada y sillas marcaba el lugar donde cenaban el hacendado y su familia.

Continuaron hacia el fondo de la sala y caminaron por un largo pasillo que terminaba en una gruesa puerta cerrada. Duncan puso suavemente la mano en el brazo de Anna, guiándola hacia la pesada puerta. Ella se apartó como si le quemara. Algo en su tacto la afectó, aunque luchó por no reconocerlo. Él frunció el ceño, mirándola con el ceño fruncido. A juzgar por su reacción, lo que pasó entre ellos también lo experimentó él.

Al otro lado del portal había cuatro celdas con paredes de piedra y puertas reforzadas con hierro. Pequeñas ventanas enrejadas en lo alto de la pared permitían la entrada de la luz del sol menguante en cada celda. Cada puerta tenía una ventana enrejada que daba al pasillo. Al parecer, éste sería su hogar en el futuro inmediato. Al entrar en una celda, Anna desafió a MacGregor con una mirada que él no correspondió. De hecho, juró que en sus ojos se dibujaba el arrepentimiento. No importaba. Era un hecho imperdonable: la tenían prisionera después de haber rescatado a la hija del lord. *Bárbaros.*

* * *

Duncan llamó antes de entrar en el solar de su padre.

—¿Está encarcelada? —Kenneth levantó la vista del pergamino en su escritorio.

—Sí. —La desaprobación teñía el tono de Duncan.

—Decidlo. —Kenneth negó con la cabeza, respirando hondo.

—No sabéis lo que pedís. —Duncan lanzó una mirada desafiante a su padre, con el cuerpo rígido.

—Sí, tengo una idea. Decidlo.

—Creo que es un error encarcelar a la muchacha. Se ha ganado nuestra confianza, no el

encarcelamiento. —Duncan sostuvo la mirada de su padre mientras se dejaba caer en la silla frente a él, con las manos agarrando los brazos ornamentalmente tallados.

—No sabemos por qué está sola. Una muchacha, incluso tan capaz como ella, no viaja sola a menos que tenga problemas. No quiero que los traigan aquí. No puede causar daño si está encerrada. —Kenneth se frotó la boca y la barbilla con una mano antes de contestar.

—Entonces confinadla en una de las cámaras más pequeñas. Al menos se le deberían permitir las mismas cortesías que ofreceríamos a un invitado. —Duncan se levantó de un salto, paseándose por el suelo, con las manos marcando sus palabras.

—¿No habéis visto lo que yo vi? Atravesó a seis escoceses sin vacilar. Después, derrotó a Shamus con muy pocos problemas usando *dos palos*. Podríamos alegar que los MacNairn no son buenos luchadores, pero ambos sabemos que Shamus es un guerrero capaz. ¿Cómo mantenéis a alguien así confinado en una habitación de invitados? —Kenneth negó con la cabeza.

—Poned uno o dos guardias, asegurad la puerta desde fuera. —Duncan dejó de caminar. Intentó controlar su temperamento bajando los ojos y la voz.

—¡No! —bramó Kenneth, con una mano atravesándole el cuerpo en un movimiento cortante, exigiendo que se pusiera fin al asunto.

—¡Salvó a mi hermana, *vuestra* hija, de ser violada o incluso asesinada! ¡Esto no es justo! —Duncan se agarró al respaldo de su silla, aprovechando la tensión de su agarre para lanzar su siguiente andanada. Perdido en su ira, se puso de puntillas, con las uñas mordiendo la madera de la silla.

—¡Basta ya! Mientras yo sea el señor, mi palabra es ley. Esta discusión ha terminado. —La voz de su padre se convirtió en un gruñido.

Duncan apretó los dientes, dio media vuelta y salió furioso de la habitación.

* * *

Anna desvió la mirada de la paja fresca y la manta de un rincón al orinal desgastado pero limpio de otro. La habitación medía aproximadamente diez por diez y tenía el suelo de piedra. Colocó su capa y su tartán en el suelo, junto a la manta, y se quitó la armadura. Reflexionó en silencio sobre su destino y se dio cuenta de que no se había permitido llorar la pérdida de su aldea, su hogar y su familia. Su corazón se llenó de lágrimas.

«Lo siento mucho, padre, Edrick».

La miseria la ahogaba como un par de manos fuertes, dejándola sin aliento. Después de algún tiempo, sus lágrimas siguieron su curso, dejando entumecimiento a su paso.

Más tarde, por la noche, alguien trajo un cuenco con más guiso maloliente, un pequeño trozo de pan y una jarra de agua.

—Virgen santa, ¿cómo aguantan este pienso fétido? —murmuró malhumorada. Abandonó el guiso, comió el pan y bebió un poco de agua, reservando el resto para más tarde.

Se quitó la venda del brazo y comprobó la herida. Estaba cicatrizando, aunque el borde irregular interrumpía el diseño azul que los ancianos del clan le habían regalado el año pasado. Reflejaba un símbolo de estatus y de mayoría de edad como guerrera, y representaba las batallas que había librado. Las líneas de tinta se arremolinaban en torno a sus hombros, cruzaban la parte superior de su espalda, seguían las clavículas y llegaban a la nuca.

La leyenda decía que los intrincados remolinos y patrones entrelazados eran exclusivos de las antiguas guerreras pictas. Había tardado varias sesiones en completar el diseño y se sentía orgullosa de llevar la tinta azul, que indicaba que era una de sus guerreras. El diseño fluido la acompañaría mientras viviera, un recordatorio de quién era, una conexión visible con su clan y el

pasado.

Al anochecer, el frío había vuelto. Se enrolló la trenza al cuello y se envolvió en la capa y el tartán. Se hundió todo lo que pudo en la paja y se quedó mirando el estampado azul y vino de la lana. Cerró los ojos, recordando la vida que había dejado atrás en la frontera, reviviendo el terrible día de muerte y fuego.

Al amanecer, se despertó con un escalofrío. El ejercicio era la única forma de entrar en calor, y necesitaba actividades en las que concentrarse, un horario en el que pasar los días. Realizó rutinas de acondicionamiento para calentar el cuerpo y luego pasó un rato meditando. Tras enfriarse de nuevo, practicó patrones de lucha, rutinas que el maestro Zhang les había inculcado a ella y a Edrick sin cesar. Finalmente, agotada, recitó las Sagradas Escrituras y poesía en inglés, gaélico, latín y francés mientras se dormía. Por la tarde, repitió la misma rutina y terminó el día meditando y reflexionando.

«No sabía que algún día utilizaría esto, pero se lo agradezco, maestro Zhang. No caeré presa de la enfermedad y la locura».

Aunque se había negado a compartir los detalles de sus cuatro años de cautiverio, Zhang declaró que su experiencia le había enseñado que todo guerrero debe estar preparado para tal posibilidad.

«Por todos los juegos de prisionero que Edrick y yo jugamos, no importa lo incómodo, no importa lo difícil, sé que voy a sobrevivir, y me fortaleceré con esto».

El dolor en su corazón por la pérdida de su mentor, hermano y padre le proporcionaría la motivación que necesitaba para seguir viva, para seguir siendo ella misma. No perdería el tiempo preguntándose qué planes tendrían los bárbaros para ella.

Para su disgusto, sus pensamientos volvían una y otra vez a su captor, y Anna maldijo su falta de autodisciplina. Había conseguido vivir una veintena de años sin pensar seriamente en ningún hombre, ¿por qué no podía desterrar los pensamientos sobre el bárbaro que la mantenía cautiva? Zhang habló una vez de forjar una especie de vínculo con uno de sus captores. Tal vez, ella experimentase algo similar.

«Desde luego, no me gusta», protestó, negando con la cabeza. «¡Santa Madre! Sería el colmo de la locura».

El día siguiente fue igual. El guiso era insoportable. Arrugó la nariz.

«¿Usan carne que empieza a pudrirse? Suspiró. Me conformaré con las gachas de avena de la mañana y el pan con agua de la noche. Comer estos despojos me podrían enfermar». Miró por la pequeña ventana enrejada de la puerta mientras dejaba el maloliente cuenco de estofado en el suelo. Siempre había un guardia fuera, vigilando las celdas. No sabía con qué propósito, ya que no había otros prisioneros.

«Lo que sí sé es que no me he acostumbrado a este maldito aire frío y húmedo». Se frotó los brazos enérgicamente. «Me despierto con frío, me acuesto con frío». Decidida, se apartó de la puerta y comenzó de nuevo sus ejercicios.

Una vez calentada y cansada, se fijó en el comportamiento de los hombres que custodiaban las celdas. Ninguno se acercaba ni intentaba hablar con ella. Por la noche vigilaba una bestia lasciva. La forma en que la miraba le producía una sensación inquietante. Normalmente se dormía a la hora de maitines, con la silla apoyada en la pared del fondo.

La segunda noche de su cautiverio, los ronquidos del guardia despertaron a Anna quien arrojó unos trocitos de piedra al pasillo. El guardia no se movió. Golpeó suavemente la pesada puerta de madera, luego más fuerte. Los ronquidos continuaron. Sonrió. Tenía el sueño profundo.

La comida del mediodía fue otro tazón del grasiento estofado. Anna hurgó en los trozos de

carne que flotaban en el caldo, observando cómo la grasa se solidificaba en la superficie al enfriarse. Tocó la suave grasa pensativa. Mojó los dedos en la grasa resbaladiza y la untó en las bisagras de la puerta de su celda.

Al tercer día se hizo de noche. Esperó a que el guardia se durmiera, cogió la manta y la sacó por la ventana enrejada de la puerta hasta que colgó más allá de la cerradura. Con cuidado, sacó los dos dardos arrojadizos de acero ocultos en sus brazaletes y los introdujo en la cerradura. Trabajó deprisa, con un ojo en el guardia y la lana de la manta amortiguando los ruidos.

En cuestión de minutos, abrió la puerta. Se arrastró por el pasillo y se quedó mirando al enorme guardia, cada ronquido era un estruendo. Como una gata, se acercó a la puerta que daba al siguiente pasillo. Sin vacilar, levantó lentamente la barra y echó un vistazo al pasillo. Al no encontrar señales de actividad, avanzó sigilosamente por el pasillo que conducía al gran salón. Una inspección cuidadosa de la gran sala no mostró ningún movimiento ni sonido. El gran salón, normalmente el centro de la actividad, estaba tan silencioso como el fondo de un lago. En la puerta del patio de armas, se detuvo en seco, escudriñando el patio.

«Las puertas están aseguradas por esta noche. No puedo recoger a Orión y marcharme hasta que amanezca y se abran las puertas». Miró a su alrededor buscando un lugar donde esconderse en la persistente oscuridad.

La luna se cernía sobre ella, casi llena, inundando de luz el patio vacío. Los hombres caminaban por el muro de cortinas, vigilando, con la atención puesta más en el exterior que en el patio. Pegada a las sombras del muro, se escabulló en los establos sin hacer ruido.

* * *

Incapaz de encontrar el sueño una vez más, Duncan se paseaba por el muro de cortinas como había hecho en otras noches de insomnio. Sólo faltaban un par de horas para el amanecer y aún no había conseguido quitarse a la muchacha de la cabeza. Era más que frustrante. Nunca una mujer le había afectado tan rápido, tan absolutamente. Cada vez que pensaba en ella, lo invadía la lujuria, la posesividad y un deseo irrefrenable de protegerla. Tenía el cuerpo de una *leannan sith* y el corazón de una guerrera, un misterio que constantemente aguijoneaba su paz. Recorría los mismos caminos mentales una y otra vez, preguntándose quién era ella y repitiendo las discusiones con su padre, sin dejar espacio para el sueño. Un ligero movimiento llamó su atención en el patio.

«No, no puede ser. ¿Podrían haberla invocado mis pensamientos?» Se puso en cuclillas a la sombra de una almena y volvió a observar el movimiento. Cerró los ojos y se restregó la cara antes de mirar una vez más para asegurarse de que no estaba viendo cosas.

La sombra volvió a moverse. Una figura oculta se dirigía hacia los establos, rodeando el perímetro del patio. Duncan sonrió mientras permanecía inmóvil, observando. Quería ver cuánto éxito obtendría el encapuchado. Seguro de la identidad de la descarada furtiva, no entendía cómo había podido salir de su celda, pasar junto a Alain y salir del vestíbulo sin llamar la atención. Mirando a los hombres de guardia, se dio cuenta de que sólo vigilaban el exterior de la torre del homenaje. Sería una experiencia muy instructiva. Su sonrisa se curvó aún más en anticipación.

Anna se deslizó hacia los establos tan silenciosamente como había salido de la torre del homenaje y rodeado el patio. Duncan abandonó la muralla y se dirigió a la portería para hablar con el portero. Se colocó en lo alto de la barbacana, desde donde podía ver el estrecho portal. Se acomodó para esperar a que se levantara el rastrillo al amanecer.

Tal y como sospechaba, al oír el primer chirrido del molinete, un encapuchado montado en un corcel que ya le resultaba familiar se dirigió lentamente hacia la puerta exterior fortificada.

Duncan se rio ante la valentía de la ingeniosa mujer y sacudió la cabeza.

«¡Por Dios! ¿Hay algo que ella no pueda hacer?»

Por un momento pensó que debería enfadarse, pero en realidad le debía las gracias. Estaba claro que sus medidas de seguridad eran poco estrictas. Además, no recordaba haber disfrutado más de una noche en vela, completamente entretenido con el intento de fuga de Anna.

A la orden de Duncan, el guardián de la puerta abrió el portal exterior. Pateando a su semental, Anna echó a correr. El corazón de Duncan se apretó contra sus costillas y una sensación de náuseas se extendió por sus entrañas, temiendo que ella quedara aplastada bajo la puerta. En el último segundo posible, Anna detuvo el caballo de un tirón y lo hizo retroceder sobre sus ancas mientras el hierro golpeaba el suelo ante ella con un sonoro tintineo, como el de una campana de iglesia rota.

Los hombres estaban de pie a la entrada del patio, listos para desenvainar las espadas. Con órdenes estrictas de no hacerle daño, bloquearon la estrecha entrada. Desde una puerta interior de la barbacana, Duncan apareció a su lado. Sujetó a Orión por la brida y sonrió.

CAPÍTULO 4

—Es una buena mañana. O lo será cuando salga el sol. ¿Me acompañáis a dar un paseo? —La voz de Duncan sonaba divertida.

Anna respondió con un gruñido. Abandonó su montura más fácilmente de lo que él esperaba, pero rechazó su oferta de ayuda. Incluso este contacto momentáneo le hizo sentir una chispa en el brazo. Percibió un destello de ira en los ojos verdes de la muchacha, que giró sobre sus talones y se dirigió hacia el vestíbulo a paso rápido, sin duda para evitar el contacto con él.

Al entrar en el gran salón, Anna vaciló cuando el guardia, Alain, se dirigió hacia ella con agresividad, maldiciendo a la inglesa mientras se acercaba. Duncan lo interceptó de inmediato, empujándolo hacia atrás.

—No le hablaréis así a la dama. Le debéis una disculpa.

Alain fulminó a Anna con la mirada. Duncan cerró la brecha entre ellos, con los puños cerrados, listo para atacar.

—Disculpaos o, de lo contrario, os pondré a limpiar retretes durante una semana, después de daros una lección sobre cómo hablarle a una dama. —La ira estalló cuando Alain pareció dispuesto a desobedecer su orden, y cada tendón del cuerpo de Duncan se tensó en previsión de la paliza que ansiaba propinar.

—Os pido disculpas, *milady* —balbuceó Alain, con los músculos del cuello tensos por el esfuerzo.

Duncan lo miró con odio, negándose a tolerar una sola palabra de insulto contra Anna. «Más tarde», prometió con una mirada dura. Encontraría a Alain y se aseguraría de que comprendiera que las hostilidades hacia ella tendrían graves consecuencias.

Anna asintió una vez hacia Alain, reconociendo sus disculpas. Duncan vaciló, dejando que la tensión se desvaneciera mientras Alain abandonaba el vestíbulo.

Anna temblaba de rabia inútil.

—Venid a romper el ayuno conmigo, *lady*. —La esperanza saturó las suaves palabras de invitación de Duncan.

Ignorando su petición, Anna se dirigió a su celda. En lugar de dejarla entrar en la que había ocupado antes, Duncan abrió la puerta de la contigua y se volvió hacia uno de los hombres que estaban cerca.

—Que un criado nos traiga el desayuno a la dama y a mí. —Duncan cerró la puerta de su nueva celda y dio un par de tirones a la barra para comprobar la resistencia de la cerradura antes de volver a abrirla para dejarla entrar. Una vez dentro, entró en la celda que Anna ocupaba antes. Le oyó moverse y supo que buscaba su vía de escape. Al cabo de unos instantes, oyó su risa.

El guardia regresó con una mujer que traía una bandeja con dos cuencos, una jarra y dos tazas. Otra trajo un par de taburetes. Al entrar en la nueva celda de Anna, Duncan le entregó uno de ellos y un cuenco. Se sentó en la puerta abierta y la miró con una sonrisa de complicidad. Con un movimiento de sus dedos, los dos guardias se alejaron por el pasillo unos pasos, fuera de su vista, dándoles la apariencia de privacidad.

—Debo decir que usar la grasa de la carne para engrasar las bisagras fue muy inteligente.

Anna percibió orgullo en su voz, pero ¿por qué iba a estar orgulloso de que ella hubiera escapado de su prisión? Anna le ignoró, y en su lugar se zampó el tazón de gachas que le dio.

—Lo que no entiendo es cómo abristeis la puerta y cómo lo hiciste sin despertar a vuestro

guardia. —Su voz se alargó, invitando a una respuesta.

—¿Seré golpeada por mi intento de fuga? —Si esperaba a que ella se la diera, pronto se echaría a temblar de decepción. Cerrando la expresión antes de levantar la vista, Anna preguntó con estudiada indiferencia.

—No. Esta vez no. De hecho, debería agradecéroslo. No tenemos costumbre de mantener prisioneros. Parece que vuestra aventura de esta mañana ha puesto de manifiesto ciertas lagunas en nuestra capacidad para retener cautivos. —Su sonrisa se suavizó antes de responder.

Anna se dio cuenta de que nunca lo había visto sonreír de verdad y se maravilló de la transformación. El hecho de que fuera un hombre tan apuesto la irritaba aún más. Se sirvió un trago de la jarra y bebió un trago antes de servirse el suyo, una demostración de que la sidra no había sido manipulada. Le tentó a bajar la guardia, pero no lo hizo.

Comieron en silencio, luego él volvió a colocar los objetos en la bandeja y la dejó en el pasillo.

—Lleváis tres días aislada. ¿Queréis hablar? Así yo podría conocer mejor a la noble que mantiene mi padre.

Su burbuja seductora quiso que lo viera como algo más que su carcelero, como un amigo… ¿o un protector? No. Hasta que las cerraduras y las puertas enrejadas no fueran sustituidas por la libertad, ella sólo lo vería como un carcelero.

—No, gracias, señor. Disfruto de la soledad que ofrecéis y he empleado mi tiempo de forma productiva. —Le devolvió la taza y respondió con voz inexpresiva.

—Confío en que no intentaréis escapar de nuevo. —Los ojos de Duncan bailoteaban.

—¿Por qué pensáis así? ¿Dejaríais de hacerlo si nuestros lugares estuvieran invertidos? —Anna le acercó el taburete con la punta del pie y frunció el ceño.

—No, supongo que no. El deber de todo prisionero es escapar. —Le sostuvo la mirada un momento antes de responder, con una sonrisa pícara.

Por su parte, ella asintió con la cabeza.

—Si cambiáis de opinión sobre vuestro deseo de hablar, informadlo a vuestro guardia. Vendré cuando pueda. —Se levantó.

La cerradura de la puerta se cerró tras él, y un escalofrío la recorrió al oírlo. El peso de su intento fallido se abalanzó sobre ella, el aplastamiento de la impotencia sustituyendo a la frustración del fracaso. Al menos no recibiría consecuencias inmediatas por sus actos.

* * *

Duncan se alejó, conmocionado por el encuentro. Algo inexplicable le atrajo hacia ella. Luchó contra el impulso de besarla, bebiendo de sus labios carnosos hasta que ambos quedaron embriagados. Su brillante humor se ensombreció al recordar la necesidad de contarle a su padre la aventura de la mañana. No quería oírle decir que tenía razón.

Encontró a sus padres en el gran salón, desayunando en la mesa alta. Cuando lo vieron acercarse, su madre pidió que le trajeran otro cuenco.

—¿Qué os tiene tan malhumorado esta mañana, hijo mío? —preguntó con curiosidad en la voz.

—Buenos días, madre. Necesito hablar con padre cuando haya terminado. —Duncan se quedó mirando su segundo plato de gachas de la mañana. Con el apetito ya saciado, se limitó a remover la comida, necesitando algo que hacer con las manos.

—¿La joven inglesa? —le preguntó.

—¿Cómo lo supisteis? —Duncan lanzó un gran suspiro y asintió con cierta reticencia.

—Habéis estado enfadado desde que llegó. —Le dedicó una sonrisa vivaz y le puso una mano en el brazo.

—Por favor, sed civilizados, caballeros. —Terminaron la comida en silencio. Mairi se levantó, besó a su hijo y a su marido en la mejilla y, con una mirada significativa, salió del salón, dejándolos solos mientras los criados se retiraban a la cocina.

—Muy bien, ¿de qué se trata esta vez? —Kenneth se recostó en su silla, con tono exasperado.

—Vuestra prisionera escapó anoche. —A la defensiva, Duncan lanzó a su padre una mirada mordaz.

La noticia dejó a su padre en silencio, con los ojos desorbitados y la boca abierta.

—No sé cómo abrió la cerradura. Utilizó la grasa del estofado para engrasar las bisagras y, de algún modo, se le escapó a Alain mientras dormía. Yo estaba caminando por la muralla y la vi arrastrándose. Llegó a los establos sin ser detectada. Ensilló su caballo y cabalgó entre un grupo que se dirigía a los campos. —Con cierta satisfacción al verlo así, Duncan continuó. No se molestó en ocultar su admiración.

—¿Ha escapado? —Kenneth detuvo toda pretensión de comer.

—No. Alerté al jefe de la puerta para que abriera el portón exterior y coloqué a una docena de hombres en el otro extremo con órdenes de no hacerle daño. Cuando entró por la puerta, hice que la bajaran. Corrió hacia ella, pero no lo consiguió. Sin embargo, estuvo cerca.

—Duncan sacudió la cabeza, intentando no reírse ante la expresión de la cara de su padre.

—¿Dónde está ahora? —Kenneth le miró fijamente, al parecer le costaba entender la historia.

—La he puesto en otra celda. Comprobé que esta cerraba bien, aunque no encontré ningún fallo en la que la tenía antes.

—¿No estaba herida? —Kenneth se frotó la frente, con evidente perplejidad.

—No. Aunque preguntó si su intento le valdría una paliza.

—¿Qué le dijisteis? —El lord hizo una mueca.

—Le dije que esta vez no. —Los labios de Duncan se torcieron.

—Os dije que había que asegurarla. —Kenneth se sentó en silencio, mirando el contenido que se arremolinaba en su taza. Su tono sonaba petulante, con una pizca de fanfarronería, como si tratara de ocultar la culpa por haber encarcelado a una noble.

—Sí, y yo dije que ella no sentiría la necesidad de escapar si era tratada como una invitada, lo cual se ha ganado. —Tras unos tensos instantes de silencio, Duncan se levantó para marcharse antes de que su ira empeorara. Sabía que no iba a ganar esta disputa.

* * *

Cinco días. Cinco días que su padre obligó a Anna a sentarse en esa celda maldita. ¿Con qué propósito? Lo averiguaría esta noche, ya que esta tarde había llegado un jinete con noticias sobre ella. Duncan se sentó junto a la chimenea y esperó a que su padre abordara el tema. Después de haber discutido ya varias veces con él, Duncan pensó en intentar un acercamiento más pasivo, aunque no se iría sin escuchar las noticias.

—Sé que mi trato con la inglesa ha sido difícil para vosotros. —Kenneth llenó de vino su copa y la de Duncan.

—No me corresponde desafiar vuestras órdenes, padre. —Duncan evitó cuidadosamente mirar a su padre a los ojos.

—No podría haber pedido un hijo mejor, pero habéis hecho más que cuestionar mis órdenes en este asunto. —Con el ceño fruncido, Kenneth continuó. Su voz reflejaba la frustración de la

discusión.

Duncan dejó pasar la merecida reprimenda sin protestar.

—Sabéis que mi prioridad debe ser proteger a nuestra gente. Una mujer que aparece de la nada, que tiene habilidades iguales a las de nuestros mejores guerreros, que es a la vez escocesa e inglesa… es un peligroso problema.

Duncan asintió con la cabeza.

—¿Por qué huye? —reflexionó Kenneth—. ¿De quién huye? Y lo más importante, ¿podría traer a estos enemigos a nuestra puerta? Corrí un riesgo al traerla aquí, pero siento una tremenda deuda con ella por lo que hizo por Nessa.

—Sí, lo sé. Es una situación difícil.

—¿En serio? Veo la forma en que la miráis. Percibo la emoción en vuestras palabras. Veo cómo deseáis protegerla. —Dejando su taza, Kenneth miró a Duncan de frente e hizo una pausa —. Me temo que al traerla aquí arriesgamos a todo el clan. Quizás incluso a nuestros aliados.

—¿Entonces por qué tratarla como a una prisionera? ¿Sabéis que me ha preguntado qué nos diferencia de los hombres que mató defendiendo a Nessa?

Kenneth cerró los ojos, con el ceño fruncido, mientras se recostaba en la silla y se frotaba con los dedos una vieja herida de guerra en el hombro, un gesto que le resultaba familiar cuando estaba enfadado.

—Cuando le dije que la protegeríamos, me dio las gracias por la protección que le habíamos proporcionado hasta entonces, recordándome la herida que le hizo Shamus, que ella misma cosió. —El enfado de Duncan aumentó, se encrespó y finalmente se rindió—. Confío en vuestro juicio, padre. Sólo que no lo entiendo. —La resolución de Duncan de mantener la cordialidad empezó a flaquear.

—Envié a un jinete antes de que la trajerais al campamento aquel día. Necesitaba saber todo lo que pudiera sobre ella. He averiguado que es lady Anna Braxton, hija del barón Everard Braxton, un señor de la frontera. Su madre era lady Rossalyn, hija de lord Elliot. Su madre lleva muerta varios años. —Kenneth gruñó

Su padre cambió de postura en la silla y se pasó una mano por el cabello canoso.

—Su padre y su hermano murieron en un ataque de un noble vecino que ha estado intentando conseguir a Anna en matrimonio. Quería hacerse con sus tierras a la muerte de lord Braxton y su hijo. Al parecer, Anna le había rechazado repetidamente. Lord Braxton no la forzó, y parece que el hombre se cansó de esperar. Nadie dentro de la torre sobrevivió al ataque. —La voz sombría de Kenneth reflejaba la dura realidad de su historia.

Duncan se puso de pie, con la ira latiéndole en el cráneo, exigiéndole que la protegiera de las artimañas de ese *Sassenach* desconocido.

—Por lo que he averiguado, ella y su hermano salieron de caza y se encontraron con el ataque a su regreso. Su hermano debió obligarla a huir, porque encontró la muerte en defensa de su hogar. —Su padre le hizo un gesto para que volviera a sentarse.

Duncan se acomodó en la silla, con la mente en vilo, asimilando los hechos. Esto explicaba muchas cosas. La sangre inglesa y escocesa, el entrenamiento y el porte regio, aunque no explicaba por qué era una luchadora en lugar de la esposa de un noble.

—¿Se refugió con el clan de su abuela, entonces? —Duncan seguía preguntándose por las circunstancias de haberla descubierto sola tan lejos de la frontera.

—No. Nunca se acercó a Elliot, nunca buscó ayuda ni estableció contacto. Probablemente temen que esté muerta o algo peor. Al parecer, no sabe quién atacó a su familia. No huyó a otra baronía, llevándose los problemas con ella, sino que se adentró en Escocia, en lo desconocido.

Tiene el corazón de un león. —Kenneth se inclinó hacia delante en su silla. Su rostro se endureció.

Duncan oyó por fin la misma admiración que sentía reflejada en la voz de su padre.

—Para responder a vuestra pregunta, la he mantenido prisionera porque era posible que ella hubiera cometido algún tipo de crimen. Quería asegurarme de que no tuviera oportunidad de huir. Como sabéis, hay quienes la maltratarían y luego la degollarían por el mero hecho de ser inglesa. La capturé tanto por su propia seguridad como por cualquier otra cosa. —Kenneth relajó su postura.

Esta última afirmación resonó en la sala. Duncan no podía decir a cuál de ellos intentaba convencer. Duncan se cruzó los dedos sobre el pecho, hundiéndose más en los mullidos cojines del sillón, con las piernas estiradas delante de él, cruzadas por los tobillos. Sí, había visto su valentía representada varias veces. Esta historia encajaba con lo que sabía de su carácter.

Ambos hombres se sentaron en silencio, considerando la situación, considerando las opciones. La verdad de sus circunstancias sólo sirvió para intensificar los sentimientos de Duncan por ella.

—¿Qué haréis? —Cambió de posición y se frotó las piernas, esperando una respuesta.

—Los MacGregor nunca nos echamos atrás en una lucha, y nunca olvidamos una deuda contraída. La albergaremos aquí, la esconderemos si sus enemigos vienen a buscarla. Aunque no creo que este inglés se arriesgue a una guerra invadiendo tan adentro de Escocia por una muchacha. —Kenneth se acercó a la ventana que daba al pueblo. Permaneció largo rato en silencio, mirando a lo lejos mientras la noche absorbía la luz del día.

—Teniendo en cuenta su experiencia hasta ahora, ¿hay motivos para pensar que confiaría en nosotros y aceptaría una oferta así? —Duncan masticó cuidadosamente sus palabras antes de preguntar lo siguiente.

Una sonrisa genuina cruzó el rostro de Kenneth. Parecía divertido de que por fin pudieran mantener una conversación cordial sobre el asunto. Su expresión divertida se disolvió en algo más duro antes de responder.

—Tuve tres días para plantearme la vida sin Nessa. Cada día imaginaba tener que mirar a los ojos de vuestra madre si no conseguíamos encontrarla, o si había muerto durante el rescate. Lady Anna Braxton es la razón por la que no veré el dolor de la muerte de Nessa en el rostro de vuestra madre. Le ofreceré mis más sinceras disculpas y la trataré como a una hija si ella lo permite. Si no, la escoltaremos a donde quiera ir.

Duncan se inclinó hacia delante, acariciándose la barbilla con las manos, reflexionando sobre el plan de su padre. Estaba de acuerdo en que era lo correcto, sin embargo, la idea de que Anna se fuera, era desconcertante.

—He hablado con su guardia. Se sienta en silencio y se concentra a intervalos regulares. Recita la Biblia y poesía en varios idiomas y realiza a diario complejos ejercicios de lucha. Ha comido muy poco desde su llegada. No ha probado el estofado que le hemos dado, ni en los tres días de viaje hasta aquí. —El tono de Duncan era tan soso como si ofreciera un informe de cosecha.

—¿Se está muriendo de hambre? —Este último dato hizo fruncir el ceño al lord.

—No, no lo creo. Ella cazó y mató en el viaje de regreso. Añadió esto a algo de carne seca y fruta de su zurrón. No sé por qué ha elegido comer nada más que gachas y pan en cinco días. Sé que cada uno de sus días es exactamente el mismo. Su patrón es predecible, no varía. Y aún queda el pequeño misterio de cómo escapó de su celda. —Duncan hizo una pausa, considerando la pregunta. El miedo por el bienestar de Anna se abrió paso en sus pensamientos. Le negó

firmemente el acceso. Duncan no pudo evitar la estima que sentía por ella, ni la sonrisa que la acompañaba cuando volvió a pensar en su fuga.

—¿Ha sido entrenada para ser una cautiva? —El ceño de Kenneth permaneció fruncido.

—Sí, es una explicación lógica. —Duncan soltó una carcajada sin gracia, bajando la cabeza en señal de acuerdo.

—¿Por qué demonios se enseñaría a una joven de sangre noble a soportar el cautiverio?

Duncan compartía la exasperación de su padre, pero no tenía una respuesta preparada. Era una buena pregunta. Tal vez si aceptaba la oferta de su padre, si el trato que le daban no la había llevado ya demasiado lejos, lo descubrirían.

Parecía que por cada pregunta respondida surgía al menos una más. Esto sólo sirvió para profundizar el misterio de *lady* Anna, despertando aún más la curiosidad de Duncan. Todo en ella parecía una contradicción. Mitad inglesa, mitad escocesa. Una jinete, luchadora y cazadora consumada, y una mujer extraordinariamente bella. Criada para vivir entre los más privilegiados, pero entrenada para soportar el encarcelamiento. No podía pensar en otra cosa. Deseaba saber qué era lo que le hacía desearla tan intensamente. Con un suspiro de frustración, Duncan previó más noches sin dormir.

CAPÍTULO 5

Al anochecer del quinto día de su cautiverio, se abrió la puerta de la celda donde se encontraba Anna. En lugar de traerle comida, el odioso guardia la miró fijamente y le hizo un gesto para que abandonara la celda. Sus puños cerrados y su rostro contraído le indicaron que su ira contra ella no se había calmado.

Cada fibra de su cuerpo se tensó. De pie junto a la puerta, esperó a que se moviera, negándose a darle la espalda. Con un gruñido de disgusto, él cruzó la puerta de la prisión, abrió la siguiente y continuó sin esperar a ver si ella lo seguía. Entró en el gran vestíbulo y la condujo hacia una puerta situada en el otro extremo de la gran sala.

La enorme sala bullía de actividad. Todos, desde los hombres y mujeres sentados a las mesas hasta los que servían, detuvieron sus acciones y se quedaron mirando mientras el guardia la conducía hasta la siguiente puerta. La experiencia la estremeció y le erizó el vello de la nuca, como si la hubieran arrojado a una sala llena de depredadores y ella fuera la presa ensangrentada.

Cuando el guardia abrió la siguiente puerta, vio una cámara más pequeña y opulenta con una mesa rodeada de sillas de respaldo alto. Las paredes estaban tapizadas con gruesos tapices de colores. El candelabro de la mesa, de intrincada talla, contenía docenas de velas, con el inconfundible y dulce aroma de la cera de abejas llenando el aire. Todo en esta habitación denotaba riqueza.

Evidentemente, se trataba de un salón privado donde MacGregor recibía a sus invitados. La suntuosidad de su decoración pretendía impresionar, o tal vez intimidar. Su guardia movió la cabeza, indicándole que se acercara.

—*Lady* Anna, acompañadnos a comer. —Cuando ella entró, Duncan y su padre se levantaron de sus asientos. Levantando su copa, el lord tomó la palabra.

El tono transmitía calidez e invitación, lo que la confundió. El guardia apartó bruscamente la silla del extremo opuesto de la mesa, indicándole que se sentara. Ella lo hizo con cautela y luego ajustó la silla para mantenerlo a la vista.

—Por favor, servíos. Mi hijo me dice que has comido poco en cinco días.

La suave reprimenda le recordó a su padre. Mantuvo una fachada tranquila, ocultando la ansiedad que la invadía.

—Gracias, señor. —Anna colocó un trocito de queso, una rebanada de pan y una manzana en el plato que tenía delante.

—Probad el vino —instó MacGregor.

A juzgar por la ligereza de su voz y sus gestos, le gustaba el papel de anfitrión. Atrás había quedado el severo guardián de la última noche y, en su lugar, un simpático caballero.

Anna ignoró su petición y, en su lugar, cogió una jarra de agua. Anna no tenía intención de perder el juicio con vino. Ella sabría si habían contaminado el agua. Era más fácil adulterar o envenenar el vino.

Después de reunir un pequeño plato de comida, el señor la animó a comer. Anna dio un mordisco a la manzana y esperó a que pronunciara su sentencia. Traerla a una habitación así, preguntarle si quería cenar con ellos, superaba sus expectativas. Mientras masticaba, escudriñó la habitación en busca de un escape, sin perder de vista al guardia. Sospechaba que sus movimientos la avisarían de cualquier peligro.

—*Lady* Anna, quiero disculparme por haberos tomado y retenido contra vuestra voluntad.

Debéis entender que no sabía quiénes erais. No sabía qué crímenes podríais haber cometido, o de qué enemigos podríais estar huyendo.

«¡Crímenes!» La acusación anuló su tono conciliador. La ira le ardió en la sangre y necesitó todo el control que poseía para permanecer sentada. Dejó de masticar, sus dedos se aferraron a los reposabrazos de madera de la silla y su columna se tensó como una flecha.

—El día que nos ayudaste, envié a un jinete a seguir vuestro rastro, tratando de averiguar algo sobre vosotros. Como no estabais dispuesta a hablar, tenía que saber de qué problema huíais, y tal vez nos condujerais a nosotros.

—¿Y ahora me conocéis, lord? —Anna rechinó los dientes.

—Sí. Sois *lady* Anna Braxton, hija del Barón Everard Braxton y *lady* Rossalyn, del clan Elliot. Huisteis después de que vuestra casa fuera atacada por un noble rival, vuestra familia asesinada, vuestra casa quemada. Por eso lo siento mucho.

—¿Lo lamentáis? —Se levantó de un salto. Después de haber soportado ocho días de cautiverio, todo por rescatar a su hija, Anna ya había oído suficiente—. ¿Por qué? ¿Por la muerte de mi familia, la pérdida de mi hogar o por encarcelar injustamente a un aliado durante una noche?

Un golpe inesperado la hizo volar por los aires. El furioso rechinar de sillas, las voces furiosas mientras Duncan y su padre gritaban al guardia que la había atacado, todo era un revoltijo de sinsentidos mientras las luces bailaban a su alrededor, con la cabeza palpitante. Probó el sabor metálico de la sangre y sintió su calor en la cara. Una neblina roja le nublaba la vista.

Poniéndose en pie a trompicones, Anna se lanzó contra su atacante. Utilizando toda la fuerza que pudo reunir, Anna le plantó una patada entre las piernas, gratificada al oír su gruñido de dolor. Cogiéndole del cabello con ambas manos, le golpeó la cara con la rodilla. El satisfactorio crujido roció su túnica con un chorro de sangre. Giró su cuerpo y se liberó, concentrando todo su peso en un codazo que le golpeó en la mandíbula, justo debajo de la oreja. Mientras el guardia caía al suelo, desenvainó su daga para rematar la faena.

—¡*Lady* Anna! —La voz de Duncan rompió la niebla de su furia—. No lo matéis. No quisiera verte colgada por asesinato.

Con la mirada fija en Duncan, Anna sujetó a su guardia caído por el cuero cabelludo y le hizo un corte de diez centímetros en la mejilla como recordatorio de su error. El dolor pareció despertarlo y gimió. Dejándolo caer al suelo, se dirigió hacia la entrada.

—*Lady* Anna, por favor quedaos. Nos ocuparemos de sus heridas. Sentaos con nosotros, terminad vuestra comida. Queremos hablar con vosotros. —El lord señaló hacia la mesa y su silla vacía.

—Gracias, mi señor, pero parece que he perdido el apetito. Si me disculpáis, me retiraré a los aposentos que tan amablemente me habéis proporcionado. —Aun furiosa, se las arregló para contestar. Dio dos pasos hacia la puerta cuando Duncan volvió a hablar.

—Anna, lo siento. No debería haberte golpeado. Será castigado.

Al darse cuenta de que aún tenía la daga en la mano, vio en la pared una diana para dardos. Lanzó la hoja, golpeando cerca del centro de la diana.

—Decidles a vuestros hombres que no vuelvan a tocarme. El próximo bárbaro que lo haga morirá, ¡que se atengan a las consecuencias!

Cerrando la puerta tras de sí, entró tambaleándose en la sala principal. Ignoró las miradas y el murmullo de las voces, y sólo avanzó unos metros antes de que sus pasos vacilantes la obligaran a detenerse. Se apoyó en la pared, luchando por despejarse y recuperar el equilibrio. Las palabras

del hacendado sobre su familia, sobre su hogar, resonaban en su mente. Lágrimas de rabia se abrieron paso por sus mejillas. Quería arremeter contra alguien, gritar.

Una oleada de vértigo la inundó. Se abrazó a la pared. El murmullo de una conversación llenaba la sala, aunque no podía distinguir las palabras. Cuando el mareo disminuyó, evaluó sus heridas. Le dolía un nudo en la nuca, pero no se había roto ningún hueso. Se limpió la sangre de la nariz y la boca con la manga. Su ojo izquierdo empezó a hincharse y probablemente se cerrará antes del amanecer. La piel seguía caliente en el lugar donde había posado la mano, con el escozor aún palpitante. El martilleo que sentía en la nuca parecía el de un herrero. Controlando la respiración, Anna se concentró en dejar pasar el mareo. En lugar de eso, el mareo regresó, duplicando su intensidad. Respiró entrecortadamente y cayó al suelo.

* * *

Duncan estalló de rabia. El impulso de proteger a Anna rugía más fuerte que nunca. Sólo la intervención de su padre le impidió matar a Alain con sus propias manos. Sordo a la razón y débilmente consciente de los gritos de Kenneth, luchó contra el agarre de su padre mientras Alain entraba a trompicones por la puerta. Sin el guardia, Kenneth pidió a Duncan que siguiera a Anna para asegurarse de que no estuviera gravemente herida, y ordenó que la llevaran arriba para que Nessa e Isla la atendieran.

Duncan entró en el vestíbulo principal para encontrarla y vio a una multitud rodeando algo en el suelo. El pánico se apoderó de él y se acercó rápidamente a la muchedumbre, apartando a los que se interponían en su camino. Su mirada se posó en la mujer arrodillada junto a Anna.

—Os habéis desmayado, señor.

Duncan dio las gracias con la cabeza y apartó el cabello de Anna de su cara. La cogió en brazos, atrayéndola hacia su pecho, y la llevó hacia las escaleras que conducían a la habitación de Nessa. Los murmullos de especulación le siguieron, desvaneciéndose a medida que subía las escaleras. Vio la sangre en su rostro y ropas y luchó contra la fura que amenazaba su cordura. Su rabia asesina dio paso a una necesidad imperiosa de consolarla y protegerla. Aunque sabía que la mayor parte de la sangre de sus ropas pertenecía a Alain, ello no contribuyó a disipar su preocupación. Temblaba de la emoción de tenerla entre sus brazos. No tenía ni idea de lo que le estaba pasando, pero sabía que ella pertenecía a ese lugar. La levantó a un lado mientras abría la puerta. Pesaba más de lo que pensaba, y sus brazos y piernas eran sorprendentemente gruesos y musculosos. No era una muchacha delicada, sino una mujer robusta con cuerpo de guerrera.

La recostó suavemente en la cama supletoria de la habitación de Nessa. Sintiéndose impotente, Duncan se debatía entre su necesidad de venganza y la de volver a abrazarla. Ante el leve toque de su madre, salió de sus contradictorios pensamientos.

—Padre quiere que la cuidéis. —La aspereza de su voz le sorprendió. Nunca había empleado ese tono con su madre. Detectó la expresión de desconcierto en el rostro de su madre, sabiendo que había captado el remolino de emoción en sus ojos.

—Dejadla con nosotros. Nos ocuparemos de ella. —Tras un largo silencio, la mujer habló por fin, aunque apenas por encima de un susurro.

Inclinando la cabeza respetuosamente, Duncan dejó a Anna al cuidado de su madre y su hermana. Bordeando el salón principal, se dirigió al establo donde le puso las bridas a su semental y cabalgó hasta el lago. Desnudándose, se sumergió en las heladas profundidades, apretando los dientes ante el frío. Con los pulmones a punto de reventar, salió a la superficie y soltó un aullido, desahogando la frustración de un deseo de batalla insatisfecho. El agua helada disipó la rabia inmediata que lo invadía. La fría ira que le quedaba no se aplacaría hasta que

matara al bastardo por haberla herido.

El poderoso recuerdo de Anna en sus brazos no disminuyó. Pensó en la suavidad de su piel, en el torbellino humano que suponía tenerla entre sus brazos. Cerrando los ojos, Duncan juró hacer todo lo que estuviera en su mano para volver a tenerla allí.

Sus instintos de protegerla seguían desenterrando recuerdos y la culpa por su hermano Callum lo atormentaba aún más. Aunque nunca estaba lejos de sus pensamientos, por alguna razón la presencia de Anna trajo a Callum al primer plano de su mente. Tal vez una buena noche de sueño le ayudaría a tener una mejor visión de las cosas a la luz de un nuevo día. El hecho de saber que Anna yacía en una cama adecuada y recibía cuidados, le permitía cierta medida de paz.

* * *

Alain recogió sus pertenencias y las colocó sobre su caballo. Sólo se le ocurría un lugar al que ir: el clan de su madre, a las afueras de Edimburgo. Sabía que aún vivían un tío y algunos primos. Le esperaba un viaje de al menos tres días, si no cuatro. Le daría mucho tiempo para pensar en su situación. Tiempo para planear su venganza contra MacGregor y la perra inglesa que había traído para su hijo. Basado en lo que MacGregor dijo esta noche, habría gente interesada en su paradero. Lo suficientemente interesados, tal vez, para pagar generosamente.

El truco consistiría en averiguar quién ofrecería dinero por tal información, y luego cobrar sin que lo mataran en el proceso. Si el interesado necesitara aliados escoceses para secuestrar a la joven, aún mejor. Aunque más complicado, significaría una bolsa más grande, con la oportunidad de venganza personal. Sí, habría que planearlo bien. Alain juró que MacGregor y su nueva ramera pagarían con sangre.

CAPÍTULO 6

El dolor y la luz se filtraban por uno de los párpados de Anna. Al moverse, una oleada de náuseas la invadió. Se dio la vuelta y vomitó en un cubo convenientemente colocado. Por el estado del recipiente, ya lo había hecho antes, pero no lo recordaba. Después de que su estómago se calmara, trató de evaluar sus heridas y su entorno.

Tentativamente, se llevó una mano a la cara y se tocó la carne hinchada y sensible. Los recuerdos volvieron a ella. Con la boca seca, se lamió los labios y sintió el escozor de un labio partido. Intentó levantarse, pero unas manos suaves la empujaron hacia abajo y le colocaron un paño frío y húmedo sobre el ojo dañado.

—No os mováis. Aquí estáis a salvo.

Una voz femenina, joven, que ya había oído antes. Al girar ligeramente la cabeza, Anna buscó la fuente y reconoció a la joven a la que había rescatado hacía una noche. La joven sonrió.

—Soy Nessa. Me salvasteis, ¿lo recordáis?

—Sí, claro que lo recuerdo. ¿Cómo he llegado hasta aquí? —Anna respiró hondo y sólo consiguió susurrar.

—Mi hermano os trajo aquí la noche pasada después de que os desmayarais. Mi criada y yo os desvestimos y pusimos un camisón. Espero que no os importe. Vuestras ropas estaban sucias y había que remendarlas. Mi padre nos dijo que os cuidáramos hasta que os recuperaseis. —Nessa le colocó la manta sobre los hombros y Anna sintió un calor inmediato.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —Al notar el brillo del sol a través de la ventana, Anna cerró los ojos.

—Habéis dormido toda la noche y casi todo el día. Ya es por la tarde. Aparte de algunas veces que necesitasteis el cubo, no os habéis despertado, aunque vuestro sueño se vio perturbado por pesadillas. Nunca tuve la oportunidad de agradeceros por salvarme la vida. Padre no nos permitió acercarnos a vosotros después del rescate. Dijo que no era seguro.

—Estaba siendo protector. Casi os pierde. —Anna forzó una pequeña sonrisa.

—Pero nos salvasteis de aquellos hombres. Dijeron que nos matarían antes que dejarnos marchar. No entiendo cómo pudo pensar que erais un peligro, después de salvarme la vida.

—Nessa frunció el ceño, con las manos en las caderas en una pose de indignación.

—A veces la protección de un padre no tiene sentido. Así es como nos dicen que nos quieren. —Su voz gruñó por lo bajo, áspera por el cansancio, a pesar de haber dormido.

—Sois bienvenida si deseáis descansar más. Cuando estéis lista, os ayudaremos a bañaros. Hay comida y bebida en la mesa. Cuando os sintáis bien, mi padre y mi hermano desean hablar con vos.

—La última vez que vuestro padre y hermano quisieron hablar conmigo, casi mato a un hombre. —Anna vio la bañera cerca de la chimenea y la comida en una mesita en un rincón. Le dirigió a Nessa una mirada franca.

—Deberíais saber que Alain ha sido desterrado. Mi hermano quería matarlo por lo que hizo. Cuando padre proclamó su sentencia, le dijo al clan que todos debían tratarte como si fueras su propia hija. Dijo que, si alguien levantaba una mano contra vosotros, él mismo lo mataría. —Nessa bajó inmediatamente la mirada. Las lágrimas brillaron en sus mejillas y se las secó.

Aturdida por el silencio, Anna volvió a cerrar los ojos, tratando de entender las palabras de Nessa.

«¿Su propia hija? ¿Qué quería decir? Después de tratarme como a una enemiga, ¿ahora quiere tratarme como de la familia?»

El estómago se le revolvió de nuevo, aunque esta vez no por el dolor de cabeza. Mientras se recostaba, unas manos suaves le desenredaron el cabello.

—¿Queréis dormir más, o estáis lista para un baño?

Anna trató de recordar cuántos días habían pasado desde que se había bañado adecuadamente. No lo recordaba. Más de quince días. Sus últimos baños habían sido en ríos y lagos. Aun así, no se atrevía a levantarse de la cama.

—Dormid por ahora. —Incapaz de abrir los ojos, suspiró.

Debieron de pasar pocas horas, porque cuando se despertó, el sol seguía en el cielo, aunque mucho más bajo. El dolor en su cabeza, un tirano despiadado, se había calmado un poco. Vio a Nessa sentada a su lado, leyendo un libro. La muchacha la miró y sonrió.

—¿Estáis lista para un baño?

—Un baño suena bien. —Levantándose lentamente, con el cuerpo rígido y dolorido, Anna asintió.

—Ella es Isla, mi sierva y mejor amiga. También la rescatasteis. —Nessa señaló a la otra joven que la acompañaba.

—Gracias —susurró, con lágrimas en los ojos. Isla cogió la mano de Anna, la giró con la palma hacia arriba y la besó.

Anna respondió con una media sonrisa y una media mueca mientras intentaba deslizarse por el borde de la cama. Las dos muchachas ayudaron a Anna a meterse en la bañera, e Isla añadió cubos de agua que había dejado calentándose junto al fuego. Anna gimió ante el tacto celestial del agua caliente sobre su piel, y sus doloridos músculos se relajaron uno a uno.

Nessa sacó una pastilla de jabón con olor a lavanda y miel y la ayudó a bañarse, mientras Isla le lavaba el cabello. Anna se tensó cuando los dedos de Nessa trazaron las líneas azules de sus hombros y espalda. Después de enjuagarla con un último cubo, la dejaron en remojo, el agua caliente ahuyentando el frío de su cuerpo. Nessa volvió a su libro mientras Anna se relajaba en la bañera de madera de respaldo alto y se revisaba el brazo. La herida que le había hecho Shamus seguía curándose bien.

«Maldito hombre».

Complacida por no encontrar hinchazón ni sensibilidad en el lugar, se deslizó un poco más bajo el agua humeante, notando distraídamente que, por primera vez desde su llegada, no estaba siendo vigilada por guardias. Sin embargo, no estaba en condiciones de escapar. Además, no quería salir del baño caliente. ¿Quién iba a pensar que una bañera caliente sería una prisión más rápida que los fríos barrotes de hierro?

Por fin el agua empezó a enfriarse. Las muchachas le prepararon un albornoz y la ayudaron a salir de la bañera. Anna se sentó junto al fuego y se peinó el cabello, separando los mechones para ayudar a que se secaran. Nessa le ofreció un camisón corto y una gruesa túnica azul y ella se los puso con movimientos lentos y deliberados, evitando cualquier movimiento rápido que hiciera que el dolor de su cabeza empeorara, desequilibrándola.

—Aquí tenéis los trajes de mi hermano. He visto que no lleváis vestidos.

—Puedo llevar un vestido hasta que mi ropa esté remendada. —Al ponérselos, Anna notó que le quedaban muy bien, aunque le apretaban un poco en la cintura.

Nessa asintió y le dio a Anna un vestido túnica verde pálido de un gran baúl de madera. A diferencia del reducido número de vestidos de seda, satén y terciopelo que Anna había poseído, la robusta lana lo convertía en una prenda práctica para el uso diario. Anna se maravilló de la

falta de juicio en la voz de Nessa cuando mencionó los vestidos. Acostumbrada a que la ridiculizaran por vestirse como un hombre, se sintió aliviada de no tener que defender sus elecciones.

—Supongo que no soy como otras mujeres que conocéis. —Levantó una ceja, invitando a una respuesta.

—¿Puedo preguntaros por vuestras marcas? —Nessa sonrió con dulzura.

—¿Vuestro clan no tiene algo parecido?

—Sí, lo tenemos, pero sólo para nuestros guerreros experimentados. —Nessa respondió, asintiendo enérgicamente.

Anna se sentó a la mesa e indicó a Nessa e Isla que se sentaran. Miró por la ventana e hizo una mueca de dolor cuando la luz le atravesó la cabeza. Volvió a la tranquilizadora penumbra de la habitación y tomó un trozo de pan, esperando que su estómago lo tolerara. Llevaba seis días comiendo muy poco.

—Hace cientos de años, nuestro pueblo luchó contra los romanos en su avance hacia el norte a través de Gran Bretaña. Durante ese tiempo algunas mujeres se entrenaron en la batalla junto con los hombres. Me han dicho que el patrón que llevo es el que llevaban esas mujeres. En mi clan, es el símbolo de una guerrera.

—Sois inglesa. —El desconcierto se reflejó en el rostro de Nessa y en su voz.

—Sí, soy mitad inglesa y mitad escocesa. Fui criada en el torreón de mi padre, en las tierras fronterizas. El clan de mi madre estaba a menos de medio día de camino. Pasé mucho tiempo con su gente. Me enseñaron su lengua y sus costumbres. Luché en dos batallas diferentes con el clan de mi madre y en una con los hombres de mi padre. —Anna soltó un fuerte suspiro.

Después de unos cuantos bocados, el estómago de Anna no aguantó más. Mejor comer ligero ahora, ya que no tenía ningún deseo de volver a visitar el cubo. Necesitaría una semana o más antes de curarse lo suficiente como para intentar otra fuga. Con suerte, bajarían la guardia y ella podría escapar, si encontraba su caballo y sus pertenencias. Recordando su último esfuerzo, los pensamientos de escapar parecían improbables a corto plazo.

—Por favor, hacedle saber a vuestro padre que hablaré con él cuando lo desee.

Deseosa de ayudar, Nessa se apresuró a salir de la habitación con su recado.

Anna miró a su alrededor en busca de su zurrón y lo vio a los pies de la cama donde había dormido, junto con su armadura. Para su sorpresa, sus armas también estaban allí. Se levantó para coger agua caliente de una tetera que había sobre el fuego y sacó dos tipos de corteza de árbol de su zurrón. Bebió un sorbo de la mezcla de hierbas y, unos minutos más tarde, su dolor remitió ligeramente. Contemplando el pulido disco reflectante de Nessa, Anna se fijó en su aspecto, palpando su carne hinchada y magullada. Disfrutó de una sombría satisfacción al saber que tenía tan mal aspecto como se sentía. Todo el lado izquierdo de su cara mostraba varios tonos de marcas negras y azules. Apenas se reconocía a sí misma.

—A mi padre y a mi hermano les gustaría que nos uniéramos a ellos para la cena al atardecer. —Nessa regresó al tiempo que Anna sorbía el brebaje medicado.

Anna asintió y se llevó la taza a un cómodo sillón frente al fuego. Sacó un pequeño rollo de cuero de su zurrón y extrajo un juego de agujas. Colocó con cuidado las finas agujas de acero en el cuello y la cabeza, donde aliviarían el dolor y, con suerte, las náuseas. Anna oyó un fuerte suspiro. Nessa corrió por el suelo hacia ella.

—¿Qué estáis haciendo? —La joven se tapó la boca con la mano y abrió mucho los ojos, alarmada.

—Es un antiguo método de curación oriental llamado *bian shi*. Estoy entrenada en las artes

curativas de Oriente, así como en las del clan de mi madre. —Anna respondió con calma.

Nessa observó con inquietud cómo Anna continuaba. Con un suspiro, Anna se reclinó cautelosamente en la silla y se quedó totalmente inmóvil.

—¿No os duele? —preguntó Nessa, preocupada.

—No, siento algo entre un ligero dolor y un hormigueo.

Nessa seguía con el ceño fruncido, así que Anna le dio una sencilla explicación sobre la energía interna y sus vías en el cuerpo. Aunque seguía con cara de asco, Nessa parecía algo más tranquila, o al menos convencida de que no le causaba más dolor.

—Es hora de cenar. —Anna debió de quedarse dormida, porque lo siguiente que sintió fue un suave codazo que la despertó. Entonces, ante la mirada fascinada de Nessa, retiró las agujas y las volvió a colocar en su tela, atando el rollo de cuero.

—¿Os han ayudado? —Nessa hizo un gesto con la mano hacia las agujas.

—Sí, un poco. Tardarán unos días, pero ayudarán.

Anna siguió a Nessa hasta la puerta. No había comprendido las palabras de Nessa. ¿Tratada como la propia hija del lord? Aún le dolía la cabeza y no podía pensar con la claridad deseada a pesar del té y el tratamiento con *bian shi*. Intentó procesar las implicaciones de tal declaración, si es que realmente se había hecho.

—Siempre quise tener una hermana. Tener sólo un hermano mayor con quien hablar es aburrido. Quiero que aceptéis la oferta de padre. —Mientras recogía la lana, Nessa la tomó de la mano. Miró a Anna, con la esperanza brillando en sus ojos y esta última rodeó su cintura con un brazo, atrayéndola hacia sí.

—Yo también tuve un hermano mayor. Sé lo molestos que pueden llegar a ser. —Anna aspiró involuntariamente un suspiro mientras la tristeza le quemaba los ojos y amenazaba con desbordarse. Se detuvo momentáneamente y se agarró a la pared mientras la imagen de Edrick siendo arrastrado de su montura la perseguía. Cerró los ojos y contuvo las lágrimas.

—Por favor, perdonadme —suplicó Nessa—. Olvidé que acababais de perder a vuestro hermano. No pensé en ello.

—No, está bien. Estaría bien tener una hermana menor. Aunque dudo que compartamos ropa. —La mirada afligida de Nessa conmovió el corazón de Anna, que esbozó una débil sonrisa tranquilizadora.

Nessa la miró de reojo y soltó una risita. El vestido que le había prestado a Anna le quedaba corto por unos centímetros, aunque había cubierto el ajustado corpiño con un chal de lana. Siguieron el pasillo de piedra, pasando puertas por el camino hasta llegar a las escaleras. Anna se aferró con firmeza a la barandilla de cuerda de la pared mientras descendía, tambaleante como cualquier borracho.

Llegaron a la planta baja. Una puerta se abría al mismo comedor bien equipado en el que Anna había entrado la noche anterior. Inmediatamente alerta, escrutó la sala. Los únicos ocupantes eran el lord, su hijo y una mujer mayor que se levantó inmediatamente y caminó a paso ligero para saludarlos, con una sonrisa de bienvenida en el rostro. Compartía muchos rasgos con Nessa, incluido el largo cabello lino, aunque el suyo tenía algunos mechones plateados entre los dorados. No había señales de guardias.

—*Lady* Anna, soy la madre de Nessa, Mairi. Mi marido y mi hijo me han contado cómo rescatasteis a nuestra hija. No podemos agradeceros lo suficiente lo que habéis hecho por nosotros. —Abrazó suavemente a Anna y besó su mejilla intacta.

—De nada, *milady* —murmuró Anna, sin saber cómo responder a la muestra de afecto.

Nessa cogió una de las manos de Anna. Mairi cogió la otra y la condujo a la mesa. De pie

frente a Duncan, lo miró por primera vez. Duncan se puso visiblemente rígido y su rostro se llenó de ira.

—Padre, madre, os pido que me disculpéis. —Apartó la mirada y se levantó bruscamente.

—Muy bien. —Su padre suspiró cansinamente.

Duncan salió furioso de la habitación sin mirar ni un segundo a Anna, cerrando la puerta tras de sí. Todos parecían avergonzados y el silencio persistente creaba un ambiente incómodo.

—Perdonadme, mi señor, si mi presencia le ha quitado el apetito a vuestro hijo. Tal vez debería volver a subir las escaleras. —Anna levantó la barbilla.

Ante esto, los tres rieron ligeramente, y el lord la invitó a sentarse entre su esposa y su hija.

—*Lady* Anna, os vuelvo a preguntar si me perdonáis. —El rostro del señor se suavizó—. Debéis entenderlo. Es mi responsabilidad mantener a salvo a nuestro clan. Para que aparecierais de las sombras del bosque, vestida como estabais, poseyendo las habilidades que tenéis, una muchacha inglesa, tenía que saber que, ayudándoos, no traíamos vuestros problemas a nuestras tierras. Hicisteis lo mismo al no acudir a vuestra abuela. ¿Verdad?

Anna consideró sus palabras y luego asintió.

—Os mantuve prisioneros para que no pudierais escapar —explicó el lord—. Tanto para protegeros de otros que quisieran haceros daño, como por si alguien os reclamaba. Me dolió hacerlo, después de que rescatarais valientemente a mi hija, pero no vi otra opción. Las acciones de mis hombres desde entonces han sido imperdonables. Sois una invitada de honor. Os ofrezco mi protección. Perdisteis un padre y un hermano. Convertíos en nuestra hija, y ganad una nueva familia con nosotros. Entiendo si no confiáis en mí, o si no deseáis quedarte. Permitidnos unas semanas para probar que tenéis un lugar aquí. Si decidís iros, sólo os pregunto si esperáis a estar curados. Enviaré una escolta con vosotros a donde decidáis.

Anna permaneció en silencio. Nessa no exageraba.

—No sabéis a dónde queréis ir, ¿verdad?

Sorprendida por la pregunta, Anna pensó en una respuesta, pero sólo se le ocurrió una sincera.

—No, señor, no tenía ningún destino en mente. Mi hermano me hizo jurar que huiría para ponerme a salvo. No podía soportar ver al clan de mi madre correr la misma suerte que mi hogar, así que viajé hacia el norte y el oeste, adentrándome en la ocultación de los bosques. No tengo adónde ir. —No se lo había confesado a sí misma, y mucho menos había expresado ese pensamiento, y hacerlo le produjo una insoportable sensación de pérdida. Las lágrimas ardían de nuevo, buscando desahogo, pero el orgullo no le permitía dejar que las emociones la traicionaran delante de aquel hombre.

—Entonces os quedaréis con nosotros. —El lord asintió como si estuviera satisfecho con su respuesta.

«¿Cómo puedo aceptar quedarme con el hombre que me encarceló esta noche? ¿Qué otra opción tengo? No aguantaría ni un día en mi estado actual. Incluso si estuviera dispuesta a cabalgar, ¿adónde iría? ¿Dónde podría encontrar refugio?»

—Es una oferta generosa, señor. ¿Me daríais tiempo para considerarla? —Anna respondió sin estar segura de lo que quería,

—Por supuesto, tomaos todo el tiempo que queráis. Mientras tanto, os quedareis con Nessa. —Hizo un gesto con la mano.

Nessa le apretó la mano por debajo de la mesa, mostrando su aprobación.

—¿Y vuestro hijo? No parece muy contento con vuestra oferta. —Recordó la cara de Duncan cuando la vio antes.

Ante esto, el lord soltó una breve carcajada y negó con la cabeza. Nessa soltó una risita. *Lady* MacGregor se limitó a sonreír con complicidad.

—Mi hijo ha estado muy enfadado conmigo. Enfadado por la forma en que os he tratado, enfadado porque permití que Shamus os desafiara, y enfadado porque no le dejé matar a Alain por atacaros. No puedo decir que lo culpo. No, mi hijo desea que os quedéis. Os admira mucho. Me temo que ver el daño que causó Alain fue más de lo que pudo soportar. —Los sagaces ojos de lord MacGregor se encontraron con los suyos.

Sin saber qué pensar, Anna mantuvo la boca cerrada.

—Por favor, comed. Duncan me ha dicho que apenas habéis comido esta semana. ¿Por qué no? —El lord miró su plato trinchero.

—El estofado no es algo que esté acostumbrada a comer. Temía que, si lo hacía, enfermaría, una condición que no podía permitirme con mis… circunstancias actuales. —Se pensó una respuesta para no ofender.

El ceño fruncido de MacGregor se alivió con una mirada de comprensión. Anna se dio cuenta de que quería preguntar algo más, pero guardó silencio. En la mesa había pan fresco, queso, una especie de ave asada en una espesa salsa con verduras y fruta. Delante de cada plato había un cuenco de sopa con olor a guisantes y puerros. También había jarras de vino, cerveza y agua. Anna cogió unas cuantas uvas, las exprimió en una taza y la llenó de agua. Arrancó un trocito de pan, cortó una pera en rodajas y comió lentamente la sopa. No le costó mucho tomarla y sabía bastante bien. Echó un vistazo a la sala y se dio cuenta de que los demás comían con los platos llenos, por lo que, en comparación, el suyo parecía casi vacío.

—Debéis comer más si queréis recuperar fuerzas —comentó *lady* MacGregor.

—Gracias, mi señora, pero tengo náuseas por el golpe en la cabeza y no puedo comer mucho inmediatamente después de ayunar una semana.

Lady MacGregor apoyó la mano en el brazo de Anna, dándole unas palmaditas para mostrar su comprensión. La respuesta de Anna pareció despertar el interés del lord. Su rostro delataba las preguntas que quería hacer. Anna dejó de comer y le miró en señal de invitación.

CAPÍTULO 7

—Sois la hija de un barón, y sin embargo habéis sido entrenada para soportar el encarcelamiento. ¿Por qué?

Una comisura de la boca de Anna se crispó ante la pregunta del lord. No conocía a ningún otro noble, y menos a una mujer, que hubiera sido preparado así. Sin embargo, se había acostumbrado a ser una rareza.

—Mi hermano y yo teníamos un tutor que era muy minucioso en su instrucción.

—¿Qué clase de tutor enseña así? —Inclinó la cabeza.

—Zhang había sido prisionero, rescatado por mi padre cuando luchaba durante las Cruzadas, antes de mi nacimiento. Sirvió como guardaespaldas de un rico comerciante chino. Formaban parte de una caravana comercial emboscada por los mamelucos. Zhang se unió a lord Braxton como pago por su libertad.

—¿Tutor? Debe haber comenzado vuestra educación a una edad temprana. ¿Cuántos años tenéis, muchacha? —Una sonrisa cruzó los labios de MacGregor.

—Una veintena, señor. —Endureció su cuerpo y su expresión ante la irritante pregunta.

—¿Cuándo cumplisteis los veinte, entonces? —Su sonrisa se convirtió en perplejidad.

—Hace tres días.

Nessa jadeó en silencio, mientras apretaba la mano de Anna. *Lady* MacGregor se puso rígida a su lado. La sonrisa del lord se endureció, los labios desaparecieron al curvarse en su boca, con la mandíbula tensa. Se frotó la nuca. Anna mantuvo las facciones planas, tan ilegibles como le fue posible. La tensión parecía drenar el aire de la habitación. Cogió su taza y bebió el agua afrutada.

—Parece que tengo que enmendar más de lo que pensaba.

—Como señor, habéis hecho lo que creísteis mejor para vuestro clan. No hay necesidad de reflexionar más. Si me disculpáis, no me encuentro bien. Gracias por la comida. —Las palabras de MacGregor sonaban a lástima. Anna no lo permitiría y, entonces, se levantó—. Nessa, quedaos con vuestra familia. No necesito ayuda para volver a la habitación. —Una vez arriba, Anna preparó otra tisana para el dolor. Después de beberla, se metió en la cama, agotada.

Unas manos la sujetaron por los hombros, sacándola de un profundo sueño. Alguien la llamó por su nombre. Sobresaltada, agarró frenéticamente las muñecas de la desconocida y se incorporó, encontrándose con la expresión de pánico en el rostro de Nessa. Anna la soltó y se desplomó hacia delante, con la cabeza entre las manos.

—Habéis gritado mientras dormíais. ¿Otra pesadilla? —Nessa se tocó el cabello.

—Lo siento. ¿Os he hecho daño? —No recordaba nada, aunque su corazón latía con fuerza y su respiración era agitada. Sacudió la cabeza y vio cómo Nessa le frotaba las muñecas.

—No, sólo me asusté, eso es todo. —Nessa se sentó en el borde de la cama y secó el sudor de la frente de Anna.

—Siento haberos despertado. —Anna le cogió la mano y se la apretó suavemente.

—No os preocupéis. Esta vez tendrás dulces sueños. —Los labios de Nessa esbozaron una sonrisa comprensiva.

Con un suspiro, Anna se acurrucó bajo las sábanas y volvió a dormirse.

* * *

Al cabo de tres días, la hinchazón alrededor del ojo de Anna disminuyó y recuperó la visión. Afortunadamente, las náuseas también desaparecieron, y el dolor de cabeza y los mareos dejaron de ser compañeros constantes. El té y el *bian shi* hicieron su trabajo.

Las siestas de la tarde ayudaron a su recuperación. Nessa le leía a veces. A ella le costaba fijar la vista en las palabras, e intentarlo le provocaba un dolor de cabeza insoportable. Nessa poseía una pequeña colección de libros de la que estaba orgullosa. Anna pensó en todos los libros, mapas y pergaminos de la biblioteca de su padre destruidos por el fuego. Su pérdida hizo que le doliera el corazón tanto como la cabeza, enseñándole una dolorosa lección sobre dar las cosas por sentadas.

Lady MacGregor la visitaba a diario. Anna no veía ni rastro del lord ni de su hijo, excepto en la cena. Menos mal. Necesitaba separarse de ellos y tenía poco interés en escuchar más disculpas o responder a más preguntas. Cualquiera que fuese su motivación, la decisión del hacendado de encarcelar al salvador de su hija le dejó un amargo sabor de boca. Había pensado en lo que su padre habría hecho en su lugar, y en cómo habrían tratado sus hombres a una noble cautiva. No habría habido ningún desafío y, desde luego, ningún ataque por discusión. La habrían tratado y alimentado bien. Le habrían proporcionado una criada y un baño en una habitación de invitados. Nunca había necesitado una criada, pero un baño y comida decente habrían sido bienvenidos.

«Bárbaros».

Las mujeres MacGregor eran otra historia. Anna compartía más risas con las muchachas de lo que estaba acostumbrada. Se sintió extraña en compañía de mujeres, pero maravillosa al bañarse en el calor de la compañía femenina por primera vez en su vida. Se dio cuenta de que nunca antes había conocido a una mujer a la que pudiera llamar amiga de verdad. ¿Podría marcharse tan fácilmente?

Las conversaciones a menudo llevaban a hablar de varias parejas, especular sobre quién se emparejaría para el matrimonio, los méritos de los varones elegibles y las familias que esperaban hijos. Estas conversaciones solían terminar con las risitas de Nessa e Isla, y Anna sintiéndose extrañamente excluida.

«Ningún hombre quiere a una mujer que le supere en velocidad, tiro o lucha. Y yo no tengo ningún interés en convertirme en propiedad de un hombre o en la cría de algún noble de mala fama».

La idea de no enamorarse nunca ni tener hijos le causaba una punzada de arrepentimiento, aunque se la quitaba de encima cada vez que aparecía en su mente. Era una tontería pensar en el amor cuando se era la hija machona de un barón, y aún más cuando se estaba atrapada en una tierra cuya gente estaba resentida por su propia existencia. Algo en su expresión debía haberla delatado.

—Anna, ¿os encontráis mal? —El ceño de *lady* MacGregor se frunció mientras la miraba fijamente.

—Estoy bien, *milady*. —Controlando sus emociones lo mejor que pudo, Anna respiró hondo antes de contestar. La sonrisa forzada que ofreció como prueba no pareció engañar a nadie en la sala.

Lady MacGregor asintió, pero Anna notó su mirada especulativa, como si hubiera leído sus propios pensamientos.

—Anna, demos un corto paseo al aire libre. Hace un día precioso. —A la tarde siguiente, *Lady* MacGregor llegó como de costumbre.

—Como deseéis, *milady*. —Una sensación de aprensión la recorrió, pero Anna no pudo pensar en una forma educada de decir que no. Siguió a *lady* MacGregor hasta la puerta. Se

sentaron en un banco con vistas al jardín de hierbas y verduras fuera de la torre principal. Anna mantuvo la respiración tranquila, esperando con inquietud, recordándose a sí misma que esta mujer no había mostrado nada más que amabilidad hasta el momento.

—Deseaba hablar donde no nos interrumpieran. Tengo que volver a agradeceros que rescatarais a Nessa. Mi corazón se partió cuando descubrimos que la habían raptado. He perdido un hijo y no podría soportar perder otro. Tenéis mi eterna gratitud, y también la de mi terco marido, que os retuvo en aquella celda infernal durante una noche.

—De nada. Cuando les oí gritar, no pude apartarme. Me alegro de que todo haya salido bien. —Anna contuvo una sonrisa, dándose cuenta de que el lord probablemente había pasado una semana casi tan difícil como ella a manos de aquella mujer de voz suave pero firme. Oír que los MacGregor habían perdido un hijo le provocó una persistente compasión. Sin saber qué responder, dejó pasar la información.

—Anna, sé que perdisteis a vuestra madre antes de convertirte en una mujer joven.

Anna bajó la cabeza, con las mejillas encendidas de vergüenza por lo que implicaban aquellas palabras.

—Imagino lo duro que debió de ser crecer sin una mujer mayor que os guiara. Sé que nunca podría reemplazar a vuestra madre, pero me haríais un gran honor si pudierais verme como una querida tía —declaró Mairi—. No juzgo vuestra forma de vestir o de comportaros, pero toda muchacha necesita mujeres mayores que la apoyen y la aconsejen. Quiero que me prometáis que me permitiréis desempeñar ese papel mientras estéis aquí. —Con un dedo inclinó suavemente la barbilla de Anna para que sus miradas se cruzaran.

El malestar de Anna aumentó. Aunque agradecía que *lady* MacGregor se preocupara lo suficiente como para ofrecer tal cosa, se sentía mortificada por su ignorancia de lo que significaba ser mujer.

—Veo el conflicto en vuestros ojos. —Mairi la miró con tristeza.

Inclinándose más cerca, colocó sus brazos alrededor de Anna. El simple gesto maternal fue su perdición, y las lágrimas de Anna cayeron. Lentamente al principio, luego un torrente. Se inclinó, llorando abiertamente en los brazos de *lady* MacGregor. Los sentimientos de pérdida, de soledad, de no encajar, la invadieron. Lloró por la pérdida de su familia y de su hogar. Cuando los sollozos cesaron, se acurrucó contra el hombro de Mairi, aspirando su aroma. Olía a lilas y brezo, le recordaba a su propia madre y le provocaba otra oleada de dolor. Por fin se le habían acabado las lágrimas.

—Creo que vosotros y yo tendremos momentos regulares cada semana para hablar y conocernos. ¿Sí? Mairi apoyó la mejilla en la cabeza de Anna.

—Gracias por vuestra amabilidad, *lady* MacGregor. —Con la garganta demasiado apretada para responder, Anna asintió, separándose suavemente del abrazo de Mairi. Por fin encontró la voz.

—Qué bien. Y *lady* MacGregor es la señora de esta mansión. Cuando estemos solas, me llamareis Mairi. —Le hizo un gesto a Anna con la mano.

Anna se sintió desequilibrada por la amabilidad de Mairi. ¿Cómo podía seguir adelante si seguían minando su desconfianza?

* * *

Las heridas de Anna se curaron durante los quince días siguientes, tanto física como emocionalmente. Su rutina se convirtió en una agradable rutina de historias y sueños con Nessa e Isla, y de tardes con Mairi siempre que podía. Anna se encontró perfectamente aceptada en los grupos de mujeres y se maravilló de su transformación.

Un golpe en la puerta a media mañana interrumpió la animada discusión de las muchachas sobre los nobles ingleses. Al levantar la vista, Anna vio a Duncan en la puerta.

—¿Os encontráis bien, *lady* Anna?

Una sensación de inquietud se apoderó de ella cuando la aparición de Duncan alteró el único lugar en el que se había sentido segura desde que llegó a Ciardun.

—No creo que sea prudente usar ese nombre, señor. Preferiría Anna, del clan Elliot.

—Muy bien, Anna, del clan Elliot, ¿cómo os sentís hoy?

—Bastante bien. ¿A qué debemos el honor de vuestra visita, señor? —Se puso una máscara sin emociones.

—Hay alguien que está ansioso por veros.

—¿Quién podría desear verme? —La sorpresa traicionó su apariencia sin gestos.

—Venid a ver. —Duncan sonrió con suficiencia y le tendió la mano.

Recordando la última vez que lo había tocado, Anna ignoró su mano extendida. Caminó por el pasillo, deteniéndose para que él la guiara. La condujo a la puerta principal de la torre, donde la esperaba su mejor amigo en el mundo.

—Orión —susurró. El semental relinchó, se acercó a ella y le acarició el cuello con su nariz aterciopelada. Con los ojos cerrados, Anna aspiró su olor mientras su aliento le calentaba la piel, y una sensación de pura alegría inundó su alma. Acarició su larga cara y se detuvo en la estrella blanca de su frente, que había inspirado su nombre. Duncan se encogió de hombros.

—Ha estado muy poco sociable. Supuse que era porque añoraba a su ama.

—Gracias, señor. Orión es todo lo que me queda. —Tras unos minutos de su reconfortante intercambio, ella levantó la vista.

—Me preguntaba si os apetecía dar una vuelta por el pueblo. Debéis estar cansada de estar encerrada en la habitación de mi hermana. —Inclinó la cabeza, frunciendo el ceño como si quisiera discutir, pero se lo pensó mejor.

Caminaron hacia los establos, cerca de la puerta principal, con Orión a su lado.

—Dudo que pudiera soportar algo más que un paseo suave. Mi cabeza aun duele si me sacuden. —Anna frunció el ceño.

—Sí, un paseo suave entonces. Ya que os ha visto, dudo que nos permita encerrarle sin pasar al menos un rato con vosotros. No me extrañaría que os siguiera escaleras arriba.

Anna intentó inútilmente no reírse ante la imagen, pero sus palabras eran demasiado potentes. Para disimular su diversión, ensilló su caballo, cayendo fácilmente en la rutina familiar. Duncan ensillaba un hermoso caballo castrado alazán, silbando mientras trabajaba. Anna se dio cuenta de que, a pesar de ser encantadores, los caballos del establo del hacendado no cumplían los estándares de Orión. No era de extrañar, ya que le había costado a su padre una pequeña fortuna hacía unos años. Habían pasado mucho tiempo buscando la combinación adecuada de tamaño, temperamento y linaje. Duncan lanzó a Orión más de una mirada de admiración.

—Una de mis responsabilidades es supervisar la adquisición, entrenamiento y cría de nuestros caballos. Estoy seguro de que nunca he visto un caballo tan bueno como el vuestro. ¿Os opondríais a permitirle engendrar algunas yeguas selectas?

—Usted presume mucho, señor. Estaré en condiciones de montar en unos días. A menos que tengáis una dama lista ahora, eso no deja mucho tiempo. Aunque dudo que a Orión le importe demasiado. —Se rio a carcajadas ante su petición.

—Llamadme Duncan, por favor. ¿No vais a aceptar la oferta de mi padre? —Duncan frunció el ceño.

Su humor desapareció con la pregunta. Seguía indecisa. Una parte de ella quería enfurecerse

por el trato que había recibido antes. La otra parte se dio cuenta de que no tenía a dónde ir. Aunque seguía algo enfadada, estos últimos días había experimentado una verdadera satisfacción.

Nessa la veía como una heroína, la hermana mayor que siempre había deseado. Anna nunca había salvado la vida de alguien por sí sola. Compartían un vínculo que no se rompía fácilmente, y su conexión se fortalecía cada día. Sería doloroso no tener más a Nessa en su vida. Cansada de la pérdida, no quería volver a enfrentarse a ella tan pronto. No era propio de ella vacilar. Siempre había sido tan firme en su toma de decisiones. Un dolor de añoranza por la orientación de su padre y el maestro Zhang se apoderó de ella. Incluso se conformaba con los consejos de Edrick, aunque siempre a costa de bromas. Con gusto permitiría que se burlara de ella sin piedad si pudiera volver a verlo.

—Veo que aún estáis indecisa.

—Sigo enfadada. —La voz de Duncan la sacó de sus cavilaciones internas. Se encogió al oír el gruñido en su voz. No había tenido la intención de poner tanta emoción en su respuesta.

—Sabía que lo estaríais. Teníais razón sobre nosotros. Hemos actuado como bárbaros. Ya sabéis por qué me marché la última vez que os vi. —Duncan la miró mientras se apoyaba en la pared, con los brazos cruzados y el rostro sombrío.

—Vuestro padre dijo que estabais enfadado con él.

—El hombre que os golpeó atacó e hirió a un invitado a la mesa de mi padre sin provocación. Debería haberlo matado. Ahora compartimos un enemigo, uno que sabe la verdad sobre vosotros. Temo que pueda difundir esa información, trayendo enemigos aquí. He fallado en ver la sabiduría en muchas de las decisiones de mi padre con respecto a vosotros. Esta fue el punto de inflexión. No se me ocurrió que pensaríais que vuestra apariencia me ofendía. Me disculpo por hacéroslo creer. —Duncan respiró hondo.

—¡Al diablo con las disculpas, vuestra piedad y la de vuestro padre, Duncan MacGregor! Ni las necesito ni las quiero. Preferiría respeto, y que los hombres de vuestro clan al menos actuaran como si tuvieran honor. —La furia se apoderó de Anna y se acercó a él con las manos a los lados, cerradas en puños.

—Creía que íbamos a dar un paseo. —Duncan dio un paso atrás, con las manos levantadas en señal de rendición. Luchando por recuperar la compostura, habló apretando los dientes—. Sí, así es. —Duncan se rio y subió a su caballo, aliviada la tensión.

—¿Traigo mis armas? —Montó a Orión y miró a MacGregor a los ojos.

—No, no será necesario. Sé que no confiáis en mí, pero estáis bajo mi protección.

—Tal vez no os hayáis dado cuenta, señor, pero no necesito vuestra protección.
—Vestigios de ira coloreaban su voz.

Las mejillas de Duncan se oscurecieron y sus ojos brillaron, pero cerró la boca y salió por la puerta, guardándose entre los dientes lo que quisiera decir.

Ninguno de los dos habló durante varios minutos, permitiendo que la tensión disminuyera de nuevo. Mientras cabalgaban por el pueblo, Anna se dio cuenta de que era muy parecido al suyo. Al ver la comunidad desde el punto de vista de una prisionera durante el viaje, había tenido un aspecto diferente.

—Y una vez al año, hay un mercado en el que los aldeanos compran, venden e intercambian bienes y servicios. —Duncan señaló la herrería, la carnicería, los tejedores, los albañiles y el resto.

—Es muy parecido a como era mi hogar. —Anna asintió.

Al pasar junto a las pequeñas granjas de adobe y piedra, Anna advirtió que todas tenían un

pequeño huerto vallado, gallineros y corrales con cerdos. En los prados, junto a los campos arados, había ganado vacuno y ovino. Por el camino pasaron junto a viñedos, huertos y varios graneros. En la parte trasera de uno de ellos vio un gran número de colmenas. Le impresionó la belleza del entorno. Todo parecía verde, exuberante y en crecimiento, con el aroma de las flores en el aire. Las colinas escarpadas y las rocas equilibraban la belleza agreste de la tierra.

Anna echó varias miradas de reojo a su guía. Observó el juego de su cuerpo musculoso moviéndose como uno con su caballo. *Admirarle es sin duda una locura*. Intentó invocar la rabia que había sentido en los establos como escudo contra pensamientos tan estúpidos, pero se dio cuenta de que se había desvanecido. Una parte de ella quería seguir enfadada, pero después de estar fuera en este día tranquilo, ya no sentía deseos de ello.

—Vuestra casa es hermosa. Es parecida a la mía, pero también muy diferente. —Pensar en su hogar le dio un vuelco al corazón.

—Sí, sabía que os gustaría. Ahora tengo que convenceros de que os quedéis. —Sus ojos celestes brillaron, y en ellos vio orgullo por su hogar, su clan.

Arrugando la frente, Anna se quedó sin palabras. No sabía cómo responderle, ni podía entender lo que le provocaba su sonrisa.

«Debería seguir enfadada, ¡maldito sea!»

Cabalgaron junto al pequeño río que serpenteaba por el pueblo y pasaba junto a la rueda de un molinero. Siguiendo el río río abajo, llegaron a una masa de agua tan grande que ella apenas podía ver la otra orilla.

—El lago Fadagorm. Lo compartimos con el clan MacFarlane, nuestros aliados. Sus tierras están al otro lado del lago, al oeste. Comerciamos con ellos y trabajamos juntos para proteger nuestros territorios. Al norte viven los Stewart, el clan de mi madre. También son aliados. Al norte de los Stewart está el clan MacNairn. Ellos son los que robaron a Nessa e Isla. Somos acérrimos enemigos. Al sur están los Graham. Nunca hemos tenido problemas, pero no tenemos una alianza. Puede que padre intente formar una con el matrimonio de Nessa en el futuro. Son bastante amistosos, y comerciamos con ellos unas cuantas veces al año. Somos conocidos por nuestra mezcla de *whisky*, que les gusta. Siempre hay demanda.

—Así que nos recibieron los Graham el segundo día de nuestro viaje y los MacFarlane el tercero. —Escudriñando la zona, Anna se hizo una idea de los límites que él describía.

—Sí, tenéis razón. —Se movió en su silla de montar—. Nessa me ha dicho que habláis, leéis y escribís varios idiomas, y que os han enseñado un gran número de cosas.

—Vuestra hermana es maravillosa. He disfrutado mucho con ella. —Estaba claro que quería saber más. Anna eludió su curiosidad.

—Sí, es una buena muchacha, la alegría de mi padre. La habéis hecho muy feliz quedándoos. Espera que sigáis así.

Sus palabras le arrancaron una sonrisa antes de que pensara en detenerla. Odiaba el conflicto que se agitaba en su interior. La consideración de Duncan hoy sólo empeoraba su confusión. Verlo como su enemigo facilitaba mucho las cosas.

Llevó los caballos a los establos y desensilló a Orión. Cogió un cepillo de la pared y se dispuso a cepillarlo. Asear a un caballo siempre fue una de sus formas favoritas de pensar. Esa tarea sencilla y sin sentido la liberaba para pensar en soluciones a los problemas o reflexionar sobre las decisiones. Hoy no encontraba ese respiro, pues era muy consciente del hombre que se encontraba a unos metros de ella.

Hacía menos de un mes que lo conocía. La primera parte de ese tiempo, era su enemigo. Necesitaría más de unos días para pensar lo contrario.

Asearon a sus caballos en silencio. Duncan terminó primero y se apoyó en la puerta del establo. Una extraña incomodidad se apoderó de ella y deslizó una mirada en su dirección. Su sonrisa mientras la observaba ablandó su áspero rostro. Decidió ignorarlo y dedicarse a su caballo.

Cuando terminó, Duncan tomó las riendas y condujo a Orión a un gran establo. No quería parecer grosera, pero le resultaba difícil expresar su gratitud. Las palabras parecían atascarse en su garganta, pero se las arregló.

—Gracias por el paseo de hoy. Ha sido agradable. Gracias también por cuidar de mi caballo mientras yo no podía. —Forzó una expresión agradable en su rostro, sintiendo que sobrepasaba los límites de lo plausible.

—Por supuesto, *milady*. Era lo menos que podía hacer. —Se inclinó ante ella.

Eso es. Aunque no quería sentirse culpable por haber perdido los estribos, al menos podía estar agradecida.

* * *

Con un suspiro de alivio, Duncan se balanceó sobre sus talones y observó a Anna subir las escaleras. La mañana había sido un éxito. Kenneth se alegraría de oírlo. Tal vez unas cuantas salidas más y ella confiaría lo suficiente como para considerar quedarse. Conseguir que Anna descargara una parte de la rabia que había guardado desde su llegada parecía haberle proporcionado cierto alivio. Al principio, temió tener que defenderse. Le debía a ella aguantar todo lo que le lanzara. Palabras, al menos.

Parecía realmente feliz de estar fuera, y ver a su caballo bien cuidado claramente la conmovió. Verla sonreír cuando se reunieron le llenó por completo. Saber que él podía ser el autor de su alegría le produjo un sentimiento que dudaba en explorar. Sólo sabía que quería ser él quien la hiciera sonreír.

Duncan se había preguntado si el hecho de no haberla visto en los últimos días habría hecho que sus sentimientos se desvanecieran. Para su sorpresa, su atracción hacia ella no había hecho más que intensificarse. El simple paseo de esta tarde aumentó su necesidad de estar cerca de ella. Se había impedido a la fuerza varias veces acercarse a ella durante el paseo, pero parecía tener poco poder sobre sus actos.

Como un semental ante el olor de una yegua en celo, se sintió atraído por ella. Era una locura pensar que Anna le permitiría acercarse. No, mantendría la distancia y seguiría invitándola a aventurarse. De este modo demostraría al clan su intención hacia ella, y le daría la oportunidad de seguir descargando su ira de forma más controlada. Esto, junto con los constantes esfuerzos de las mujeres, seguramente erosionaría los muros que ella había erigido. Continuó mirando con nostalgia en su dirección, mucho después de que ella desapareciera de su vista. Parecía que se había llevado consigo gran parte de la belleza del día. Frotándose la cara con sus manos, Duncan trató de desechar la absurda idea.

«¿De dónde demonios ha salido eso? No eres un muchacho imberbe como para dejarte llevar por semejante tontería sentimental. Sería más sabio atender a los hechos de la situación. La maldita mujer insiste en que no necesita mi protección».

Sacudiendo la cabeza, sólo podía imaginar lo que su hermano y su padre debían haber sufrido. ¿Aceptaría la muchacha la dirección o el cuidado de un hombre? Por fin había encontrado una mujer que despertaba su interés más allá del mero deseo físico. Sin embargo, la testaruda muchacha parecía más interesada en pelearse con él que en otra cosa. Su rígida independencia acabó con su paciencia, dejando tras de sí el brillo de la frustración. De acuerdo.

Si ella quería luchar, él encontraría la forma de que entrenaran juntos. Tal vez ese fuera el camino para ganarse su confianza. Se dirigió hacia la puerta, anticipando un agotador combate de espadas con los hombres, la forma perfecta de desahogar su enfado.

CAPÍTULO 8

Anna encontró a Nessa e Isla con una amplia sonrisa cuando llegó arriba después del paseo. Rehusando dejarse llevar por sus cotilleos, se sentó a la mesa y escanció una copa de sidra. De vez en cuando, las muchachas la miraban. Al cabo de unos minutos, no pudo seguir ignorándolas.

—Muy bien, señoras, ¿qué ocurre? ¿Tengo la cara sucia o huelo mal?

Las dos soltaron una risita.

—¡Hablad! ¿Qué sucede? —Desconcertada por su comportamiento, Anna giró su silla hacia ellas, con los brazos cruzados.

—¿Os ha gustado el paseo? —Ignorando la pregunta, Nessa se sentó a su lado.

—Sí, fue maravilloso ver a mi caballo. Vuestro hermano me llevó a cabalgar por el pueblo y los alrededores. Me enseñó el lago y me explicó los límites de vuestros territorios y de los clanes vecinos. Esto es muy bonito. —Arqueando una ceja, Anna decidió seguirle la corriente.

—Entonces, si os agrada este lugar, ¿os quedaréis? —El entusiasmo de Nessa brillaba en su rostro.

Anna sonrió. El continuo deseo de la muchacha de que se quedara, de formar parte de su familia, la tentaba. Tal vez se quedaría durante el invierno. Tendría unos meses para trazar un plan de futuro.

—Aún no he tomado una decisión, pero no podría desear un lugar más encantador para vivir. Aunque creo que me llevará algún tiempo acostumbrarme al frío.

—¿Cómo está vuestro caballo? —Nessa parecía contenta con su respuesta.

—Está bastante bien, y tan contento de verme como yo a él.

—Sí, mi hermano ha cuidado personalmente de él. Se negaba a dejar que nadie más se acercara. Duncan lo trataba como si fuera suyo.

—Fue muy amable de su parte. —Anna no sabía qué decir, pero una extraña sensación revoloteó en su estómago.

—Nessa, ¿qué me estoy perdiendo? —Nessa volvió a soltar una risita, y los ojos de Anna se entrecerraron con frustración.

—Realmente no lo sabéis, ¿verdad? —Nessa estudió a Anna un momento, con el ceño fruncido. Isla se puso al lado de Nessa. Intercambiaron miradas.

—Señoritas. —La paciencia de Anna disminuyó.

Esto provocó otro ataque de risa.

—Me rindo. —Terminando la sidra, Anna colocó flores secas de manzanilla en una taza y se dirigió al fuego, donde colgaba una tetera. Vertió agua caliente sobre los pétalos y se sentó en la silla frente al fuego, ignorando a las dos muchachas.

—Siento molestaros. Creía que era obvio que lo sabíais. —Nessa puso una mano en el hombro de Anna.

—¿Saber qué, Nessa? —Anna la miró por encima del borde de la taza.

—Duncan os favorece. —Nessa sonrió.

—¿Qué? —espetó Anna.

—Todo el mundo lo ve. Pensé que vos también lo veríais. —Nessa asintió, con la alegría iluminándole los ojos.

Anna se quedó boquiabierta, sin palabras.

—Anna, ¿por qué os sorprendéis tanto? Creía que ya estabas acostumbrada a las atenciones de los hombres. —Nessa frunció el ceño.

Anna clavó los ojos en el fuego.

—¿Tan difícil es pensar que a mi hermano le parecéis bonita? —Cuando ella no respondió, Nessa volvió a empezar.

La extraña sensación en el estómago de Anna se encendió de nuevo, esta vez rozando el dolor. Los hombres siempre encajaban en una de las dos categorías de su vida: enemigos o aliados. A los enemigos había que vigilarlos, no confiar en ellos. Como esos idiotas que pretendían cortejarla. Tan obvio. Nunca realmente interesado en ella, pero en la cantidad de tierra y la moneda llegó con ella en el matrimonio. Los aliados eran parientes o compañeros de armas, gente en la que confiar para que no te traicionara. Ella no tenía espacio en su vida para una tercera categoría. Un hombre que, como un enemigo, podía herir o traicionar, aunque se hiciera pasar por el más fuerte de los aliados. La sola idea le helaba la sangre.

—Los hombres no me atraen.

—Anna, ¿qué queréis decir? —Nessa se dejó caer en el borde de la chimenea, mirándola con desconfianza.

—¿Qué hombre quiere una mujer que se vista o se comporte así? De donde yo vengo, los hombres sólo quieren mujeres como decoración, sirvientas o para criar. A mí no me interesa nada de eso. —Con un movimiento de la mano indicó su armadura de cuero colgada de un gancho en la pared. Se volvió para mirar las llamas de la chimenea, y su voz se redujo a un susurro—. Cuando los hombres me miran, no ven una mujer, sino una aberración. Alguien a quien ridiculizar… o conquistar.

«No entienden las burlas crueles -de hombres prepotentes y del sexo débil- ni cómo finjo que no me importa».

El dolor de admitir esto ante otra persona la tomó por sorpresa. Durante muchos años se había dicho a sí misma que no era digna del amor que un hombre daba a una mujer, y se había escondido del dolor de saberlo. Era mucho más fácil recordar los aspectos negativos de las relaciones que veía que recordar el amor y la ternura que compartían sus padres u otras parejas que conocía y que se amaban. Negando internamente con la cabeza, repitió las palabras que tantas veces había pronunciado.

«No estoy hecha para el amor».

—Soy simplemente una curiosidad, una rareza. Sólo le intereso porque soy diferente, porque he derrotado a varios hombres en su presencia, nada más. —Anna levantó la barbilla y se enderezó en la silla.

—Anna, de verdad que no os reconocéis. Os he admirado tanto que no he pensado en el precio que habéis pagado para llegar a ser como eres. Aun así, eso no cambia el hecho de que sois hermosa. —Nessa la miró fijamente, y la sorpresa de su rostro se transformó en tristeza. Cogió la mano de Anna, la acercó y la abrazó con fuerza. Al cabo de un momento, se apartó. Apretó las manos de Anna, con los ojos llenos de preocupación.

—Gracias. Siempre sois tan amable conmigo —susurró Anna, besando la frente de Nessa.

* * *

Cenaron con la familia en el gran salón, entre el resto del clan, por primera vez desde su llegada. Anna se sentó en el lado de las damas de la mesa, más alejado del lord. Duncan se sentó junto a su padre en el otro lado. Anna era reservada, no hablaba a menos que se le pidiera, y sólo daba respuestas sencillas. El resto del clan parecía haberse acostumbrado a su presencia. Las

miradas fijas de las mesas inferiores se volvieron sutiles. El peso de sus miradas la desequilibró cuando se sentó en la mesa alta.

Anna se levantó de la mesa cuando lo hizo Mairi, marcando su primera oportunidad de marcharse. Duncan aprovechó para acercarse.

—¿Os interesaría dar otro paseo mañana?

El estómago de Anna se le revolvió cuando él se acercó. Se reprendió a sí misma por una reacción tan absurda y respondió preguntando primero.

—Si cabalgara sola en vuestro territorio, ¿estaría segura? —Por el rabillo del ojo, vio cómo la barriga del hacendado se estremecía con una risa silenciosa.

—Me atrevería a decir que estaríais más segura que cualquiera lo bastante insensato como para cruzarse en vuestro camino. El lord lo ha dejado claro. No se os puede hacer ningún daño. —Duncan se tomó en serio su pregunta.

—Sí, me gustaría volver a cabalgar mañana. ¿A qué hora? —En contra de su buen juicio, y porque estaba cansada de quedarse en casa, Anna accedió a su pregunta.

—¿Qué tal después de que hayamos desayunado? Padre y yo pensamos que sería prudente que os familiarizarais con nuestras tierras y que nuestra gente se acostumbrara a veros.

—Duncan esbozó una sonrisa pícara.

—Muy bien, después de la comida de la mañana, entonces. Gracias. —Su voz era rígida, pero forzó una fugaz sonrisa, esperando no traicionar su nerviosismo en su presencia. Se dio la vuelta y siguió a Nessa, quien rebosaba entusiasmo, escaleras arriba.

—Sólo es montar a caballo —protestó Anna.

—Lo sé. —La muchacha giró sobre sí misma, con la emoción intacta.

A la mañana siguiente, Anna se levantó antes que el sol. Se vistió sin hacer ruido para no despertar a Nessa, salió y se dirigió a los establos. Cogió una pala y un carro de madera cercano y empezó a limpiar el establo de Orión. Él la observaba, acariciando de vez en cuando su hombro. Levantó la cabeza y soltó un mohín. Anna se giró para ver quién se acercaba.

—¿Qué creéis que estás haciendo? —le espetó Duncan.

—Mi caballo, mi responsabilidad —replicó desafiante.

—Las mujeres nobles no limpian los establos. Tenemos mozos de cuadra para esas tareas. —Su voz estaba cargada de frustración.

—He sido responsable del cuidado de mi propio caballo desde que tuve edad para montar, lo que incluye limpiar su establo. Debéis creerme una cosa delicada si pensáis que no puedo hacer un poco de trabajo. —Se secó el sudor de la frente, se apoyó en la pala y se echó a reír.

—¿Delicada? No, nunca cometería un error tan tonto. —El humor se deslizaba en su voz.

Anna tuvo que admitir, una vez más, que realmente era un hombre guapo cuando sus ojos se arrugaban con diversión. Su sonrisa le provocaba cosas que prefería no pensar. Casi podía ver al niño que debió de ser. Ambas mejillas se fruncían ligeramente, suavizando su aspecto. Le entraron unas ganas extrañas de tocarlas, curiosa por saber si eran tan suaves como imaginaba, preguntándose cómo se sentiría la barba incipiente bajo sus dedos.

—¿Por qué estáis aquí tan temprano? —Hizo rodar el carro para volcarlo en un gran montón para los aldeanos mientras ella ponía heno fresco en el establo de Orión. Por su parte, Duncan se apoyó en el poste de la puerta.

—Me siento mejor, y disfruto del tiempo a solas cuidando de mi caballo. Es una de mis formas favoritas de pensar.

—Sí, la mía también.

—A veces prefiero estar rodeada de caballos que de gente. Los caballos no juzgan vuestra

posición, apariencia o comportamiento si los tratas bien. —Anna frunció el ceño, reprendiéndose en silencio por revelar tanto. ¿Qué diablillo la había poseído para dejarle entrever su alma?

—Sé exactamente lo que queréis decir. —Duncan inclinó la cabeza, juntó las cejas y la miró fijamente. Permaneció en silencio mientras ella terminaba su trabajo—. Si lo deseáis, iré a buscar el desayuno para llevarlo con nosotros. Podríamos empezar temprano.

—Eso estaría bien.

Duncan salió de los establos y regresó con un pequeño saco. Le entregó una manzana y una pequeña hogaza de pan dulce rellena de frutos secos, semillas y bayas, y colgó un odre en la silla de Orión.

—¿Algo en particular que os gustaría hacer hoy?

—Sí. Me gustaría cortar un cuarto de bastón, y estoy interesada en conseguir pieles para forrar mi capa. No estoy acostumbrada al frío y la humedad de aquí. Me imagino cómo será cuando llegue el invierno. —Anna asintió. Un escalofrío involuntario la recorrió al pensar en la nieve y el viento, que nunca dejaba de soplar.

—Tenemos un hombre que puede satisfacer esa necesidad. Es el herrero y tonelero del pueblo. Un cuarto de bastón no le supondría ningún problema. En cuanto a las pieles, podríamos simplemente comprarlas. Si no en la aldea, entonces de uno de nuestros vecinos. No tendríais que cazarlas tú misma.

—Duncan MacGregor, me confundís una vez más con una delicada noble necesitada de caridad. Soy totalmente capaz de cortar mi propio bastón y desollar mis propias pieles. Sólo necesito una rama o palanquilla satisfactoria y acceso a herramientas. En cuanto a la capa, no sé qué criaturas viven en vuestras tierras, así que me inclinaré ante vuestro superior conocimiento de dónde y qué debo buscar.

Duncan sonrió ante su respuesta, y Anna pensó que era el sonido más agradable que había oído nunca. Su profundo barítono resonó como un lejano trueno. Su rostro se iluminó con humor y, aunque su risa disminuyó, la alegría permaneció en sus ojos. El sonido y la vista le provocaron una sonrisa que no pudo contener.

«Debería reír más a menudo. Su mirada severa no le sienta bien. Me pregunto cuál es la causa de tan adusta apariencia».

—Sí, parece que he vuelto a cometer el mismo error. Suelo aprender rápido. Creo que podemos encontrar fácilmente un alojamiento. Tales herramientas están aquí, en los establos. En cuanto a qué animales deberían tener la suerte de adornar vuestra capa, sugeriría esperar hasta la Fiesta de San Martín, cuando su pelaje es más abundante. Los abrigos de verano no harán tan buen trabajo como desearíais. En cuanto al objetivo, sugiero liebre, zorro o castor. Me atrevería a decir que cualquiera de ellos os resultará satisfactorio.

—Muy bien. Acepto vuestro consejo. Tendré que aguantar el frío hasta entonces. —Se le ocurrió que necesitaría ropa más gruesa para mantenerse caliente mientras tanto.

—No será necesario. Podemos mandar a hacer un juego de lana para vos. Un pastor del clan Graham posee una raza especial de ovejas. La lana de esta raza es muy fina y suave. No sería ningún problema obtener suficiente para haceros dos juegos de lana, si así lo deseáis.

Montaron en sus caballos y cabalgaron hacia el pueblo.

—Me parece una buena solución. Estaré encantada de pagar, por supuesto.

—Mi padre no permitirá que paguéis por nada. Os debemos la vida de Nessa. Se tomó muy en serio lo de aceptaros como su hija. No permitiría que pagarais por tal necesidad como no lo haría con Nessa. Estáis bajo nuestro cuidado. —Duncan inclinó la cabeza.

—Entonces tendré que dedicarme a alguna actividad para ganarme el sustento. No quiero

depender de la generosidad del lord, sólo para que se resienta en el futuro. Especialmente cuando el recuerdo de su gratitud hacia mí se desvanezca. Si voy a considerar vivir aquí, debo tener un papel que desempeñar. No voy a estar simplemente bajo el cuidado de nadie. El valor de Nessa como hija y futura esposa de un clan vecino es obvio. Mi valor lo es menos. Me niego a ser una carga y no me casarán para formar una alianza. —El ceño de Anna se frunció profundamente. Sus palabras sonaban con determinación. Lo decía en serio.

CAPÍTULO 9

La idea de que Anna se casara con otro hizo que Duncan sintiera un escalofrío. No había considerado la idea de que su padre pudiera arreglar un matrimonio para ella o aceptar una oferta de otro clan. Estaba seguro de que ella no aceptaría, pero la sugerencia lo perturbó mucho más de lo que esperaba. La fuerza bruta de su reacción lo sobresaltó y apretó las manos. Buscaría a su padre para preguntarle exactamente qué tenía pensado para Anna. Su caballo esquivó y sacudió la cabeza nerviosamente. Duncan, sintiéndose culpable, aflojó las riendas que empuñaba.

—Pensé que podría ser el caso. Podríamos considerar algunos papeles para vosotros. Aunque debo advertiros que mi padre posee una memoria bastante larga, no olvidará. Si existe la posibilidad, mi madre estará encantada de recordárselo. —Se dio cuenta de que no había respondido a su afirmación.

Anna lo miró con curiosidad. Duncan levantó un dedo.

—Fiona, nuestra curandera, es buena atendiendo a mujeres embarazadas y partos. Tiene un conocimiento suficiente de remedios herbales, pero no posee la gama de habilidades curativas que tenéis. Seríais un miembro muy apreciado de nuestro clan si la ayudarais. Gente que de otro modo moriría podría vivir gracias a vosotros. Es un don poderoso. —Asintió, la idea le agradaba —. Me imagino a nuestros aliados trayendo a sus enfermos y heridos más graves para que los atendáis o buscando vuestros conocimientos. Contar con una curandera así os haría muy valiosa para nuestros lazos con los clanes vecinos.

—Me gusta mucho esta idea. Curar es una habilidad que exige un uso regular para mantenerse en forma. —Anna frunció los labios, pensativa.

—También sois más culta que nadie en el clan. Vuestros servicios como administradora serían útiles, leyendo y escribiendo tratados y acuerdos comerciales con otros clanes. El lord me dio permiso para concertar un contrato de este estilo con un mercader de Stirling. Posee una taberna y una posada y ha mostrado interés en nuestra mezcla de *whisky*. Sería una bendición para nosotros tener tal acuerdo, dándonos una fuente constante de dinero. Aunque confío en mis habilidades de lectura y escritura, no estoy tan seguro del latín que se utiliza a menudo en este tipo de pactos. Puede ser complicado, con una o dos palabras que cambian todo el significado de un acuerdo. —Duncan levantó un segundo dedo.

—¿Cómo sabéis que soy más hábil que vosotros en latín?

—Debo confesar que os he oído una o dos veces enseñar a mi hermana. —Duncan agachó ligeramente la cabeza, sonriéndole.

—¿Oísteis a escondidas? ¿Escuchasteis nuestras conversaciones? —Anna alzó la voz.

—Sí, cuando os oí hablar en latín, despertó mi curiosidad. No acostumbro a escuchar en las puertas, pero escucharos me atrajo. No pretendía ofenderte.

—Por último, veo cómo estáis con vuestro caballo. Supongo que lo entrenasteis. —Anna lo miró especulativamente. Duncan cambió rápidamente de tema y levantó tres dedos.

—Sí, he pasado tiempo en los establos desde que tenía edad para caminar y he ayudado a muchos potros a venir al mundo. —Anna asintió, con una mueca de confianza en la boca.

—Podríais participar en el cuidado y adiestramiento de nuestros caballos si lo deseáis. Aunque más allá de los vuestros, no puedo permitir que limpiéis los establos. De lo contrario, nuestros mozos de cuadra se quedarían sin trabajo. —Ofreció una sonrisa torcida, con la esperanza de quitarle importancia a su anterior desacuerdo.

—Me agradan todas estas ideas. Acepto vuestra propuesta con una condición.

—Estoy impaciente por oírla. Sin duda me meterá en problemas. —Duncan se rió.

—Mi condición es que aceptéis entrenar combate conmigo. No puedo hacer mucho sola y mis habilidades se deteriorarán si no me cuidáis. —Los ojos de Anna se iluminaron.

—Sí, me encantaría entrenar con vosotros. Sin duda sería beneficioso para ambos. Probablemente sería prudente que lo hiciéramos lejos de miradas indiscretas hasta que el clan se acostumbre a vos.

—¿Puedo preguntar qué le han dicho exactamente al clan sobre mí?

—¿No os lo han dicho? Vosotros sois de un clan de las Tierras Bajas que tuvo algunos disturbios, dejándoos en busca de un nuevo hogar. Os encontramos, por supuesto, cuando rescatasteis a Nessa. Aunque la gente verá y oirá a los ingleses en vosotros, no es raro que escoceses e ingleses se casen cerca de la frontera. No hemos dicho de qué clan sois, y nadie nos lo ha preguntado. Sugerimos Armstrong, ya que son muchos y no están muy lejos del vuestro en la frontera. Ninguno de por aquí tiene lazos con ellos. Depende de vosotros. Pensamos que querríais el anonimato, tanto para vosotros como para el resto de vuestros parientes.

—No me gustan las mentiras. Sin embargo, veo el mérito de un cuento así. He deliberado bastante sobre mi situación y he llegado a la conclusión de que, mientras no reaparezca, quienquiera que haya robado las tierras de mi padre no tendrá motivos para buscarme. Mi hermano era el heredero de mi padre, la verdadera amenaza. Como mujer, no tendría ningún derecho sobre la explotación, aparte de mis tierras de dote, una pequeña propiedad dejada a mi nombre. Lo único que conseguiría con mi aparición sería atraer una atención no deseada sobre la forma en que se obtuvieron las tierras, tal vez incluso de la corona. —Anna detuvo su caballo.

—¿Qué pasaría si decidierais llamar la atención sobre el hombre que mató a vuestra familia y robó las tierras de vuestro padre? —Duncan insistió un poco más.

Podía verlo en sus ojos. Aún no confiaba plenamente en él. El silencio se hizo más absoluto, la batalla en su interior era clara. Duncan contuvo la respiración.

—Anna, sé que aún no me he ganado vuestra confianza…

—No, me atrapó la ira de la situación. Ira por la injusticia, ira por mi incapacidad de vengar a mi familia. Si vuelvo, lo más probable es que me obliguen a casarme con quien lo hizo, o con su familia, para encubrir el acto y validar el resultado. A las mujeres nobles solteras no se les permite permanecer como tales por mucho tiempo. Mi elección sería entonces someterme a un marido o ser castigada. Sería aislada, no se confiaría en mí, y se esperaría que tuviera un heredero. Volver a Inglaterra bajo cualquier circunstancia es insostenible. —Le hizo un gesto con la mano.

—Sólo puedo imaginar la rabia que sentiría si estuviera en vuestro lugar. Si no tenéis otro recurso, la muerte parece un destino más deseable.

Anna se balanceó lentamente en la silla en señal de acuerdo.

—¿Qué hay de los amigos o aliados de vuestro padre? ¿No se podría contar con ellos para enmendar este acto de asesinato y codicia?

—Si fueran a hacer algo, ya lo habrían hecho. Mi presencia no inspiraría tal respuesta. Además, ¿cómo puedo saber quién se indignó ante semejante acto y quién quizá colaboró en su ejecución? —Anna hizo una mueca, con los nudillos blancos y las manos apretando las riendas. Orión agitó una oreja y sacudió la cabeza.

—Al menos en las Tierras Altas un hombre sabe quiénes son sus amigos, así como sus enemigos. Sé que no queréis mis disculpas o mi compasión. Lamento vuestra situación. No os lo merecéis. No puedo decidir cuál es la mayor tragedia: que alguien se salga con la suya en esta

injusticia o vuestra terrible pérdida. —Duncan se inquietó al oír sus palabras.

Anna se miró las manos, claramente incómoda.

«Idiota por volver a sacar el tema». Duncan se reprendió a sí mismo. Medio temeroso de haberla disgustado, esperó a que volviera a hablar.

—¿Dónde tenéis pensado que nos entrenemos? —Su voz era tensa pero clara, y Duncan se relajó.

—A una milla de aquí, más o menos, hay una franja protegida por el bosque por todos lados. Es bajo y está fuera del camino, así que alguien tendría que tropezar con nosotros para verlo. El claro no es muy grande, pero suficiente para nuestras necesidades. Venid. Os lo mostraré. —Condujo su caballo por un sendero cercano y Anna lo siguió.

—A mí también me gustaría conocer a Fiona —le dijo—. Necesito que me enseñe qué plantas crecen aquí, qué se puede cultivar y dónde se pueden conseguir otras. Quiero saber si se sentirá amenazada por otro que invada su posición.

Después de mostrarle el lugar donde pretendía entrenarse, Duncan la guio hacia el pueblo, a la casa de Fiona. El muro de piedra de la granja de una sola habitación se alzaba a la altura de la cabeza de Anna, y el tejado de paja se apoyaba en varios troncos que sobresalían de los muros. El barro rellenaba los huecos entre las piedras, haciendo que la pequeña vivienda resultara acogedora contra los fríos vientos invernales. Una mujer mayor apareció en la puerta, limpiándose las manos en un delantal bien usado. Duncan la saludó e hizo las presentaciones.

—Encantado de conoceros, *lady* Anna. —La mujer, con forma de pera, llevaba un vestido túnica de lana verde oscuro. Su cabello, una generosa mezcla de gris y negro, estaba trenzado y recogido en un estricto nudo—. He visto vuestro trabajo. El lord me pidió que cuidara de los hombres que resultaron heridos al recapturar a nuestra Nessa. Tenéis un buen toque. Las puntadas fueron muy limpias, y ninguna herida empezó a supurar. Es un tributo a vuestras habilidades.

A Duncan le hizo gracia ver cómo las mejillas de Anna se teñían de rojo. ¿Era el frío, o estaba tan poco acostumbrada a los cumplidos?

—¿No os molesta que haya tratado a la gente de vuestro clan? —preguntó Anna.

—¿Importarme? Soy la comadrona del clan. La única razón por la que trato a los enfermos y heridos es porque no hay nadie más. Os cederé gustosamente la tarea si estáis dispuesta a aceptarla. —La mujer mayor resopló.

Acompañándolas a la cabaña, Fiona le mostró a Anna los sencillos remedios que había preparado, las hierbas que había recogido y dónde encontrarlas. Cuando Anna preguntaba por otras plantas, Fiona a menudo no lo sabía. Sí sabía que el clan Graham tenía acceso a hierbas que ella no conocía, y sugirió que acudieran al mercado. Ofreció generosamente a Anna cualquier suministro o ayuda que necesitara. Anna hizo lo mismo.

—¿Dónde vais a trabajar, *milady*?

Duncan captó la mirada interrogante de Anna.

—Fuera del torreón por ahora —respondió Duncan—. Veremos qué dice el lord, pero estoy seguro de que puede usar uno de los almacenes del gran salón hasta que los necesite para la cosecha.

Dándole los buenos días a Fiona, Anna y Duncan continuaron su camino y se detuvieron junto al tonelero. Consiguieron una palanquilla de ceniza, que ataron a su caballo. Ella insistió obstinadamente en pagar de su monedero con las pocas monedas que poseía. Siguieron cabalgando y se detuvieron en la tejeduría. Duncan preguntó por el encargo de lanas. Tomarían las medidas de Anna y empezarían en cuanto él les proporcionara la lana. Montaron de nuevo y

emprendieron el regreso hacia la torre.

—Vuestro caballo es muy bonito. ¿Cómo se llama? —Con un poco de temor, Anna invitó a la conversación.

—Se llama Lasair. Me lo regaló el lord Stewart, mi abuelo, cuando me convertí en caballero. Ha sido un compañero fiel.

—Su nombre encaja. Su pelaje es casi rojo como una llama.

«Y casi tan impresionante como su amo».

El calor subió a sus mejillas. Apartó la mirada, sin dar más rienda suelta al pensamiento. Miró a Duncan disimuladamente, sin poder evitar admirar la forma en que se movía al unísono con su montura.

—Duncan, ¿por qué Nessa? ¿Por qué se la llevaron los MacNairn, la hija del lord?

—Mientras cepillaba a sus caballos en los establos, recordó la pregunta que la atormentaba desde hacía algún tiempo.

—Es una larga historia. ¿Queréis oírla entera? —Él la miró un momento antes de responder.

Mientras seguía cepillando a Orión, Anna asintió.

—Siempre ha habido rencores entre nuestros clanes, desde hace generaciones, aunque no sé por qué. Normalmente, no son más que simples incursiones de ganado u ovejas. Lo mismo ocurría entre los clanes MacNairn y Stewart. Durante muchos años, tanto nuestro clan como los MacNairn quisieron aliarse con los Stewart para formar una alianza. Los Stewart deseaban permanecer neutrales y no elegir bando. Así se benefician del comercio con ambos.

Anna resopló. Había visto este tipo de maniobras entre señores ingleses en el pasado.

—Cuando el lord MacGregor, mi abuelo, murió inesperadamente, Kenneth, mi padre, se convirtió en señor en su lugar. Poco después, una incursión de los MacNairn en tierras de los Stewart fracasó. Los hombres estaban borrachos y un muchacho fue brutalmente asesinado. El joven era sobrino y ahijado del lord Stewart. Padre aprovechó la situación y negoció con los Stewart la mano de mi madre, formando una fuerte alianza entre nuestros clanes.

—Desde entonces, el lord MacNairn ha buscado vengarse de nosotros. Creemos que robó a Nessa para casarla con su hijo. Hacerlo pondría a mi padre en desventaja en las negociaciones con ellos. Llevársela le impediría comprometerse con otro clan a través de su matrimonio. Si nos viéramos forzados a negociar con ellos, los MacNairn habrían fortalecido su posición mientras debilitaban la nuestra. Nessa habría sido maltratada. El MacNairn es un hombre cruel. —Una mirada dura cruzó su rostro—. Uno de los hombres que matasteis era Adiar MacNairn. Ojalá hubiera sido yo su verdugo. Detuvisteis cualquier posibilidad que tuvieran de forzar un pacto con nosotros. Adiar era el único hijo vivo del lord.

Aunque más brutal, no sonaba muy diferente de las maquinaciones de la nobleza inglesa. El pecho de Anna se apretó al recordar a los hombres que cayeron bajo su arco y espada aquel día. Cogió un cuchillo y levantó la pieza de madera, cortando un trozo en sus manos. Las virutas volaban mientras se preguntaba cuál de las alimañas que había abatido había sido Adiar. Al oír sus intenciones para con Nessa, le volvieron los deseos de matarlos.

—¿Sabe el MacNairn que maté a su hijo? —Su voz retumbó grave, gutural.

—Es una buena pregunta. No estoy seguro de cómo podría saberlo, ya que ninguno de sus atacantes sobrevivió. Padre envió un mensaje claro sobre las consecuencias de robarle a su hija matándolos a todos y dejando sus cuerpos insepultos en el campo para que las bestias y los cuervos carroñeros los devoraran. —Duncan frunció el ceño.

Anna levantó la vista lo suficiente para responder con un gruñido y volvió a trabajar en el tocho. Con cada rizo de madera que caía al suelo, su enfado disminuía. Reflexionó sobre la

historia de Duncan y sobre cómo ella encajaba ahora en la historia de su clan, lo deseara o no.

—Me preocupaba cómo una mujer podría lidiar con tener tanta sangre en sus manos. Veo, por la forma en que atacasteis el bosque, que volveríais a hacerlo. En verdad, sois la defensora de Nessa—. Duncan continuó con un tono interrogante.

Anna no apartó la vista de su tarea ni reconoció su declaración.

—Si me disculpáis, tengo otros deberes que atender. Os veré en la cena. —Duncan hizo una leve reverencia y se marchó.

Anna levantó la cabeza y le respondió con el ceño ligeramente fruncido.

«Cómo un hombre pensaba que una mujer sólo podía manejar con eficacia una aguja e hilo o una olla para sopa, y se desmayaba ante la visión de la sangre».

Continuando con su tarea, Anna reflexionó sobre la mañana. Había notado las miradas extrañas de los aldeanos, pero nada que sugiriera hostilidad. Más bien curiosidad. No estaba segura de sí se debía a la declaración del lord o a su escolta. Sin embargo, sabía que todos, especialmente las damas que hilaban la lana, valoraban el interés de Duncan por ella. Como una potra en la cuadra, la habían calificado todo el día. Arrugó el ceño, no le gustaba nada la sensación.

Trabajó hasta conseguir un bastón liso y uniforme del diámetro adecuado. Cuando terminó, la oscuridad se había colado entre los faroles y los establos. Tener una tarea para sus manos dio a su mente la oportunidad de medir sus sentimientos y se sorprendió al descubrir que su ira hacia los MacGregor ya no existía.

«¿Cómo era posible?»

Mairi y Nessa siempre la habían tratado más que amablemente. Duncan, si había que ser justos, también había sido todo lo amable que se podía ser, incluso más esta semana. ¿El lord? Aunque ella discrepaba vehementemente de cómo la había tratado la primera semana, él había mantenido su palabra de acogerla en su familia, de aceptarla como suya.

«¿Podría realmente formar un hogar aquí?»

Anna se dirigió a la torre del homenaje con su nuevo bastón, pensando en ponerlo a prueba a primera hora del día siguiente. El tiempo de práctica a solas le daría más oportunidades para reflexionar sobre su estancia aquí, sobre trabajar como curandera y entrenadora de caballos. Negó con la cabeza. Sin duda necesitaba más tiempo para pensar en sus extraños sentimientos hacia Duncan.

CAPÍTULO 10

Duncan llegó a los establos con las primeras luces del día y se dio cuenta de que faltaba el caballo de Anna. Ensilló el caballo y se dirigió al bosque, consciente de que ella ya había llegado o llegaría pronto. Desmontó en el bosque, ató su caballo a un árbol a varios metros de distancia y se dirigió en silencio al borde del claro. Como sospechaba, ella ya había llegado. Eligió un árbol en las sombras para observar desde la distancia.

Por su parte, Anna desenrolló una cuerda larga y fina de su cintura. Un pequeño cuchillo, o tal vez una punta de lanza, parecía estar atado a la cuerda. Lo que parecía un pequeño trozo de tela roja estaba atado a la base del cuchillo. *Qué extraño*.

Empezó despacio, luego movió la hoja cada vez más rápido. Giró con ella, enrolló la cuerda alrededor de los brazos, la espalda, las piernas. Posteriormente, deshaciendo las envolturas, la lanzó hacia un árbol situado a unos cuatro metros. A Duncan le sorprendió la profundidad con la que la hoja atravesó la madera. No hacía falta mucha imaginación para imaginar lo que esta arma haría a un hombre, incluso contra una armadura.

Tras separar la hoja del árbol, Anna volvió a blandirla con un hábil movimiento, girando y danzando, y salió disparada de nuevo. La tela roja emitió un zumbido al cortar el aire, marcando el punto. Sin el color rojo, le habría sido difícil seguirla.

A veces la pateaba, lanzándola al aire, como a un blanco más bajo, cambiando la trayectoria. Parecía capaz de hacer volar esta arma, alta o baja, delante o detrás de ella, a voluntad y con una precisión asombrosa. Duncan quedó maravillado. Nunca había visto nada igual.

Al cabo de unos minutos, la joven enrolló la cuerda en torno a su cinturón, ocultando la hoja en la cintura de sus pantalones.

«¿Tenía esto en su poder durante todo el cautiverio? La insinuación le estremeció. ¿Qué otras armas tenía escondidas?»

A continuación, cogió el bastón que había tallado el día anterior. Comenzó despacio, como si quisiera familiarizarse con el peso del arma. Pronto empezó a girar y a mover el bastón en círculos. Sus movimientos eran elegantes, pero para el ojo entrenado de Duncan, generaban un poco de poder. Suficiente para que una mujer derrotara a un hombre.

Saltando y agachándose, Anna golpeaba desde todos los ángulos. Nunca antes se había encontrado con maniobras semejantes en combate. Se había entrenado como guerrero desde que tuvo edad suficiente para sostener una espada de madera. El combate siempre se había desarrollado de forma directa. El combate nunca tuvo la gracia ni la fluidez que observó con Anna. Cambió de táctica, ahora trataba el bastón como una lanza. Tras un largo intervalo con el bastón, hizo una pausa y bebió un trago de su piel de agua.

Los movimientos de la joven hipnotizaron a Duncan. Pensó en sus palabras del día anterior, sobre no poder volver a Inglaterra, a su casa. No quería que se fuera a ninguna parte. Sus planes ciertamente no incluían que ella languideciera en el palacio de algún noble, criando a sus hijos. Una oleada de emociones fuertes lo invadió.

«¿Celos?»

Sí, nada más podía explicar la oleada de pasión que había experimentado estos últimos días. Juró encontrar la manera de ganarse su confianza, su amistad. Entonces tal vez tendría una oportunidad de seducción. Con el daño causado por la desconfianza inicial, tendría que moverse con cuidado. La lentitud le sentaba bien. Le habían enseñado a ser un cazador cuidadoso,

dejando que su presa viniera a él. Aunque Anna era una presa más astuta que cualquiera de las que había cazado antes, no dejaba de ser caza.

Tras recuperar el aliento, Anna desenvainó sus dos espadas cortas curvadas y comenzó de nuevo el ejercicio mortal. Las complejidades de su juego de piernas, los ángulos desde los que trabajaba, demostraban un estilo de lucha que Duncan nunca había visto antes. Desde luego, ni inglés ni escocés.

Duncan recordó a los dos MacNairn que ella había derrotado con facilidad con la espada. Recordó sus movimientos oblicuos. Incapaz de contenerse por más tiempo, se levantó y caminó hacia el campo. En realidad, se sentía incapaz de resistirse. Tal vez la sangre de una *leannan sith* corría realmente por sus venas. Nada de lo que había encontrado le atraía tanto. Y menos una muchacha.

—Me preguntaba cuánto tardaríais en armaros de valor para abandonar las sombras. —Un brillo malvado bailó en sus ojos.

Por supuesto que ella había sentido su presencia. Un guerrero siempre lo sabe.

—No quiero entorpecer vuestra práctica. —Sonrió en respuesta.

—Entonces, si no queréis molestar, ¿participareis?

—Sólo he traído una espada. No tengo ningún bastón conmigo. —No podía confundir su tono desafiante. Su sonrisa torcida se ensanchó.

—Pues entonces, espadas. —Anna se alejó, rodeándolo.

—¿Me dais vuestra palabra de que me perdonareis la vida si me rindo? —Duncan desenvainó lentamente su larga espada.

—Tal vez. —La mirada malvada volvió a sus ojos.

Entre risas, Duncan se puso en guardia. Por su parte, Anna lo rodeó, entrando y saliendo de su alcance, midiendo sus movimientos, tratando de provocar una reacción. Duncan no la complació. Con el tiempo, sus fintas se volvieron más audaces, tratando de atraer a Duncan a un ataque comprometido, sabiendo que había luchado muchas batallas y por lo tanto no sería fácil engañarlo para que bajara la guardia.

«Maldición».

No podía atraerlo para que atacara. Cada vez que Anna le ofrecía una oportunidad, Duncan la rechazaba, manteniendo la guardia alta y una sonrisa molesta en la cara. *Bien*. Empujó un poco más para ver si podía hacer algo más que mantener la espada en alto. Inesperadamente, él atacó cuando ella iniciaba otro avance.

Ligeramente desequilibrada, se recuperó a tiempo para parar el golpe. El tintineo de acero contra acero rompió el silencio del pequeño prado. Anna se giró hacia él, buscando un ángulo desde el cual atacar. No tuvo suerte. Él se anticipó a su movimiento y bloqueó su golpe.

«Así que hay algo más en su habilidad que la consistente guardia que ofrece».

Tras lanzar otro golpe, Anna desistió rápidamente y buscó el otro lado. Para su disgusto, Duncan se anticipó y la contrarrestó de nuevo. ¡Zas! ¿Había delatado su intención de alguna manera? Lo comprendió. La había observado practicar durante algún tiempo antes de unirse a ella. Sabía que no era partidaria de los ataques en línea recta, sino que prefería los ángulos, evitando así un golpe directo que difícilmente podría bloquear debido a su desventaja en fuerza.

Una sonrisa torcida se dibujó en sus labios. Era hora de emplear técnicas que aún no había demostrado. Tambaleándose hacia la izquierda y luego hacia la derecha con fintas, Anna cayó al suelo, rodando junto a Duncan por su izquierda, apareciendo ligeramente detrás de él. Antes de que pudiera ponerse en guardia para defenderse de su inesperada maniobra, le golpeó en la parte posterior de la pierna por encima de la rodilla con una espada y en la parte baja de la espalda con

la segunda, girando las hojas en el último momento, golpeando con la parte plana en lugar de con el filo.

Duncan cayó de rodillas como si los golpes hubieran sido propinados correctamente, sorprendido de que le hubiera superado en este asalto. Se enfrentó a ella mientras se levantaba. La sonrisa de suficiencia de Anna reflejaba orgullo y satisfacción. Sus ojos verdes resplandecían de placer, el pecho le pesaba por la falta de aliento, la cara enrojecida por el esfuerzo. Dudaba que hubiera existido una criatura más hermosa en la tierra de Dios. Lo único que Duncan deseaba era estrecharla entre sus brazos y besarla hasta el olvido.

«¡Tiene que ser mía!» El pensamiento era tan poderoso que resonaba en sus huesos. El cazador que había en él sabía que éste era un pequeño paso hacia su objetivo. No debía dejar que su pasión estropeara la caza.

—¿Otra vez, milord? —Se burló de él con un movimiento de cabeza. Podía permitirse ser juguetona, ya que había acertado primero. Riéndose de su burla, él se reincorporó.

Continuaron hasta que ambos se agotaron. Ninguno de los dos recordaba quién había sido el mejor, aunque estuvo cerca. Duncan le tiró su pellejo de agua. Ella inclinó el recipiente hacia arriba, mostrando la suave piel de su garganta. Una larga y fina cicatriz en su cuello bailaba mientras bebía profundamente. Verla hacer algo tan simple como beber despertó el deseo de Duncan. Luchó contra la visión de tenerla debajo de él, moviéndose mientras luchaban juntos por saciar una sed diferente.

—Gracias. —Le devolvió el pellejo de agua.

Duncan felicitó su propia sensatez al proponer que llevaran a cabo su entrenamiento lejos de los ojos de sus parientes. Difícilmente soportaría ser derrotado, aunque sólo fuera un asalto, por una mujer. Aunque no le importaría ser derrotado ocasionalmente por *su* mujer. Un sentimiento de orgullo se hinchó en su pecho al considerar la posibilidad. Tal vez, tras unas cuantas sesiones más, la llevaría a entrenar con sus hombres y les dejaría ver por sí mismos lo bien que luchaba la muchacha.

Los que cabalgaron con él a buscar a Nessa ya la habían visto en acción dos veces. Al pensarlo, la idea de compartirla en cualquier escenario le provocó un impulso feroz de esconderla de aquellos que pudieran llamar su atención.

—¿Al torreón, *milady*? —Le ofreció las riendas del caballo.

Anna esbozó una sonrisa que le dejó tan sin aliento como el *whisky* más fuerte.

—Como deseéis, señor caballero.

Ninguno de los dos habló durante el corto trayecto de regreso. Duncan pensaba en sus deberes del día, pero su atención volvía una y otra vez a la muchacha que tenía a su lado. Tener una mujer tan fuerte, hermosa y experta en curación sería todo un tesoro. Incluir habilidades de combate que rivalizaran con las suyas sería una bendición. Una pequeña duda en su mente le hizo detenerse y reflexionar.

«¿Me apreciaría ella como a un premio?» Dio rienda suelta a su pensamiento. «¿Qué buscaría Anna en un hombre?»

Fuerza, sin duda. ¿Protección? Ella creía claramente que podía protegerse a sí misma, negándose continuamente a aceptar la idea de que necesitaba eso de un hombre, de él. Su testaruda autosuficiencia seguía siendo una fuente de irritación. No parecía tener ni un ápice de sumisión. Si esperaba a que ella le pidiese protección, tendría que esperar a que toda Escocia se hundiese en el mar. Las tácticas habituales empleadas para atraer la atención y el corazón de una muchacha resultarían lamentablemente inútiles con ella. No, necesitaba otro enfoque.

—Disfruté nuestro entrenamiento, Duncan.

—Si lo deseáis, podemos reservar tiempo la mayoría de las mañanas para hacerlo.

—Me complacería. —Volvió a mostrarle una sonrisa deslumbrante, y aunque él había experimentado una hacía unos momentos, no estaba más preparado para el efecto de ésta que para el de la primera.

Las mujeres hablaban a menudo de amor y pasión. Podía ver el comienzo de una y sentir ya las llamas de la otra. Para conquistarla, necesitaría más… ¿qué? ¿Qué dijo ella hace unos días en los establos? Quería respeto, que al menos actuaran como si tuvieran honor. Riéndose para sus adentros, pensó que ella no tenía ni idea del respeto que ya le inspiraba.

* * *

Anna reflexionaba sobre lo a gusto que se había sentido con Duncan. Le recordaba a los años que ella y Edrick habían pasado entrenando. Existía la misma intensidad, el mismo fuego competitivo, pero de algún modo parecía diferente. Pensó en las diferencias, perdida en las comparaciones. Tarde, se dio cuenta de que Nessa le hablaba. Le dirigió una sonrisa culpable.

—Lo siento. Estaba distraída.

—Me he dado cuenta de que siempre parecéis preocupada cuando volvéis de pasar tiempo con mi hermano. —Nessa la miró, con una mano en la cadera y una sonrisa burlona en los labios.

—Es porque fue mi enemigo durante muchos días. —Frunció el ceño. El calor se apoderó del rostro de Anna. Quería negarlo, pero sabía que era cierto. Buscó una explicación razonable a la observación de Nessa.

—¿Sigue siendo vuestro enemigo? —Nessa la miró pensativa.

«¿Lo es? No, claramente no. ¿Realmente lo fue alguna vez?»

Anna se dio cuenta de que era mucho más fácil categorizarlo así cuando no entendía por qué la habían capturado. Ahora era confuso. No sabía cómo dar sentido a lo que él significaba para ella, a cómo se sentía cuando estaba cerca de Duncan. Él la protegía cuando podía y cuidaba de su caballo cuando ella no podía. Le dedicaba tiempo cada día para que conociera su casa, para que se sintiera bienvenida. Se había mostrado comprensivo con su situación. Había sido amable y no parecía importarle demasiado que ella lo superara en el entrenamiento. Anna sonrió. ¿Cuántos hombres podían decir lo mismo? Sabía por experiencia que el orgullo masculino tenía un límite. ¿Si tuviera que clasificarlo? Se dio cuenta de que necesitaba una nueva categoría. Él no encajaba en ninguna de las que ella conocía. Recordando la pregunta de Nessa trajo sus pensamientos de inmediato.

—No, no lo es.

* * *

La emoción creció en Anna cuando Duncan se dirigió a su padre.

—Padre, Anna y yo hemos hablado de cómo podría encontrar un papel en el clan, y queríamos vuestra opinión. —La declaración de Duncan atrajo la atención de todos, incluidos los que estaban al alcance del oído desde las mesas inferiores.

El lord asintió y miró a Anna para continuar.

—Duncan sugirió que podría ayudar en el entrenamiento y cuidado de los caballos en los establos.

—¿Eso es todo? Ese trabajo, aunque inusual para una mujer de noble cuna, no requiere mi permiso. —Las comisuras de los labios del lord se levantaron.

—Duncan también sugirió que me encargara de los casos de curación más graves, en

particular los que requieren cirugía. Hemos hablado con Fiona. Ella está ansiosa por renunciar a tales deberes, ya que prefiere sus tareas de partera. —Miró a Duncan en busca de apoyo.

—Si se le permite, Anna necesitaría un lugar para trabajar. He pensado que podría utilizar uno de los almacenes del vestíbulo principal hasta que lo necesite para el otoño.

Al observar los rostros en la mesa, Anna vio que esta petición complacía a todos. Su aprobación la reconfortó.

—Qué excelente sugerencia. —Nessa intervino, mostrando su aprobación—. Me daría la oportunidad de seguir aprendiendo de ella, si me lo permitís, padre.

Anna sonrió, recordando las preguntas mientras Nessa la observaba curar sus propias heridas. Fascinada, había empezado a escribir un diario basado en sus conversaciones, en el que enumeraba varias hierbas, sus usos y dosis. Aprendía rápido y, al parecer, estaba enamorada del tema.

—Vuestra madre y yo hablaremos sobre qué ayuda sería apropiada para una joven doncella. —MacGregor frunció el ceño ante la declaración de Nessa.

Nessa sonrió y asintió obedientemente. Divertida por su intercambio, Anna sabía con certeza que no habría sido tan sumisa con su propio padre.

* * *

Después de que las damas se retiraran de la cena, Duncan se sentó ante el fuego con su padre a beber *whisky* y discutir asuntos del clan. Su padre no parecía estar de humor para hablar, lo que dio a Duncan tiempo para reflexionar sobre sus preguntas y tratar de entender por qué Anna lo tenía tan preocupado.

—Padre, ¿cuáles son vuestros planes para Anna? —Duncan miraba fijamente las llamas, sin estar aún preparado para enfrentarse a la aguda mirada de su padre.

—¿Por qué lo preguntáis? —Kenneth pareció considerar cuidadosamente su pregunta.

—Tomándola como vuestra propia hija, ¿pretendéis formar una alianza con su matrimonio? —Duncan mantuvo el rostro dirigido hacia la chimenea, pero desvió una mirada hacia su padre.

—No. Ella no es de mi sangre. No tengo autoridad para hacerlo a menos que lo pregunte. Aún tiene parientes vivos. Además, ¿la veis casándose contra su voluntad? No le desearía tal destino a ningún hombre. —El borde de la boca del lord se crispó.

—Sí, he pensado lo mismo. —Duncan se revolvió en su silla y se frotó la nuca.

—¿Ha aceptado quedarse?

—Aún no, pero pienso convencerla. —Las palabras de Duncan sonaban más seguras de lo que él se sentía.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —Kenneth se giró ligeramente hacia él, con una sonrisa abriéndose paso en su boca.

—Pienso tomarla por esposa.

Kenneth echó la cabeza hacia atrás riendo. Inquieto por su reacción, Duncan esperó a que la risa de su padre se calmara.

—¿Creéis que sería una buena esposa? —Duncan miró a su padre, curioso por su respuesta.

—Creo que no hay mucho que la muchacha no pueda hacer. Podría ser vuestra mayor alegría y vuestra mayor frustración. No se someterá fácilmente a ningún hombre. Os sería más fácil luchar contra dragones. —Kenneth se mostró sereno.

—Quizá la clave esté en no buscar su sumisión como si fuera una mujer común. —Duncan frunció el ceño, mirando el contenido de su taza.

—¿Por qué Anna? —El lord estudió el rostro de su hijo durante un momento.

—Es una buena pregunta. La he meditado desde el día en que la vi. Cada día la lista se hace más larga a medida que descubro más de su carácter. Podría nombrar sus virtudes, la mayoría las habéis visto, el resto las habéis oído. Hay algo cuando la miro. Desafía la lógica, o cualquier cosa que haya encontrado antes. —Duncan exhaló profundamente—. No puedo sacarla de mi cabeza. Pienso en su olor, en su sonrisa, en estar cerca de ella todo el tiempo. Me conformo con mirar mientras prepara a su caballo. No sé cómo llamarlo, pero es como una sed intensa. No me canso de contemplarla. —Se recostó en su silla y miró al techo.

—¿La joven siente lo mismo por vos?

—No sé lo que ella siente. —Duncan suspiró y cerró los ojos mientras pensaba cómo abordar ese tema con ella.

—¿Así que ella ya no desea atravesarnos a los dos? —El tono de Kenneth, aunque burlón, tenía algo de sinceridad.

—No. Ya no creo que nos odie, pero tampoco confía en nosotros. —Sacudiendo la cabeza, Duncan abrió los ojos, con los labios hacia abajo. Se movió en su silla, listo para cambiar de tema—. Hoy hemos entrenado juntos.

Kenneth enarcó la ceja.

—Encontré un lugar apartado para entrenar. Trabajamos con espadas durante muchas rondas. Me superó varias veces, aunque estuvo cerca.

—¿Os venció en combate? —La sonrisa del lord volvió a su sitio.

—Sí, lo hizo, varias veces. —Duncan descubrió que ya no le importaba. Se preguntó si habría algún hombre entre ellos al que ella no pudiera derrotar en una pelea justa. Tal vez Duff —. Me preguntaba qué pensáis de que la traiga a entrenar con los hombres.

—Puede que no os importe que os venza una mujer, pero a muchos hombres sí, tanto si está marcada como guerrera por su clan como si no. —Esto hizo que Kenneth volviera a fruncir el ceño.

—Lo sé, pero tiene mucho que enseñarnos. He aprendido más esta mañana que en mucho tiempo. Sus tácticas contrarrestan las ventajas de la fuerza. Esos métodos serían útiles para los jóvenes y los veteranos. También posee conocimientos sobre armas con las que nunca me había topado.

—¿Le habéis preguntado de dónde ha adquirido tales conocimientos? —El lord arqueó una ceja ante esta observación.

—No. Intento ir despacio. No quiero cuestionar vuestras decisiones, ni discutir de nuevo, pero sus primeros días con nosotros han hecho todo esto más difícil. —Exasperado, extendió las manos—. Estoy trabajando para ganarme su confianza y su amistad. Habló largo y tendido sobre por qué no puede volver a Inglaterra.

—Entonces, ¿queréis una esposa que pueda desafiaros en combate? —El lord gruñó.

—Sí, eso parece. Pero sólo si es Anna. No me importa que no tenga dote. Pero casarme con ella tampoco traería alianza.

—Sois un buen hijo y un buen hombre. A los veinticinco años sabéis bien lo que hacéis. Dentro de unos años yo ocuparé mi lugar en el consejo de ancianos y vosotros os convertiréis en lord. Es vuestro deber casaros y tener un heredero. En todos estos años aún no he visto vuestra cabeza girar por una muchacha. Esta no sólo os ha hecho voltear la cabeza, sino que os la ha hecho girar sobre los hombros. —Su carcajada provocó que Duncan se retorciera como un niño —. Lo reconozcáis o no, estáis perdidamente enamorado de ella. Vuestra madre y yo estamos de acuerdo en esto y apoyaremos vuestra decisión de casaros con *lady* Anna, aunque no os envidio la tarea.

Duncan respondió con una sonrisa de satisfacción, ocultando su asombrada reacción.

«¿Se había enamorado de ella?»

Se sentaron en silencio, mirando el fuego mientras bebían *whisky*. Un peso oprimía el pecho de Duncan mientras pensaba en su siguiente pregunta.

—Quiero hablar de algo doloroso para ambos, si me lo permitís. —Duncan miró a su padre a los ojos, esperando a que éste asintiera levemente.

—La presencia de Anna me ha perturbado de más formas de las que puedo contar. Cada una parece ser más desafiante que la otra. No entiendo por qué me hace pensar en Callum. Es casi como si se hubiera levantado de la tumba para atormentar mis pensamientos.

Kenneth se puso rígido al escuchar el nombre de su hijo muerto.

—No hablaremos de ello si lo deseáis. —Duncan suspiró.

Un largo silencio se extendió entre ellos.

—La muerte de vuestro hermano nos afectó profundamente a todos, pero a nadie cambió más que a vosotros. Habéis cargado con la culpa, aunque no la tengáis. Después os convertisteis en un muchacho sobrio, con un gran sentido de la responsabilidad. Aunque es un rasgo admirable a una edad temprana, vuestra madre y yo creemos que la pérdida os ha robado la juventud. No puedo pretender saber lo que significa perder a un gemelo. Vosotros dos estabais más unidos que nadie que haya visto. Sólo sé lo que fue perder a un hijo y temía lo que su muerte le haría al que aún me quedaba. —El lord levantó una mano para detener la discusión que Duncan se disponía a montar—. Desarrollasteis una aguda necesidad de proteger a todos los que os son queridos. Es una característica que os ayudará a convertiros en un lord fuerte. Creo que esta feroz conexión que sentís con Anna, junto con su difícil situación, os llama poderosamente. —Kenneth hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Ella ha sufrido una gran pérdida y se encuentra sin rumbo —concluyó—. Esas cosas se combinan para inspirar en vosotros una protección tan fuerte que corréis el riesgo de ahuyentarla. Con ella habéis encontrado un alma gemela, no muy distinta de la que perdisteis. Tal vez *lady* Anna tenga tanto que ofreceros como vosotros a ella.

—Lo siento. —Duncan se levantó y abrazó a su padre.

—Nunca fue vuestra culpa. —Kenneth lo sujetó bruscamente por los hombros, mirándolo a los ojos con una intensidad mesurada.

Duncan se dio la vuelta. Claro que fue culpa suya.

CAPÍTULO 11

Anna sintió la mano de Duncan en el hombro, preguntándole si podía esperar mientras recogía sus armas para salir del campo de prácticas. El ya familiar cosquilleo cálido de su contacto la tentó a distraerse. Para contrarrestar el efecto, le cogió la mano y se colocó al otro lado de su cuerpo, presionando hacia abajo mientras se arrodillaba y se giraba. Tan rápida como un halcón lanzándose a por su presa, su acción pilló desprevenido a Duncan. Este dio una voltereta en el aire y aterrizó de espaldas con un golpe satisfactorio, luchando por recuperar el aliento mientras flotaba como un pez en el agua. Sin poder evitarlo, Anna estalló en carcajadas. Duncan se puso en pie, con los ojos desorbitados.

—¿Cómo lo habéis hecho? —Su respiración se entrecortaba.

—Es fácil. Quizá os lo enseñe algún día. —Contuvo su risa lo suficiente como para responder. Se burló de su acento y le dedicó una sonrisa pícara.

—Anna. Dime, ¿cómo lo habéis hecho? —Duncan la miró incrédulo.

—Os lo enseñaré otro día, si lo deseáis. No es difícil. Pensé que sólo queríais entrenar armas. —Se controló con un suspiro. Caminó hacia su caballo y, mirando por encima del hombro, vaciló ante la intensidad de su mirada.

Duncan acortó la distancia que los separaba y tomó una de sus manos entre las suyas. Le rozó la piel de la palma con el pulgar, provocándole un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Anna le tomó de la mano con las suyas y se la retorció hacia fuera, haciendo su movimiento de muñeca favorito. Duncan cayó de rodillas inmediatamente, con la cara contorsionada por el dolor.

—¡Por Dios! ¿También estáis entrenada para el combate sin armas?

—Por supuesto. ¿Vosotros no? —Su sonrisa pícara se volvió cruel al escuchar su respuesta. Le soltó la muñeca y dio un paso atrás.

—Anna, soy más alto y peso más que vos. ¿Cómo sois capaz de ponerme de rodillas con tanta facilidad? —Frotándose el brazo mientras se ponía en pie, Duncan la miró con asombro.

—Si lo deseáis, combate sin armas mañana, sir Duncan —respondió ella, subiendo a su caballo. Su tono burlón era claro. Entrenar con Duncan era mucho más agradable que entrenar con su hermano Edrick. Por un lado, no quería matarlo todo el tiempo.

Aunque eran muy competitivos el uno con el otro, Anna se sentía tan protectora con él como Duncan parecía serlo con ella. Ciertamente tenía menos moratones y cicatrices que cuando entrenaba con Edrick, aunque su combate con Duncan era igual de feroz. Y había una sensación extraña cada vez que se acercaban, que se intensificaba con el contacto. No había conocido nada igual y no sabía qué hacer con aquella sensación. Parecía una tontería mencionar algo así a Nessa o a cualquier otra persona. Sin embargo, cada vez que se tocaban, ella deseaba más.

* * *

La primavera dio paso a regañadientes al verano. Anna se reunió con Duncan en los establos temprano, como hacían todas las mañanas. Este día su rostro reflejaba pesar.

—Anna, me disculpo por perderme nuestro combate, pero tengo que reunirme con el herrero.

—No es molestia. Planeaba pasar tiempo con Fiona después de nuestro entrenamiento.

—Se encogió de hombros. Lo observó hasta que desapareció de su vista y buscó una forma de pasar el tiempo. Salió del establo, colocó sus armas en su sitio y dejó la armadura en el torreón.

Mientras contemplaba el hermoso día, Anna decidió caminar. Le sentaría bien. Dolorida por el entrenamiento de ayer, necesitaba estirar las piernas. Después de un comienzo doloroso, Duncan por fin había podido derribarla varias veces. Tardó en aprender las sutilezas del desequilibrio antes de un lanzamiento. Duncan le parecía como la mayoría de los hombres, que pensaban que la fuerza física era la respuesta a cualquier obstáculo.

Aunque la gruesa hierba amortiguaba sus aterrizajes, los músculos de Anna protestaban por los repetidos impactos. Recordó la expresión de satisfacción de Duncan cuando por fin la derribó, la de un niño pequeño que aprende un nuevo truco. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Al pasar por delante de la tonelería, vio al hombre trabajando fuera en un nuevo barril. La saludó levantando la herramienta que tenía en la mano. Ella sonrió y le devolvió el saludo. El simple acto de reconocimiento amistoso la hizo sentirse como en casa. El repiqueteo del martillo del herrero en el yunque de fondo acentuaba esa sensación. Entonces, una voz que ya había oído antes le robó la paz.

—Mirad a la zorra inglesa. El lord os ha soltado, ¿verdad?

—Buenos días, Shamus. Veo que estar en casa todo este tiempo no ha cambiado la dulzura de vuestra voz. —Anna no tuvo que verle la cara para saber quién hablaba. Unas risas siguieron a su respuesta mientras seguía caminando.

—¡No os alejéis de mí, puta!

Anna exhaló un suspiro, y con él sus esperanzas de evitar la confrontación. Pensó en las muchas maneras en que podría demostrar su valía a este clan. La que tenía entre manos no estaba entre ellas. Recientemente se había enterado de que su hermano, Alasdair, había encontrado su fin en los colmillos de un jabalí mientras cazaba.

«¿Acaso no me acusa de la muerte de su hermano como hizo con su anterior herida?» Sacudió la cabeza, recordando la forma en que la había desafiado por el error de su hermano la primera vez que se vieron. Es probable.

—Puede que estéis bajo la protección del lord, pero aun así podríais tener un desafortunado accidente si no tenéis cuidado —gruñó Shamus.

—¿Me estás amenazando, Shamus? Si no me falla la memoria, os dejé inconsciente la última vez que luchamos. Pensaba que habíais aprendido la lección sobre hablar con vuestros superiores. —Se giró hacia él y cerró los puños.

—¡Cómo os atrevéis! —bramó él, dando un paso furioso en su dirección. El rostro de Shamus enrojeció y se tiñó de púrpura.

—Me atrevo porque si me insultáis de nuevo, cobraré la deuda que tenéis conmigo. Esta vez, vuestro lord no podrá salvarte. —Lo miró desafiante, sin moverse un ápice, esperando su reacción.

Rugiendo de ira, Shamus desenvainó la *claymore* que llevaba a la espalda. Ella sabía que la larga espada a dos manos le daba la ventaja del alcance y que ella no sobreviviría ni al más mínimo golpe.

—Creo que añadiré algo a la cicatriz que os hice la última vez que peleamos y terminaré lo que Alain empezó. —Su rostro se distorsionó con malicia.

—Creo que os enviaré a saludar a vuestro hermano. —Desenvainó sus bracamartes gemelos y lo rodeó. Sus palabras sonaron con fuerza, incitándole, como era su intención. Dio un gran golpe, creando un arco de acero destinado a decapitar. Anna levantó la mano y le lanzó un beso.

Aún más enfurecido, Shamus cambió de dirección y bajó la espada en ángulo oblicuo. Anna predijo el arco y rechazó el golpe empujando su espada en la misma dirección que la suya. Su

parada hizo que él se tambaleara, ya que su impulso, unido al de ella, llevó su golpe más lejos de lo que pretendía. El tintineo de acero contra acero resonó en la aldea como un trueno. Una multitud se apresuró a rodear a los combatientes, manteniéndose cautelosamente fuera del alcance de la larga espada.

Shamus respiraba con dificultad mientras Anna esquivaba los golpes y se alejaba bailando ligeramente. Su rostro enrojeció por el esfuerzo o la humillación, ella no lo sabía y no le importaba. Había caído en su trampa tan previsiblemente como cualquier presa ingenua.

—¡Por vos, Alasdair! —rugió Shamus. Levantó la espada y la empujó hacia abajo con gran fuerza, un golpe diseñado para partirla en dos.

La espada de Anna se encontró con la suya, con la empuñadura hacia arriba y la punta hacia abajo. Su hoja rozó la de ella, haciendo saltar chispas. El golpe continuó unos centímetros más allá de ella, clavándose en el suelo con un ruido sordo. Anna golpeó el lado plano de la hoja con la bota. La espada se retorció en sus manos, girando la parte plana de la hoja hacia arriba.

Con la espada de Shamus como rampa, Anna dio un paso rápido sobre ella, acortando la distancia que los separaba. Con las espadas cruzadas frente de sí, una hoja junto a cada oreja, balanceó cada brazo violentamente sobre su cuerpo mientras su voz expresaba toda su rabia. Finalmente, ambas espadas se clavaron profundamente en el cuello de Shamus, y Anna se sentó a horcajadas sobre él mientras se desangraba. Una sacudida espasmódica y el cuerpo de Shamus se paralizó para siempre.

Anna giró la cabeza, buscando entre la multitud, con la sangre de su enemigo salpicada sobre ella.

—¡Soy Anna del clan Elliot! Mi abuelo es lord. Mi clan me ha marcado como guerrera. —Se rasgó la túnica, dejando al descubierto su hombro, cuello y brazo, sus marcas azules visibles para todos.

—Cualquiera que se oponga a mi presencia puede enfrentarse a mí. —Giró lentamente, con mirada desafiante. Vio varias expresiones de incredulidad y más de un asentimiento de aprobación. Su mirada se cruzó con la de Duncan quien llevaba un arco largo con una flecha apuntando al suelo. Le dirigió una mirada feroz y una rápida reverencia, aparentemente complacido por sus acciones. Anna respiró hondo y le devolvió el saludo. Limpió la sangre de sus espadas en el cuerpo sin vida de Shamus, las envainó y se dirigió hacia la torre del homenaje, con pasos fuertes que hacían eco del golpe furioso de su corazón.

* * *

Duncan apartó su atención del herrero cuando el intercambio verbal de Anna y Shamus resonó en la aldea. Necesitó toda su fuerza de voluntad para apartarse y observar, con los dientes apretados y la sangre palpitándole en las venas, cómo Shamus insultaba y provocaba a Anna. A su favor, ella trató de alejarse. Al darse cuenta de que la pelea era inevitable, Duncan tomó el arco largo del herrero y preparó una flecha por si Shamus parecía tener ventaja.

Duncan había jurado protegerla, aunque ella no lo deseara. No había olvidado sus comentarios mordaces sobre su protección, ni las palabras de su padre en su última conversación. El impulso instintivo de luchar en su lugar resultó casi irresistible. Saber que Anna se enfadaría más con él que con Shamus era lo único que le impedía intervenir. En ese momento, observó a la muchacha que se había acercado a él. Aunque se enfadaba con facilidad, Shamus no era un novato. Anna, quien nunca corrió verdadero peligro, lo sometió a una danza como a una marioneta en el Festival de San Crispín. Ella se movía y paraba, permitiendo que Shamus se comprometiera demasiado y se lastimara. Todo el tiempo, Anna provocaba su ira, incitándole a

ser más y más agresivo. Sus golpes le desequilibraban, su rabia le volvía temerario.

Su movimiento final no se parecía a nada que él hubiera visto antes. ¿Correr a lo largo de una espada para asestar el golpe mortal? Era lo que cantaban los bardos. Su grito de guerra y su proclamación le produjeron escalofríos. Su desafío a todo el clan resonaría durante años. Nadie la desafiaría ahora, con la protección del lord o sin ella. Sería tenida en la más alta estima, el hecho de que fuera mujer no importaba. Duncan no podía estar más orgulloso de ella, y se aseguró de que Anna lo notara en sus ojos cuando por fin lo miró.

Lo que comenzó como un temor por su vida terminó en un ardiente sentimiento de admiración y deseo por ella que no podía comprender. La *conquistaría* o moriría en el intento. Ya no tenía elección. Juró hacer lo que fuera necesario, por mucho tiempo que hiciera falta.

* * *

Anna se encontraba de pie junto al abrevadero de los establos sin recordar con claridad cómo había llegado hasta allí. Miró su túnica, manchada de sangre. Se quitó las espadas envainadas y se inclinó hacia delante, sumergiéndose de la cabeza a la cintura en el agua fría. Se enderezó, sujetándose al borde de la bañera, repitiendo en su mente todo el encuentro con Shamus mientras el agua se escurría.

—Oh, los establos. —La voz de Duncan la sacó de su aturdimiento.

Anna se giró hacia él. Una sonrisa iluminaba su rostro. La alegría se apoderó de ella, consciente de que había provocado su expresión. Su aprobación significaba para ella más de lo que debería. El hecho de haber matado a un hombre hacía unos instantes, y que ahora se sintiera reconfortada por la aprobación de Duncan, provocaba otra batalla en su interior. No tenía derecho a sentir alegría por haberle quitado la vida a otro. Puede que Shamus mereciera morir, pero era un hijo, un hermano, quizás un marido y un padre. Con certeza, un MacGregor.

Duncan cogió un trapo y se lo lanzó. Limpiándose lo que quedaba de sangre y agua, se paseó por los establos, con la lujuria de la batalla corriendo aún por sus venas. Él se apartó de ella, apoyándose en la pared del establo, con los brazos cruzados y una sonrisa de oreja a oreja.

—Duncan —le advirtió—. No es momento de sonreír. He matado a un hombre, a un miembro de vuestro clan. Podría haberme marchado. Debería haberme ido. —La culpa la envolvió con sus pegajosos tentáculos. Seguramente podría haber hecho algo para evitarlo.

—Intentasteis marcharos, pero él no os lo permitió. —La sujetó por los hombros, deteniendo su paso.

—¿Lo habéis visto? —Anna lo miró sorprendida.

—Sí, estaba en casa del herrero. Medio pueblo vio y oyó a Shamus. No os iba a dejar marchar sin luchar. Los hombres que presenciaron su desafío el mes pasado no le han dado ni un momento de paz. Principalmente porque era un necio. Su orgullo herido es la causa de esto. No fue vuestra culpa, Anna. —Le hizo un gesto tranquilizador con la cabeza.

Anna se sintió aliviada. Finalmente, alguien estaba de su lado. Se aferró a Duncan, abrazándolo con todas sus fuerzas. Él correspondió a su ferocidad. Anna se perdió en su olor, en la fuerza de sus brazos, en el tacto de su duro cuerpo. Al cabo de unos instantes, redujeron la fuerza de su abrazo, pero continuaron abrazados, reacios a separarse.

—Estuvisteis magnífica hoy. Muy hermosa. Estoy orgulloso de ser vuestro amigo.

—¿Estuve hermosa? —La voz de Anna sonó con la vacilación de una niña a sus oídos.

—Sí, muchacha, sois lo más bonito que he visto nunca. —Duncan rompió su agarre, colocando sus manos en las mejillas de ella, levantando su rostro para que lo mirara—. No os equivoquéis, hoy os habéis ganado el respeto de todo el clan MacGregor. Llegarán a admiraros y

respetaros tanto como yo.

—No lo entiendo. —Soltándolo, dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué es lo que no entendéis? —Soltó una pequeña carcajada.

—Creéis que soy hermosa, me admiráis y respetáis, os enorgullecéis de ser mi amigo… —Se atrevió a mirarle.

—Sí, así es. Pero no sólo dije que fuerais hermosa. Dije que sois lo más bello que he visto en mi vida. Hay una diferencia. —Duncan se movió para estrechar el espacio entre ellos, pero ella se opuso a su paso. Se detuvo con el ceño fruncido.

Anna cogió sus arreos y su manta, huyendo de la intensidad de las palabras de Duncan. A grandes zancadas hacia el establo de Orión, al cual ensilló.

—¿A dónde vais? —La preocupación en la voz de Duncan sonaba clara.

—Necesito tiempo para pensar. Cabalgaré hasta el lago. Dadme un par de horas.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Estaré esperando vuestro regreso. —Acariciando a Orión en la grupa, le cogió la mano.

Anna forzó una sonrisa mientras montaba y se alejaba.

* * *

—¡¿Que él ha hecho qué?! —La voz de Kenneth retumbó en la habitación. Se levantó de la silla, con las manos cerradas en puños y una expresión que Duncan temía que le provocara una apoplejía—. ¡Mis órdenes fueron *muy* claras! Está bajo mi protección. ¡Nadie debe hacerle daño!

—Deberíais haberla visto. No se parece a nada que haya visto antes. Era un gato jugando con un ratón. Shamus nunca estuvo cerca de asestarle un golpe. Cuando Anna terminó con él, desafió a todo el maldito clan. Preguntó a cualquiera que tuviera un problema con ella que diera un paso al frente. —Duncan observó a su padre pasear por el solar.

El lord se detuvo en seco y giró la cabeza para encontrarse con la mirada de Duncan.

—Por supuesto, ninguno lo hizo. Sin embargo, no estoy seguro de si fue por vuestra orden o por lo que habían presenciado. Todos saben que es la guerrera de Nessa. —Al ver la expresión de su padre, Duncan respondió a la pregunta no formulada.

—¿Dónde está ahora? —El lord respiró hondo y sirvió una jarra de cerveza para cada uno.

—Se sintió culpable por haberlo matado y fue a dar un paseo. Dijo que volvería en dos horas. Pensé que deberíais oírlo de mí primero. —Duncan aceptó la bebida.

—¿Le habéis explicado que no fue culpa suya, que ella no tiene la culpa? ¿Que no habrá repercusiones?

—Sí. Por supuesto que lo hice. —Duncan bebió un trago antes de responder.

—¿Creéis que volverá? —El lord dejó la jarra sobre la mesa, murmurando una sarta de maldiciones.

—En verdad, no lo sé, pero creo que sí. Dijo que lo haría. La mayoría de sus pertenencias permanecen aquí. Le dije que me reuniría con ella en los establos cuando volviera. Estoy convencido de que no se iría sin despedirse de Nessa y madre. —Él y su padre intercambiaron miradas, con el mismo pensamiento claro en sus mentes.

«¿Cómo demonios se había convertido una noble en una guerrera tan letal?»

CAPÍTULO 12

Anna le dio rienda suelta a Orión mientras corrían hacia el lago. La ráfaga de aire sobre ella y la oleada de fuerza muscular bajo sus pies siempre ayudaban a despejar la confusión. Sin embargo, Anna se encontraba tan perpleja como antes. Ya no se sentía insegura acerca de matar a Shamus. Duncan tenía razón. El hombre no la dejaría escapar. Recordar lo que había dicho *sobre su accidente* la hizo reconocer la verdad de la situación.

«Necio».

Así las cosas, se encontró desquiciada por su conversación con Duncan en los establos. Recordando cada palabra que él había dicho, les dio vueltas en la cabeza, intentando discernir su significado. Para complicarlo aún más, recordó a Nessa e Isla burlándose de ella, diciendo que Duncan la favorecía… y todo el mundo lo sabía menos ella. ¿Cómo podía no saberlo?

«Los hombres no me persiguen. Sólo lo hacen los idiotas que juegan a dominarme, pero sólo por lo que puedan obtener de mí. Ahora no tengo nada».

Duncan sabía que ella no era una mujer sumisa, educada gentilmente. No traía riqueza ni conexiones. La había visto matar a varios hombres, y aun así decía esas cosas. Una pizca de perspicacia asomó. ¿Quizás se sentía así por sus acciones?

«No, no era posible. Los hombres quieren mujeres suaves, coquetas, agradables a la vista. No a mí». Sacudió la cabeza.

Duncan había dicho que ella era lo más hermoso que había visto en su vida. No tenía sentido. Debería volver a los establos y exigir saber exactamente a qué se refería, exigir conocer sus intenciones. Hizo girar a Orión, enviándolo de vuelta por el sendero. Un escalofrío la recorrió. ¿Y si sus palabras sólo pretendían tranquilizarla? Sabía que estaba disgustada por haber matado a Shamus. Sus acciones eran probablemente las de un hermano mayor que buscaba consolar su agitación.

«¿Temo ser rechazada?»

No se había dado permiso para sentir algo por él. Sin embargo, recordaba haber visto su largo cabello castaño oscuro, sus ojos azul cielo y su cuerpo tosco el día que se conocieron. Nunca antes había sido tan consciente de un hombre. Su presencia, más que nada, la conmovía, algo que no tenía palabras para describir. Ahora lo entendía. De algún modo, había permitido que ese hombre penetrara en su corazón. Sólo ahora sabía cuánto.

«No importa. Es una locura, y no seguiré por este camino. Mantendré mis emociones bajo control». Aplastó la pequeña voz de su interior. «¡NO es demasiado tarde!»

En el establo vio a Duncan, esperando como había prometido. Desmontando a varios metros de distancia, hizo ademán de enfriar a Orión, aún no dispuesta a hablar. Ver al hombre la desconcertó. Las palabras que había formado en su mente ahora estaban enredadas en su lengua. Él le sonrió.

«¡Maldita sea! ¿Cómo puede reducirme a una tonta con cerebro de gallina?»

—¿Os ha sido útil el viaje?

—No mucho. Creo que Orión le sacó más provecho que yo. Llegué a la conclusión de que tenéis razón.

—¿En qué sentido? —Inclinó la cabeza.

—Estabais en lo cierto sobre Shamus. Habría seguido viniendo hasta que yo aceptara luchar. —Le sostuvo la mirada con firmeza, sentimientos antes desconocidos erosionando su control.

—Es la verdad. Siento que sea así, pero ya está hecho. Habéis demostrado vuestra valentía al clan. Ahora seréis completamente aceptada.

—¿Cómo puede ser eso? Era un miembro del clan. Yo soy de las Tierras Bajas, una forastera *inglesa*. —Dijo esto último con un disgusto que se dio cuenta que quería decir.

Su sonrisa favorita regresó, inclinando las comisuras de los expresivos labios de Duncan.

—Todos saben lo que habéis hecho por Nessa e Isla. Creen que es un buen augurio tener a una heroína entre nosotros. Sí, Shamus era un miembro del clan, pero uno que sólo era tolerado. Era un hombre con pocos amigos.

—¿Y su familia? —Esto le recordó la culpa de haberlo matado.

—No, no habrá ninguno que os desafíe. Shamus vivía con su hermano. Ninguno se casó, sobre todo porque ninguna mujer sensata aceptaría a ninguno de los dos. —Duncan sacudió la cabeza y se rio entre dientes.

La idea de que alguna mujer aguantara a Shamus también le hizo sonreír. Su dilema sobre Duncan regresó. Frunció el ceño.

—¿Qué os sigue molestando? —Su tono era suave y bajo.

Anna respiró hondo y se esforzó por responder. No era dueña de sí misma y sus sentimientos se descontrolaban. ¿Cómo podría explicarlo?

—Estoy confundida. —No decía mucho, pero al menos era la verdad.

—¿Puedo ayudaros con vuestra confusión?

—Lo dudo. —Anna lo miró con recelo.

—¿Por qué? —Su ceño se frunció con perplejidad.

—Porque estoy confundida con vos. —La incertidumbre la invadió, con el miedo al rechazo pisándole los talones. Volvió a respirar hondo y se armó de valor antes de responder.

—Ya veo. Entiendo. ¿Qué es lo que os confunde? ¿Abrazarme, mis palabras, o cómo os sentís al respecto? —La comprensión se dibujó en su rostro. Inclinó la cabeza hacia atrás.

—Todo. —Anna mantuvo su atención en el abrazo con Orión, pero su estómago se agitó y su corazón se aceleró, dejándola mareada.

—Bueno, empezad por el abrazo. ¿Cómo os ha hecho sentir?

Su tono seguía siendo tranquilo, como si le hablara a un caballo nervioso. Una buena analogía, dado su actual estado de ánimo y sus ganas de salir corriendo sin más comentarios. ¿Podría arriesgarse a contárselo? Aún no se había reído de ella, ni la había rechazado. Luchó por decir la verdad.

—Bien. Me he sentido bien. —Con voz de susurro, Anna dejó de fingir que cepillaba a su caballo y miró más allá de él, incapaz de establecer contacto visual.

—¿Puedo intentarlo de nuevo? —Le giró suavemente la barbilla para que mirara hacia él.

Un nudo ardiente en la garganta le impidió responder. Anna asintió. Lentamente, le rodeó la cintura con los brazos y la abrazó. Anna se estremeció. Cuando su calor la envolvió, se ablandó y correspondió al abrazo. Duncan olía a cuero, a caballo y a algo único en él. Su aliento en la oreja le provocó una oleada de escalofríos mientras le acariciaba el cabello. Apoyó la mejilla en su hombro y se relajó en sus brazos, con los ojos cerrados.

—¿Cómo os sentís?

—Bien —susurró Anna y suspiró, considerando su pregunta. ¿Qué se siente? Bien parecía una respuesta inadecuada. Buscó una respuesta mejor—. Me siento segura, contenta.

Duncan movió una de sus manos y le acarició la nuca. Frotó sus músculos, aliviando su tensión. Trazó los surcos de sus hombros y brazos, expuestos por el desgarro de su túnica.

—¿Qué tal si os digo que me parecéis increíblemente hermosa y que estoy orgulloso de que

seáis mi amiga?

—Aparte de mi padre, nadie me ha dicho nunca que soy hermosa. No creo que sea verdad. Todos los padres piensan que su hija es hermosa. El hecho de que estéis orgullosos de mí y me consideréis una amiga me provoca una fuerte emoción, una que no estoy segura de poder nombrar. Hace tiempo que me siento completamente sola. —Mordiendo su labio inferior, Anna consideró esto más arriesgado que el abrazo. Sin embargo, encontró valor en su abrazo. El nudo en su garganta creció y las lágrimas amenazaron con escaparse.

—Lo veáis o no, sois hermosa. Estaré encantado de recordároslo a diario. Ya no estáis sola, Anna. Ahora sois parte de nosotros. Tenéis un nuevo hogar, un nuevo clan.

La aprensión que le quedaba se evaporó con sus suaves palabras. Anna se derritió entre sus brazos y se acercó a él. Se deleitó con su calor mientras se apretaban de la rodilla al hombro. Anna sintió los latidos del corazón de él tan claramente como los suyos propios. Ambos se aceleraron. La mano de Duncan subió y le acarició el cuero cabelludo, alisándole el cabello. Ahora comprendía cómo se sentía su vieja gata cuando acariciaba su pelaje. Si pudiera, ronronearía tan fuerte como el gato tuerto del establo.

Duncan la soltó lentamente. El frío sustituyó al calor de su cuerpo y surgió el impulso de volver a tocarlo. Colocó las manos a ambos lados de su rostro, atrayendo los ojos de ella hacia su mirada. Ella se tambaleó, aún confusa por las emociones que se arremolinaban en su interior.

—Duncan, ¿qué significa esto? ¿Por qué me siento así? —Se sentía tan estúpida, tan ignorante. ¿Cómo podía no saber más sobre esta parte de la vida?

—Significa, mi dulce Anna, que me he ofrecido a cortejaros, y habéis dicho que sí. —Sus ojos brillaban con algo que ella no reconocía.

—¿Eso significa? —Inclinó la cabeza.

—¿No os parece que es así? —Sonrió cálidamente.

Anna buscaba una respuesta. Pensó en cómo se había sentido las dos veces que la había abrazado, en lo mucho que había disfrutado a su lado. Pensó en las palabras que le había dicho antes. La consideraba hermosa, estaba orgulloso de ella.

—Sí, así es. ¿Qué pasará después?

—¿Cómo podéis saber tantas cosas y no saber nada de esto? —Sonrió suavemente.

El calor le subió por el cuello y le recorrió las mejillas. Cohibida, agachó la cabeza.

—Por favor, no os avergoncéis. No pretendía ofenderos. Quiero decir que sois muy inocente en este sentido. Me cuesta creer que por fin haya encontrado un tema en el que pueda enseñaros algo. —Levantó suavemente su barbilla—. El siguiente paso será que pasemos tiempo juntos, conociéndonos más, ganando confianza, haciéndonos mejores amigos.

—Pero Duncan, ya pasamos tiempo juntos cada día. —Sus cejas se fruncieron.

—Sí, seguiremos haciéndolo, pero ahora podemos añadir cercanía a vuestro tiempo juntos, si lo deseáis.

Anna consideró su respuesta, decidiendo que le gustaba.

—Además, compartiremos besos.

El revoloteo en el estómago de Anna aumentó con algo parecido al miedo.

—¿Nunca habéis besado a un hombre? —Una ceja se arqueó.

La vergüenza regresó de improviso. Incapaz de hablar, Anna negó con la cabeza. La mirada de Duncan se posó en su boca. La lengua de Anna humedeció sus labios con anticipación.

Duncan bajó lentamente el rostro y rozó suavemente sus labios con los de ella. La sensación fue exquisita. El calor se extendió por su cuerpo, ahuyentando sus temores. Se levantó sobre las puntas de los pies para ir a su encuentro, cambiando el suave contacto por algo más firme, más

excitante. Todo sentido de sí misma huyó ante esta nueva conciencia. Sintió hambre y supo que Duncan podía satisfacerla. Con desesperación, sus manos se aferraron firmemente a su nuca, atrayéndolo contra sí.

Duncan respondió a su atrevimiento. Su mano se deslizó hasta la parte baja de su espalda, apretándola contra él, curvando su cuerpo alrededor de su cuerpo. Anna se quedó sin aliento y separó los labios. El aliento y la lengua de Duncan la empujaron aún más y un gemido escapó de su garganta. Duncan jugueteó con sus labios, mordisqueándolos y tirando de ellos con suavidad, dibujando líneas con la lengua antes de introducirse en su boca para profundizar más el contacto.

Sabía maravilloso, salvaje, embriagador. Tentativamente, Anna imitó sus movimientos. Con cada movimiento de sus lenguas, el beso se hacía más profundo. Anna se separó, sin poder respirar. Se quedó en sus brazos, aturdida, jadeando.

Duncan puso distancia entre ellos. Sus ojos brillaban y ella notó que él estaba tan sin aliento como ella.

—Duncan, ¿qué *fue* eso?

Volvió a envolverla en sus brazos. Anna se deleitó con la sensación. Apretó los labios contra su cabello, por encima de la oreja.

—Eso, mi dulce Anna, fue pasión. Debería haber adivinado que os acercaríais a los besos con el mismo fervor con el que os acercáis a todo lo demás.

—¿Eso es bueno o malo? —Inclinó la cabeza hacia atrás para ver su expresión.

El rumor de una leve carcajada en su pecho le acarició los pezones.

—Es muy bueno. Sin embargo, debemos tener cuidado.

«¿Tener cuidado? ¿Qué quería decir?» Se dio cuenta. Ella miró hacia abajo, viendo lo que había sentido de él.

—Si hubiéramos continuado, ¿nos habríamos apareado? —Habiendo crecido rodeada de caballos, sabía lo suficiente sobre la naturaleza como para entender lo básico de esta parte. Además, los hombres de su padre no habían censurado sus historias si pensaban que ella estaba fuera del alcance de sus oídos.

—No os permitiría llegar tan lejos. No soy quien para hacer caer a una muchacha en los establos. Sois una noble, y así os trataré. Deseo cortejaros, no aprovecharme de vuestra inocencia. Vuestra respuesta fue maravillosa, pero… inesperada. Casi creí que me golpearíais. —Su expresión cambió a una seria. Volvió a reírse—. Prometo tener más cuidado la próxima vez.

A Anna le gustó la idea de la próxima vez. Echó un vistazo al exterior y se fijó en la posición del sol en el cielo. La mañana había dado paso a la tarde. Después de unas horas difíciles, Anna se sentía emocionalmente agotada.

—Mi madre quería que os recordase que pasaréis la tarde con ella. —Duncan se aclaró la garganta.

Anna lo había olvidado.

—Ella sabe lo de esta mañana. Dijo que os esperaría en el gran salón, que no os preocuparais por llegar tarde.

* * *

Aún aturdida por los besos de Duncan, Anna se dirigió a la habitación de Nessa. Se lavó y se cambió la ropa desgarrada y manchada de sangre. Bajó las escaleras y buscó a *lady* MacGregor. Mairi se levantó de una silla frente a la chimenea principal, con una mirada de preocupación en los ojos, y se acercó a Anna para abrazarla.

—Anna, me he enterado de lo de hoy. ¿Estáis bien?

—Sospecho que estaré bien. —No lo estaba, pero no por lo que Mairi pensaba.

—Venid, caminemos. —Mairi tomó la mano de Anna.

Caminaron por el sendero hasta llegar al banco del jardín. Mairi palmeó el asiento, invitando a Anna a sentarse.

—No pretendo saber lo que es quitar una vida, pero os escucharé si queréis hablar de ello.

Anna sonrió, consciente de que intentaba ofrecer consuelo a su manera. Matar a Shamus no era lo que la perturbaba. Es cierto que quitar cualquier vida era terrible, pero ella ya no tenía un sentimiento de culpa por Shamus.

—No, no tengo necesidad de hablar de esta mañana.

Una expresión de alivio inundó el rostro de Mairi. La sonrisa de Anna se desvaneció. Si Mairi supiera de qué quería hablar, tal vez preferiría hablar de matar.

«¿Cómo puedo preguntarle a Mairi sobre esto? ¿A la propia madre de Duncan?» La sola idea paralizaba su lengua, pero su ignorancia la obligaba a buscar información.

Ya había decidido que Nessa era una fuente inapropiada. A los quince años, cualquier cosa que supiera, probablemente no debería. Además, no estaba preparada para enfrentarse a las miradas de «te lo dije» que tendría que soportar si Nessa se enteraba. Podía hablar con Mairi o continuar en la oscuridad. Para alguien que perseguía el conocimiento con ahínco, ser completamente tonta en este tema resultaba intolerable, sobre todo porque tenía un efecto tan poderoso sobre ella. Decidió tragarse su orgullo.

—Hay otro asunto. Algo que me da mucha vergüenza admitir que no entiendo.

—Respirando hondo, y continuó.

—Por supuesto, querida. ¿En qué puedo ayudaros? —Una expresión suave reflejaba el tono curioso y comprensivo de Mairi.

—¿Recordáis haberme preguntado que no pensara en vosotros como *lady* MacGregor durante estos momentos, sino como mi querida tía? —Anna cerró los ojos y se serenó.

—Sí, por supuesto. Podéis preguntarme lo que queráis. —Mairi apretó la mano de Anna.

—Temo que lo que deseo hablar pueda provocar convulsiones a mi tía favorita. —Anna la miró con aprensión.

—Probadme. —Mairi enarcó una ceja, esbozando una sonrisa socarrona ante su predicción.

—Habladme acerca de la pasión entre un hombre y una mujer. —Forzando la respiración, Anna lanzó su primera pregunta. Observó atentamente el rostro de Mairi en busca de signos de su reacción.

Las comisuras de los labios de Mairi se inclinaron aún más.

—La pasión es una de las fuerzas más poderosas de la naturaleza. Puede anular el buen juicio y ha sido la perdición de hombres y mujeres de bien. Sin embargo, también es uno de los mayores dones que un hombre y una mujer pueden compartir. ¿Habéis experimentado esto antes? —Parecía sorprendida.

—No —susurró Anna, con un calor que se extendía por su rostro.

Mairi le dirigió la misma mirada de incredulidad que su hija le había dirigido unos días antes.

—En mi vida, los hombres han sido enemigos o aliados. Enemigos como los nobles vecinos, a los que sólo les interesaba que diera a luz a sus hijos, o enemigos que han querido matarme. Los aliados han sido la familia, el clan o los compañeros de guerra. Nunca he tenido otro tipo de relación con un hombre. —Anna sintió la necesidad de explicarse una vez más. Por su parte, Mairi se retorció en el asiento y miró directamente a Anna—. Algunos hijos de nobles intentaron cortejarme en el pasado. Los rechacé. Todos ellos eran tontos egoístas y ávidos de poder. Sólo querían una esposa que se quedara en casa, que produjera sus herederos mientras ellos

continuaban sus devaneos en la corte. Les importaba más la cantidad de mi dote que yo. Yo no aceptaría una vida así. Convertirme en nada más que una sirvienta bien cuidada y una yegua de cría, prohibida de hacer las cosas que disfruto, y de la que se espera que sea obediente a los caprichos del hombre que me posee. El resto me veía como un juguete para su entretenimiento. ¿Cómo puede alguien con una pizca de orgullo aceptar una propuesta tan onerosa?

—Ya lo creo. Seguro que no todos eran tan desagradables. —Los ojos de Mairi se abrieron con simpatía.

—A la mayoría los desanimó de inmediato mi aspecto, mi comportamiento y mi linaje. Soy demasiado alta, demasiado fuerte y tengo demasiadas cicatrices. Ayudé a administrar las propiedades de mi padre y sé más de agricultura y ganadería que de costura o cocina. Mi sangre escocesa pesó ciertamente en mi contra. Allí es tan popular ser escocés como aquí ser inglés. Las pocas veces que asistí a la corte o a eventos sociales, mi lengua afilada y mis opiniones hicieron el trabajo de alejar a la mayoría de los pretendientes potenciales. Me veían como una machona desenfrenada, que no merecía la pena, independientemente de mi dote. —Anna asintió enérgicamente con la cabeza y sonrió al recordarlo.

—¿Así que vuestro padre no os obligó a casaros?

Anna recordó a su padre, lo inusual hubiera sido que él no fuera así.

—No, creo que comprendió cuánto aborrecía yo la idea de un compromiso forzado, y qué clase de problemas causaría. Debido a mi reputación, me convertí en el blanco de las burlas entre mis compañeros. Por estas razones, dejé de asistir a actos sociales. Me pareció un alivio, ya que no tenía ningún deseo de participar en sus juegos. Tampoco me atraían sus estilos de vida excesivamente indulgentes. Poco después, todo interés por mí se desvaneció. Toda la nobleza inglesa me parece repugnante. Que quemaran mi casa y masacraran a mi familia por orden de uno de ellos sólo profundiza mi creencia.

—Pero recientemente, ¿habéis experimentado la pasión?

—Sí. —Anna bajó los ojos, sonriendo ampliamente.

—¿Qué queréis saber?

—¿Cómo puede esta emoción hacer huir completamente a la razón? No existía nada más que él y yo. Aunque bastante desconcertante, fue una posesión de lo más maravillosa.

—Sí, suena a pasión. —Mairi le dedicó a Anna una sonrisa cómplice, reforzando su confianza.

—¿Cómo debo proceder? ¿Cómo puedo saber que las decisiones que tome con respecto a este hombre no se verán empañadas por estas emociones desbordantes?

—Tiempo. Se necesita tiempo para ver con claridad. —Mairi acarició la mano de Anna.

—¿Cuánto tiempo habéis tardado con lord MacGregor?

Una fina sonrisa sin gracia apareció en los labios de Mairi y Anna se arrepintió de inmediato de haber preguntado aquello.

—Lo siento, no pretendía entrometerme.

—No, no, está bien. Mi matrimonio con Kenneth MacGregor fue arreglado. Como sabéis, soy originaria del clan Stewart. Nuestro matrimonio creó una alianza entre nuestros pueblos donde antes sólo existía neutralidad. Conocí a Kenneth de lejos, con tiempo para desarrollar nada más que un amistoso conocimiento antes de casarnos. —Mairi hizo un gesto con la mano. Debió de leer la expresión del rostro de Anna. Un matrimonio forzado era su peor pesadilla, un hecho que había expresado irreflexivamente hacía tan sólo unos instantes. Mairi le estrechó la mano y sonrió.

—Al principio fue difícil, pero hemos hecho una buena pareja. Hemos forjado el amor donde

no lo había. La pasión ha desempeñado un papel importante. El matrimonio ha sido duro, pero no podría haber pedido un marido mejor. Creo que él me considera una buena esposa.

Se sentaron en silencio mientras Anna meditaba sus palabras.

—La pasión es un buen punto de partida, pero debe haber confianza, respeto mutuo y cariño para que el amor eche raíces. A menudo es más un acto de voluntad que un sentimiento que revolotea en el estómago. —Mairi se inclinó en el banco.

Anna asintió, sin estar segura de entender.

—Los hombres suelen ser criaturas obstinadas y orgullosas, que creen que el mundo debe plegarse a sus órdenes. Tenemos que dejar de lado esta parte si queremos amarlos. De lo contrario, probablemente acabaríamos matándolos. —Mairi soltó una risita. Anna se rio también.

—Entonces, ¿conozco a este valiente zagal vuestro? —Mairi apartó un mechón de cabello del rostro de Anna. La miró con picardía.

—¡*Tía Mairi*, sois tan mala como vuestra hija!

—¿Me consideráis lo bastante buena para vuestro hijo? —Se rieron hasta las lágrimas. Un pensamiento sombrío acabó pronto con la alegría de Anna. Desvió la mirada.

—Si no supiera más que el hecho de que habéis arriesgado vuestra vida contra seis hombres para salvar a dos muchachas inocentes, sabría lo suficiente para decir que sí. Haberos conocido estas últimas semanas no ha hecho más que aumentar mi afecto por vos. Como hija de un barón y nieta de un lord, sois de sangre noble y un buen partido para Duncan. —Mairi estrechó a Anna entre sus brazos.

—¿Incluso sin tierras ni dote?

—Mirad a vuestro alrededor. ¿Los MacGregor necesitan más riqueza? Como madre, preferiría ver a mi hijo feliz que unido en un matrimonio sin amor solo por más tierras o monedas. —Mairi movió la mano en un semicírculo.

—Gracias. —Anna besó su mejilla.

—Tenéis ventaja, por supuesto. Si alguna vez mi hijo se comporta de una manera que no sea caballerosa, decídmelo. Su padre y yo nos encargaremos de él.

—Creo que puedo con vuestro hijo, Mairi. —Anna sonrió ante la imagen.

CAPÍTULO 13

—Esposo, Duncan y Anna proponen un viaje al mercado de Graham en busca de provisiones. He avisado a los que quieran ofrecer mercancías en venta o trueque. —Anna captó el guiño de Mairi mientras llenaba de cerveza la copa de Kenneth.

—¿A quién pensáis llevar? —El lord arrancó un trozo de pan y se volvió hacia Duncan.

—Pensé en Liam y Rory en una carreta, Donnan y Ross para la otra. Malcolm e Ian más Anna y yo deberíamos ser suficientes.

—Muy bien. ¿Cuándo os marcháis?

—Tal vez en cinco días. ¿Os parece bien?

—Sí. A ver si tienen algo del vino que trajisteis el último viaje. —El lord asintió mientras cogía otro trozo de carne de venado de la bandeja.

Mientras continuaba la discusión sobre el viaje, Anna se dio cuenta de que era más consciente de Duncan que nunca. La disposición actual de los asientos siempre ponía a Anna más lejos de él. Su mirada lo buscaba con frecuencia y a menudo lo sorprendía mirándola. Sentía el recuerdo de sus labios sobre los suyos y ansiaba volver a sentirlos. Vio la sonrisa serena de *lady* MacGregor y el ceño medio fruncido del lord, y se sonrojó al pensar que entendían las miradas compartidas entre ella y Duncan. Nessa parloteaba, ajena a las acciones de los que la rodeaban.

—¿Alguien me ha oído? —preguntó Nessa, impaciente, con la mano en la cadera mientras miraba fijamente a Anna y Duncan. Los dos intercambiaron miradas rápidas y Mairi sonrió con indulgencia. El lord negó con la cabeza y pidió más cerveza.

—Quiero saber si Anna puede traer terciopelo para hacer vestidos nuevos.

—Por supuesto, Nessa. Estaré encantada de comprar la tela que necesitéis. —Con una última mirada a Duncan, desvió su atención mientras Nessa discutía varios estilos de vestidos.

Después de la comida, se levantaron de la mesa. En lugar de reunirse con su padre en el hogar, Duncan charlaba con las mujeres. Mairi sonreía ante su comportamiento, mientras que Nessa lo miraba como si le hubiera crecido una cabeza más. Aunque no sabía por qué permanecía cerca de ellas, Anna se alegró de pasar más tiempo en su presencia.

—Anna, ¿os gustaría dar un paseo? —Tan pronto como Mairi se excusó para retirarse por la noche, Duncan habló.

Nessa giró la cabeza, esperando oír la respuesta de Anna.

—Sí, me gustaría.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Nessa, iluminando sus facciones con alegría. Anna se ruborizó ante su reacción. Aceptó el brazo que Duncan le ofrecía y salieron por la puerta. Mientras caminaban hacia los jardines de la torre del homenaje, Duncan se llevó la mano de Anna a los labios y le besó los dedos con su aliento cálido. La luz de la luna se filtraba entre las nubes, bañando su camino de luz plateada.

Al detenerse bajo un gran roble, Duncan se apoyó en el tronco y abrazó a Anna. La joven apoyó las manos en su pecho y apoyó la mejilla en su hombro. Respiró hondo y saboreó su tacto y su aroma. Ya no olía a caballo ni a cuero. El embriagador aroma masculino que sólo a él pertenecía llenó sus sentidos. Permanecieron varios minutos en silencio, absorbiendo la presencia del otro.

—Esta noche estáis menos confundida.

—Sí. Esta tarde he discutido con mi tía favorita. —Se alegró de que notara la diferencia.

Retrocediendo un poco, Duncan frunció el ceño, esperando el resto.

—Vuestra madre ha pedido ser mi consejera. —Anna vio la pregunta en su rostro. Con una sonrisa, apoyó la cabeza en su hombro.

—Debe de haber sido difícil. —Su cuerpo se estremeció con una leve carcajada.

—¿Qué otra opción tengo? No he experimentado nada como esto antes y me niego a permanecer en la oscuridad. —Se encogió de hombros.

—Me alegro de que tengáis a alguien con quien hablar. No puedo imaginar lo que ha sido para vos no tener una mujer mayor en quien confiar todos estos años.

La voz de Duncan retumbó en su pecho y la vibración la incitó a acercarse.

—Vuestra madre ha sido maravillosa. Necesitaba asegurarme de que me aprobaba. Quiero entender lo que me pasa y poner de mi parte…

—¿Hacer vuestra parte? —Duncan esperó a que terminara su pensamiento. No lo hizo. Reafirmó su abrazo, incitándola a explicarse.

—Hacer mi parte si decidís quedaros conmigo. —No respondió de inmediato. Sus pulmones se llenaron profundamente antes de exhalar con fuerza.

Duncan no podía creer lo que oía. ¿Buscaba información de su propia madre para entender mejor cómo convertirse en su qué? ¿Su amiga, su amante, su amante? No, no podía deshonrarla usándola de esa manera. Sabía que ya habían progresado mucho más allá del compañerismo, más allá de la amistad. Su intención era el matrimonio. Colocando las manos a ambos lados de su cara, la miró. La confesión de Anna mereció una respuesta por su parte.

—He sentido esta atracción desde el primer día que os vi. Pensé que era simplemente deseo, como cuando un hombre ve a una muchacha que le agrada. He aprendido que lo que siento por vos va más allá del simple deseo. Nunca antes había querido cortejar a nadie. También es nuevo para mí.

—Me preguntaba si… —Su sonrisa se ensanchó.

—¿Qué ocurre, mi Anna? —Encontrando su mirada, él reflejó su sonrisa.

—¿Podríamos besarnos de nuevo? Prometo tener más cuidado esta vez.

Antes de que pudiera responder, Anna le rodeó el cuello con ambas manos y atrajo su boca hacia la suya. Aunque sabía mejor lo que le esperaba esta vez, se sintió cautivada tan rápida y profundamente como antes. Lo besó, hambrienta, saboreando su sabor. ¿Cómo era posible desear a alguien con tanta intensidad?

Anna se amoldó a su cuerpo, necesitando acercarse más. El calor se extendió por ella, estimulando cada nervio. Sus manos se adentraron bajo la túnica hasta la espalda de Duncan, ansiando el contacto con su piel. Se deleitó recorriendo con las manos los músculos esculpidos que se estremecían bajo su contacto. Saber que le afectaba tanto le daba fuerzas. Las manos del noble hacían lo mismo con ella, acelerando su ritmo cardíaco y su respiración. Con cada caricia, encendía pequeños fuegos en su piel. No era suficiente. Necesitaba sus manos por todas partes, deseaba el contacto piel con piel.

—¡Demonios, mujer! Vais a acabar conmigo. —Duncan rompió el contacto, murmurando un juramento en voz baja.

—Sí, será una muerte dulce, sin duda —respondió Anna, imitando su resoplido. Lo miró fijamente. Ambos sin aliento, se tambaleaban al borde del control.

—No hay duda —volvió a estrecharla entre sus brazos, y ella sintió que sus labios sonreían cuando le besó la frente y le susurró.

Sumida en el atontamiento, se apoyó en él mientras la acompañaba de vuelta al torreón. Su

beso de despedida fue tan suave como la caída de los copos de nieve. Lo que le faltaba de ardor lo compensaba con ternura. Anna subió tambaleándose, aferrándose a la barandilla de cuerda de la pared. Nessa la emboscó en cuanto abrió la puerta.

—¡Lo sabía! ¡Duncan y vos! —Nessa bailaba de emoción.

Anna se dio cuenta de que no podría negarlo. Sabía que tenía que parecer diferente. Sus mejillas se calentaron al recordar su pasión, y sus labios se sintieron hinchados por los besos. Se limitó a sonreír a Nessa, recordando sus burlas de hacía unas semanas. ¿Sólo semanas? Parecía mucho más tiempo. Anna se sentó con calma y se preparó para acostarse. Nessa la siguió.

—Tenéis que contármelo.

—¿A qué os referís? —esbozó perezosamente, con la voz más inocente que pudo reunir. Anna ignoró su súplica, negándose a mirarla.

Con un chillido de indignación, Nessa se lanzó sobre Anna, cogiéndola desprevenida y haciéndolas caer a ambas sobre la cama. Lo absurdo de su comportamiento provocó en Anna carcajadas descontroladas. Incapaz de resistirse, Nessa siguió su ejemplo, y se encontraron entrelazadas en un ataque de histeria incontenida. Cuando el júbilo cesó, Anna se puso en pie y volvió a vestirse para ir a la cama.

—Contadme. —El quejido en la voz de Nessa amenazó con arrancar de nuevo las carcajadas.

—¿Contaros qué, Nessa?

—¿Estáis cortejando? ¿Lo amáis? ¿Significa esto que os quedaréis para siempre? ¿Pensáis casaros? ¿Cuándo me convertiré en tía? —Impaciente, Nessa resopló y soltó una retahíla de preguntas.

Anna se dejó caer en la cama, aturdida por la franqueza de las preguntas de Nessa. Aún buscaba orientarse, no aclararle las cosas a su entrometida hermana adoptiva. ¿Amor? No estaba segura de lo que era el amor. Al menos no entre un hombre y una mujer. Mairi decía que el amor necesitaba pasión, confianza, respeto y cariño para formarse. Ellos tenían todos esos elementos, así que tal vez el amor se desarrollaría. Era demasiado nuevo para ella, demasiado pronto en su relación para decir que era amor. En cuanto al resto, no podía pensar con tanta antelación.

Volviéndose por fin hacia el rostro ansioso de Nessa, Anna respondió con cuidado.

—Sí, estamos cortejándonos. Me lo ha pedido hoy, así que no os has perdido nada. Es demasiado pronto para hablar de amor, pero vuestro hermano me importa. Hay algo poderoso entre nosotros. En cuanto al resto, sólo el tiempo lo dirá.

—¡Seremos hermanas de verdad! Ha sido mi mayor deseo. —Juntando sus manos a ambos lados de la cara de Anna, Nessa le dedicó una sonrisa eufórica. Incapaz de contener su alegría, Nessa se metió bajo la ropa de cama con Anna, ensalzando las virtudes del amor hasta que ambas se durmieron.

* * *

Los días siguientes pasaron volando. Cada mañana entrenaba con Duncan en combate armado y desarmado. Él comprendía la lógica de cada técnica y elogiaba sus habilidades. A menudo, sus combates desembocaban en besos y abrazos acalorados. A ella le gustaban tanto o más que los combates.

La predicción de Duncan de que se había ganado al clan MacGregor resultó acertada. Enderezar huesos, suturar cortes, curar quemaduras, calmar fiebres y tratar otros males mantenían a Anna ocupada durante varias horas la mayoría de las tardes.

El lord permitió a regañadientes que Nessa ayudara a Anna en la mayoría de los casos, después de que Anna sugiriera que la futura esposa de un lord, experta en curar enfermos y

heridos, sería muy apreciada. Nessa, que no se amilanaba ante la visión de la sangre, mostraba signos de un verdadero don, y su naturaleza amable y gentil tranquilizaba a la gente.

La gratitud de las personas a las que Anna asistía le alegraba el corazón. Había rechazado un cerdo, sacos de grano y algunas verduras que no reconocía como pago por sus servicios. Duncan explicó a todos que el lord la mantenía y que, a su vez, sus servicios formaban parte de los cuidados que él les prestaba. Nunca antes había recibido una compensación por hacer lo que ella consideraba caridad cristiana, y se sentía incómoda haciéndolo ahora.

A pesar de las palabras del lord, Anna se dio cuenta de que sus cosas favoritas seguían apareciendo de forma anónima. La mermelada que tanto le gustaba en el desayuno parecía estar siempre en la mesa. Se servían regularmente hogazas del pan oscuro y dulce con nueces y bayas que tanto apreciaba. Apareció una provisión interminable de jabón de lavanda para su baño. Dos túnicas más gruesas y un nuevo par de calzones de piel de ciervo llegaron a sus manos. Anna nunca supo quién era el responsable de estas cosas, pero su corazón se llenaba cada vez que las veía.

El lord puso límites al tipo de casos que atendía Nessa. Una vez más, Anna se sorprendió por la falta de protesta de la muchacha. También la hizo sentirse culpable por no haber sido una hija tan obediente como Nessa. Ver a padre e hija juntos hizo que Anna comprendiera la profundidad del amor que su propio padre había poseído para permitir que su única hija persiguiera los intereses poco convencionales que ella tenía.

Isla también asistió. Ella y Nessa llevaban un registro de los tratamientos, anotando los detalles de cada caso. Anna aprovechaba la ocasión para enseñar latín, inglés y matemáticas a las niñas. Tenían varios remedios catalogados en otro libro.

Aunque Nessa era reacia a la acupuntura, Isla permitía que Anna la tratara, ya que sufría dolores fuertes la semana anterior a sus cursos mensuales. Esto, junto con un té de hierbas, alivió considerablemente su sufrimiento.

Dos días después de la primera sesión de Isla, Anna recibió peticiones de varias mujeres del pueblo para el mismo té. Algunas incluso aceptaron la acupuntura. Aunque había previsto curar heridas y enfermedades más graves, experimentó la satisfacción de saber que había reconfortado a otras mujeres.

Anna apreciaba el tiempo que pasaba en los establos trabajando con los caballos. Disfrutaba adiestrando a los revoltosos corceles jóvenes para que se adaptaran al bocado y a la silla de montar, y preparando a los caballos ya entrenados para las exigencias del combate. Trabajar allí era la manera perfecta de terminar el día, aunque siempre llegaba a la cena con olor a caballo.

Duncan había añadido un tartán MacGregor a sus posesiones, junto con un *sgian dubh* con el escudo de MacGregor. La cabeza de león con corona era un símbolo poderoso, al igual que el lema «*'S Rioghal Mo Dhream*» o «Real es mi raza». Conmovida por el gesto, Anna sonrió entre lágrimas.

Aquella noche, Duncan la acompañó a sentarse a su lado en la mesa. Estaban tan cerca que a menudo se rozaban las manos, los brazos y las piernas. Era una deliciosa tortura sentarse cerca de él sin dejarse llevar. Esta disposición les permitía disfrutar de la comida y de la compañía de la familia, sin perder de vista al otro. ¿Familia? En algún momento se dio cuenta de que los MacGregor se habían convertido en una familia.

CAPÍTULO 14

Anna se reunió con Duncan en los establos para partir hacia la aldea de Graham al amanecer. Dos grandes carros cargados de cajas de productos, barriles de hidromiel y *whisky*, tarros de miel, fardos de tejidos, sacos de grano y otras mercancías estaban empaquetados y listos. Además, cuatro caballos que habían adiestrado estaban atados a la parte trasera del carro, destinados a la venta. Les acompañaban dos hombres a caballo y dos en cada carreta. Uno de ellos conducía y el otro empuñaba una gran ballesta.

—Tardaremos un día en llegar a las tierras de los MacFarlane, y luego otro al territorio de los Graham. La aldea principal está a medio día a caballo de su frontera —explicó Duncan.

—Os vendrá bien. —Señaló con la cabeza el tartán que llevaba sobre los hombros.

—Sí, cada vez me gusta más —contestó Anna con su mejor tono. Su sonrisa iluminó todo su rostro, y el corazón de ella se conmovió al saber que le había hecho feliz. Envuelta en el mismo tartán tejido que él llevaba siempre, creaba una conexión tangible entre ellos, haciéndola sentir como si perteneciera al grupo. Pensó en cómo sería pertenecerle a Duncan y él a ella. Sólo pensar en sus besos y caricias le producía un cosquilleo cálido en lo más profundo de su ser. Pensó en cómo sería compartir su cama, tener hijos suyos. Tales pensamientos le habían producido una sensación de temor y miedo, pero la idea de estar unida a Duncan de tal manera le producía una sensación de anhelo.

—Duncan, ¿por qué necesitamos ocho espadas para proteger dos carretas? ¿No estamos viajando por territorios aliados? —El hermoso y exuberante verde de las Tierras Altas se le había metido definitivamente en la sangre, aunque su sangre aún no se había espesado lo suficiente como para abrazarlas por completo. Acarició la suave lana sobre sus hombros, agradecida por su calidez.

—Sí, así es. Aunque nos ceñimos a tierras amigas, los bandidos a veces acechan a los viajeros desprotegidos.

Anna se encogió de hombros. Su número les brindaba la oportunidad de conocer mejor a algunos de sus hombres. Sin embargo, reducía las oportunidades de estar a solas con él. Probablemente era lo mejor, ya que le resultaba difícil ignorarlo cuando cabalgaba a pocos metros, mientras que ella debía concentrarse en mantenerse alerta.

El primer día de viaje resultó tranquilo. Los hombres acamparon cerca de un arroyo mientras Duncan y Anna cazaban para la cena. Tras cazar un par de liebres y tres urogallos, regresaron al campamento y aprovecharon el tiempo que pasaron a solas antes de reunirse con los hombres. Un gemido débil y afligido interrumpió su beso. Apartándose de los brazos de Duncan, Anna volvió a escucharlo.

—¿Habéis oído eso?

—Sí, pero ha sido tan débil que no estoy seguro de dónde ha venido.

Esperaron a que el grito se repitiera. El quejido volvió a escucharse. Siguieron el sonido hasta un saliente de roca y una pequeña cueva. En la cueva yacía una camada de cachorros de lobo. Todos estaban muertos, salvo uno. El cachorro abrió la boca y volvió a gemir. Anna escudriñó la zona en busca de señales de un lobo adulto. No había ninguno.

—¿Qué le ha pasado a la madre?

—Deben de haberla matado. No dejaría morir a sus cachorros si estuviera viva. —Duncan se encogió de hombros.

Arrullando tranquilamente al cachorro que quedaba, Anna lo cogió en brazos. Se acurrucó en su túnica y gimió. Su corazón se retorció, pues conocía el dolor y la impotencia de perder a la familia. Cogió la piel de agua de Duncan y vertió unas gotas en la boca del cachorro, que lamió con avidez. Lo envolvió en su túnica.

—¿Vais a quedároslo, entonces? —Duncan arqueó una ceja.

—Veamos si sobrevive, pero sí, creo que sí. —Miró a la bola de pelos acurrucada en sus brazos y sonrió.

—Admiro vuestra caridad, pero ¿cómo podemos mantener a un lobo cerca de nuestros caballos y ganado? —Duncan frunció el ceño.

—Si crece en los establos con los otros perros, ¿por qué se convertiría en un problema? Lo adiestraré y podrá cazar conmigo.

La miró con escepticismo. Anna inclinó la cabeza en señal de desafío.

—Ya he adiestrado perros para rastrear y cazar. ¿Por qué iba a ser diferente?

—¿Creéis que podéis entrenar sus instintos de lobo?

—Si su naturaleza vence al entrenamiento y causa daño, lo mataré yo misma. ¿De acuerdo? —No estaba segura, pero le gustaba el desafío.

—He visto el efecto que tenéis sobre mí, los caballos y los demás. Estoy deseando ver si podéis encantar al lobo con la misma facilidad. —Duncan torció los labios.

Mientras volvían al fuego, surgió la curiosidad entre los hombres por el nuevo miembro del grupo.

—*Lady* Anna, ¿qué habéis encontrado? —preguntó Liam.

—Encontramos la guarida de un lobo. La camada había sido abandonada. Este es el único superviviente. Pensé que un poco de mantequilla de leche de cabra sería un buen comienzo.

—Rory, el hermano menor de Liam, saltó y lo buscó en el carro.

—Sí, es una buena idea. También podríamos ver si acepta un poco de carne, aunque puede que sea demasiado joven.

Vaciando un poco de mantequilla en un cuenco, Anna lo puso junto con el cachorro en el suelo y se sentó a su lado. El cachorro olisqueó el cuenco una vez y luego lamió la mantequilla con avidez. Lamió el cuenco hasta dejarlo limpio y, tras tropezar con Anna, se acurrucó en su regazo.

—Es listo para ser tan pequeño. Ya sabe quién es su ama. —Liam sonrió y le guiñó un ojo. —¿Habéis pensado en un nombre para él?

—Trean, ya que era el más fuerte de su camada.

—Sí, fuerte. Es un buen nombre. —Liam asintió con la cabeza—. Veamos si es lo suficientemente fuerte como para aguantar los próximos dos días.

Anna acarició las orejas y la espalda del cachorro mientras dormitaba. El cachorro se revolvió en su regazo y le ofreció su abultada barriga para que lo acariciara. Miró a Duncan y sonrió mientras atendía la petición silenciosa de Trean. El cachorro emitió un gemido de placer al contacto. Duncan puso los ojos en blanco.

—Parece que el encanto ha comenzado. —Anna sonrió ampliamente.

Duncan sonrió y sacudió la cabeza.

Malcolm e Iain, dos de los guerreros que cabalgaban con ellos, se vistieron y se dispusieron a preparar la caza en un espetón. Cuando estuvo lista, despertó a Trean y le ofreció un poco del ave. Comió una pequeña cantidad y luego le lamió la grasa de los dedos.

Los hombres se relevaban en turnos de dos horas. Duncan se encargó del primer turno. Anna se quedó despierta mirando las estrellas, Trean acurrucado a su lado, esperando a que Duncan

regresara. Aunque su saco de dormir estaba a unos metros del de ella, sentía su presencia como el calor de un horno. Se maravilló de los cambios que él le había inspirado. Nunca antes había soñado con algo así. La aprobación en sus ojos cuando la vio envuelta en el tartán que le había regalado la calentó más de lo que jamás lo haría la manta. Dormir a poca distancia de Duncan, bajo las estrellas, le hacía desear cerrar el espacio, tumbarse en sus brazos. Sólo la presencia de sus hombres se lo impedía. La mirada de él al resplandor del fuego le dijo que deseaba lo mismo y más.

Levantaron el campamento antes del amanecer. Trean cabalgaba con Anna, encaramado a la parte delantera de su montura, contento de cabalgar. Se mostraba más activo cuando se detenían, y el aumento de su apetito le daba esperanzas de que sobreviviría.

Al final del segundo día, se detuvieron en el límite de las tierras de Graham para acampar. Sentarse con los hombres le dio la oportunidad de preguntar sobre sus familias y sus orígenes. Liam contó historias de Duncan cuando era niño, y los problemas que causó, junto con Malcolm, Iain, Donnan y otros. Hubo más de una historia sobre Duncan y un muchacho llamado Colin MacKay, que había vivido con los MacGregor durante algunos años. Parecía que Colin hacía todo lo posible por meter a Duncan en problemas, mientras que Duncan intentaba mantener a raya a Colin.

—Recuerdo cuando Callum… —Liam eructó y se inclinó hacia delante, llamando la atención. El humor cambió de inmediato. Se aclaró la garganta, lanzó una mirada incómoda a Duncan y pasó rápidamente a otras historias. Aunque desconcertada por la reacción al nombre de Callum, Anna disfrutó oyéndoles reír con tanta facilidad una vez pasado el incómodo momento.

Anna observó cómo trataban a Duncan con respeto, incluso en las historias que contaban. Era obvio que lo reconocían como su capitán y futuro lord. La historia y la lealtad que compartían le provocaron cierta envidia. Anna echaba de menos la profunda conexión de la familia. Aunque se reía con ellos de las hazañas más extravagantes, la risa no evitaba el agudo recuerdo de la pérdida. Aunque la aceptaban, su propia historia yacía enterrada en ruinas a muchos días de camino.

—Anna, habéis oído algunos de nuestros momentos más embarazosos de la infancia. Es justo que cuentes algunas anécdotas de vuestra infancia. —Duncan chocó su hombro contra el de Anna.

Sonriente, Anna pensó en las innumerables travesuras que había hecho durante su infancia. Contó cuántas niñeras había tenido y las terribles jugarretas que les hacía para escaparse y poder ver a los hombres entrenar. Señaló varias cicatrices en sus brazos, cabeza y una en particular en su cuello, describiendo las circunstancias detrás de ellas. La mayoría se las había hecho entrenando en combate, tanto con Edrick como con el maestro Zhang. O se las había hecho por su testarudo comportamiento, que solía estar relacionado con un caballo, las armas y la insensatez juvenil.

Anna notó que el ambiente alrededor del fuego había cambiado. En lugar de disfrutar de las travesuras de una joven imprudente, los hombres la miraban ahora con expresión sombría. Cohibida, permaneció en silencio.

—Perdonadnos, *milady*, no estamos acostumbrados a que se trate así a una muchacha. Es más que inquietante oír que os han herido así y ver las cicatrices. —Iain se recuperó primero.

Asintiendo con la cabeza, *lady* Anna forzó una sonrisa tranquilizadora. La poca camaradería que había sentido antes se evaporó. El silencio y la incomodidad se entrelazaron, creando una tensión que exigía una solución. La amargura de la soledad se formó en su boca y ni el vino ni la cerveza pudieron lavarla. Llevándose a Trean consigo, Anna se levantó para hacer la primera

guardia. La luna nueva ofrecía muy poca luz. Tras dejar a un lado las emociones encontradas de la noche, se puso en el papel de centinela. Con los sentidos alertas, disfrutó escuchando y evaluando rápidamente cada ruido, cada movimiento en el bosque que la rodeaba. El aroma de la tierra húmeda y el brezo corría con la ligera brisa. Con el cielo despejado, las estrellas brillaban tanto que parecían estar casi al alcance de la mano.

Rory se acercó a por su reloj, sorprendiéndola lo rápido que pasaron las dos horas. Como aún no tenía sueño, prefirió caminar tranquilamente por el perímetro del campamento, con Trean pisándole los talones.

Al detenerse bajo un árbol de ramas anchas, Anna deslizó la espalda por el tronco para sentarse en el suelo. Se abrazó a las rodillas y apoyó la cabeza en un brazo. A solas con sus pensamientos, con Trean acurrucado a sus pies, reflexionó sobre los acontecimientos de la noche. Le habían hecho creer que pertenecía a los MacGregor, pero no era así. Los pensamientos y sentimientos de ayer, de preguntarse cómo sería pertenecer a Duncan, parecían muy lejanos. Unos trozos de tartán no cambiarían la realidad. El tiempo que pasó con él le pareció efímero. Esta noche sirvió como doloroso recordatorio. A través de sus cariñosas palabras y encuentros amorosos, Duncan había despertado en ella a una mujer que nunca sospechó que existiera. Su reconocimiento y cuidado de esta parte sirvió para que se preocupara aún más por él. Este cuidado era demasiado potente para ser otra cosa que amor. Lo era, ¿verdad? El tiempo que pasaban juntos cada día había hecho que creciera.

Lamentablemente, Anna se dio cuenta de que sus cariñosas palabras no podían borrar sus persistentes dudas. Había sido objeto de burlas y desprecio durante demasiado tiempo. Una parte de ella creía que sólo era cuestión de tiempo que Duncan la viera como lo que era: una machona de sangre noble. Ese día, él le daría la espalda y le rompería el corazón. ¿Merecía la pena experimentar la pasión y la ternura que él le ofrecía? Cuando llegara el final, al menos tendría recuerdos de este tiempo para atesorar. Tendría que ser suficiente.

Cuando llegara el momento, aceptaría la oferta del lord de acompañarla a otra parte. Podría estar familiarizada con el dolor, pero sabía que no podría soportar quedarse y ver cómo Duncan se casaba con otra. Tal vez podría desempeñar el papel de curandera en uno de los clanes vecinos, lo que le permitiría visitar a Nessa y Mairi de vez en cuando. Apartó esos pensamientos, temiendo que pronto reclamaran su atención. Decidida a no caer en la desesperación, cruzó las piernas y se dispuso a meditar. Oyó el paso de Duncan antes de que llegara.

—Vuestra guardia terminó hace media hora. —Se sentó a su lado y rascó las orejas de Trean. Su voz era tranquila, pero llena de preocupación.

—No tengo sueño.

Hubo silencio. Un pequeño animal nocturno crujió cerca entre las hojas.

—¿Queréis hablar de esta noche?

¿Lo quería? ¿Qué había que decir?

—Vi la mirada lejana en vuestros ojos cuando hablamos de nuestra juventud. Luego vi la desesperación. A veces olvido cuánto habéis perdido.

—No hay nada que hacer al respecto. —Más silencio. Exhalando su autocompasión, finalmente respondió.

—No, no podemos cambiar el pasado, pero podemos hacer algo con el futuro. Creéis que no tenéis lugar en este mundo, pero yo os haría un sitio, si me lo permitís. —Duncan le acarició la mejilla con la palma de la mano.

Anna cerró los ojos y se apoyó en su mano. Sus palabras aliviaron su dolor como un bálsamo.

—Sé que no estáis preparada, pero cuando lo estéis, aquí estaré. Sabed que no podré dormir hasta que volváis al fuego.

Mientras Duncan se alejaba, sus pensamientos volvieron a enredarse. Las viejas dudas aparecieron, pero se negó a dejar que se apoderaran de ella. Su presencia, por breve que fuera, resultó ser su perdición. Se sentía más segura, en paz a su lado. No sabía lo que les depararía el futuro, pero ahora mismo anhelaba estar cerca de Duncan. Tras recoger a Trean, se dirigió al fuego.

Anna percibió el alivio en su rostro al verla acercarse. Devolviéndole la sonrisa, cogió el borde de su jergón y lo arrastró junto al suyo. La sorpresa en su rostro se convirtió en otra cosa. Anna se tumbó a su lado, cubriéndose con el tartán. Desplazó la espalda hacia Duncan hasta quedar pegada a este. El lobezno se acurrucó contra su estómago con un suspiro.

—Eso fue atrevido —le susurró Duncan en el cuello.

—¿Debo acompañaros, Duncan MacGregor? —susurró a su vez.

—Sí. No hay nada en esta vida que desee más. —Se puso un poco rígido. Le besó suavemente la mejilla, le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó más. Anna respondió con un suspiro satisfecho y se rindió al sueño.

A la mañana siguiente se despertó antes del amanecer. Duncan estaba tumbado boca arriba con un brazo alrededor de ella. Acurrucada a su lado, con la mejilla apoyada en su pecho y un brazo cruzado, y Trean a sus pies. No quería moverse y alterar la cálida serenidad, pero pensó en despertarse antes de que los hombres se dieran cuenta de su presencia. Sonriendo, se dio cuenta de que no le importaba que los vieran.

Observó a Duncan mientras dormía. El aspecto melancólico que solía tener había desaparecido y parecía mucho más joven, casi un niño. Anna se inclinó hacia él y le besó suavemente la barbilla. Su respiración se entrecortó y él le apretó los hombros al despertarse.

—¿Es esto lo que teníais en mente cuando dijisteis que me harías un sitio? —murmuró, con la voz ronca por el sueño y la pasión. Le miró con ojos burlones. Él la recompensó con una mirada llena de deseo.

—Sí, aunque lo que tenía en mente era menos ropa y una cama más blanda.

La imagen hizo que Anna se aferrara involuntariamente a su pecho, haciendo que se acercara más. Su respiración se aceleró. Sólo pensar en los hombres que estaban al otro lado del fuego le impidió exigir el beso que anhelaba. Tuvo que conformarse con saber que Duncan se retorcía de anhelo tanto como ella.

CAPÍTULO 15

Anna se levantó junto a Duncan. Después de añadir más leña al fuego, hirvió agua para un rápido desayuno de té de manzanilla y tortillas de avena, repartiendo el sencillo desayuno mientras los hombres terminaban sus tareas matutinas.

—Muchas gracias, *milady* —agradeció Iain.

Malcolm frunció el ceño tras el primer bocado.

—¿Qué ocurre, Malcolm? ¿No es de vuestro gusto? —preguntó Anna juguetonamente. Había comido suficiente de su versión sosa como para esperar una reacción a su variante.

—No, *lady* Anna, es sólo que nunca antes había comido *bannocks* así. Suelen ser menos… sabrosos. —La miró como si la hubieran pillado robando dulces de la cocina.

—He añadido manzana y un poco de la miel que llevamos al mercado. No creí que se echaran de menos. —Sonrió y pateó los corazones de manzana que había en el suelo.

De las bocas llenas de *bannock* brotaron sinceros asentimientos, junto con silenciosas sugerencias de que preparara el desayuno todos los días. Al escuchar los comentarios de los hombres, se le ocurrió abordar algo que tenía en mente.

—Caballeros, aunque agradezco el respeto, os ruego que no os dirijáis a mí como *lady* Anna, sino simplemente Anna. Aquí no soy una noble con título. Hacerlo atrae una atención que preferiría no tener.

Por la cara de asombro que pusieron, cualquiera diría que las tortas de avena que comieron se habían agriado de repente. Todos miraron a Duncan en busca de confirmación.

—Como ella lo desee. Entiendo vuestro punto de vista. —Se encogió de hombros.

Inquietos, los hombres volvieron a su comida, terminando rápidamente.

Al mediodía, llegaron a la aldea de Graham. La fortaleza Graham era un tercio más grande que la fortaleza MacGregor. El mercado estaba en el centro del pueblo, a más de un kilómetro de los muros del gran castillo. Las callejuelas estaban abarrotadas de tiendas de todos los colores y muchos puestos permanentes con gente vendiendo sus mercancías.

En pocas horas, Duncan había puesto precio a los caballos, conseguido más lana de la prevista y vendido o intercambiado todo lo demás. Los barriles de vino solicitados por su padre sustituyeron a los de *whisky* e hidromiel. Nuevas telas y especias, junto con cereales y otros productos no cultivados por los MacGregor, se añadieron a los carros.

El pueblo era mucho más grande que el de los MacGregor, pero entonces las Tierras Bajas estaban más pobladas. Esto hizo que Anna se preguntara si realmente se estaba considerando una alianza con los Graham que involucrara a Nessa. Reconoció que crear un vínculo era una buena idea, aunque sólo fuera para reforzar la frontera entre las Tierras Bajas y las Tierras Altas, y asegurar el comercio futuro. También tenía sentido desde un punto de vista estratégico.

Anna decidió reservarse su opinión hasta conocer mejor a los Graham. La idea de que Nessa se casara con un clan en el que la trataban peor de lo que debería le provocaba ira. Se rio de sus fuertes sentimientos de protección. Después de poco más de un mes, realmente eran hermanas.

Después de ver a Duncan hacer trueques e intercambiar bienes, estaba lista para explorar. Entregando a Trean y Orión a Rory para que los llevara al establo, le presentó a Duncan su intención. Metió la mano en su zurrón.

—Toma, coged estas monedas. Encuentra a mi madre y a mi hermana algo que creáis que les gustaría. Me desollarán vivo si no volvemos con regalos para ellas. —El brillo de sus ojos

insinuaba que sólo bromeaba parcialmente—. Y si ves algo que os guste, cómpralo.

Anna frunció el ceño ante su oferta de dinero y abrió la boca para discutir. Él le puso un dedo en los labios.

—Considéralo un pago por hacer guardia. Yo pagaré a los demás, así que cualquier cosa que os guste, consideradla un pago, ¿sí? —Con una leve inclinación de cabeza, indicó a Iain que la acompañara.

—Iain, sabéis que no necesito que me atiendan como a un niño. —La irritación surgió de inmediato.

—Sí, muchacha, pero las órdenes del lord son que nunca viajemos solos por tierras ajenas. Es lo mismo para cualquiera de nosotros. El hecho de que el lord os llame hija duplica la orden. Además, está el pequeño valor que Duncan os da. —Le hizo un guiño burlón.

Saber que ninguno podía aventurarse solo la tranquilizó. Ya que estaban atrapados juntos, Anna pidió ayuda a Iain para conseguir regalos.

—Iain, ¿una dama os espera en casa?

—Sí, hay una bonita muchacha con la que he pasado un par de meses —respondió con cautela.

—¿Y esta bella muchacha tiene nombre?

—Su nombre es Colina.

—Duncan me ha encargado encontrar regalos para Nessa y *lady* MacGregor. Tal vez podríamos encontrar algo para Colina mientras estamos por aquí. A menos que no deseéis que piense en vuestro afecto más de lo debido. —Anna sonrió dulcemente.

Sabía que era pésima coqueteando, pero le divertía ver cómo Iain reaccionaba. Pronto sabría si Colina era importante para él o no. Recordó a Nessa e Isla hablando de ellas y sabía que Colina estaba comprometida. Al menos podría investigar las intenciones de Iain. Entusiasmaría a las muchachas si contribuía a sus cotilleos. La sonrisa que se dibujó en su rostro sugería que sentía algo más que una atracción pasajera por la mujer.

—Es una buena sugerencia, *lady*… eh, Anna, pero no sé qué buscar.

—¿Qué es lo que más os gusta de ella, Iain? —Consideró por un momento lo que le gustaba a Nessa.

—Me gusta cómo se siente su suave cuerpo en mis manos. —Desvió ligeramente la mirada antes de contestar, con una sonrisa sin sentido en el rostro. Sus manos subieron a la altura del pecho, como si ella estuviera allí para abrazarla. Inmediatamente se detuvo, con una mirada de vergüenza horrorizada en su rostro—. Mis disculpas, *lady*. Duncan me cortaría la cabeza si supiera que os he hablado así.

—No os preocupéis, Iain, quedará entre nosotros. Piensa en qué más aprecias de ella, además de sus… encantos físicos. —Anna se rio alegremente. No podía dejar de sonreír. Tranquilizado, Iain consideró su pregunta por un momento.

—Su olor. Me encanta cómo huele.

—Ahora estamos llegando a alguna parte. Busquemos jabones aromáticos y aceites de baño. Sin duda ella los usaría si supiera que os vería después.

—Sí, es justo lo que necesitamos. ¿Crees que Nessa y *lady* MacGregor apreciarían tales regalos?

—Dudo que muchas damas piensen mal de tal consideración. El truco será intentar que coincidan con las fragancias que ya usan.

Iain asintió y se dirigieron a la jabonería. Encontraron una selección de jabones, aceites y esponjas marinas, hicieron sus compras y pasearon antes de volver al carro. Anna compró varias

hierbas secas que no había visto crecer en la zona y algunas en macetas para añadir a su colección. Estaba ansiosa por ver si conseguía que prosperaran en el clima de las Tierras Altas.

Vendedores de todos los tipos se alineaban a lo largo del camino. Anna compró a las señoras MacGregor collares de cuentas de colores, pulseras y pendientes, junto con otros dos tomos encuadernados con páginas en blanco para que Nessa anotara sus estudios sobre curación. La suerte quiso que encontrara algunos libros a la venta. Con la vista puesta en enseñar a Nessa, compró un ejemplar demacrado de *Beowulf*, junto con versiones bien hechas de *Vita Columbi*, e *Historia Regum Britanniae*.

Todos estaban escritos en inglés, útiles para sus estudios de su lengua materna. Nessa disfrutaría con las historias, sobre todo con el romance de muchas de ellas. Al menos, podría compartir las historias con los demás durante los aburridos meses de invierno en casa.

Pasaron por delante de un puesto de artículos de lino exquisitamente bordados. Anna le rogó a Iain que esperara delante mientras ella buscaba algo muy concreto.

—¿En qué puedo ayudaros, *milady*? —Una mujer de mediana edad vestida de negro se acercó.

—Busco algo que despierte el apetito de un hombre.

La mujer lanzó una mirada a Iain. Anna ignoró las implicaciones de su suposición y observó cómo la mujer sacaba un camisón muy suave y transparente de uno de los cofres del fondo. Este era una cosa espumosa con encaje y flores delicadamente bordadas, el encaje y los adornos colocados estratégicamente para proporcionar una cobertura mínima. Las estrechas cintas de raso parecían inadecuadas para sujetarlo, y parecían diseñadas para quitárselo a toda prisa. La mujer le guiñó un ojo a Anna.

Anna se quedó mirando la prenda. «Escandalosa. Desvergonzada. Descarada. Perfecta». El calor subió a sus mejillas al imaginarse vestida así. Compró el regalo para Mairi en agradecimiento por su conversación sobre la pasión. Riéndose entre dientes, se imaginó a Mairi explicándole a su marido cómo había llegado a poseer semejante prenda. La mujer lo empaquetó discretamente. Anna escribió «Lady MacGregor» en una esquina para que no hubiera ningún error si la cogían accidentalmente.

En un taller de marroquinería compró dos cinturones de cuero finamente trabajados, con sus correspondientes zurrones. Llevaban diseños entrelazados bellamente labrados que había visto con frecuencia en tapices y otros objetos artísticos desde su llegada. Esperaba que Duncan y su padre los apreciaran. Cada zurrón tenía una ornamentada cantonera de plata en la parte superior, con el centro en blanco para tallar el escudo del clan.

—¿Cuánto tardaréis en tallar dos, señor?

—Tardaré una noche, *milady* —El marroquinero se acarició la barba incipiente y chasqueó la lengua entre los dientes que le faltaban antes de responder.

—Los necesito listos mañana a primera hora. —Anna depositó el doble del precio de su compra sobre el mostrador.

—Necesitaré vuestro puñal para el diseño. —El hombre sonrió, mostrando los dientes que le quedaban. Asintió y señaló el cinturón que llevaba en la cintura.

—Iain, debéis prometer que es nuestro secreto, y tendréis que ser vosotros los que vengáis a buscarlos. —Por la enorme sonrisa en la cara de Iain, supo que había hecho una buena elección.

—Sí. Haréis muy felices a los hombres MacGregor. Me alegra hacer de conspirador, sobre todo desde que me ayudasteis con las compras para mi Colina. —Una mirada de picardía llenó su rostro.

—¿Así que ahora es vuestra Colina? —Anna le cogió del brazo y se echó a reír. Con una

sonrisa pícara, imitó su acento.

—Sí. —La miró tímidamente.

Un alboroto estalló no muy lejos de ellos. Ladridos y gruñidos se elevaron por encima del ruido de la multitud, y un relincho de terror atravesó el tumulto. Gritos de advertencia resonaron cuando un carro vacío tirado por un caballo pasó a toda velocidad, abriéndose paso entre la desprevenida multitud. Iain y Anna se precipitaron hacia el lugar donde se habían originado los gritos y encontraron a cuatro hombres y un niño de no más de diez veranos tendidos en el suelo, heridos.

—Coged mi zurrón y buscad un carro para llevar a los heridos. —Anna malgastó pocas palabras. Recogiendo sus provisiones, Iain asintió y corrió hacia su carreta—. Despejad esta zona y mantened a la gente alejada. Soy curandera y he enviado a por mis provisiones y un carro. —Los guardias de Graham se quedaron parados, sin saber qué hacer, así que Anna tomó el mando.

Dos de los hombres heridos eran miembros de la guardia de Graham, mientras que los demás eran comerciantes o víctimas desafortunadas del camino. El guardia más corpulento yacía inconsciente, sangrando por una horrible herida en la cabeza que le atravesaba la frente. El otro parecía tener costillas rotas y se agarraba el costado con dolor. Del resto, un hombre tenía una pierna rota y el otro un largo corte en la espalda. El joven también yacía inconsciente, aunque, aparte de un simple corte en el brazo, Anna no observó ninguna otra herida. Atendió primero la herida de la cabeza, arrancándose parte de la túnica para contener la hemorragia. A juzgar por la cantidad de sangre que había perdido hasta entonces, temía por su vida. Levantó la vista aliviada al ver que Liam e Iain se acercaban con un caballo y un carro.

—Cuidado. Ese hombre tiene una pierna rota, y no queremos que la hemorragia comience de nuevo en este soldado.

Mientras cargaban al muchacho, un grito se elevó entre la multitud.

—¡Shaw, Shaw! ¿Qué ha pasado? ¿Adónde os lleváis a mi hijo? —Una mujer no mucho mayor que Anna salió de entre la multitud, con el terror grabado en el rostro. Anna se volvió hacia uno de los guardias en busca de una respuesta. Este apoyó una mano en el hombro de la mujer.

—Vuestro hijo ha sido herido por una carreta desbocada. Llevamos a todos los heridos al torreón para que esta mujer los atienda.

—Por favor, salvad a mi hijo. Es todo lo que tengo. —Se aferró al brazo de Anna con miedo, con los ojos muy abiertos.

Anna la ayudó a sentarse en el banco junto a Liam y luego subió a la parte trasera del carro mientras se dirigían hacia la puerta principal. En el vestíbulo, Anna pidió agua hirviendo, *whisky* y sábanas para vendar a los heridos que estaban en las mesas.

—Si tenéis una curandera, llamadla —ordenó al guardia más cercano—. Necesitaré ayuda.

Inmediatamente, el guardia asintió y se apresuró a salir por la puerta. Anna volvió a evaluar las heridas. El hombre con las costillas heridas respiraba con dificultad, pero no perdía sangre. La pierna rota parecía una rotura simple y fácil de curar. Por otro lado, el hombre con el corte largo en la espalda yacía de lado, consciente pero desanimado. Su herida había dejado de sangrar en su mayor parte. La lesión en la cabeza y el joven seguían siendo sus mayores preocupaciones. Anna volvió a mirar al muchacho. Su corazón latía con fuerza, al igual que su respiración.

—Señora, parece que vuestro hijo sólo ha quedado inconsciente. No tiene ninguna otra lesión grave que pueda reconocer. Ponedle este paño sobre la herida. Lo suturaré cuando termine con los otros hombres.

Con un gesto de asentimiento, la mujer se inclinó sobre su hijo y le cantó en voz baja.

Anna cogió la aguja y el hilo de su zurrón y utilizó el *whisky* que le habían traído para limpiar la herida de la cabeza. Después de que el hombre quedara inconsciente, cosió el corte. Iain permaneció a su lado. Siguiendo sus indicaciones, distribuyó *whisky* a los demás heridos.

En cuanto a las costillas heridas, contó tres rotas, pero no desplazadas. Las vendó con cuidado mientras el hombre palidecía, con sudor en la frente. Aunque se estremecía con cada contacto, permaneció en silencio.

—Debéis permanecer inactivo las próximas tres semanas, respirando profundamente varias veces al día para evitar que se acumule líquido en los pulmones.

El hombre afirmó con una mueca y un susurro de agradecimiento. Con la ayuda de varios tragos de *whisky*, Iain y dos guardias, Anna acomodó la pierna rota. Asegurándola con dos tablas, la ató con tiras de tela.

El hombre con el profundo corte en la espalda también se benefició de grandes cantidades de *whisky*. Anna le ofreció un trozo de cuero para que lo mordiera mientras su aguja perforaba la piel a ambos lados del corte. Mientras cerraba la herida, llegó la curandera Graham. Anna le contó lo que sabía y lo que había hecho. Mientras lo hacía, llegaron los familiares de algunos de los hombres y se los llevaron a casa.

La curandera de Graham revisó el trabajo de Anna y preparó emplastos para prevenir la infección. Al terminar, Anna se dirigió a Shaw. Miró las mejillas manchadas de lágrimas de la madre, que se inclinaba sobre su hijo para rezar. Su corazón se estremeció de compasión por aquella joven madre y su hijo.

Acostumbrada a tratar a hombres adultos después de la batalla, a Anna le resultaba más difícil digerir la visión de un niño sobre la mesa. Sin embargo, dejó a un lado esos sentimientos, limpió la aguja y el hilo para cerrar el corte del brazo. Cuando terminó, realizó un examen más minucioso, buscando hematomas o endurecimiento del cuerpo en las zonas blandas. Descubrió un pequeño nudo en la nuca, pero nada más grave.

—Shaw tiene un pequeño bulto en la cabeza. Su ritmo cardíaco y su respiración siguen siendo fuertes. Parece estar sano. No veo ninguna razón para que no se recupere pronto.

—Gracias, *milady*, ¿cómo os lo podré agradecer lo suficiente? —Ante esta noticia, la mujer no pudo contener las lágrimas.

—Agradecédmelo cuando Shaw esté despierto y sano de nuevo. Podéis quedaros hasta que despierte —contestó Anna. Incómoda con los elogios de la mujer, sobre todo porque su hijo aún no se había despertado. Miró a un guardia, el cual asintió con la cabeza. Entonces, Anna se acercó a una cuenca y se limpió la sangre de las manos y los brazos. Una sirvienta trajo varias tazas y una jarra de cerveza. Anna llenó una taza y bebió profundamente, dejándose caer en el banco más cercano al guardia herido en la cabeza. Una bandeja con una hogaza de pan y un trozo de queso llegó para que comieran mientras esperaban. Miró a Iain. Él la saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

—¿Mamá? —Shaw se levantó primero.

—Aquí estoy, Shaw, aquí estoy —respondió su madre con lágrimas de alivio.

Anna se levantó para ver cómo estaba el joven. Segura de que sólo tenía un chichón en la cabeza y un corte, le hizo beber una taza de té de corteza de sauce. La mueca que hizo al tomar la amarga bebida la tranquilizó, así que lo dejó al cuidado de su madre.

—¿Quién es este hombre para vuestro clan? —Con sólo el guardia inconsciente a la izquierda, se sentó y esperó. Por primera vez se fijó en los otros cuatro guardias que estaban a su alrededor.

—Es uno de nuestros comandantes, *milady*. Nuestro capitán os agradecerá personalmente

vuestro oportuno tratamiento y cuidados.

—¿Cuál es vuestro nombre y el suyo?

—Él es Ronald, y yo soy Neil, *milady*. —Hizo una leve reverencia, con una cálida sonrisa.

—Os lo diré, Neil, como se lo dije a la madre de Shaw. Podéis agradecérmelo cuando vuestro comandante esté despierto y fuera de peligro.

—Ahora está en manos de Dios si vive o muere. Sus posibilidades serían nulas si no hubierais llegado para haceros cargo y detener la hemorragia. Nuestra curandera no habría llegado a tiempo. Si vive, será gracias a vuestros esfuerzos. —Su rostro se puso serio.

Anna le devolvió la sonrisa, consciente de que no debía discutir con un soldado. El cansancio se apoderó de ella.

—¿Están cerca los aposentos del comandante, o quizá haya una cama cerca a la que podamos trasladarlo? —Sabía que pasarían varias horas, quizá días, antes de que despertara, si es que lo hacía.

—Sus aposentos están en la torre de guardia, pero hay pequeñas habitaciones de invitados justo al lado de este pasillo.

—No hay nada más que pueda hacer por él en este momento. Me gustaría encontrar a mis compañeros de clan. —En una litera, los guardias trasladaron a su comandante a una habitación pequeña pero acogedora, con chimenea, cama individual y mesa. Una vez instalado, Anna se dirigió a Neil.

—Me ordenaron que llevara a vuestro grupo a la sala del lord cuando terminarais de atender al comandante. El lord ha pedido que cenéis con él esta noche.

Haciéndole señas para que la acompañara, lo siguió al patio y hacia los establos donde Duncan y los hombres esperaban con sus carros y caballos.

—Ahí están. Liam nos ha contado lo que ha pasado. ¿Estáis todos bien? —preguntó Duncan. Su voz resonaba posesiva y su rostro estaba parcialmente fruncido.

—Todos lo estarán, excepto el comandante. Sufrió un fuerte golpe en la cabeza y un cruel corte. Creo que vivirá, pero no sé cuándo despertará. —Anna enarcó una ceja, pero cogió la mano que le ofrecía.

Neil los condujo a través de las puertas dobles de roble hasta el gran salón. Una veintena de hombres comían sentados en taburetes y bancos alrededor de mesas de caballete.

—Moza, ¿por qué os vestís como un hombre? Venid aquí y os enseñaré lo que significa ser una mujer. —Mientras el grupo de Neil pasaba junto a los hombres sentados, una voz grave bramó.

A su burla siguió un golpe seco en el trasero de Anna, lo bastante fuerte como para empujarla hacia delante. La ira encendió la sangre de Anna, acelerada por las risas de sus compañeros. Le lanzó una mirada de advertencia a Duncan para que se mantuviera al margen, empujándole el pecho para darle énfasis.

Dio un rápido paso lateral hacia el hombre que la había golpeado, llevándose la rodilla al pecho. Aprovechando el impulso del paso hacia ese imbécil, Anna soltó una patada lateral, clavándole el tacón en el centro del pecho. La patada le dejó sin aliento con un gruñido exagerado y le hizo caer de espaldas al suelo, con la cabeza rebotando contra las losas.

Sin darle tiempo a recuperarse, Anna le sujetó de la mano izquierda, la torció y le bloqueó la muñeca y el codo. Con un pie en el cuello y la mandíbula, le estiró aún más el brazo.

—Te disculpareis, mestizo, o perderéis el uso de estos dedos —amenazó Anna.

El hombre forcejeó contra su agarre, pero ella tenía el cerrojo bien apretado y su lucha sólo le causaba más dolor.

—¡No me disculparé ante una mujerzuela que juega a ser un hombre! —gritó entre dientes apretados.

—Como os plazca. —Un chasquido audible sonó cuando Anna le sacó el dedo más pequeño de la cavidad a la altura del segundo nudillo, haciendo que sobresaliera en un ángulo extraño. Entonces, un fuerte aullido y una maldición anatómicamente imposible salieron de su boca.

—¡Arrepentíos! —gritó—.

— ¡No! ¡Nunca!

Anna respondió desplazando su tercer dedo, provocando un chasquido más fuerte. Esta vez, sus compañeros gimieron en simpatía con él, pero ninguno se atrevió a acudir en su ayuda. Anna miró a Duncan, quien estaba apoyado en una mesa vacía, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa de satisfacción en el rostro. Sólo los músculos tensos de su mandíbula desmentían su expresión tranquila. Advirtió a los hombres de MacGregor con una mirada y un leve gesto de la mano.

—¿Cuál es vuestro nombre, Graham? —Antes de que pudiera exigir otra disculpa, Duncan tomó la palabra.

El hombre en el suelo continuó lanzando maldiciones, cada una más creativa y colorida que la anterior, mientras luchaba inútilmente contra su agarre.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Duncan con calma al hombre sentado más cerca de él.

—Angus.

—Angus, os presento a Anna, del clan MacGregor. Ha sido adoptada por nuestro lord, mi padre, como hija, y es mi futura esposa si me acepta.

Anna lanzó a Duncan una mirada de asombro. La expresión de su rostro no mostraba ninguna emoción, excepto la furia silenciosa que apenas contenía.

—La he visto derrotar a seis escoceses en batalla sin ayuda y a otros dos guerreros de mi propio clan. Esta tarde le ha salvado la vida a vuestro comandante. Tal vez queráis reconsiderar vuestra posición sobre esa disculpa.

Los hombres sentados a la mesa la miraron con incredulidad. Anna frunció el ceño. No iba a dejar que esto terminara sin una disculpa. De lo contrario, algún otro hombre de este clan se molestaría por su aspecto e intentaría lo mismo o algo peor. No, ella daría ejemplo aquí y ahora. Como no le importaba volver a preguntar, Anna le sacudió el segundo dedo y el chasquido que produjo fue el más fuerte hasta entonces.

Las puertas del vestíbulo interior se abrieron de golpe y un hombre corpulento, vestido con las galas de un lord, entró de repente.

—¿Qué demonios está pasando?

CAPÍTULO 16

—Angus, ¿qué problemas les estáis causando a mis invitados? —preguntó, con el rostro de un indignado tono rojo. El hombre miró de Anna al hombre que había atrapado.

—Ningún problema, milord. Esta dama me ofreció una lección de combate sin armas.

—La actitud de Angus cambió. Mirándola, apretó los dientes—. Pido disculpas por mis acciones y mis dudas sobre vuestra habilidad.

Anna no se dejó engañar por la aparente sinceridad de sus disculpas. Le soltó el cuello y utilizó la muñeca para ponerle en pie.

—Sin ofender, por supuesto, Angus. Permitidme que os *ayude* con la mano —dijo con una sonrisa y un sarcasmo lo bastante afilado como para cortar. Tomando cada dedo por separado, Anna los recolocó en su sitio mientras el sudor corría por la frente de Angus—. Aseguraos de envolverlos bien. En quince días se recuperarán. —Se inclinó para que sólo Angus pudiera oírla —. Si volvéis a tocarme, os destriparé como al cerdo que sois.

Angus se estremeció, con los ojos muy abiertos, cuando la punta de una pequeña daga le pinchó por debajo del cinturón. Volviéndose hacia su anfitrión, Anna escondió la daga y se inclinó ante el lord de los Graham.

—Venid, los criados han preparado comida y bebida. —Lord Graham respondió con una mirada de evaluación y una sonrisa irónica.

El lord los condujo al salón interior, más pequeño pero lujoso, diseñado para recibir a invitados importantes. Indicándoles que se sentaran, el lord indicó a dos mujeres que sirvieran al grupo, y cada MacGregor recibió rápidamente una *quaich* de cerveza.

—¿Cómo es posible que uno de mis hombres más fuertes, aunque bastante tonto, haya sido derrotado por una mujer? —Con un brillo en los ojos, lord Graham se volvió hacia Anna.

—Ha sido una oportunidad para hacer una demostración de tácticas sin armas, eso es todo, milord —respondió ella, intentando que Duncan no notara su irritación en la voz. Le miró, y el brillo de ira en sus ojos le indicó que él aún estaba furioso por el encuentro. Optó por una respuesta diplomática. Podía arreglárselas sola y no necesitaba que él corriera a rescatarla a cada momento.

—Me he enterado del accidente que ha habido hoy en el mercado y de cómo vuestro grupo ha ayudado a mis hombres, sobre todo a vosotros —añadió mientras dirigía una mirada hacia Anna. Graham la miró con extrañeza y sonrió, pero no le dio más explicaciones. Centró su atención en Duncan—. Ronald ha sido uno de mis hombres más fiables. Estaría en apuros sin él. Neil cree que vuestros oportunos esfuerzos le dieron una oportunidad de sobrevivir. Por eso os doy las gracias, *milady*.

—Iain y yo estábamos cerca cuando ocurrió y nos alegramos de ofrecer ayuda. Todos los involucrados se están recuperando. Vuestro comandante no ha despertado. No sé si lo hará, pero vuestra curandera vela por él.

—Aunque vuestro uso de nuestra lengua y tartán dice que sois un MacGregor, vuestro acento, coraza, y la forma en que os conducís me dicen que sois inglesa. Hay una historia muy interesante aquí. Me gustaría oírla. —El lord volvió a cambiar de tema mientras los criados servían las mesas con carnes, verduras y pan.

—Es una historia interesante. Os contaré la mayor parte. Hay detalles que ocultamos para proteger a Anna. —Anna asintió a Duncan, incitándolo a responder.

Sonriendo, el lord le indicó que continuara. Omitiendo los detalles del nombre y el destino de su familia, contó la misma historia que habían relatado al clan MacGregor. El lord pareció satisfecho con el relato, y su conversación derivó hacia la política de los clanes, las alianzas y los enemigos comunes, entre los que, por supuesto, se encontraban los ingleses.

Anna no se ofendió, pues había visto de primera mano los horrores de los que eran capaces los ingleses. Después de vivir en las Tierras Altas sólo unos meses, no tenía ningún deseo de volver a Inglaterra. Era escocesa. Desde que su padre y su hermano habían seguido a su madre en la muerte, consideraba que su herencia inglesa había llegado a su fin. Otra revelación para meditar.

Tras la comida, se retiraron a unas sillas junto a la gran chimenea de piedra, donde prosiguieron las conversaciones. El lord le pidió a Anna que hiciera preguntas sobre la inestable paz en la frontera. Le preguntó qué pensaba sobre la probabilidad de una guerra y dónde podría comenzar. Al ofrecerle su visión sobre los nobles ingleses más ávidos de poder de la zona, pareció complacerle la información y estuvo de acuerdo con sus valoraciones. Ella sintió que él comprobaba dónde estaban sus lealtades. Desde luego, no estaba con Edward Longshanks ni con su corrupto grupo de nobles.

—Parece que mi comandante ha recobrado el conocimiento. *Lady* Anna, ¿estaríais dispuesta a atenderle antes de retiraros o esperaríais hasta mañana? —Al caer la tarde, un mensajero entró y habló en voz baja con el lord. Este se puso en pie.

—Con gusto lo vería ahora.

—Aunque os he visto luchar antes, me asombran vuestras habilidades y estoy orgulloso de que os hayáis unido a nuestro clan. —Ante el asentimiento de Duncan, Iain se levantó para acompañarla. Siguiendo al guardia que los escoltaba, Iain se inclinó hacia Anna y le susurró.

—Gracias, Iain. —Cohibida por sus elogios, Anna le sonrió.

—Deberíais saber que todos los hombres de nuestro grupo darían su vida por vosotros.

—¿Así que todos lo que tenía que hacer era derrotar al hombre más grande y odioso del clan para ganarme ve respeto? De haberlo sabido, habría llamado a Duff mi primer día en Ciardun. —Le miró de reojo y él le respondió con una sonora carcajada. Inquieta por la profundidad de su promesa, Anna le restó importancia al momento.

Al llegar a su destino, el guardia le dijo a Iain que esperara delante de la puerta. Iain se encrespó ante la orden, pero Anna aceptó con la cabeza.

—Comandante, la mujer que os atendió está aquí.

—Pasad, *milady*, y dejad que os dé las gracias. —Su voz, aunque fuerte, sonaba inconmensurablemente cansada. Luchó por sentarse en la cama.

—Los hombres me dicen que os tengo que agradeceros por mi vida. —Entró en la habitación y sus ojos se entrecerraron al ver su aspecto.

—Es cierto que curé vuestra herida, comandante. Sin embargo, los hombres insistieron en que su supervivencia se debe a la dureza de vuestra cabeza más que a mis esfuerzos.

—Recordando las afirmaciones de Neil, se limitó a asentir. Anna le dedicó una sonrisa, ignorando las miradas de sorpresa de los guardias ante sus palabras.

—Ahora que os veo y conozco un poco vuestro carácter, me resulta más fácil creer que podéis vencer a Angus. Cuánto me hubiera gustado ver a ese grandullón bajar un par de peldaños. Estoy en deuda con vos por haberme salvado la vida y por haber humillado a uno de mis mejores hombres. —La cara del comandante se descompuso en algo que probablemente pretendía ser una sonrisa, aunque acabó siendo una mueca.

—Encantada de servirle, comandante. No hay duda de que tenéis una conmoción cerebral, y

necesitaréis estar alejados de vuestros deberes una noche o más. Tened cuidado con la visión borrosa, náuseas, sensibilidad a la luz y dolores de cabeza. No debéis volver a vuestro puesto hasta que desaparezcan. Retomar el trabajo demasiado pronto hará que estos efectos se prolonguen más de lo debido. Vuestra curandera puede daros té de amapola si el dolor es demasiado intenso. De lo contrario, el té de corteza aliviará el dolor lo suficiente como para que sea tolerable—. Anna hizo una breve reverencia.

—Sí, he visto mi parte de lesiones en la cabeza y lo entiendo. Gracias de nuevo por vuestros cuidados.

—Vuestros hombres y lord hablan muy bien de vos. Es un placer servir al clan Graham. —Anna asintió, empezó a salir de la habitación, y luego se volvió con una sonrisa—. Mantuve los puntos lo más finos posible para que vuestra cicatriz no asuste demasiado a las doncellas.

El comandante ahogó una risa dolorida, aunque los otros dos hombres de la sala soltaron una sonora carcajada.

—Duncan nos ha hablado a algunos de vosotros de vuestros entrenamientos juntos —añadió Iain mientras volvían a la sala—. Espero que consideréis uniros al resto de nosotros en el futuro. Aunque algunos se negarían a entrenar con una mujer, muchos de nosotros agradeceríamos la oportunidad de poner a prueba nuestras habilidades contra vosotros. Tal vez aprender un poco también. Nunca he visto a nadie hacerle a un hombre lo que le hicisteis hoy al Graham, y eso que era el doble de grande que vosotros.

—Me encantaría demostrároslo, Iain. Estoy aburrida de vencer a Duncan todo el tiempo.

Iain sacudió la cabeza y sonrió, al igual que Anna.

—Quizá cuando acampemos mañana por la noche podamos trabajar un poco. En cuanto a entrenar con el resto de los hombres, es decisión del lord. A mí me gustaría, pero no quiero crear más conflictos con mi presencia de los que ya tengo. Si no puedo entrenar con el grupo principal, tal vez el lord permita un grupo más pequeño. Se lo pediré a Duncan.

Informaron al lord del estado de su comandante y luego les mostraron las habitaciones de invitados para pasar la noche. La habitación de Anna ya tenía el fuego encendido, y una doncella la acompañó a la cámara de baño, cerca de la cocina. Después de haber dormido en el suelo las dos últimas noches, un baño y una cama sonaban acogedores.

Después del baño, Anna se vistió y volvió a su habitación. Vio a Duncan apoyado en la pared frente a su puerta. Le dirigió una mirada inquisitiva, tratando de calibrar su estado de ánimo.

—¿Puedo hablar con vos?

—Por supuesto. Os pediría que entrarais, pero no sería apropiado.

Duncan asintió, señalando las escaleras. Atravesaron el vestíbulo y salieron. Anna se preguntaba qué tendría él en mente. La idea de besarle afloró en su mente, como siempre le ocurría últimamente, y su cuerpo sintió un cosquilleo de anticipación. Al detenerse junto al pozo, en el centro del patio, él se volvió hacia ella. Por su mirada severa, los besos no eran lo que tenía en mente. Anna adoptó una postura defensiva, esperando la reprimenda que sabía que iba a recibir.

—Anna, me gustaría hablar con vos sobre lo de esta tarde.

Por su parte, Anna levantó las cejas e inclinó ligeramente la cabeza hacia Duncan en señal de invitación.

—Os enfrentasteis a un hombre que os doblaba en tamaño, rodeado de sus amigos. —La frustración asomaba en su voz.

—¿Y qué queréis que haga, Duncan? ¿Soportar sus abusos e insultos? —Cruzó ambos brazos sobre el pecho.

—No, deberíais haberme dejado encargarme de él. Sois adoptados por nuestro clan. Estamos cortejando. Ambas cosas significan que estáis bajo mi protección. —Duncan se frotó la cara dos veces antes de contestar.

—Hoy me habéis observado atentamente. Habéis visto que no necesitaba ayuda. Un hombre como Angus necesitaba una lección sobre cómo tratar a las mujeres. ¿Cuál creéis que sería la lección más efectiva, mi señor, una paliza por vuestra parte, o una por parte de la misma mujer a la que ofendió? —Anna entrecerró la mirada. La ira se apoderó de ella. ¿Duncan le estaba diciendo que no se defendiera?

—¡Ahh! —Duncan se apartó un poco. Su cuerpo se tensó, sus manos se abrieron y cerraron con fuerza. Volvió a restregarse la cara y respiró hondo antes de encararla—. Sí, la lección más eficaz era que se sintiera humillado por la misma mujer a la que trató con rudeza. No esperéis que me agrade.

Ante su confesión, Anna se ablandó inmediatamente. La ira se desvaneció y se dirigió directamente a su pecho y lo rodeó con sus brazos. Duncan le devolvió el abrazo con fiereza. Inclinó la cabeza hacia atrás y le miró a la cara. Al ver que seguía con el ceño fruncido, le besó en la barbilla. Volvió a levantar la vista, pero su expresión no había cambiado. Le dio ligeros besos en las mejillas, la nariz y el cuello, hasta que se relajó. Sintiendo su aceptación, se apartó un poco para mirarle a los ojos.

—Os cuesta aceptar que no soy una mujer débil que siempre necesita vuestra protección, aunque entrenemos juntos a diario y sepáis de lo que soy capaz.

—Sí —refunfuñó.

—Estuvisteis ahí para protegerme si no tenía éxito en la lección. —Puntuó su afirmación con un beso en su mejilla—. Estuvisteis allí para protegerme si alguno de los otros se unía a la contienda. —Otro beso le rozó la mandíbula—. Me protegisteis. Pero, al igual que vos, yo no retrocedo ante un desafío. No os lo pediría, y guardaría vuestra vida como si fuera la mía. Sólo os pido lo mismo.

—¿Qué voy a hacer con vos, Anna Braxton? —Sacudió la cabeza. Una comisura de sus labios se curvó hacia arriba en forma de pregunta.

—Besarme, espero, señor caballero. —Sus ojos brillaron con invitación.

* * *

A la mañana siguiente, Anna se levantó y bajó las escaleras hasta el vestíbulo para comer, encontrándose por el camino con Liam, Donnan y Rory. El resto del grupo les siguió poco después. Les esperaban cuencos de gachas de avena con fruta fresca, nata y miel. Guardó un poco de nata para Trean, que se acostó en el establo con Orión.

—El lord desea despedirnos esta mañana —anunció Duncan.

Se quedaron en el vestíbulo mientras preparaban los carros. Duncan tomó la mano de Anna y se inclinó hacia ella para que nadie más pudiera oírlo.

—Mi padre quería que esperara y evaluara la reacción del lord Graham antes de proceder. Ha escrito una misiva a vuestra abuela, explicándole brevemente dónde os encontráis.

Todo el aire abandonó el cuerpo de Anna y su estómago se apretó como si le hubieran dado un puñetazo. El miedo le nubló la vista y miró a Duncan con aprensión.

—Lo dejó en mis manos, pero dijo que no continuara sin vuestro consentimiento. El mensaje está en clave, así que, si lo lee otra persona, no lo entenderá. Creemos que vuestra familia debe saber que estáis viva y bien. ¿Estáis de acuerdo?

Anna no encontraba la voz, así que asintió con los ojos muy abiertos. La rodeó con el brazo y

le dedicó una tierna sonrisa.

—Parece que dondequiera que vayáis, inspiráis fuertes sentimientos. A los Graham les divierte la forma en que tratasteis a Angus. El lord se siente en deuda con vosotros por cuidar de su comandante y de su pueblo. No tengo ninguna duda de que podemos confiar en él para entregar nuestro mensaje con la más estricta confidencialidad como agradecimiento por vuestros servicios.

—Confío en vuestro juicio, Duncan. Nada me gustaría más que aliviar las penas de la familia que me queda. —Anna luchó por contener su angustia, con los ojos húmedos.

Duncan le dio un beso en la frente y volvió a apretarle los hombros.

El Graham apareció con un joven de cabello oscuro a su lado. Lo presentó como su hijo Blaine, de veintiún años. Sus alegres ojos hacían juego con el color de su corto cabello castaño oscuro, y su sonrisa era rápida y contagiosa. El lord derivó la conversación hacia un posible matrimonio entre su hijo y Nessa. Con su sentido de la protección a flor de piel, Anna evaluó al joven. Parecía inteligente y respetuoso tanto con Duncan como con su padre. Sus ojos se cruzaron con los de ella más de una vez, sin duda por haber oído las noticias de su encuentro con Angus. Él sonrió cuando sus miradas coincidieron, aunque Anna se limitó a asentir en señal de reconocimiento. Ella sabía que Nessa la acosaría con preguntas, así que quería ver las cosas que Duncan no pensaría en notar.

«Nessa, es ancho de hombros, tiene una mandíbula fuerte y es tan alto como Duncan. Es joven, pero se mueve con seguridad y fuerza. Veo bondad en sus ojos, y cuando habla, es reflexivo y da respuestas sensatas. Parece un buen hombre. Quizá lo bastante bueno para ti».

—Vos debéis ser la muchacha de la que tanto he oído hablar desde anoche. —Blaine la atrajo a la conversación. Se inclinó cortésmente.

—Sí. Ella es Anna del clan MacGregor, la guerrera de mi hermana, su campeona.
—Duncan asintió.

Las cejas de Blaine se alzaron al oír el título, y su sonrisa se ensanchó. Duncan explicó rápidamente su relación con el clan y con Nessa.

—Espero tener la oportunidad de ganarme vuestro respeto en el futuro, *milady*
—respondió Blaine en su honor.

—También yo, sir Blaine. —Sonrió, escuchando tanto la sinceridad como la jovialidad en su tono.

Blaine se despidió, cogiendo a Duncan del brazo y saludándola con una sonrisa. Duncan aprovechó la oportunidad para preguntarle al lord por un jinete para la misiva. Al explicarle los detalles, el rostro del lord se endureció, pero luego se suavizó y comprendió. Este le indicó a Anna que se acercara.

—Lo menos que puedo ofreceros es ver entregado este importante mensaje. Me siento honrado de tener la oportunidad de devolver algo de lo que habéis hecho por nosotros. Llevéis o no el tartán MacGregor, siempre seréis bienvenidos aquí.

—Gracias por vuestra generosidad, lord. Significa mucho para mí. —Anna inclinó la cabeza. Se dirigió hacia donde la esperaban Iain y Malcolm, mientras un juguetón Trean la aguardaba impaciente en la carreta. Iain se colocó en silencio el *sgian dubh* en el cinturón. Anna enarcó una ceja en señal de pregunta. Él asintió brevemente.

Tras unos minutos más de conversación, se despidieron de los Graham. Anna soportó con una sonrisa el entusiasta saludo del cachorro de lobo, que apenas pudo evitar que su redondo cuerpo se desparramara por sus brazos mientras le lamía la cara. Lo colocó delante de ella en la silla de montar y él se acomodó en su lugar habitual, observando el paisaje circundante.

—¿Blaine se casará con Nessa? —Abandonaron la aldea en silencio, con el suave canto de Liam a los caballos como único sonido. Anna abordó el tema que más le preocupaba.

—¿Qué pensáis de él? —replicó Duncan.

Anna le dio su opinión basándose en su ligera observación.

—Sí, así lo veo yo también. Es algo que mi padre considera. Fortalecer las alianzas existentes o formar una nueva. Hay beneficios estratégicos. Habéis visto el tamaño de su clan. Hay beneficios mutuos que el comercio regular proporcionaría. Tienen un gran número de guerreros y serían un poderoso aliado. Si el lord os pidiera consejo, ¿qué le aconsejaríais?

—No ofrecería consejos más allá de conocer mejor a Blaine y a su clan. Tal vez una invitación para hospedarlo un mes o más estaría bien. Necesitaría pruebas firmes de que Nessa sería feliz y estaría bien cuidada antes de aceptar cualquier matrimonio para ella.

—Exactamente lo que habría esperado de la guerrera de Nessa —replicó Duncan. Varios de los hombres asintieron.

—Entre otras cosas, Duncan MacGregor, seguro que lo soy. Cualquier hombre que no la tratara como se merece agradecería la muerte antes de que yo acabara con él. —Sonrió al oír el título. Anna se sorprendió a sí misma con la pasión de sus palabras.

—Compadezco al hombre que invitara a tal cosa —añadió Iain, con una sonrisa en el rostro.

Los hombres rieron ante la declaración de Iain, y una pacífica camaradería se apoderó del grupo. Anna miró la pequeña y peluda figura de Trean que tenía delante. No había pasado mucho tiempo con él en los últimos dos días, aunque Liam le aseguró que los mozos de cuadra se habían turnado para alimentar y jugar con el joven lobo, ganándose su afecto. El cachorro parecía feliz de estar de nuevo con ella, acariciándola y lamiéndole las manos continuamente.

Anna suspiró, observando a los demás mientras intercambiaban historias y risas, con el ánimo alegre por la llegada a casa. Inclinó un ojo hacia el cielo despejado. ¿Era mucho pedir un viaje tranquilo?

CAPÍTULO 17

Hacia el final del día, el grupo de MacGregor se detuvo a acampar junto a un arroyo. Anna y Duncan hicieron una trampa para peces con las ramas de un árbol, con la ayuda de Donnan, y pescaron suficientes truchas para la cena. Mientras preparaban los alimentos, Anna hizo una demostración a los hombres de algunos bloqueos y lanzamientos conjuntos, explicando cada uno de ellos. Cada vez que ejecutaba un lanzamiento o los ponía de rodillas con una llave, los ojos de los hombres se redondeaban con incredulidad.

Consciente de que al día siguiente estarían doloridos, Anna hizo un alto a tiempo para comer. Lanzó una mirada sonriente a Duncan y se dio cuenta de que había vuelto a fruncir el ceño. Arrugó la frente, confundida, pero lo dejó pasar. Como la noche anterior, él le contaría lo que estaba pensando si lo deseaba.

—Perdonadme, Anna, si no soy educado, pero la curiosidad me ha invadido. ¿De dónde habéis sacado vuestros conocimientos de lucha? Tenéis una colección de habilidades que ninguno de nosotros ha visto antes. —Mientras todos comían, Malcolm habló.

Anna miró a Duncan, sentado a su lado, con una leve sorpresa en el rostro. Sabía que él tenía las mismas preguntas, al igual que todos los MacGregor que la habían visto luchar, aunque él no le había pedido información. Pensando en cómo responder, echó un vistazo a los rostros alrededor del fuego, ya que todos esperaban su respuesta. Respirando hondo, habló del maestro Zhang y de cómo había llegado a estar al servicio de su padre. Describió sus enseñanzas con todo detalle, desde las artes curativas hasta el combate armado y desarmado. Describió las armas y los juegos de estrategia que había enseñado, incluidos el ajedrez y el Yi. Había habido largas discusiones sobre batallas históricas en esta tierra y en la suya propia, analizando la sabiduría y la locura de cada una utilizando mapas y dibujos para explicar los detalles, mostrando cómo cada decisión afectaba a los resultados.

Anna habló de las continuas preguntas diseñadas para hacerla considerar todos los ángulos de cualquier situación, sin emoción, viendo más allá de las artimañas, buscando posibilidades y soluciones donde ninguna parecía aparente. Relató las disciplinas mentales, a través de la meditación, el difícil acondicionamiento físico y el encarcelamiento, explicando los beneficios de estas disciplinas con un celo que habría enorgullecido a Zhang.

Comprimió casi dos décadas de experiencias y formación, cesando cuando por fin se le secó la boca y echó mano a un odre. Hubo un largo silencio antes de que alguien hablara.

—¿Vuestro padre permitió que encarcelaran a su única hija durante días? —preguntó Malcolm con incredulidad.

—Sí, y me sirvió de mucho cuando llegué aquí. —Hizo un gesto a Duncan para que respondiera. Dudando, contó a los hombres su comportamiento durante los cinco días de cautiverio con ellos. A todos les sorprendió el trato que había recibido. Todos sabían que estaba retenida, pero desconocían las condiciones. Iain se levantó de un tirón y se alejó del fuego. La mueca en el rostro de Duncan le dijo que aún tenía fuertes sentimientos por su encarcelamiento. Pensándolo bien, la ira que había albergado se había desvanecido en un recuerdo lejano.

Anna pensó en su responsabilidad de transmitir los conocimientos que se le habían confiado. El maestro Zhang siempre hablaba de sí mismo como un eslabón más de una larga cadena que se extendía a lo largo de los siglos. Dijo que un día le tocaría a ella ser ese eslabón. Ante ella estaba la oportunidad de transmitir estas habilidades y proteger a su nuevo clan. Decidió pedir permiso

al lord para entrenar a quien quisiera. Contribuiría a la fortaleza del clan MacGregor lo mejor que pudiera. Tal vez incluso podría convencerlo de que le permitiera enseñarle a Nessa algunas habilidades. El mero hecho de saber que podía manejar una daga aliviaría parte de la preocupación de Anna una vez que Nessa se casara y se mudara a su nuevo hogar.

Para cambiar de tema y distender los ánimos, Anna se levantó. Cogió una daga y talló un tosco círculo a la altura de la cabeza en un gran árbol cercano, con un círculo más pequeño en el centro. Desenrolló el dardo de cuerda que llevaba en la cintura y comenzó una demostración. Anna explicó su uso, dando repetidamente en el blanco. A continuación, lo guardó y les mostró el cuchillo arrojadizo que llevaba oculto en el brazalete, junto con los pinchos arrojadizos de acero.

—¿Qué tal un combate amistoso de lanzamiento de cuchillos? El ganador elige la guardia. —Cuando Duncan vio los pinchos, sonrió y sacudió la cabeza. Anna supo que reconocía otra arma que había tenido en su poder mientras estuvo cautiva. Rápidamente las lanzó contra la diana del árbol. Anna pidió permiso a Duncan. Sus mejillas sonrientes respondieron afirmativamente.

Los hombres acogieron el desafío con entusiasmo. Cada uno se alineó para su turno y apostó por el resultado. Como no habían visto antes un cuchillo como el suyo, todos querían tener la oportunidad de usarlo.

—Estos pinchos, ¿los habéis usado para abrir la cerradura de vuestra celda? —Duncan se deslizó detrás de ella y le susurró al oído.

—Aprendéis rápido, señor. —Le besó en la mejilla.

—¿Qué otras armas teníais escondidas? —Se rio entre dientes.

—Nunca os lo diré, por si se os ocurre la tonta idea de volver a encarcelarme. —Anna le dedicó una sonrisa socarrona.

—Nunca se me ocurrió encarcelaros. —Su sonrisa se desvaneció.

Anna siempre se lo había preguntado, pero no sabía qué decir, así que volvió al concurso.

Liam fue declarado ganador. Había anochecido y se asignaron las guardias. Iain se acercó a Duncan y Anna, con una expresión de dolor en el rostro, y les indicó que lo siguieran fuera del alcance de los demás.

—Quiero disculparme con vosotros y con Anna por mi falta de respeto de antes.

—No temáis, amigo mío. Mi reacción fue muy parecida a la vuestra. He discutido durante días con el lord, intentando comprender su sabiduría. Aunque en aquel momento no estaba de acuerdo con él, me he dado cuenta de que yo habría hecho algo parecido, aunque con mejores comodidades. —Duncan le ofreció la mano e Iain la tomó con vacilación. Duncan miró a Anna en busca de su respuesta.

—Eso es pasado, Iain, y no sirve de nada insistir en ello. Las cosas han cambiado considerablemente. Aunque os agradezco la preocupación, no reflexionemos más sobre ello. —Anna le dio una palmadita en el brazo y le sonrió.

Apaciguado, Iain hizo la primera guardia.

—¿Discutisteis con vuestro padre durante días por cómo me trataba? —Anna enfrentó a Duncan.

—Sí, aunque discutir sería una palabra demasiado educada. Nunca había estado tan enojado con mi padre en toda mi vida. Me enfurecí con él. Mirando atrás, me sorprende que no me hiciera daño. —La miró fijamente.

—¿Por qué lo haríais, por un extraño? —Anna se sorprendió por la emoción en su voz.

—Os he amado desde el momento en que os vi, aunque entonces no lo sabía. Sospecho que la única razón por la que mi padre me dio margen fue porque se dio cuenta de lo que sentía por

vos mucho antes que yo. Anna, os amo y no puedo imaginar pasar un solo día sin que estéis conmigo. Quiero que seáis mi esposa y la madre de mis hijos. He ocultado la fuerza de mis sentimientos, esperando ganarme vuestra confianza y vuestro corazón. Estoy dispuesto a daros todo el tiempo que necesitéis, pero sabed que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que me pertenezcáis. —Con su rostro junto al de ella, gruñó. La sujetó con tanta fuerza que la sorpresa le robó el aliento.

La fuerza de su declaración la dejó atónita. Anna había percibido que él sentía algo muy fuerte, pero no comprendía la profundidad de sus sentimientos ni cuándo habían comenzado. Recordó sus palabras al bárbaro, Angus, acerca de que ella sería su futura esposa si lo aceptaba. Sus palabras fluyeron sobre ella como el calor del sol al disipar sus dudas. Cuando las palabras «esposa y madre» se asentaron en su mente, descubrió que no evocaban miedo y aversión como en el pasado. Viniendo de este hombre, le inspiraban una sensación de paz y rectitud. Mientras se deleitaba en su amor, Duncan se relajó y Anna se dio cuenta de que ya había pasado el momento de responder.

—No os alejéis de mí, Duncan MacGregor, nunca. Nunca he mirado a otro hombre como os miro a vos. —Sujetándole por la cintura, Anna tiró de él hacia sí con toda la fuerza que pudo reunir. Tomando aliento, continuó—. Sabéis que todo esto es nuevo para mí. No conozco bien mi propio corazón, pero sé que os amo con una ferocidad que me asusta.

Los ojos de Duncan brillaron. Anna aflojó el agarre.

—La idea de casarme y tener hijos siempre fue el peor futuro que podía imaginar, porque sabía que sería con un hombre al que no querría, que no me querría de verdad. Deseo ser vuestra esposa, y madre de nuestros hijos. Sin embargo, debéis entender lo que pedís, porque no soy como vuestra madre o vuestra hermana. Soy una guerrera, y seguiré siéndolo después de convertirme en vuestra esposa y dar a luz a nuestros hijos.

Duncan se estremeció ante sus palabras, y Anna se preguntó por qué.

Duncan pensó que había presionado demasiado, asustándola y haciéndola retroceder. Interiormente maldijo su estupidez. Necesitaba alejarse, darle espacio, pero Anna lo sorprendió sujetándolo y atrayéndolo bruscamente hacia ella. Su amenaza de no apartarse nunca le arrancó una sonrisa de la que estaba seguro que nunca se iría. Entonces, escuchó las palabras más dulces que jamás habían llegado a sus oídos. Ella le quería tanto que le daba miedo. Su confesión le produjo tal euforia que se estremeció.

Sin embargo, sus siguientes palabras apagaron su alegría como si la arrojara a un lago en pleno invierno.

«Siempre seré una guerrera».

De inmediato, Duncan oyó resonar en su cabeza las palabras de su padre.

«Creo que no hay mucho que la muchacha no pueda hacer. Podría ser vuestra mayor alegría y vuestra mayor frustración. No se someterá a ningún hombre fácilmente. Puede que os sea más fácil luchar contra dragones».

La parte tranquila de él le recordó que esto seguía siendo una cacería. Aunque mucho se había logrado entre ellos esta noche, aún quedaba mucho por desentrañar, por desenredar. La sabiduría le aconsejaba saborear su amor, seguir alimentando la confianza que habían desarrollado y dejar las batallas futuras para los días venideros. Que el hecho de que ella reflejara el mismo amor y pasión fuera suficiente, por ahora.

—No podéis saber lo feliz que me hacen vuestras palabras, mi amor.

—¿Todas? —Anna se echó hacia atrás. El familiar retumbar en su pecho volvió, mientras él se reía de su pregunta, encendiendo la llama en su interior.

—No tenemos que decidir todo nuestro futuro esta noche. Me basta con saber que me amáis como yo os amo, y que reconocéis que somos el uno para el otro. El resto lo negociaremos sobre la marcha, ¿vale?

Anna sonrió, dándose cuenta de la táctica evasiva mientras él la pronunciaba. Tenía razón, habría tiempo de sobra para resolver su relación. Ahora sabía que ella no se convertiría en una sumisa dama de la torre si se casaban. Un pensamiento repentino acudió a su mente. Tenía que asegurarse de que no hubiera malentendidos.

—Duncan, fui educada en la iglesia. Conozco las diferencias entre las tradiciones escocesas e inglesas. No voy a estar de acuerdo solo con que pidáis mi mano. Si nos unimos, será un matrimonio permanente, ¿de acuerdo?

—Sería un insulto ofreceros eso, corazón mío. Cuando nos casemos, será en la iglesia, delante de Dios y de nuestro clan de por vida. Seré fiel y me comprometeré sólo con vos. Tenéis mi palabra. Además, no tengo intención de daros la oportunidad de dejarme. —La calidez de su sonrisa disipó sus temores.

—Igualo vuestra promesa de fidelidad con la mía. Deberíais saber que mutilaría a cualquier mujer que intentara interponerse entre nosotros. —Anna se aferró a su camisa y sonrió. Se puso de puntillas para besarle—. No soy una mujer dócil, Duncan MacGregor.

—Esa es una de las razones por las que os amo.

Este beso comenzó como otros que compartieron, pero rápidamente se convirtió en algo más. Era como si antes hubiera reprimido tanto sus palabras como sus expresiones de amor. Su beso la reclamó, la poseyó y la marcó como suya. Anna lo apartó del campamento, fuera de la vista de los hombres. Sus manos se introdujeron bajo su túnica y forcejeó para quitársela. Asaltó su boca con la suya, tomando lo que quería, lo que necesitaba. La cogió por las muñecas y rompió el beso.

—No podemos. Si seguimos, no podré parar. Quiero proteger vuestra virtud hasta nuestra noche de bodas. —Su voz se ensombreció.

—No quise hacerlo… lo siento —murmuró Anna, sorprendida por su comportamiento licencioso.

—No os disculpéis. Uno de los mejores regalos que una mujer puede hacer a un hombre es corresponderle pasión a pasión. Es demasiado pronto para liberarla, pero no quiero que tengáis el malentendido de que deseo algo menos que el fuego que demostráis cuando estamos a solas.

—No sabéis lo que pedís. Después de casarnos, tengo toda la intención de quemarte noche tras noche con el mismo fuego del que habláis. —Una vez más, sus palabras calmaron sus temores, ayudándola a recuperar la confianza.

—¿Tengo permiso para anunciar nuestro compromiso? —le susurró al oído haciéndola girar y la abrazó por detrás.

Anna se inclinó hacia él, sintiendo su excitación punzándole el trasero.

—Si lo hacéis, Duncan MacGregor, no hay vuelta atrás.

—No sabéis cuánto he deseado escucharos decir esas palabras. —La besó en la mejilla y la llevó de vuelta al campamento—. Debo advertiros, los hombres volverán a referirse a vos como *lady* Anna, ahora que vamos a casarnos.

Con la cabeza en las nubes, Anna prefirió ignorar esta información. A medida que se acercaban al campamento, los hombres los miraban, intentando no quedarse mirando. Duncan apretó su mano y un escalofrío recorrió su brazo, su pecho y su corazón. Esperó. Uno a uno, captó la mirada de cada hombre. Cuando tuvo toda su atención, dio un paso al frente.

—Declaro mis esponsales con Anna de los clanes Elliot y MacGregor.

Los hombres se agolparon a su alrededor, dándole palmadas en la espalda a Duncan y expresando sus felicitaciones. Tras una ronda de bromas para Duncan y buenos deseos para Anna, los hombres se retiraron a sus puestos.

Anna se tumbó en los brazos de Duncan y trató de descansar. Demasiado emocionada para dormir, jugó con Trean hasta que se cansó y se acurrucó contra ella. Permaneció en silencio, escuchando la respiración uniforme de Duncan. Por fin se durmió, pero se despertó cuando él se levantó para su turno de guardia. Cuando le siguió, él intentó convencerla de que se quedara, pero ella no se dejó disuadir.

Duncan se sentó en el suelo contra un árbol, la espalda de Anna contra su pecho, las manos de él acariciándole el cuero cabelludo, el cuello y los hombros. Escuchaban los sonidos de la madrugada en el bosque. Aunque no se dirigían la palabra, algo místico pasaba entre ellos en aquel silencio.

—Si estuvierais prometido a una mujer gentil, no tendríais su compañía durante la guardia, ni contaríais con un segundo par de oídos y ojos entrenados en los que confiar. —El tiempo pasó volando, y mientras regresaban al campamento, ella no pudo resistir el impulso de bromear.

—Ah, tampoco estaría luchando contra mi cuerpo para comportarme cuando debería estar observando y escuchando. —La rodeó por la cintura, atrayéndola.

—Oh, sí que lo haríais, aunque en lugar de tenerme cerca, vuestros pensamientos serían sobre mí en nuestra cama.

Antes de que Duncan la soltara, se ganó una sonrisa y un apretón. Con los dedos entrelazados, entraron en el campamento, donde Iain avivaba el fuego de la cocina.

Con peras compradas en el pueblo de Graham y miel de sus propias provisiones, Anna preparó una tanda de tortitas de avena para el desayuno. Los hombres las distribuyeron rápidamente y, al amanecer, se pusieron en marcha. Trean aún tenía sueño, así que lo subió a la carreta.

Las nubes amenazaban lluvia y el aire era frío. Anna temblaba, agradecida por la lana que habían comprado. Estaba deseando ver todo su inventario cuando llegaran a casa. A casa. Ya casi estaban en casa.

CAPÍTULO 18

A media mañana, una ligera lluvia caía sobre la fiesta de los MacGregor, el cielo del gris opaco del metal deslustrado. Los hombres parecían ajenos a las molestias de la humedad, pero Anna se alegró de volver a sentir la pequeña y cálida figura de Trean arropada contra ella por debajo de su tartán. Los cubrió con su paño engrasado y encontró algo de alivio de la lluvia mientras serpenteaban por la linde del bosque. Su camino seguía cerca del río, con los árboles espesos a un lado y el río al otro.

Un cosquilleo subió por la nuca de Anna, alertándola de la presencia de otras personas. Al notar la tensa línea del cuerpo de Duncan, supo que él sentía lo mismo. Empujando a Trean dentro de una alforja, Anna aflojó las ataduras de su arco atado a la silla de Orión.

Una saeta de ballesta alcanzó a Duncan en el muslo. Gruñó y se quedó mirando sin comprender la flecha emplumada.

—¡En los árboles al noroeste! —gritó Anna. Con rapidez tensó su arco y alcanzó al primer hombre que vio.

Un segundo impacto alcanzó a Duncan, esta vez en el hombro, haciéndole girar en la silla por la fuerza. Colocando a Orión entre Duncan y los atacantes, Anna envió otra flecha a un enemigo.

Con un grito, Liam y Ross detuvieron los carros. Donnan y Rory dispararon sus ballestas, alcanzando a otro de sus enemigos desconocidos. El hombre cayó al suelo desde un árbol, retorciéndose de dolor. Iain y Malcolm bajaron a Duncan del caballo y lo pusieron en pie junto al carro. El acero crujió contra el cuero mientras desenvainaban las espadas para proteger a su capitán. Al girar a Orión para atacar de nuevo a los hombres ocultos, Anna encontró otro blanco, y este también cayó bajo su arco.

—No ataquéis a la mujer, vale el doble ilesa. —Un grito sonó desde los árboles.

El estremecimiento casi la doblega al darse cuenta de que ella era la razón del ataque, la razón por la que Duncan cayó herido. Cabalgó entre los carros y sus atacantes, buscando un objetivo. Más de una docena de hombres salieron de su escondite. Corrieron hacia los carros, con espadas y hachas desenvainadas. Derribó al primero con una flecha. Rory y Donnan dispararon otra descarga con sus ballestas, matando a dos más.

Anna volvió a tensar el arco, quitó las alforjas de la grupa de Orión y las deslizó bajo el asiento del carro más cercano. Rápidamente desenvainó sus espadas e hizo avanzar a su caballo, cargando contra los atacantes que se acercaban. Dos hombres más encontraron la muerte cuando ella los abatió con un tajo de sus espadas.

—¡Maldita sea, mujer, vuelve aquí! —gritó Duncan desde el otro lado del campo.

Ignorando su orden, Anna escudriñó la zona en busca de arqueros. Al no encontrar ninguno, hizo girar a Orión y corrió hacia el grupo que estaba atacando las carretas. Con un sobresalto, reconoció a Alain liderando la carga. Era *su* voz gritando órdenes. Aunque el número de atacantes se había reducido, diez contra ocho, Duncan no estaba en condiciones de luchar. A duras penas se mantenía en pie, espada en mano, mientras esquivaba a un atacante.

Descendiendo de la espalda de Orión, Anna flanqueó al enemigo. Igualó las probabilidades al derribar a uno de los dos hombres que atacaban a Liam. El grueso del grupo se agolpó junto a Iain y Malcolm, que seguían protegiendo a Duncan.

Envainando una espada, lanzó su cuchillo, atravesando la espalda del hombre más cercano a Iain, dejándole dos a los que enfrentarse. Luego lanzó sus púas de acero contra los dos hombres

siguientes, hiriéndolos, lo que dio a Ross la oportunidad de acabar con uno, y a Malcolm con el otro. Además, Iain mató a uno más. Anna volvió a desenvainar su espada y se colocó al lado de Duncan.

—¡Alain! —gritó Anna.

Él la encaró. Había olvidado lo grande que era, pero las cosas habían cambiado. Ya no era una prisionera desarmada bajo su vigilancia, estaba preparada para el enfrentamiento. Detrás de ella, un gruñido agudo y un aullido le dijeron que Trean se había escapado de su bolsa. Lo apartó de su mente y pensó en el hombre que tenía delante.

Alain empuñaba un hacha *lochaber*, cuyo garfio le guiñaba un ojo desde el extremo de la pesada hoja. Anna envainó sus espadas y desenrolló rápidamente su dardo de cuerda. Con su arma más larga, no podía dejar que se acercara demasiado. Cuando comenzó su danza, el desprecio burlón de Alain se transformó en confusión. Se dispuso a cargar, pero vaciló al oír el zumbido de la tela roja que cortaba el aire cuando ella le acercó la espada.

Anna envolvió el cabo alrededor de sus hombros y brazos, acortando su alcance, y él reanudó su carga. Con un fuerte tirón, ella impulsó el dardo hacia delante, clavándoselo profundamente en el muslo. Tirando con fuerza de la cuerda, soltó la hoja y le hizo tambalearse. Hizo girar el dardo de un lado a otro. Los dos últimos hombres supervivientes de su compañía huyeron, dejándole atrás. Alain gruñó.

—¿Por qué, Alain? ¿Por qué habéis atacado?

—¡Porque MacGregor eligió a una puta inglesa antes que la lealtad de un miembro del clan! —Escupió al suelo.

—¡Gran tonto, ella era una invitada a nuestra mesa, bajo la protección de mi padre!

—Duncan gruñó. Iain y Malcolm avanzaron. Una ráfaga de aullidos irrumpió en el cuadro.

—¡No! ¡Es mío! —gritó Anna. Los hombres se detuvieron, con las manos flexionadas sobre sus armas. Ella centró su atención en el zoquete que tenía delante. —Eso no lo explica todo, Alain. Teníais una veintena de hombres contigo. Esto es más grande que vuestra mezquina venganza contra MacGregor. Os oí gritar que valgo más viva que muerta. ¿Para quién?

—Pronto lo sabréis. Aunque no viva para verte en vuestro nuevo hogar y con vuestro nuevo marido, no dudo que otros serán enviados a terminar la tarea. —Cojeaba hacia ella, la sangre manaba libremente de la herida de su pierna. Siguió la bandera roja mientras zumbaba en el aire.

Anna pateó la espada hacia su corazón, un golpe mortal. Al no ser lo bastante rápido para desviarlo con su pesada hacha, Alain se movió para esquivar su arma. La espada no dio en el blanco, abriéndole un corte en el brazo. Girando y enrollando la cuerda a su alrededor, le mantuvo a raya, lanzando la hoja de forma imprevisible. Al cabo de unos instantes, dejó de avanzar. Sangrando por multitud de heridas, parecía no tener ya fuerzas para cargar. Sujetando su hacha con ambas manos, Alain se esforzó por esquivar su arma. Anna lanzó su dardo hacia él, justo en el centro. Como era de esperar, él lo desvió con el mango de su hacha. Haciendo girar rápidamente el mango, atrapó la cuerda entre la cabeza y el mango de su gran hacha. Otras dos vueltas aseguraron su arma al hacha. Anna se dejó arrastrar hacia él.

Aprovechando el impulso que Alain le daba, giró sobre sí misma y desenvainó las espadas. Él dejó caer su hacha, ahora enredada, y desenvainó un puñal de hoja larga. Antes de que pudiera alcanzarla, ella completó su giro y le clavó ambas espadas en el pecho.

Anna se detuvo sólo un momento antes de correr al lado de Duncan. Aunque seguía consciente, había perdido mucha sangre, *demasiada*. Al evaluar rápidamente a los demás, descubrió que Liam tenía un corte profundo en el muslo, y Rory un corte en el pecho. Ross sangraba por una serie de pequeñas heridas en la cabeza y la pierna. Iain y Malcolm, a pesar de

los cortes, estaban prácticamente ilesos.

Entonces, Anna vio a Donnan, con un perno clavado en el pecho y los ojos inmóviles. Cerró los ojos brevemente y se volvió hacia Duncan. El perno de la pierna no le había atravesado todos los orificios, pero sí el del hombro. Le arrancó la punta y lo empujó mientras Malcolm le aplicaba presión en la parte delantera y trasera del hombro con vendas recuperadas del carro. Con Iain sujetando firmemente la pierna de Duncan, Malcolm retiró el perno. Anna presionó la herida para detener la hemorragia, ganándose un gruñido de dolor de Duncan. Un cuerpo cálido y peludo se apretó contra ella y Anna levantó la vista, sorprendida. Trean se había tumbado en el suelo a su lado, con el hocico sobre las patas y la mirada fija.

—¡Atrás, Trean! —le advirtió. Como si la hubiera entendido, movió el cuerpo una vez y luego se quedó quieto, aunque sus ojos seguían todos sus movimientos.

Con manos temblorosas, Anna hizo un emplasto de milenrama y corteza de rosa para detener la hemorragia, mezclada con clavo y llantén para prevenir la infección. Dejó que sus habilidades curativas se apoderaran de ella, apartando sus emociones. Se dijo a sí misma que estaba tratando a un guerrero caído, no a su futuro marido. No al hombre que amaba. Limpió ambas heridas con el *whisky* que Iain había preparado y aplicó el compuesto a las heridas, uniéndolas firmemente. Se acercó a Liam y a Rory y los cosió. Liam se estremecía cada vez que la redondeada aguja entraba y salía de su carne desgarrada, y tiraba con fuerza de la botella de *whisky*. Rory yacía inconsciente, una bendición, mientras la herida de su pecho llegaba hasta el hueso. Las heridas de Ross resultaron poco profundas y más fáciles de tratar.

Iain, Malcolm y Anna discutieron sus opciones. Estuvieron de acuerdo en que no debían mover a los hombres durante al menos un día. No se atrevían a arriesgarse a reducir aún más su número enviando a alguien en busca de ayuda. El hogar seguía estando aproximadamente a un día de camino.

Iain y Malcolm permitieron que Anna tratara un par de heridas más pequeñas que ella no había detectado inicialmente y que sólo necesitaban unos pocos puntos de sutura. El hecho de que no tuviera ninguna herida sólo la enfureció aún más, creándole un sentimiento de culpa más profundo. Encendió un fuego para cocinar mientras Iain y Malcolm buscaban entre los caídos. Recogieron lo que podía ser útil y apilaron los cadáveres a un trecho a sotavento para quemarlos.

Cuando terminaron, había un montón de armas apiladas en el carro. En el botín se incluían dieciocho caballos ensillados que estaban a unos metros del lugar de la emboscada.

—Se los encontré a Alain. Pensé que podríais saber de dónde venían. —Iain se acercó. Dejó caer en su regazo una bolsa de monedas de plata, junto con una nota que permitía el paso seguro al portador. El sello de la nota era inconfundible. *El conde de Northumberland*. Las tripas de Anna se estrujaron al ver confirmadas sus sospechas. El hombre había hecho varios intentos en el pasado en nombre de su hijo por su mano. Ahora ofrecía un pago por su captura. Con esta información, Anna sabía en sus huesos que él era quien había ordenado el ataque a su casa, quien había ordenado matar a su familia. Guardó los objetos para pensar en ellos más adelante, concentrándose únicamente en la salud de Duncan y sus hombres.

Duncan sufría un dolor evidente. Trean se había acercado a él, con su pequeño cuerpo apretado contra el costado del hombre, la mano de Duncan apretada en el abrigo de felpa. Anna comprobó los vendajes. La hemorragia se había detenido en ambas heridas, aunque sabía que el movimiento podría abrirlas de nuevo. La verdadera amenaza sería la infección y la fiebre. Los hombres necesitaban tiempo para curarse, pero sentarse aquí los dejaba expuestos.

Mientras los hombres terminaban sus tareas, Iain permaneció al lado de Anna mientras ella revolvía una olla de estofado y preparaba una gran tanda de té medicinal para los heridos.

Ningún té podía aliviar su dolor. Inquieta, revisó a Rory, quien aún yacía inconsciente en la parte trasera de la carreta, y puso a Duncan lo más cómodo posible. Malcolm hizo la primera guardia mientras Anna permanecía al lado de Duncan, acariciando distraídamente el suave pelaje de Trean. Colocó sus espadas en el suelo, al alcance de la mano, por si se producía otro ataque. Contemplando el resplandor del fuego en la ladera donde ardían sus enemigos, sus pensamientos volvieron varios días hacia el sur.

—¿Quién era, Anna?

—El conde de Northumberland. Su hijo me persiguió durante años. Me persiguió hasta el punto de que su padre se ofreció a comprarme, como si fuera ganado en el mercado. —Inspiró profundamente, sacando fuerzas del amor y la preocupación que oía en la voz de Duncan. Con un estremecimiento involuntario, le entregó a Duncan la bolsa de monedas y la carta de salvoconducto—. Oí a Alain gritar que yo valía el doble ilesa. Este hombre me está buscando por toda Escocia, hiriendo a gente que me importa. ¿Qué voy a hacer? —La desesperación ahogó su voz.

—He conocido a Alain toda mi vida. Era demasiado orgulloso y equivocado, pero no era estúpido. No le habría dicho al conde dónde estáis. Si lo hubiera hecho, el conde habría enviado agentes suyos para hacer el trabajo. Entonces Alain habría perdido una bolsa, y posiblemente su vida. El conde ahora sabe que vivís en Escocia, pero no con la gente de vuestra abuela. Cualquier hombre tan decidido ya se habría asegurado de eso. —Duncan respiró entrecortadamente.

Anna reflexionó sobre su lógica, con los dedos acariciando la barriga de Trean mientras dormía, con las patas en el aire. Sonrió al ver al cachorro tan relajado.

—La pregunta que necesito que me respondáis es: ¿os seguirá persiguiendo si sabe que estáis desposada? —Duncan le tocó la mano.

La idea la estremeció. ¿Lo haría? Realmente no lo sabía.

—Los hombres como el conde toman lo que quieren, sin importar la ley. Yo ya no tendría mi virtud, pero si su hijo aún me deseara, dudo que importara. ¿Quién podría enfrentarse a él si lo hiciera? Gobierna el norte de Inglaterra para la corona. No está fuera de su alcance pedir la anulación a la Iglesia en mi nombre.

—¿Quién es este hijo suyo que tomaría a la esposa de otro hombre como propia? —Duncan frunció el ceño.

—Henry es un hombre repugnante y despreciable al que podría derrotar fácilmente en una pelea justa. Le han enseñado a tomar lo que quiere sin importarle las consecuencias. Aunque carece de la astucia de su padre, es una criatura vil. Él es una de las razones por las que evito cualquier interés de los hombres. Lucharía hasta la muerte antes que someterme a él. —El labio de Anna se curvó al pensar en aquel hombre.

—Anna, seréis mi esposa y os *mantendré* a salvo. No puedo perderos a vos también.

—Levantándose bruscamente sobre un codo, Duncan la miró fijamente.

Mientras parpadeaba para evitar las lágrimas, Anna asintió con la cabeza, aunque algo confusa por sus palabras.

«¿Perderme a mí también?»

—Por favor, prometedme que no volveréis a hacer algo tan tonto. Cargasteis con todos ellos por vuestra cuenta. —Duncan negó con la cabeza, adelantándose a su pregunta.

—Sólo cargué cuando oí a Alain gritar que no me hicieran daño. De lo contrario, no lo habría hecho. —Anna oyó la súplica en su voz, y no pudo enfadarse con él por cuestionar sus habilidades.

A juzgar por el ceño fruncido, sus palabras no tuvieron el efecto tranquilizador que ella

esperaba, pero Duncan no insistió. Se acurrucó junto a él, rodeándole el hombro bueno con un brazo y pasándole los dedos por el cabello. Duncan se calmó y se acomodó bajo sus caricias, hasta que se sumió en un sueño intranquilo. Continuó acariciándolo, observándolo mientras dormía, hasta que Malcolm le dio un ligero toque en el hombro, avisándola de su cambio de guardia. La culpa y el miedo por Duncan la invadieron mientras escuchaba señales de otro ataque. Al igual que él, no podía soportar la idea de perderlo a él también.

¿Y si el conde había enviado hombres para seguir a Alain?

CAPÍTULO 19

Después de despertar a Iain para su guardia, Anna volvió a su cama. Antes de que se diera cuenta, la luz asomaba por el horizonte, señal de un nuevo día. Aturdida, se levantó para ver cómo estaban los heridos. Sólo Liam estaba despierto, con un aspecto mucho mejor. Sus mejillas habían recuperado el color y su herida parecía sana.

—Habríamos acabado sin vosotros, muchacha. Ayer matasteis a más hombres de los que os correspondían y luego nos curasteis a todos.

—Liam, no lo entendéis. Si no hubiera sido por mí, hoy estaríais en casa. Esos hombres fueron enviados para capturarme. Es culpa mía que nos atacaran, que estéis todos heridos y que Donnan yazca muerto. —Sacudió la cabeza.

—Venid ahora, muchacha. Alain estaba loco. Buscaría su venganza de una forma u otra. Todos vimos lo que habéis hecho. Ahora eres parte de nosotros. Cualquiera que ataque a un MacGregor nos ataca a todos. Gracias a vuestra habilidad con el arco y la espada, vivimos. Por vuestra mano con la aguja y el hilo, pronto volveré a bailar. Y por vuestra valentía y generoso corazón, Duncan tendrá una hermosa novia que será una de las mejores defensoras del clan. La sangre de Donnan está en la cabeza de Alain, no en la vuestra.

—Gracias, Liam. —Abrumada por su declaración, Anna le besó la mejilla.

Liam le guiñó un ojo y se acercó cojeando a ver cómo estaba Rory, quien todavía no había recuperado el conocimiento. Acercándose cautelosamente a la parte trasera del carro junto a Rory, Liam le habló en voz baja, aunque nadie sabía si el hombre le había oído o no. Poco dispuesta a interrumpir un momento íntimo entre hermanos, Anna se ocupó de preparar el desayuno. Tiró los restos de la tetera de la noche anterior y luego preparó más té mientras se cocinaban las tortas de avena. Haciendo una seña a Iain, se dirigió a la parte delantera del carro, donde no les oyeran.

—Me preocupa que estemos demasiado expuestos aquí. Dos de los hombres de Alain escaparon. No puedo evitar sentirme vulnerable aquí, con el bosque para ocultarlos y el río a nuestras espaldas.

—Sí, Malcolm y yo pensamos lo mismo. Pensamos que uno de nosotros debería adelantarse para encontrar un lugar más apartado para acampar. —La sonrisa fácil de Iain se volvió sombría. Dirigió la cabeza hacia los hombres heridos—. ¿Hasta dónde creéis que pueden llegar sin arriesgarse a sufrir más daños?

—Si se tumban en los carros, no creo que una hora de viaje lento les haga daño.

—¿Habéis reconocido a los hombres que iban con Alain? —Iain asintió y se volvió para irse. Recordando una pregunta que había olvidado hacer ayer, Anna le cogió del brazo.

—No, ninguno de nosotros, pero la madre de Alain era una Hamilton, un clan al sur de Edimburgo. Sospechamos que son ellos. Hemos colocado un puñal con la insignia del clan en el carro para preguntar cuando volvamos a casa. —Iain agitó la cabeza.

Anna se quedó mirando a lo lejos mientras pensaba en sus palabras. Iain ensilló uno de los caballos y galopó por el sendero.

Una hora más tarde, Iain regresó, habiendo encontrado un lugar mejor para acampar a tres estadios de distancia. Había explorado la zona a fondo y no informó de ninguna señal de actividad. Anna se permitió un suspiro de alivio. Para entonces, Rory había recobrado el conocimiento. Todavía tembloroso, se sentó con dolor y comió las últimas tortas de avena,

dejando que Trean le lamiera las migas de los dedos.

Iain y Malcolm reorganizaron los carros, transfiriendo algunos de los bultos más ligeros a los caballos capturados, creando espacio suficiente para que Rory y Duncan se tumbaran en el carro, con un montón de heno entre ellos para Trean. Envolvieron el cuerpo de Donnan en su tartán y lo tendieron sobre uno de los caballos, atándolo firmemente.

En el nuevo campamento, Anna inspeccionó a los heridos y les puso nuevos vendajes, agradecida de que el viaje no hubiera provocado nuevas hemorragias. Se instalaron para pasar el día, inquietos y alerta. Por la tarde, se acercaron cuatro jinetes. Iain, Malcolm y Anna los recibieron con cautela en el perímetro de su emplazamiento.

—Vimos el humo anoche y nuestro lord nos envió a investigar. —Su líder se identificó como Dougal MacFarlane.

Iain describió los acontecimientos del día anterior. Un murmullo airado se levantó entre los MacFarlane al oír que un grupo de aliados había sido atacado en sus tierras. No habían encontrado ninguna señal de los que escaparon y no reconocieron el escudo del clan cuando Iain se lo mostró. Anna sospechaba que los hombres habían regresado a las Tierras Bajas. Si eran Hamilton, ¿adónde más irían?

—Veo que tenéis un pequeño guardián. —Dougal caminó hasta donde Duncan yacía en el carro y lo saludó como a un viejo amigo. El gruñido juvenil de Trean le hizo sonreír. Manteniendo los dedos bien lejos de los afilados dientes de leche, se apoyó en el carro—. Enviaré a un hombre para que informe de la situación a nuestro lord. Cuando estéis listos, os escoltaremos a casa.

Acordaron reanudar el viaje al amanecer. Anna se quedó con Duncan toda la noche mientras los demás se repartían la guardia. Al amanecer, cargaron a los heridos en los carros, ataron a los caballos capturados y continuaron el viaje. Ya fuera por su nueva escolta o por la falta de enemigos, el viaje transcurrió sin incidentes. Al anochecer, llegaron a Ciardun.

Fueron recibidos por los guardias de la puerta, y rápidamente se corrió la voz de su llegada. El lord acompañó a la litera de Duncan al interior, y Mairi y Nessa le siguieron preocupadas. Rory fue colocado en la pequeña habitación que Anna utilizaba para curar. Una pequeña caja de madera llena de heno fue colocada en la habitación de Nessa para Trean. Después de velar por su comodidad, Anna dejó al adormilado cachorro en su nueva cama y corrió a la habitación de Duncan, en el tercer nivel de la torre norte, donde encontró al lord hablando con su hijo en privado, con Mairi y Nessa merodeando junto a la puerta cerrada.

Anna, que esperaba impaciente, les relató brevemente la historia del viaje, omitiendo muchos detalles en beneficio de Nessa. Con los ojos muy abiertos, *lady* MacGregor puso a sus sirvientes en movimiento mientras abría la puerta y corría al lado de su hijo.

Mairi acercó dos sillas a la cama de Duncan y ocupó una. Se dedicó a Duncan mientras Anna y Nessa preparaban emplastos y vendajes frescos. Para mantener la mente ocupada y alejada de la realidad de su paciente, Anna aprovechó la ocasión para enseñarle lo que había hecho hasta entonces y por qué. El lord la miró brevemente y salió de la habitación.

Duncan parecía estar mejor, pero Anna sabía que la infección de esas heridas mataba tan a menudo como la propia herida. Incapaz de contener su profundo sentimiento de culpa al verlo herido, Anna evitó el contacto visual, apartando rápidamente la mirada cuando él intentaba atrapar la suya. Sabía que él intentaba consolarla, pero su necesidad de hacerla sentir mejor no contribuía a mitigar su sentimiento de culpa. Con Mairi y Nessa presentes, no hubo oportunidad de que hablaran en privado.

Un suave golpe sonó y Mairi se levantó para responder a la llamada. Malcolm se asomó.

—*Lady* Anna, el lord os ruega que le acompañéis abajo.

Al llegar a la sala del lord, MacGregor se levantó de su silla frente al fuego.

—Por favor, sentaos. ¿Puedo ofreceros vino? —Hizo un gesto hacia el asiento contiguo. La voz y la expresión de MacGregor no le dieron ninguna pista sobre su estado de ánimo.

Anna asintió, aceptando la copa sin decir palabra. Bebió un largo trago y dejó que el oscuro líquido le calentara las entrañas mientras la bebida recorría su sangre.

—Habéis vivido una gran aventura. Me gustaría oír vuestra versión.

Aunque su voz sonaba suave, la orden sonaba clara. Respirando hondo, Anna dejó la copa a un lado y comenzó a contar desde el día en que partieron hasta su regreso. Cuando llegó a la parte del ataque, le entregó la bolsa de monedas junto con la nota del conde de Northumberland.

Ambos miraron fijamente al fuego durante largo rato. El miedo a la ira del lord por su responsabilidad y la posibilidad de que le pidiera que se marchara le roían las entrañas. Su predicción de que su presencia traería enemigos a su clan resonaba en sus oídos.

—Tengo entendido que vais a convertiros en mi hija por matrimonio. —Kenneth seguía mirando al fuego, con voz tranquila.

—Duncan me pidió que me casara con él hace dos días. —De todas las cosas que esperaba oír del lord, esta no estaba entre ellas, y tardó un momento en recuperarse. Anna contuvo la respiración, esperando su reacción, preguntándose si los recientes acontecimientos hacían inaceptables sus esponsales.

—Duncan me habló hace unas semanas de sus intenciones. Me alegro de que hayáis llegado a un acuerdo. —El lord debió percibir su incomodidad, porque sonrió.

La noticia la sorprendió, pero, pensándolo bien, no debería haberle sorprendido. Sabía que Duncan estaba muy unido a su padre y que buscaría su consejo y aprobación.

—¿No hay otro compromiso que queráis que él haga, entonces?

—No. No hay hijas en edad de casarse entre nuestros aliados en este momento, ni entre aquellos con quienes podríamos forjar un nuevo vínculo. Además, dudo que hubiera alguna diferencia si las hubiera. —Su sonrisa se hizo más profunda, pero las líneas de preocupación seguían marcando su frente. Anna quiso devolverle la sonrisa, pero el sentimiento de culpa se le clavó como una daga en el pecho.

—Está bastante decidido a teneros. Mi hijo siempre ha sido tranquilo, reflexionaba sobre la situación antes de actuar. Nunca lo había visto tan decidido y apasionado por alguien o algo. —El padre de Duncan se encogió de hombros.

—Lamento no aportar ningún beneficio a vuestro clan, aunque prometo servir fielmente. —Consciente de lo importantes que eran las alianzas para la seguridad y el bienestar de los clanes, a Anna se le retorció el estómago de culpabilidad, al darse cuenta de que no aportaba nada a este matrimonio.

—Os equivocáis. Ya habéis salvado la vida de mi hijo y de mi hija, así como la de varios de mis hombres. —El lord entrecerró los ojos y frunció el ceño.

—Entiendo que penséis que este calvario es culpa vuestra, pero al igual que con Shamus, vosotros no instigasteis el ataque. Alain habría encontrado otra forma de meterse en problemas. Si hubiera permitido que Duncan lo matara cuando él quería, esto nunca habría sucedido. Así que ya veis, Anna, yo también me siento culpable de que mi hijo yazca arriba gravemente herido, y de que un buen hombre al que conozco desde que nació, haya muerto —añadió, levantando la mano para detener su argumento.

Anna se retorció incómoda en su silla. No estaba dispuesta a renunciar a su sentido de la responsabilidad y al remordimiento que lo acompañaba. Kenneth suspiró.

—Duncan tiene razón, no habéis visto vuestro propio valor. Nos ganasteis el favor de los Graham, lo que no es fácil de hacer. Una alianza sería una bendición para nuestro clan. Ya habéis visto lo grandes y prósperos que son. Tienen casi el doble de hombres, y su ubicación es ventajosa. Fuisteis testigos de los beneficios del comercio, de tener amigos que viven donde las Tierras Altas se encuentran con las Tierras Bajas.

Anna asintió con la cabeza.

—La información obtenida por tener un aliado al sur, además de tener un intercesor entre nuestro hogar y los ingleses, es bastante valiosa. Además, el lord Graham busca pareja para su hijo. Vuestras acciones ayudaron a hacer de Nessa una novia que él considera. Decidme qué pensáis de Blaine Graham.

Aliviada al ver que MacGregor seguía apoyándola firmemente, gran parte de la tensión que arrastraba se desvaneció. Conforme con el cambio en su conversación, relató sus observaciones sobre Blaine, proponiendo que lo recibieran antes de que las negociaciones se volvieran serias.

—Gracias por enviar la misiva a mi familia —añadió Anna.

—Ah, la otra alianza. Creéis que no aportáis nada a nuestro clan, pero en una noche, predigo que habéis preparado el terreno no para uno, sino para dos tratados. Aunque Elliot está demasiado al sur para un contacto regular, cualquier pacto refuerza nuestra posición. Los aliados de Graham y Elliot pueden convertirse en aliados de MacGregor. Una Escocia unida nos beneficia a todos. Es sólo cuestión de tiempo antes de que la guerra llegue con los ingleses de nuevo. Longshanks es demasiado codicioso. Cuando lo haga, Elliot y otros clanes fronterizos serán la punta de la lanza. —Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Creéis que Elliot querrá llegar a un acuerdo a través de mi matrimonio con Duncan? —Anna no había considerado la posibilidad.

—Puedo aseguraros que, como padre, vuestro abuelo se alegrará mucho de saber que su nieta está bien. Aprovechará la oportunidad de vuestro matrimonio para forjar una relación con nosotros. Sois todos lo que le queda de su querida hija. Sólo puedo pensar en lo que sería perder a Nessa, y tener sólo a su hija para cuidar. Ella sería una joya invaluable para nosotros, como Nessa lo es ahora. Me sorprendería si no viéramos a un representante de Elliot en quince días.

La idea de escuchar a su abuelo levantó el ánimo de Anna. Reflexionó sobre otras posibilidades hasta que la voz del lord irrumpió en sus cavilaciones.

—Me han dicho que habéis empezado a entrenar a Iain y Malcolm.

—Sí, lord. Con vuestro permiso, Iain sugiere que un pequeño grupo podría estar dispuesto a permitirme instruirles. —Anna le miró tentativamente, sin oír ningún reproche en su voz.

—¿Con mi permiso? Primero Duncan, ahora Iain y Malcolm. En poco tiempo, descubriré que todos los hombres bajo mi mando habrán encontrado la forma de entrenarse con vosotros. Dentro de dos días, os haréis cargo de la sesión matutina con mi guardia. Con Duncan fuera, Tavish estará a cargo. Os presentaréis ante él en el campo de entrenamiento. Dividid el tiempo entre el trabajo con la espada y el combate sin armas. —Llenando sus copas, la miró con dureza.

Anna no podía creer lo que oía. ¿Iba a ser la responsable de entrenar a la guardia del lord? Esto iba mucho más allá de lo que había esperado. Se le hizo un nudo en la garganta, con lágrimas de gratitud quemándole los ojos.

—¿Qué os sorprende tanto? Sólo un tonto no acepta los regalos que le hacen. Que los lleve una mujer no importa. ¿O es que dudáis en aceptar esta misión? ¿No he oído vuestra promesa de lealtad hace un momento? —Kenneth arqueó las cejas.

Sin palabras, Anna asintió con la cabeza.

—¿No os preocupa que estos hombres puedan ser llamados a luchar contra los ingleses en el

futuro? —Kenneth emitió un gruñido de satisfacción.

—No, lord. Mi familia es escocesa, mi futuro marido y mi familia son escoceses. En lo que a mí respecta, la parte inglesa de mí murió junto con mi padre y mi hermano. Además de acostumbrarme al frío, no podría pedir un hogar mejor. Con gusto ofreceré mis conocimientos y mi espada para entrenar y defender al clan MacGregor. —Encontró la voz.

—Debéis de estar cansada y hambrienta. Id, me encargaré de que os lleven una bandeja a la habitación de Nessa. —Kenneth le sonrió complacido.

—Me quedaré al lado de Duncan para ver si hay signos de fiebre, o en caso de que necesite algo, lord. —Le miró a los ojos.

—Sí. Haré que lleven la bandeja a la habitación de Duncan. Descansad un poco.
—Kenneth la miró un momento antes de responder.

—Gracias, lord.

—Hemos recorrido un largo camino, vos y yo —comentó mientras ella se levantaba para retirarse.

—Sí. —Su mirada se encontró con la del señor.

Anna encontró a Nessa acurrucada en una de las sillas cerca de la cama de Duncan. Mairi se levantó de la otra para saludarla, agarrando ambas manos de Anna y dándoles un suave apretón antes de soltarla.

—Bienvenida a casa, mi futura hija. Os he preparado un baño. Nos hemos ocupado de Duncan, y ahora os toca a vos. Venid. Nessa puede vigilar unos momentos mientras os laváis la suciedad de la batalla y de vuestros viajes. Necesitáis ropa limpia.

Al mirar hacia abajo, Anna se dio cuenta de que sus ropas estaban manchadas de sangre y otras cosas que estaba demasiado cansada para contemplar. Sin fuerzas para discutir, siguió a Mairi a la habitación de Nessa, donde Isla preparaba su baño. Trean se levantó de la cama y se deslizó a su lado. Anna se inclinó y le rascó las orejas.

—No lo había visto cuando entré en la habitación. Qué cachorro más tranquilo. —Isla le miró sorprendida.

—Es un lobo y está unido a mí. Es muy joven y probablemente os haya observado atentamente. —Anna le dedicó a Isla una sonrisa de disculpa—. No es una mascota.

La joven miró al cachorro con duda mientras Anna se quitaba la ropa manchada y se metía en la bañera. El agua caliente le relajó los músculos de inmediato y suspiró profundamente.

—Duncan me ha explicado más sobre lo que pasó. —Mairi se sentó a su lado.

—Estaría ileso de no ser por mí. —La responsabilidad por la situación de Duncan la invadió y luchó contra las lágrimas. Aunque recordaba las palabras del lord, seguía sintiendo una terrible responsabilidad.

—¿Te ha hablado Duncan sobre Callum? —Mairi no discutió y dejó que pasara el silencio mientras Isla lavaba el cabello de Anna.

Anna la miró, recordando el nombre de aquella noche en el campamento. Negó con la cabeza.

—Duncan tenía un hermano gemelo. Incluso a mí me resultaba difícil distinguirlos. Eran inseparables, tan unidos que a menudo me preguntaba si compartían la misma alma. Aunque eran buenos muchachos, eran muy activos, siempre haciendo travesuras. Un día, cuando tenían sólo doce años, estaban jugando con espadas de madera, como hacían todos los días. Su juego los llevó cerca del arroyo. Era el comienzo de la primavera y las aguas estaban crecidas por la nieve derretida. Callum perdió el equilibrio, cayó al agua y se ahogó. —La voz de Mairi temblaba y sus lágrimas caían. En ese momento, Anna la cogió de la mano y sintió que su corazón se

estremecía ante las palabras de la mujer—. Después de aquel día, el muchacho alegre que conocí, que se deleitaba con el mundo que le rodeaba, se volvió serio e introvertido. Dejó de hacer las travesuras propias de su edad y asumió más responsabilidades en la fortaleza, sobre todo en los establos. Cuidar de los caballos parecía reconfortarlo. —Mairi sonrió débilmente, respiró hondo para recuperar la compostura y continuó.

—Su padre y yo nos sentíamos alentados cuando se lanzaba a realizar tareas útiles. Mientras llorábamos la pérdida de un hijo, llorábamos la pérdida de la inocencia del otro. Se volvió tranquilo, reflexivo, siempre considerando sus palabras y acciones. Desde entonces ha sido muy responsable y protector, aunque distante. No he visto a nadie despertar su afecto o sus emociones hasta que llegasteis vos.

A pesar de lo trágico de la historia, el corazón de Anna se encogió ante las palabras de Mairi.

—Lleváis aquí el tiempo suficiente para saber hasta qué punto habéis provocado un cambio en mi hijo. Está decidido a casarse contigo. Parte de estar casado significa soportar las cargas del otro. Si no fuera por nuestras acciones, Alain no habría notificado al conde de vuestra presencia aquí, ni os habría atacado. Así que el argumento de quién tiene la culpa es válido para ambos. —Mairi sonrió irónicamente—. Creedme, llevaréis vuestra parte de la carga como esposa del lord MacGregor. Dirigir el castillo puede llegar a enloquecer.

Anna sintió un alivio en el pecho. Junto con las palabras del lord, la verdad del argumento de Mairi hizo mucho para disminuir su culpa. Tal vez no fuera culpa suya. El comentario de Mairi sobre asumir el papel de dama le recordó a Anna su discusión con Duncan sobre el mismo tema.

—Tía Mairi, no temáis, porque no os quedaréis sin trabajo pronto. ¿Quién cuidará de nuestros hijos? ¿O se asegurará de que Ciardun funcione sin problemas mientras yo cabalgo con Duncan, atendiendo las necesidades de nuestro clan y defendiendo nuestras fronteras?

—Dios mío, ¿no habláis en serio? —preguntó Mairi, con cara de asombro.

—Hablo muy en serio. Le he explicado a vuestro hijo que el simple hecho de que nos casemos no significa que vaya a dejar de hacer lo que he hecho todos los días de mi vida. Haré concesiones con gusto, sobre todo mientras críe, pero casarme no cambiará lo que soy.

—Ya veo que vos y yo tendremos mucho de qué hablar durante nuestras charlas vespertinas. Puede que me rinda a esas convulsiones de las que hablabais, si esto es lo que me depara el futuro. —Mairi se rió.

CAPÍTULO 20

Una vez terminado el baño, Anna dio de comer a Trean de la bandeja traída de la cocina y luego regresó junto a la cama de Duncan, con el cachorro de lobo pisándole los talones. Nessa jadeó y abrió mucho los ojos cuando Anna y Trean entraron en la habitación. Se levantó de la silla y se arrodilló en el suelo, acariciando la alfombra. Trean la miró, pero no dio muestras de aceptar su invitación.

—Trean es un lobo, Nessa. Puede que llegue a confiar en vosotros, pero no es probable que quiera abrazaros.

—¡A mí me parece adorable! —Nessa ladeó la cabeza, con los labios fruncidos en un mohín de decepción.

—No creo que sea adorable cuando pierda su gordura de cachorro. —Anna soltó una risita.

—Vamos, Nessa. Es hora de que nos vayamos. —Mairi cogió a Nessa de la mano y la ayudó a ponerse en pie. Liberándose en la puerta, Nessa corrió hacia Anna, estrechándola en un fuerte abrazo.

—Gracias por salvar la vida de mi hermano. No podría pedir una hermana mejor.

—Mañana, si os traéis el desayuno, os lo contaré todo sobre el apuesto Blaine Graham —bromeó Anna, devolviéndole el abrazo.

Nessa se apartó, con una enorme sonrisa en la cara. Besó la mejilla de Anna y siguió a su madre fuera de la habitación.

Duncan durmió profundamente. Resistiendo el impulso de meterse en la cama con él, Anna se sirvió una taza de té de manzanilla y encendió el fuego mientras Trean creaba una cueva bajo la cama de Duncan. Satisfecha de que su prometido estuviera cómodo, Anna se acomodó en la silla acolchada junto a su amado, mirando las brasas hasta que el sueño la encontró.

A la mañana siguiente, se despertó con las primeras luces del día. Acarició el cabello de Duncan, sintiendo su frente fría. Duncan se agitó al oírla y tiró de ella hacia la cama con el brazo ileso. Le besó suavemente la cara, el cuello y los labios, con cuidado de no presionar las heridas.

—Os amo, Anna Braxton —susurró él.

—Como yo os amo a vos, Duncan MacGregor. —Anna se dio cuenta de que al pronunciar esas palabras su corazón se hacía eco de la verdad.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —Inspeccionó la piel alrededor de los vendajes. Satisfecha de no encontrar ninguna hinchazón, se acomodó en su abrazo, vibrante y consciente de cada punto en que sus cuerpos se tocaban.

—Tocadme. Adoro que me toquéis.

Sonriente, Anna le acarició la cara y el cuello con ligeros toques. Pasó la mano por la abertura de la camisa, rozándole los hombros. Trazó las líneas de las clavículas y rozó con los dedos los músculos del pecho. Duncan cerró los ojos con un suspiro de satisfacción. Anna continuó su camino, deteniéndose en sus pezones, que se endurecieron bajo su contacto. Curiosa, rodeó primero uno y luego el otro con los dedos. La respiración de él se entrecortó y su rostro se tensó.

—¿Os gusta? —preguntó Anna en voz baja.

—Mucho —murmuró él.

Entusiasmada por su capacidad para provocarle tales sensaciones, prosiguió su lenta exploración por las costillas hasta el vientre. Al contacto con ella, sus músculos se agitaron bajo

su mano y sus caderas se movieron ligeramente, con la respiración agitada.

Sintiéndose valiente y encantada de haberlo complacido, Anna deslizó lentamente la mano hacia abajo y palpó la firme punta de su virilidad. Curiosa, sus dedos siguieron avanzando. Duncan abrió los ojos y su cuerpo se puso rígido. Ella aspiró un suspiro asustada cuando la mano de él cubrió la suya.

—Anna, por favor. —Inhaló bruscamente.

—¿Os he hecho daño?

—No, todo lo contrario. No sabéis lo bien que me siento. —Le dedicó una sonrisa de confianza.

Animada por sus palabras y su descubrimiento, cambió de posición sobre él y extendió la mano libre sobre su pecho. El agarre de Duncan se tensó. Anna levantó su túnica, dejando su cuerpo a la vista. Su vientre se contrajo mientras lo observaba, sus dedos seguían su lenta mirada. Un leve murmullo de aprobación de Duncan, mientras su miembro se erguía, la animó a seguir. Su tacto se volvió más atrevido y rodeó con los dedos el rígido miembro, apretando primero con suavidad y luego con más fuerza. La humedad se acumuló en la punta y ella la recorrió ligeramente con el pulgar, extendiendo la brillante humedad. Sus caderas se agitaron.

—Anna. —La voz de Duncan se quebró.

—¿He hecho algo mal? —Se detuvo.

—No. —Una suave risita retumbó en su pecho.

—¿Qué sucederá si no me detengo? —Anna pensó en la sonrisa irónica de él y volvió a apretarle el miembro.

—Me derramaré en vuestra mano. —Su rostro se ensombreció.

—¿Queréis que pare?

—No. —Una risa ahogada brotó de sus labios.

Tentativamente, le acarició el miembro, que palpitaba bajo sus dedos. Se inclinó más y recorrió la punta con su lengua. El miembro se sacudió convulsivamente. Tras metérsela en la boca, continuó acariciándola, aumentando la presión y el ritmo.

Duncan se agarró a la ropa de cama, un gemido salió de su garganta, su respiración entrecortada. De repente, su cuerpo se endureció y se estremeció, y el nombre de ella se convirtió en un susurro entrecortado que salía de su garganta. La sujetó por los hombros y trató de apartarla, pero ella se resistió con facilidad y sintió su calor derramarse. Lo besó y acarició suavemente mientras él se ablandaba en su mano. La respiración de Duncan se tranquilizó y se acercó a ella. Fascinada y eufórica por haberlo complacido tanto, le dio un último beso en la punta del miembro que se retraía y le permitió que la volviera a colocar bajo su brazo.

—¿Lo habéis disfrutado tanto como yo? —Mirándole por debajo de las pestañas, le pasó distraídamente un dedo por el pecho. Un cosquilleo muy parecido al de sus besos le recorrió el vientre.

—¿Os ha gustado?

—Mucho —ronroneó Anna—. ¿Y vos? —Sabía que sí, pero quería oírselo decir.

—Mi ángel, me habéis llevado al cielo y de vuelta. ¿Cómo no iba a disfrutar de un viaje así?

—Bien, porque me gusta vuestro sabor y quiero repetirlo. —Le mordisqueó la oreja y luego susurró.

—La próxima vez será mi turno de hacer lo mismo por vos, mi amor. —Le pasó los dedos por el cabello.

—Duncan, de verdad. No tengo miembro. —Anna se apoyó en un codo y le miró con recelo.

—No, no la tenéis, gracias a los santos, pero tenéis algo mejor, y estoy deseando

demostrároslo. —La abrazó con fuerza y soltó una sonrisa.

Anna se acurrucó en su hombro, haciendo perezosos círculos con las yemas de los dedos en el áspero cabello que cubría su pecho. Su cuerpo zumbaba por la necesidad de estar cerca de él.

—Me pregunto qué he hecho para mereceros —murmuró—.

—Recuerda que aún no hemos hablado de mi papel como esposa. Temo que estéis recibiendo más de lo que esperabais, mi querido Duncan. —Se inclinó hacia él y lo besó, tirándole del labio inferior con los dientes.

—Oh, lo he olvidado, mi hermosa guerrera, la que es capaz de enviar a un hombre directo al cielo o al infierno, dependiendo de su humor.

A Anna le gustó mucho aquello, y estaba a punto de replicar juguetonamente cuando un golpecito en la puerta puso fin a su intimidad. Saltando de la cama, se arregló la ropa de cama antes de abrir la puerta para recibir a Nessa.

—Buenos días, hermano, buenos días, hermana. ¿Cuándo es la boda? —La muchacha los recibió con una bandeja con los alimentos favoritos de Anna para el desayuno y un tazón caliente de gachas para Duncan. Su rostro juvenil brillaba de felicidad. Duncan y Anna rieron ante su pregunta.

—Buenos días, Nessa —respondió Anna—. Aún no hemos hablado del día de la boda, pero seréis los primeros en saberlo cuando lo decidamos. ¿Qué tenemos aquí? Veo que os habéis tomado muy en serio mis palabras de despedida.

—Sí, así es. Estaba deseando oír lo que teníais que contarme. —Nessa sonrió mientras dejaba la bandeja en una mesa auxiliar y se dejaba caer en una de las sillas.

Anna ayudó a Duncan a sentarse, sujetándole el hombro herido con una almohada. Cogió las gachas, mojó la cuchara y le acercó el bocado a los labios.

—Soy capaz de alimentarme por mí mismo, mujer. Dejad aquí el cuenco y la cuchara. Mi hermana exige una audiencia con vos. —Su voz era ronca, pero sus ojos brillaban con humor.

Tras dejarle el cuenco en el regazo, Anna le observó mientras tomaba la primera cucharada antes de hablar. Empezó contándole a Nessa una versión ligeramente suavizada de su conversación con Iain en el mercado, sin los atributos físicos de Colina. Encantada de oír hablar de Iain y Colina, Nessa no tardó en impacientarse por oír hablar de Blaine Graham. Bromeando perversamente con la muchacha, Anna alargó su historia hasta que Nessa gimió y rebotó en su silla por la agitación.

Duncan y Anna contaron su encuentro con el joven. Como sospechaba, Duncan pasó por alto los detalles que Anna sabía que Nessa querría saber. Anna se los proporcionó con gusto, soportando una letanía de preguntas que iban mucho más allá de su capacidad de respuesta. Al final, Nessa pareció satisfecha.

—No os hagáis demasiadas ilusiones, hermanita. No es algo seguro —advirtió Duncan.

—Lo sé, pero me da algo con lo que soñar. —Nessa le hizo un gesto con la mano.

Anna sonrió al ver a aquella hermosa joven en ciernes. Casi lista para convertirse en esposa, los restos de infancia de Nessa demostraban su necesidad de fantasear con el amor. Al terminar de comer, Anna y Nessa retiraron los vendajes de Duncan y examinaron sus heridas. Con una serie de preguntas, Anna le indicó los pasos a seguir para garantizar una curación adecuada, manteniendo a raya la infección.

Duncan empezó a tener sueño, así que Anna sugirió que lo dejaran un rato. Nessa llevó la bandeja a la cocina. Anna se inclinó y lo besó ligeramente en los labios.

—Si deseáis continuar nuestra conversación anterior, milord, estaré encantada de complaceros.

—Estoy deseando continuar nuestra conversación, querida, cuando podamos tener un poco de intimidad. Creedme, hay mucho que discutir. —Sonriendo, le acarició la mejilla.

Un temblor recorrió el vientre de Anna al oír sus palabras. Con reticencia, le apartó el cabello de la cara y se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Varias cajas esperaban sobre su cama, uno de los cuales no reconoció. La curiosidad se apoderó de ella, lo abrió y descubrió una pila de libros atados con cordel. Encima había un ejemplar de los Diálogos de Platón y, debajo, sendos volúmenes de los tratados de lógica y física de Aristóteles.

Además, había un libro de poesía y otro de prosa, así como uno de matemáticas y otro de astronomía. Todos estaban maltrechos, pero tenían buen aspecto. Al final de la pila había un libro nuevo que no había visto antes: *Inventarium sive chirurgia magna*. Para su sorpresa, se trataba de un completo manual de cirugía y tratamientos médicos. Escrito en latín, muchos de los temas tratados eran nuevos para ella. Anna sabía que a Nessa le entusiasmaría tanto como a ella explorarlo. Otra pila contenía tres volúmenes nuevos, encuadernados en cuero y llenos de páginas en blanco. Cerca había un tubo de madera lleno de pergaminos en blanco, varias plumas, un frasco de tinta y una herramienta para recortar. Anna supo instintivamente que Duncan había comprado aquellos objetos para ella y los vio como una clara invitación a escribir las cosas que había aprendido. Cogió los regalos que había conseguido para Nessa y *lady* MacGregor y se los entregó. Anna colocó el regalo especial de Mairi bajo su almohada con una nota de agradecimiento. Dejó la caja con el cinturón y el zurrón del lord encima de la cama.

A continuación, se dirigió a los establos, ansiosa por ver el nuevo ganado que habían capturado. En el prado, se encontró con Ross.

—Vuestros puntos tienen buen aspecto. Os los quitaremos dentro de unos días. Parece que quedarán pocas cicatrices.

—Vuestro trabajo es muy bueno, *milady*, pero un hombre necesita algunas cicatrices. Son la prueba de su valor en la batalla. La próxima vez que tengáis ocasión de coserme, no lo hagáis con tanto cuidado. —Ross sonrió.

—Lo tendré en cuenta. ¿Cómo están los caballos que trajimos? —Anna se rió, recordando su charla sobre heridas y cicatrices en la hoguera.

—Me dijeron que os esperara para inspeccionarlos.

Examinaron minuciosamente cada caballo. Todos gozaban de buena salud, aunque dos necesitaban herraduras nuevas. Casi la mitad eran yeguas y serían buenas reproductoras. Los castrados eran aceptables, aunque dos eran bajos y fornidos, más adecuados para trabajar en el campo o tirar de carros.

Desde allí, Anna se dirigió a la hilandería y tejeduría, donde le habían entregado la lana nueva. Tras tomarle las medidas, le aseguraron que dos pares de lanas estarían listos en pocos días. Nessa y *lady* MacGregor también debían medirse para un conjunto. Tras darles las gracias, Anna regresó al torreón. Recogió sus nuevos pergaminos y plumas y comprobó que Duncan seguía dormido. Su color parecía haber mejorado, aunque el viaje le había pasado factura. Se acomodó en su escritorio y organizó las lecciones para las sesiones de entrenamiento del día siguiente. Como nunca había dado clases, quería estar bien preparada. Su sexo sería un obstáculo para muchos, a pesar de la orden del lord. Prometió demostrar que su decisión había sido acertada. La tarde se hizo noche antes de que Duncan despertara.

—Estáis aquí —observó, con la voz entrecortada por el sueño.

—Sí. He estado en los establos y he revisado los nuevos caballos con Ross. Todos parecen estar bien, y él los tiene bien cuidados. He pensado en organizar las lecciones que debo dar mañana. Gracias por los generosos regalos. —Anna le acarició el cuello, depositando un suave y

exuberante beso en sus labios.

—¿Quién iba a decir que el camino al corazón de una dama pasaba por su mente?

—Duncan rio entre dientes.

—El corazón de esta dama al menos. —Anna le golpeó el pecho juguetonamente con las yemas de los dedos. Su humor cambió de juguetón a lúgubre en un instante.

—¿Qué os pasa? —Su voz era como una caricia de seda.

—Estaba pensando en la biblioteca de mi padre. Estaba en una amplia habitación circular en lo alto de una torre de nuestra casa. Era uno de mis lugares favoritos: un lugar mágico, con grandes mapas y cartas que adornaban las paredes y mostraban todos los lugares del mundo por los que habían viajado los hombres. Cuando era pequeña, leía sobre esos lugares y luego los encontraba en el mapa. Muchas noches soñaba con viajar a ellos y vivir todo tipo de aventuras por el camino. Es tan doloroso pensar que todos se han perdido. —Contuvo la melancolía y sonrió afligida ante Duncan.

—El dolor tiene una extraña forma de aparecer cuando menos lo esperamos. Dedicaremos una sala a una nueva biblioteca. Mientras tanto, podemos dedicarnos a coleccionar libros y mapas cuando viajemos. Podéis hablarme de estos lugares y enseñármelos. Esta noche, podéis leerme uno de estos cuentos de aventuras. —Le tomó de la mano.

Anna volvió a besarle, suave como la pluma de ganso, pero se detuvo, pasándole ligeramente la lengua por el labio inferior. Cuando se levantó, le devolvió la sonrisa y le entregó una caja con un brillo en los ojos.

—¿Qué es esto? —Duncan agitó la caja junto a su oreja, en busca de pistas.

—Creo que es un regalo de una de vuestras amadas —respondió ella con picardía.

—Sólo tengo un amor. —Duncan frunció el ceño.

Desenvolvió el áspero material y la encuadernación. Cuando vio el cinturón labrado y el zurrón, sus ojos se abrieron de sorpresa. Tocó el escudo de MacGregor grabado en la plata decorativa y levantó la mirada hacia la de ella.

—Anna, ¿cómo conseguisteis que os hicieran esto?

—¿Os gusta? —El vértigo aligeró su corazón al haber encontrado un regalo que obviamente le gustaba.

—¿Cómo no va a gustarme? ¿Cómo habéis conseguido tallarlo tan rápido? No estuvimos allí el tiempo suficiente para que lo hicieran. —Sus ojos se abrieron con asombro.

—Pagué extra y dejé mi *sgian dubh* para tallar el escudo. Iain me lo trajo la mañana que nos fuimos.

Anna lo abrazó brevemente y luego se acomodó en la silla junto a la cama para hablar de sus planes para entrenar a los hombres. Duncan no intervino mucho y parecía indiferente a todo el tema. Ella atribuyó su falta de interés al hecho de que estaba dolorido y cansado. Al ver cómo sus ojos se endurecían y se entrecerraban, le dio un beso rápido y se dispuso a ordenar la habitación, dejándole que se durmiera. Sin embargo, Anna no podía descartar la sensación de que algo brillante se había desvanecido en su día.

CAPÍTULO 21

La mañana llegó demasiado deprisa. Anna luchó contra su inestable confianza durante el largo camino hasta el campo de entrenamiento. Llevaba a Trean, cuyas piernas eran demasiado cortas para seguir su paso decidido. Tavish se encontró con ella en el camino y se presentó.

—¿Cuántos se oponen a que esté aquí?

—Parece que se dividen entre los hombres que están ansiosos por probar lo que sabéis y los que están deseando veros correr de vuelta al torreón. —Su dura expresión no revelaba nada.

—¿Y en qué grupo os encontráis?

—Os he visto luchar antes, pero no juzgaré hasta ver cómo lo hacéis con hombres que sé que son buenos luchadores.

Tras asentir con la cabeza, Anna le permitió que la condujera hasta donde estaban reunidos los demás, colocando a Trean en el suelo a sus pies. Iain y Malcolm se acercaron y saludaron cortésmente. Trean los miró con cautela, pero movió un poco la cola en señal de reconocimiento antes de alejarse hacia la sombra de un árbol cercano. Tavish llamó la atención de los hombres.

—El lord ha asignado un nuevo instructor para las sesiones matinales hasta nuevo aviso. Prestadle toda vuestra atención y respeto.

Una mirada severa de Tavish detuvo las carcajadas y las duras miradas. Ignorando la respuesta despectiva, Anna pidió ver una demostración de sus técnicas de combate cuerpo a cuerpo. Dos voluntarios se acercaron y, a la orden de Tavish, se golpearon de forma desordenada, acabando por caer al suelo, revolcándose como cerdos en el barro. Trean abandonó la extremidad que le preocupaba para situarse junto a Anna, atento a la conmoción. Este no pareció impresionado, soltó un resoplido, miró a Anna con la nariz y volvió a su trozo de madera para seguir masticando.

Después de observar a los combatientes y las reacciones de los demás de pie, Anna se dio cuenta de que su entrenamiento sin armas era muy deficiente. De los veinticinco hombres que formaban la guardia especial del lord, pidió a Duff -el hombre más grande que había visto en su vida- que se uniera a ella.

—¿En qué pensáis cuando atacáis a alguien? —Miró al gigante.

—Le golpeo mientras le atropello. —Golpeó con el puño en la mano abierta, con los ojos entrecerrados y los labios curvados en un gruñido. Como era de esperar, su acercamiento fue tan sutil como el de un toro enfurecido.

—Duff, ¿podríais darme un puñetazo?

Las facciones del hombre se contrajeron como si hubiera probado algo asqueroso. Anna contuvo la risa.

—No me haréis daño. —Le dio un puñetazo fingido. Ella ladeó la cabeza, con las manos en las caderas—. Os he elegido porque pensé que erais los escoceses más grandes y malos de aquí. ¿Estoy equivocada?

La suave burla de Anna provocó las risas de los hombres y la cara de Duff enrojeció. Con renovada determinación, lanzó un fuerte puñetazo con la mano derecha. Aunque lo bastante potente como para acabar con Anna si conectaba, su puño se acercaba tan lentamente que parecía que ella tenía que esperarlo. Todo en su movimiento delataba su intención. Desde la forma en que retrocedió para ganar fuerza hasta la extensión excesiva de su golpe, que lo dejó en desequilibrio, el suyo era un ataque de todo o nada. En el lado opuesto a su puñetazo, desvió el

golpe y le sujetó la muñeca con una mano. Sin detenerse, le rodeó la nuca con la otra mano. Giró en un pequeño círculo, tirando de su muñeca y de su cabeza hacia abajo y hacia ella, lanzando a Duff en una voltereta que le hizo caer de espaldas con un ruido sordo. El hombre se levantó de un salto, con los ojos grandes como cascos de caballo. Los murmullos de los hombres aumentaron notablemente.

—Otra vez, Duff, por favor. —Sonrió en señal de invitación.

Duff lanzó el mismo puñetazo de derecha, lento, pero duro. Esta vez, ella dio un paso hacia él, desviando el puñetazo hacia fuera. Su movimiento los colocó uno al lado del otro, aunque mirando en direcciones opuestas. La cadera derecha de Anna tocó la izquierda de él, como si estuvieran bailando. Sujetándole por el brazo derecho, le agarró por la parte delantera de la túnica, tirando de él hacia ella y desequilibrándolo.

Con un movimiento fuerte y fluido, le dio una patada con la pierna derecha en la parte posterior de la pierna izquierda, de la pantorrilla a la pantorrilla, barriéndola de debajo de él. De nuevo, cayó con un ruido sordo. Esta vez, Anna se aferró a su mano derecha. Sujetándola por la muñeca, la giró hacia fuera, bloqueándola dolorosamente junto con el codo en el proceso, dejándole incapaz de moverse sin causarse dolor a sí mismo. Al mirar a su alrededor, Anna vio las sonrisas de Iain y Malcolm. La habían visto utilizar la misma llave de muñeca con el bárbaro de Graham, Angus.

Después de ayudar a Duff a ponerse en pie, le explicó cómo desequilibrar a un oponente, cómo utilizar los ángulos y cómo aprovechar la fuerza del atacante para utilizarla contra él. Pidió cuatro voluntarios, que se colocaron todos a su alrededor. Les ordenó que atacaran, turnándose para atraparla como quisieran, desde todas las direcciones. Anna respondía a cada ataque con un barrido o un lanzamiento, a veces lanzándolos contra su siguiente atacante.

Tras un par de rondas, Anna les pidió que atacaran más rápido y con más fuerza, y cayeron al suelo en proporción directa a la velocidad y la fuerza empleadas. Ejecutaba un lanzamiento tras otro sin pensar, simplemente recibiendo lo que le daban, y el ejercicio le producía euforia. ¡Cómo había echado de menos este entrenamiento! Poner a prueba sus habilidades contra otros más poderosos que ella seguía siendo una parte esencial de su vida.

Su sencilla demostración captó la atención de todos. Notó que cada hombre la miraba de forma diferente, con la excepción de Iain y Malcolm, cuyas sonrisas de suficiencia hablaban de estar en lo cierto entre una multitud de escépticos. Dos hombres entregaron a regañadientes varias monedas a Malcolm. Anna negó con la cabeza.

«Hombres».

Iniciar a los hombres en ejercicios sencillos les sirvió de introducción a los conceptos que enseñaba. Anna pidió un breve descanso para beber agua y se dio cuenta de que el lord había llegado y estaba hablando con Tavish. Cuando él le hizo un gesto para que se acercara, su nerviosismo regresó.

—Milord. —Anna hizo una breve reverencia.

—Fue una buena estrategia elegir a Duff —comentó, con una sonrisa en el rostro.

—Me parece que los más grandes suelen ser los más fáciles de manejar debido al exceso de confianza. Sobre todo, cuando se enfrentan a alguien mucho más pequeño.

«Ah, entonces él lo había visto todo».

Anna volvió al grupo y cambiaron de espada. Utilizando los mismos principios de ángulos y desequilibrios, los aplicó al combate armado. Anna dirigió a los hombres a través de una serie de ejercicios, cada uno eligiendo un ángulo de ataque, en lugar de limitarse a avanzar en línea recta. Más rápido de lo que creía posible, el mediodía llegó.

—Gracias por tolerar a una instructora, caballeros.

Sus palabras provocaron las risas del grupo de hombres heridos en su orgullo. Se separaron por la mañana y se dirigieron al salón principal para comer, Anna en medio de ellos, y Trean pisándole los talones. Sintió su aceptación, un cambio sutil que le recordaba a cuando estaba con sus antiguos compañeros de clan. No estaba segura de cuánto del respeto demostrado debía atribuirse a su relación con Duncan, el lord, o a la sesión que habían completado, pero de todos modos la reconfortó.

Los hombres la invitaron a sentarse con ellos, lo que dio lugar a discusiones sobre tácticas en el campo de batalla. Trean se acomodó a sus pies, mirándola expectante en busca de sobras. Ella sonrió y le rascó detrás de las orejas mientras él comía un trozo de venado del estofado.

Una vez terminada la comida, los hombres volvieron al entrenamiento mientras ella metía a Trean en su caja para que durmiera la siesta. A continuación, se reunió con Nessa para tratar los casos de curación que Nessa había atendido durante su ausencia. Anna deseaba acompañar a los hombres de vuelta al campo, pero la gente necesitaba sus cuidados. Rory se había recuperado lo suficiente, así que Liam lo acompañó con cuidado hasta su casa, dejando la habitación libre una vez más. Anna se sorprendió gratamente al ver las heridas que Nessa había tratado en su ausencia. Como sospechaba, la muchacha poseía un verdadero don para curar.

—Estos puntos están limpios y parejos. Su herida se ve muy bien. Excelente trabajo.

—Anna la animó después de examinar a un niño que había caído contra una guadaña hacía unos días.

La confianza de Nessa pareció acrecentarse ante los elogios de Anna, y su entusiasmo aumentó cuando ésta le habló del nuevo libro de medicina que había comprado Duncan. Acordaron leerlo juntas todas las tardes.

Al cabo de quince días, Duncan estaba lo bastante curado para caminar, aunque se movía con cautela. Anna quería que se mantuviera alejado de sus obligaciones en los campos de entrenamiento un poco más, aunque sabía que él estaba ansioso por reanudar su rutina. Después de su primera semana de vuelta, sus heridas se habían curado lo suficiente como para que ya no existiera ningún pretexto para justificar que ella se quedara en su habitación por la noche.

* * *

Duncan estaba a la sombra de un gran roble que dominaba el campo de entrenamiento, con las piernas abiertas y las manos apoyadas en el pomo de la *claymore* envainada que tenía delante. Eligió una postura que pretendía demostrar fuerza, pero en realidad era la única que podía mantener durante un tiempo sin caerse. Su pierna se había curado mucho, pero el dolor persistía y sus músculos estaban rígidos y débiles. No podía seguir sin hacer nada. No cuando el clan le necesitaba. No cuando pensaba que podría volverse loco si se quedaba dentro un día más. Y no cuando los hombres rodeaban a Anna cada mañana.

Poco importaba que hubiera elegido a esos hombres por su habilidad y lealtad. Duncan no podía soportar la idea de que su mujer estuviera aquí sin él presente. La poderosa emoción de la palabra *«mía»* resonó en todo su cuerpo, como cada vez que pensaba en ella. Sabía que no debía expresar su posesividad por miedo a enfadarla. Pero que le condenaran si le permitía trabajar con otros sin que él supervisara su seguridad y se asegurara de que nadie se comportara de forma indecorosa a su alrededor.

Sus sospechas resultaron ser ciertas. Los hombres la seguían como cachorros enamorados, pendientes de cada una de sus palabras. Ella, por supuesto, ignoraba por completo el efecto que producía en ellos.

«¿Malditos ingleses golpeando su sentido del valor porque eligió no llevar faldas?»

Eran tan tontos como ciegos. En las Tierras Altas, un hombre o una mujer demostraban su mérito por sus actos, no por su apariencia. Sus hombres reconocían su valor y la tenían en alta estima, pero a una parte de él no le gustaba nada. Quería ser el único que la considerara un tesoro.

Se revolvió, apretando los dientes, apretando la espada en sus manos con tanta fuerza que perdió la sensibilidad en ellas. Las ganas de aporrear a todos los hombres del recinto eran cada vez mayores mientras la observaba colocar las manos y los cuerpos en la posición adecuada, pasando de una pareja a otra, corrigiendo su forma. Anna lo miraba de vez en cuando, regalándole una sonrisa lo bastante cálida como para derretir las nieves invernales. Duncan trató de devolverle la sonrisa, pero se le congeló la cara de disgusto.

Apenas pudo controlar su temperamento cuando la oyó anunciar un nuevo juego que había ideado. Todos los hombres aprovecharían la oportunidad para atacarse a voluntad.

—Las reglas son las siguientes. Debéis estar al aire libre, sin mujeres ni niños cerca. Sólo puedes usar las técnicas que os he enseñado. Como no quiero pasarme las tardes reparando daños causados por un orgullo inflado, debéis ceder antes de sufrir lesiones.

—¿Sí, Duff? —Duff levantó la mano. Anna le prestó atención.

—¿Os estáis incluyendo en el juego, *milady*? —Más de un hombre rio ante su pregunta.

—Así es. —Anna sonrió ampliamente. Las risas se hicieron más fuertes.

Duncan temblaba de rabia y fue todo lo que pudo hacer para no irrumpir en el grupo y arrebatársela. Tenía que irse antes de hacer algo de lo que se arrepintiera. Los celos que recorrían su cuerpo no harían más que alejarla. Tenía que apagarlos antes de acercarse a ella. Volvió al torreón y cogió una cesta que había pedido para hacer una vianda, ya que habían pasado poco tiempo juntos los últimos días. El mero hecho de tenerla cerca le llenaba el alma de una manera que le hacía darse cuenta de lo estéril que había sido por dentro. La alegría, la pasión y el amor que ella despertaba seguían abrumándolo. Duncan sabía que observaba la otra mitad de su alma. Ahora que la había encontrado, no podía arriesgarse a perderla, por miedo a perder también el resto de sí mismo. Reunió a sus caballos ensillados, y la mente de Duncan se tranquilizó al pensar en la tarde. Echaba de menos su tiempo juntos, la única vez que fueron más allá de los besos aún ardía en su mente. Le había dicho que ahora le tocaba a él, y hoy pretendía saldar la deuda. Su ceño se frunció lentamente mientras pensaba en la seducción que había planeado.

* * *

La sesión de la mañana transcurrió bien, y Anna se alegró de ver que Duncan se unía a ellos observando en lugar de participar. La rigidez de su cuerpo y la expresión dura de su rostro le indicaron que luchaba contra el dolor. Confiando en que esperara, se sintió decepcionada al verle alejarse poco antes de que interrumpieran la práctica. Sin embargo, su decepción se convirtió en alegría cuando regresó trayendo sus caballos ensillados.

—Ya que no nos hemos visto mucho últimamente, pensé que disfrutaríais de una excursión. —Duncan le entregó las riendas de Orión.

—Eso suena maravilloso. ¿Dónde tenéis pensado ir?

—Hay un lugar en el lago al que me gusta ir para estar solo. Os lo enseñaré.

Montaron y cabalgaron a paso tranquilo, dejando que Trean galopara a su lado. Los días en que se contentaba con cabalgar en la silla de ella estaban llegando a su fin.

—¿Qué os ha parecido el entrenamiento de esta mañana? —preguntó Anna—. Los hombres han avanzado mucho en poco tiempo.

—Ha sido difícil veros poner las manos sobre los hombres y que ellos las pusieran sobre vos. —Vaciló, desviando la mirada.

—Duncan, ¿estáis celoso? —Lo miró con incredulidad. Una sensación extraña pero cálida la recorrió. Nunca nadie había estado celoso de ella.

—Sí, lo admito. Debería ser el único que os tocara.

Anna oyó la posesividad en su voz, que la tentó a enfadarse, pero sabía que sus celos revelaban la profundidad de sus sentimientos por ella. Aunque era una forma incómoda de decirle lo mucho que le importaba, decidió verlo como una declaración de amor.

—No sé qué decir. Sabéis que sólo me interesáis vos. Vuestros hombres me tratan con respeto. Si alguno se pasara de la raya, Malcolm o Iain intervendrían de inmediato. Además, me conocéis lo suficiente. Puedo arreglármelas sola. —Mantuvo la voz uniforme.

La mirada dura de esta mañana regresó, y ella se dio cuenta de que su ceño fruncido tenía poco que ver con el dolor físico.

—Sí, pero no veis cómo os miran los hombres, el efecto que les causáis.

Anna se quedó muda. Nunca nadie le había sugerido que fuera atractiva para un hombre, y mucho menos para un grupo numeroso.

—Lo peor fue cuando os incluisteis a vosotros mismos en este juego que creasteis. Ahora tengo que quedarme atrás y ver cómo cualquiera de ellos tiene vuestro permiso para atacar.

—Pero Duncan, estarán atacando, no robando besos. Necesito este ejercicio tanto como ellos para mantener mis habilidades en forma. Sabéis que no me harán daño.

—Quiero pasar una tarde agradable con vosotros, no discutir. No puedo cambiar lo que siento, pero estoy de acuerdo en no dejar que me afecte, si prometéis tener cuidado. —Cerró los ojos y respiró hondo.

—Prometo tener cuidado con los hombres. —Tampoco quería discutir, pero sentía que su preocupación era injustificada y sus expectativas injustas. Después de considerar su petición, no le pareció mal aceptar. Un acuerdo tan general no parecía limitante. Sin embargo, su promesa pareció apaciguarlo.

Al llegar al lago, Anna le siguió a través de un grupo de árboles hasta que llegaron a un profundo y estrecho brazo de agua. Protegida por un gran afloramiento rocoso a un lado y densos bosques al otro, la ensenada era un lugar perfecto para bañarse sin impedimentos.

Duncan la cogió de la mano y la condujo a una zona llana y cubierta de hierba bajo las grandes rocas. Colocó un tartán en el suelo y juntos desempaquetaron la comida. Se rieron cuando Trean metió la nariz en la cesta, con los ojos muy abiertos y suplicantes, mientras compartían una comida de gruesas lonchas de jamón, pan oscuro y granulado y vino. Al terminar, Duncan volvió a empaquetar la cesta y le arrojó un hueso de jamón. El cachorro se acomodó contra una gran roca y mordisqueó el hueso con satisfacción.

Duncan se acercó a la orilla y se quitó la ropa. Anna se sentó y observó, embelesada, cómo se quedaba desnudo, se subía a una roca y se zambullía en el lago.

Ver su cuerpo desnudo encendió el calor en lo más profundo de su ser. Su prometido era un hombre de constitución fuerte, tan bien formado como cualquiera de las imágenes de dioses griegos de los libros de la biblioteca de su padre. Mientras él salía a la superficie, ella admiró la rudeza de su rostro y el brillo del sol sobre su cabello mojado.

—Venid conmigo.

Anna tuvo un momento de modesta vacilación, pero él le dedicó una sonrisa encantadora y disipó su incertidumbre.

«Deseo a este hombre tanto como él me desea a mí».

Anna se desnudó rápidamente hasta quedar en ropa interior y corpiños. Sonriendo ante su cara de sorpresa, se los quitó y se metió hasta las rodillas en el lago. Él la miró fijamente, con la boca abierta, agotando su frágil confianza. La duda se apoderó de ella y cruzó un brazo sobre el pecho y el otro dejabo de su cintura.

—¿Qué os pasa? —preguntó, con voz débil.

Duncan nadó hacia Anna y ella dio un paso atrás. Le tendió una mano en señal de invitación.

—Dulce Madre María, sois maravillosa. Venid a nadar conmigo, mi hermosa guerrera, y lavaros el sudor del entrenamiento de esta mañana.

«Su hermosa guerrera».

El cariñoso y familiar apelativo renovó su confianza. Anna le cogió de la mano y se unió a él en las profundidades. La estrechó entre sus brazos antes de que pudiera recuperar el aliento por el frío y le frotó la espalda mientras tiraba de ella con fuerza. El deslizamiento de sus cuerpos le robó el aliento más que el frío del agua. La calidez del sol, combinada con el calor de su piel sobre la de ella, desterró cualquier idea de frío.

Le besó suavemente la boca. Mientras sus labios acariciaban los de ella, soltó la tira de cuero que sujetaba su trenza y pasó los dedos por su cabello hasta que los mechones cayeron sobre sus hombros. Anna abrió la boca, y su deseo de besarle hizo desaparecer toda sensación de timidez. Su lengua buscó la suya y succionó suavemente. La sensación de sus pezones rozando el cabello de su pecho, unida a la magia de su lengua, la dejó en blanco. Se hundió en el agua, pero él la abrazó con más fuerza, con su excitación chocando contra su vientre. Inexplicablemente débil, Anna no ofreció ninguna resistencia mientras Duncan nadaba lentamente hacia la orilla. Le pasó un brazo por debajo de las rodillas y la sacó del agua.

—Duncan, vuestras heridas. —Anna le palmeó el brazo en señal de protesta.

—Calla, amor. Con gusto soportaré el dolor para teneros en mis brazos.

Anna frunció el ceño, pero él alivió su preocupación besando los surcos de su frente. Duncan la recostó suavemente sobre el tartán y se recostó a su lado. Apoyado en un codo, la miró de arriba abajo, su mirada abrasadora le decía a Anna lo hermosa y deseable que la encontraba. Su mirada la volvió descarada, disipando todos los pensamientos de pudor. Lo único que deseaba era ver anhelo en sus ojos cuando la miraba. Nada más, excepto sentir sus manos y su cuerpo sobre los suyos.

Anna colocó una pierna sobre la suya, ofreciéndose a él mientras le rodeaba el cuello para besarlo. Duncan no vaciló, reclamando su boca posesivamente, exigiéndole, retándola a igualar pasión por pasión. Gimiendo, Anna empujó su pierna, arrastrándose encima, la parte más íntima de ella presionada contra su excitación. Se frotó a lo largo de su cuerpo, deseando tenerlo dentro de ella.

—No, amor mío. Guardaremos lo mejor para nuestra noche de bodas. Tengo otros planes para nuestro placer esta tarde. —Duncan gruñó y detuvo su movimiento. La tumbó boca arriba.

Anna hizo un mohín con el labio inferior, fingiendo el escozor del rechazo. Él soltó una risita y chupó su ofrecimiento involuntario.

Las manos de Anna le rozaron la espalda y se posaron en sus nalgas, apretando el músculo tenso.

—Recuerda que os dije que ahora era mi turno. —Duncan sonrió contra sus labios. Le acarició los pechos, recorriendo ligeramente la piel con las yemas de los dedos. Sus pezones se erizaron cuando él tiró ligeramente de ellos. Un suave gemido escapó de sus labios.

Cuando su boca caliente y húmeda se posó en sus pechos, ella se arqueó hacia arriba, profundizando el nuevo beso, la nueva sensación. Gimió más fuerte cuando la lengua de él rozó

el sensible nódulo y un escalofrío de placer recorrió su cuerpo.

Su boca chupaba y lamía un pecho mientras su mano tiraba y retorcía suavemente el pezón del otro.

—Duncan, por favor, no puedo respirar —jadeó. Duncan mordisqueó y tiró de su suave carne, pasó al otro pecho con la boca y la mano acarició su gemelo.

Los latidos de su sangre resonaban en su cabeza. Una deliciosa y tortuosa sensación crecía en su vientre, concentrándose en su parte más oculta. Palpitaba en cada nervio, aumentando de intensidad.

Las succiones, los lametones y los tirones se fundían todos en una sola sensación. Atrapó un pezón con los dientes mientras su lengua lo recorría rápidamente.

—Más fuerte, más fuerte —suplicó Anna, con la voz apenas por encima de un susurro.

Temblaba, pues las sensaciones eran insoportables. De repente, su cuerpo se tensó y oleadas de placer sacudieron todo su ser. Sus manos se hundieron en su cabello mientras gritaba su nombre. Una sensación de flotación la invadió y su respiración se agitó. Duncan le besó el cuello, le mordisqueó la oreja mientras su mano le acariciaba el vientre en pequeños círculos.

Nuevas sensaciones llamaron su atención. Los dedos de Duncan le rozaban el vientre, se detenían ligeramente en los huesos de la cadera y seguían hasta la parte superior de los muslos. Sus piernas se abrieron involuntariamente ante su contacto. Duncan besó y lamió los puntos sensibles a lo largo de su cuello, y sus dedos no se detuvieron en ningún momento mientras seguía explorando lentamente sus muslos.

Anna levantó las caderas. Quería que la tocara *allí*. Lo *necesitaba*. Finalmente, rozó sus suaves rizos. Anna aspiró con fuerza y abrió los ojos para ver a Duncan observando su expresión.

—Te amo, mi dulce Anna —susurró su promesa en sus labios mientras la besaba de nuevo —. Me encanta cómo vuestro cuerpo responde a mis caricias.

Anna gemía y jadeaba cuando sus dedos rozaban ligeramente sus pliegues. Empujó las caderas hacia arriba, buscando un mayor contacto con su mano.

Cuando Duncan separó su tierna carne con un dedo, ella se estremeció, retorciendo la manta bajo ella con ambas manos. Él subió y bajó lentamente el dedo por su humedad, acariciando ligeramente el centro de su placer. Con cada movimiento, el cuerpo de Anna se estremecía en respuesta. Acompasaba el ritmo de su mano con las caderas, perdida en el placer de sus hábiles dedos en sus partes más femeninas. Duncan aumentó la velocidad y la presión. Una vez más, una cálida tensión se apoderó de su interior, intensificándose cada vez más.

—Duncan, oh Duncan… Yo no…

Oleadas de placer se apoderaron de ella y se aferró a sus dedos, su cuerpo se estremeció, cegándola a todos los demás. Duncan la besó suavemente en la boca y la lengua de ella se arremolinó perezosamente con la suya. Movió el cuerpo y le chupó los pechos, llevándose primero un pezón y luego el otro a la boca, tirando suavemente con los labios y lamiendo cada sensible nódulo de carne. Luego trazó suavemente las líneas de sus hombros que eran como la seda azul.

—No sabía que algo así fuera posible. Ahora entiendo por qué las mujeres persiguen a los hombres si esto es lo que pueden esperar —suspiró Anna.

—Sí, es por eso que los hombres persiguen a las mujeres, también.

—¿Es así para todos? —se preguntó, apoyándose en un codo.

—No. Es tan poderoso para nosotros por el amor que compartimos. Por eso el amor se considera tan precioso y raro. Os prometo que siempre será así para nosotros. Lo que hemos compartido hoy es sólo una parte del placer que nos queda por explorar.

Su respuesta hizo que el ya familiar calor floreciera de nuevo en su estómago.

—Si esto es sólo una parte, me temo que nunca os dejaré salir de nuestra cama —respondió sólo bromeando a medias.

—Sí, será un problema —contestó él riendo, abrazándola una vez más.

—¡Ay! —Duncan se puso a cuatro patas, haciéndola rodar con su brusco movimiento—. Vuestra bestia encantada ha metido su fría nariz donde no debía.

Anna se rio mientras Trean movía la cola y ladeaba la cabeza.

—Es una pequeña amenaza —murmuró Duncan, con voz sombría. Se tumbó a su lado, con una pierna sobre la de ella.

—A mí no me parecéis tan amenazador —contestó Anna, balanceando suavemente las caderas contra su excitación. Duncan hundió la cara en su cuello con un gruñido fingido que terminó en un aullido cuando Trean se le echó encima, metiendo el hocico entre los dos. Duncan se apartó rodando, con las manos volando para protegerse mientras el cachorro saltaba con entusiasmo.

—¡Diablillo! —gritó Duncan mientras rodaba para sentarse, con las manos protectoras sobre el regazo—. No necesita que la protejas de mí. —Le dirigió a Anna una mirada agraviada. Ella se rio rápidamente—. Encima de mi hombría. ¿No tiene compasión?

—Bueno, es la parte más prominente de vos en este momento, mi amor, y la más impresionante—. Anna ladeó la cabeza, pensativa.

—¡Ay! Ten un poco más de cuidado, muchacho, u os desterraré a la caseta. —Duncan se inclinó y miró directamente a la cara del cachorro.

Trean se detuvo bruscamente. Con una mirada vacilante a Duncan, retrocedió dos pasos sobre su desarreglado tartán. Anna se echó a reír cuando el cachorro lanzó un abundante chorro en medio de la tela y el olor a lana húmeda y caliente flotó en el aire.

CAPÍTULO 22

Cuando regresaron al torreón, Anna había vuelto a trenzarse el cabello y había recuperado casi toda la cordura. Su mirada seguía clavada en la de Duncan, volviendo a compartir la pasión que él había creado con ella. No tenía comparación con lo que él le hacía sentir, y la vergüenza se apoderó de sus pensamientos mientras esperaba ansiosa su próximo encuentro.

En dirección a los establos, Anna reanudó su trabajo con Trean. Había empezado a jugar al tira y afloja con él, enseñándole a morder cuando se lo ordenaba. A su corta edad, Trean era más tonto que serio y su atención se distraía con facilidad. Aprendió rápidamente a *sentarse*, *quedarse quieto* y *venir*, aunque parecía desinteresado en repetir la orden una vez perfeccionada. También jugaban a rastrear. Anna untaba carne cruda en pequeños trozos de cuero y los escondía. Cada vez, él los olía y los rastreaba, jugando a encontrarlos. A medida que aumentaban sus habilidades, también lo hacían las distancias entre los cebos. Con el tiempo, enterraba los señuelos, agudizando sus habilidades y creando un juego más desafiante.

Orgullosa del cachorro de lobo y del progreso que habían hecho, sonrió y lo observó trabajar. Un terrible pensamiento cruzó su mente al recordar su promesa a Duncan. Después de pasar sólo unas semanas con Trean, no estaba segura de poder matarlo si no tenía éxito en su entrenamiento.

El cachorro huérfano había calado hondo en su corazón. Apartando ese terrible pensamiento de su mente, la determinación de Anna por triunfar se multiplicó.

Después de terminar sus juegos, él la seguía, siempre a su sombra, deseoso de complacerla. Sabía que la consideraba su zurrón y que dormía a los pies de su cama por las noches, reacio a separarse de ella por mucho tiempo.

Anna dirigió su atención al establo. La mayoría de los caballos se habían acostumbrado a Trean como los demás perros de la fortaleza y no le temían como lobo. Visitó a Orión, disfrutando de su compañía. Ahora atendía a las yeguas MacGregor cuando entraban en celo. La próxima primavera sería fructífera. Tendría muchos potros nuevos que traer al mundo y que entrenar. Disfrutando de su tiempo en los establos, sólo regresó al torreón para lavarse para la cena una vez que la luz del día se desvaneció.

Anna se sonrojaba cada vez que sus ojos se cruzaban con los de Duncan. Con su sonrisa cómplice, le dijo que él también pensaba en su cita de la tarde. Pensó en cuántos encuentros de ese tipo tendrían en el futuro. Sus palabras de más por compartir y explorar la obsesionaban y emocionaban.

Anna tenía una idea más clara de lo que le esperaba, aunque casi deseaba ignorarlo. Lo que había pasado entre ellos la hacía desearlo más de lo que podía imaginar. Cada pensamiento parecía llevarla a yacer desnuda en sus brazos. Ahora comprendía por qué a las jóvenes doncellas no se les permitía estar a solas con sus pretendientes. También entendía por qué todos los conocimientos sobre lo que ocurría entre las parejas casadas se mantenían en secreto hasta el día de la boda.

* * *

A la mañana siguiente, los hombres se reunieron en el patio de entrenamiento. Anna les preguntó por su primer día de juego. Mientras se contaban historias, un olor nauseabundo rodeó

al grupo. De uno en uno, se fueron alejando de Duff, hasta dejarlo solo.

—Duff, ¿por qué oléis a grasa rancia? —Anna olfateó el aire cerca del gigante.

—Es un remedio casero, *milady*. —Con cara de vergüenza, arrastró los pies antes de contestar.

—¿Un remedio casero para qué? Sólo la peste negra sería tan horrible como para hacer que uno usara una sustancia tan pútrida.

—Mi madre lo hace para los músculos doloridos y los esguinces.

Esto provocó las risas del grupo. Intentando mantener la compostura, Anna miró a su alrededor y se dio cuenta de lo que no había visto antes. Todos estaban de pie, rígidos, y muchos se frotaban inconscientemente las muñecas y los codos. Comprendió que estaba ante un grupo de tercos escoceses. Por supuesto, no se rindieron como se les había ordenado. Se resistían a cualquier bloqueo o lanzamiento, causándose más daño del necesario. Al resistirse, socavaban el ejercicio. Sacudiendo la cabeza, Anna se tragó la reprimenda que deseaba lanzar. La situación requería otra estrategia.

—¿A cuántos os vendría bien un bálsamo para los músculos y las articulaciones doloridas? Yo hago uno muy eficaz y un poco más suave para la nariz.

—Bien, entonces. Pongo fin al juego. Si no podéis seguir las instrucciones y rendiros como se os ordena, no tengo elección. Al lord no le gustará saber que su guardia de élite está incapacitada por mi culpa. Además, nadie aprende cuando se ofrece resistencia. —Nadie estaba dispuesto a admitir tal necesidad.

—Si os damos nuestra palabra de ceder cuando sintamos la cerradura, ¿podemos continuar? —En medio de los gruñidos, Iain tomó la palabra.

—Le miró fijamente. —¿Vuestra palabra entonces?

—Sí, *milady*.

—Sí. —Mirando al resto del grupo con los ojos entrecerrados, no cedió hasta que asintieron colectivamente.

—Iremos otro día y veremos. Espero que todos los que os sintáis doloridos en las articulaciones me visiten después para recibir un bálsamo adecuado como parte del acuerdo. Sin excepciones. Y Duff, debéis tirar ese repugnante ungüento. Sin faltar al respeto a vuestra madre —añadió con una sonrisa.

—No es necesario, *milady*. —Le devolvió la sonrisa con los dientes separados.

—¿Abuelo? —Mientras trabajaban, Anna se fijó en el lord a cierta distancia, que se encontraba bajo el gran roble con otro hombre al que no pudo ver lo suficiente como para reconocerlo. Aunque no tan alto como el lord, era más ancho. Antes de que el grupo terminara por la mañana, Duncan se unió a su padre y al desconocido. Tras hacer un alto para el descanso del mediodía, recordó a los hombres que habían dado su palabra. Caminando hacia Duncan, Anna se detuvo, atónita.

Una gran sonrisa se dibujó en su rostro escarpado mientras le abría los brazos. Ella corrió inmediatamente a abrazarlo.

—Casa blanca. Mi Casa blanca favorita —dijo, con la voz cargada de emoción.

—Pero abuelo, soy vuestra única nieta. —Anna se enjugó las lágrimas de felicidad.

—Sí. Y eso es lo que os convierte en mi favorita. —Sus ojos bailaban mientras reía a carcajadas y la abrazaba de nuevo.

Los hombres MacGregor se fueron, dándoles privacidad.

—Estáis aquí. ¿Por qué habéis venido? —Anna no podía creerlo.

—Para ver con mis propios ojos que estáis bien. Os creíamos muerta. Y ahora he oído que

voy a negociar vuestro matrimonio. Sabía por qué rechazabais a todos esos ingleses. Hay demasiado escocés en vuestra sangre como para conformarse con menos. También vine a deciros que podéis elegir. Si amáis a este hombre y queréis ser su esposa, tendréis mi bendición. Pero no os caséis porque creáis que debéis hacerlo. Decidlo, y os llevaremos de vuelta. Con vuestra familia.

Anna abrió la boca para hablar, pero la cerró repentinamente cuando su abuelo levantó la mano.

—Puede que el conde ejerza el poder en su lado de la frontera, pero encontrará más de lo que esperaba si intenta cruzar a Escocia para encontraros. El grupo de hombres que envió tras vosotros cuando huisteis nunca volvió a ver suelo inglés. La mayoría de los clanes fronterizos conocen vuestro destino y han jurado protegeros si regresáis.

Las lágrimas de Anna volvieron, consciente de que tantos estaban dispuestos a protegerla.

—Vuestro padre era un inglés respetado por todos. Era algo raro entre nuestra gente. Como el conde asesinó a Braxton y a mi nieto, y luego obligó a mi única nieta a huir a ciegas hacia lo desconocido, no se ganó más que más enemigos.

Estar de nuevo en brazos de su abuelo le recordó el amor que había conocido todos los días de su vida. Lágrimas de alegría brotaron mientras lo abrazaba con fuerza.

—Deberíais haber acudido a mí, dulce hada, os habría protegido —susurró—.

—No sabía quién nos había atacado. Después de perder a padre y a Edrick, no podía traeros a esos enemigos. —Oír el nombre de su infancia reconfortó su corazón.

—Ya no puedo llamaros como mi dulce hada. Ya sois una mujer adulta. —La sostuvo frente a él y chasqueó la lengua ante su respuesta.

—Siempre seré vuestra dulce hada, abuelo. Amo a Duncan y deseo casarme. La primera semana aquí fue difícil, pero desde entonces sólo me han tratado con amabilidad. —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Anna.

Asintiendo, su abuelo le tendió un brazo. Anna lo besó en su envejecida mejilla, cogió el brazo que le ofrecía y regresó a la torre del homenaje. Cuando atravesaron el salón principal, el grupo de hombres Elliot que se sentaba a la mesa se levantó y la rodeó en señal de saludo. Anna se alegró de ver a sus compañeros de clan. De los veinte hombres que había traído su abuelo, un tío y cuatro primos formaban parte del grupo. Con un movimiento de cabeza, Moray Elliot indicó a su hijo, hermano de su madre, que lo acompañara a la sala del lord, llevando consigo a Anna. Escoltada por su tío Gavin, Anna entró en la sala más pequeña. Vio las sillas de la chimenea colocadas en círculo, con Duncan, Kenneth y su abuelo ya sentados. Kenneth se frotaba la mandíbula con cautela, despertando su preocupación. Tomó el asiento vacío entre Duncan y su abuelo.

—Lord, ¿tenéis alguna muela que os moleste? Puedo echarle un vistazo. Tal vez un *posset* de hierbas elimine cualquier infección.

—No, mis dientes están bien, quizá un poco flojos. Sin embargo, me duele la mandíbula. —Kenneth sonrió, lo que al parecer le dolía, mientras se apretaba la mandíbula.

Anna le lanzó una mirada de desconcierto.

—Vuestra abuela golpea más fuerte de lo que uno creería. Cuando le dije que os había tenido prisioneros durante una noche, se ofendió.

—Lo siento —murmuró Anna, repentinamente avergonzada.

—No hay nada que lamentar. Duncan habría hecho lo mismo si hubiera creído que podía salirse con la suya. —Kenneth le dirigió una mirada tranquilizadora. La curva de sus labios y el guiño que le hizo le dijeron que no le guardaba rencor.

Anna respiró aliviada. A partir del momento en que ella y Edrick presenciaron el ataque a su hogar, Anna relató lo sucedido hasta que se encontró con los MacGregor. Al parecer, los dos lores ya habían tratado este tema tan delicado. No deseaba volver a hablar de ello por miedo a nuevas hostilidades. Continuó con el ataque de Alain y relató el resto. Duncan siguió con parte del relato. Tanto su abuelo como su tío preguntaban de vez en cuando, sobre todo acerca de la emboscada. Cada vez que contaban sus hazañas, su abuelo y su tío sonreían con orgullo.

Una ira incontrolable se apoderó de Anna al enterarse de que los hombres del conde habían reconstruido su casa y ahora la ocupaban. Se levantó de la silla y se dirigió a la ventana. Sin forma de desahogar su rabia, ésta se fue apoderando poco a poco de sus entrañas. Mientras intentaba controlar su respiración, Anna se dijo a sí misma que no era algo inesperado, pero que oírlo confirmado por su familia al otro lado de la frontera lo hacía más real.

Cuando se calmó lo suficiente como para volver a sentarse, empezaron las discusiones sobre su matrimonio y pronto se llegó a un acuerdo. Para sorpresa de Anna, su abuelo le ofreció una dote. Incluso MacGregor pareció sorprenderse por la moneda. Se acordó la promesa de ayuda, en caso de que fuera necesaria. Cinco días de dura cabalgata separaban a los clanes, por lo que la ayuda inmediata no llegaría para ninguno de los dos. Concedieron permiso para anunciar el compromiso inmediatamente. Anna y Duncan se casarían en tres semanas. Mientras completaban el acuerdo, un escalofrío la recorrió. No sabría decir si de anticipación o de miedo. Tomándola de la mano, Duncan obviamente lo sintió, y le dedicó una mirada tranquilizadora.

A continuación, el tío Gavin se marchó junto con Duncan para acomodar a los Elliot, y Anna subió a lavarse y cambiarse para la cena. Aunque disfrutaba enormemente de la compañía de su familia, permaneció callada durante la cena. Mientras se acomodaban alrededor del hogar después de la cena, Duncan le pidió a Elliot que le contara cosas de su infancia. Le contaron de sus aventuras, las cuales hacía tiempo que había olvidado, y de algunas que hubiera preferido *no recordar*. Avergonzada por lo salvaje de su juventud, se movió inquieta, deseando encontrar un lugar donde esconderse. Después de una hora de tales historias, se había hecho tarde y su tolerancia a las historias embarazosas se había sobrepasado. Disculpándose, Anna besó a su abuelo y a su tío y se dirigió a su habitación, sintiendo la mirada de Duncan sobre ella.

CAPÍTULO 23

—Permitidme que os acompañe. —Duncan le ofreció el brazo.

Con una sonrisa fatigada, Anna aceptó su ayuda y subió las escaleras de la torre.

—¿Deseáis hablar de lo que os perturbó durante las negociaciones matrimoniales?

—Me sorprende que os hayáis dado cuenta. —Anna percibió en su voz el tono suave y razonable que empleaba cuando sabía que ella estaba disgustada.

—Como vuestro esposo, es mi trabajo saber cuándo estáis disgustada y calmaros cuando puedo. —La llevó a una alcoba en el rellano del segundo piso.

—En parte es el viejo miedo. Seréis mi dueño como lo sois de vuestro caballo. Aunque confío en vos, me asusta la idea de ser la posesión de alguien, a merced de sus caprichos o su estado de ánimo. —Anna esbozó una pequeña sonrisa ante el hecho de que su buen escocés poseyera un lado amable.

—Sí. Si yo fuera vuestro esclavo, sentiría lo mismo. Sabéis que os valoro más que a mi propia vida, ¿verdad? Y un poco más que a mi caballo. —Suavizando las arrugas de su frente, la acarició en silencio junto con su cabello. El humor se filtró en su voz.

Entonces, la joven sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, más que a vuestro corcel.

«¿Pero más que su propia vida?»

Deseaba creerle con la misma fuerza con la que necesitaba respirar. Sin embargo, no estaba segura. Una parte de ella seguía creyendo que él la dejaría de lado en algún momento, o que no comprendería ni alentaría su espíritu guerrero. No podía soportar la idea de perderle o verse obligada a desempeñar un papel que odiaba.

—Sé que veis nuestro matrimonio como si yo me adueñara de vosotros. En parte, es cierto. Sin embargo, yo os veo como un regalo de lo alto, uno que no merezco. Debo amaros y cuidaros, dando mi vida, si es necesario, para protegeros. Algunas cosas que hacéis van en contra de esos deseos. Como cargar contra los hombres que nos atacaron. Casi causáis mi muerte cuando lo hicisteis. No quiero volver a experimentar la sensación de total impotencia al verme herido, incapaz de protegeros.

Como Duncan ya lo había mencionado antes, ella sabía que era importante para él. Sus ojos se mostraron serios.

—Mi madre dijo que os había hablado de mi hermano.

Anna asintió.

—Tuve la misma sensación cuando lo vi desaparecer bajo la corriente del río. No podía soportar perderos como le perdí a él. —Una inconfundible desesperación teñía su voz—. Si pierdo la paciencia o los estribos con vosotros, será porque me hacéis difícil cumplir mis votos para con vos y vuestra familia. La dote que os ofrece vuestra abuela es un símbolo de pago por mi protección y cuidado. Vuestra abuela y yo tuvimos una larga charla esta mañana mientras instruíais a los hombres. Deseaba conocer al hombre que eligió su única nieta. También quería que supiera lo valiosa que sois para él. Le dejé claro que entendía lo excepcional que sois.

Anna asimiló sus palabras, sopesándolas con sus temores. Oírle hablar de Callum y de su sentimiento de pérdida la ayudó a comprender mejor su necesidad de protegerla.

—Entiendo y creo lo que decís. También reconozco la insensatez de cargar yo sola contra un grupo de hombres. Pero debéis comprender que siento lo mismo por vosotros. Lo hice para

protegeros de más daño.

—¿Cuál es el resto, entonces?

Anna posó las manos en su cintura y apoyó la frente en su cuello. No podía contarle todo el miedo que la atormentaba, así que le contó una parte.

—Admiráis mis habilidades, pero una parte de vos quiere que me quede en casa, cuidando de vuestra manada y educando a nuestros hijos. Temo perder demasiado de mí misma en el matrimonio, y acabar resentida con vosotros por ello. O bien, aferrarme a mi independencia y que me guardéis rencor por preocuparte por mi bienestar. Ninguno de esos futuros es deseable. No sé cómo encontrar el término medio. No hay parejas como nosotros para comparar o consultar. —Levantó la mirada, desesperada por ver su reacción.

—Cuando compraste a Orión, ¿cómo era? —De nuevo, pasaron largos momentos antes de que respondiera.

—Era un potro salvaje y poderoso, no dispuesto a someterse a ninguna orden. —Frunció el ceño, reconociendo inmediatamente la dirección de su pregunta.

—¿Y tomasteis su espíritu bravo y lo quebrasteis durante vuestro entrenamiento?

—Ya sabéis que no. Trabajamos juntos. Con guía y paciencia llegó a confiar en mí.

—Así que se trata de confianza. Decís que confiáis en mí. ¿Confiáis en mí lo suficiente como para creer que no os exigiré tanto o romperé vuestro espíritu? —Anna negó con la cabeza ante la sonrisa de Duncan, pues sabía que la había puesto en el lugar que él quería.

—En verdad, no lo sé. Quiero decir que confío mucho en vosotros, pero no puedo decir con toda honestidad que lo haga sin vacilar. —La percepción de su pregunta la atravesó.

—Ah, ¿entonces deseáis esperar? No quiero que os sintáis presionados a casaros, a pesar de nuestras familias y acuerdos firmados.

—No. Quiero ser vuestra esposa. No quiero esperar. No es sólo el placer que compartimos, sino la alegría y la satisfacción que siento cuando estoy a vuestro lado. Quiero acostarme con vos, despertarme con vos, compartirlo todo con vos. —De inmediato, Anna rechazó la idea.

—Entonces necesito seguir inspirando vuestra confianza mientras desarrolláis más fe en mí, ¿sí?

—Sin embargo, me gustaría que habláramos de cosas concretas. Vuestra reacción a mis enseñanzas a los hombres me ha puesto muy nerviosa. No me agradó vuestra mirada. Me gustaría saber qué creéis que debo hacer y qué no. —Anna asintió.

—Anna, me di cuenta pronto, como Orión, que exigir vuestra sumisión u obediencia haría más mal que bien. Estoy tratando de caminar por un camino diferente con vos. Sin embargo, sólo soy un hombre. Ver a otro tocándoos, ver cómo os mira… hay límites a mi tolerancia. Sé que necesitas mantener vuestras habilidades afinadas, pero necesito que me aseguréis que no tengo nada de qué preocuparme. Juro que haré todo lo posible para no matar a nadie que os toque. —Respiró hondo. Su voz se aligeró, pero ella sabía que sólo bromeaba en parte.

—Lo comprendo, y he acordado mantener una respetuosa distancia. Nunca haré nada que os deshonre. Es fácil imaginar que discutiremos a menudo. Me gustaría ser más estratégica que simplemente ir dando tumbos de un conflicto a otro.

—¿Un plan de batalla, entonces? —Se rio entre dientes.

—¿Os burláis de mí? —Palmeándole el pecho, lo miró con dureza.

—Tranquila, mi hermosa guerrera. No hago más que admirar vuestra aplicación de las estrategias de combate a nuestra unión. Muy bien, ¿qué proponéis? —Levantó las manos en un gesto pacífico.

Satisfecha con su respuesta, Anna se acomodó contra él una vez más. Inspiró profundamente,

lo olió, saboreó su calor. Esta, esta era la razón por la que no quería esperar.

—¿Y si hacemos una lista de actividades con las que ambos podamos vivir?

—Me parece bien. ¿Y qué pasa con las cosas de vuestra lista que no aparecen en la mía?

—Te convenceré cuando lleguemos a nuestro dormitorio. —Bajó su mano a la parte delantera de su falda, encontrándose con su dureza. Le dio un suave apretón y le contestó con voz burlona. Oírle gemir de placer mientras le recorría la punta de la virilidad con el dedo le hizo desear que no tuvieran que esperar tres semanas.

—Aplaudo vuestras tácticas superiores. Si pretendéis llevar tales batallas a nuestra cama, me temo que me veré obligado a rendirme cada vez.

Anna se apoyó en su pecho y suspiró profundamente. Escuchó su respiración, sus brazos firmes alrededor de sus hombros.

—Gracias por comprenderme y hablar conmigo de esto. Sé que parte de mi miedo no tiene nada que ver con vosotros. Estoy convencida de que seréis el mejor de los maridos, y pronto me preguntaré por qué me detuve en esta tontería. Había algo en oír las negociaciones, anunciar el compromiso y fijar una fecha que lo hacía más real.

Duncan masajeó los músculos de su cuello y hombros y Anna se derritió bajo su tacto.

—Habéis pasado por muchas dificultades en poco tiempo. Era de esperar. Sólo quiero asegurarme de que no tengáis dudas antes de haceros mía para siempre. —Envolviéndola con un brazo, la acompañó a la habitación de Nessa, donde compartieron un dulce beso y se despidieron.

* * *

Al cabo de unos días, se corrió la voz de su entrenamiento. Hombres que no formaban parte de la guardia del lord expresaron su deseo de aprender y participar. La confianza de Anna creció, consciente de que contribuía a las habilidades de combate del clan. La habían atacado dos veces, y cada encuentro sólo a medias. Le hizo preguntarse si Duncan amenazaba a los hombres después de todos.

Anna recibió la noticia de que los tejedores habían terminado sus lanas y fue a buscarlas. Al probárselas, se deleitó con la lujosa suavidad de estas. Aparte de la seda, nunca había sentido nada tan fino. La abrigaría cuando llegaran los meses más fríos. Charló con las señoras, que parecían realmente contentas de verla. Sin dejar de trabajar, la charla pronto giró en torno a la futura boda. Tras responder a sus preguntas, Anna les dio las gracias y salió por la puerta. Inmediatamente se fijó en cuatro guardias que estaban al otro lado del camino y que no estaban presentes antes de que ella llegara. Iain estaba entre ellos, y Anna se preguntó brevemente por qué estaban allí. Por el rabillo del ojo, detectó movimiento. Dejó caer su caja y se giró para mirar a quien se acercaba.

Un brazo la cogió por detrás alrededor del cuello, y ella reaccionó instintivamente aferrándose al brazo del hombre para evitar que la estrangulara. A continuación, apoyó la rodilla derecha en el suelo y giró el cuerpo hacia la izquierda. El hombre voló por encima de su hombro derecho, cayendo de espaldas con un ruido sordo y satisfactorio. Con el brazo aún sujetado por ella, lo apartó de su cuerpo y le cubrió el pecho con la pierna derecha. Con la pierna izquierda a la altura de la cabeza, lo atrapó boca arriba. Todavía en el suelo, le estiró el brazo por la muñeca y levantó las caderas. Su movimiento le bloqueó el brazo a la altura del codo, provocando una ligera dislocación.

—¡Me rindo! —gritó mientras golpeaba el suelo con la mano libre.

Inmediatamente, Anna se soltó, se levantó de un salto y le ayudó a ponerse en pie. Miró a su alrededor, fijándose en Iain y los demás que se habían reunido para observar. Todos sonrieron de

oreja a oreja, aparentemente conscientes de la emboscada.

—Aún no hemos trabajado los estrangulamientos por la espalda, Bran. ¿Qué os llevó a atacar así? —Se dirigió a su atacante.

—Sabía que me derrotaríais de todos modos, así que pensé en ser sigiloso. —Agachó la cabeza.

Su respuesta provocó las risas de los presentes. Mientras Anna se sacudía el polvo, vio a Duncan de pie a varios metros de distancia, con los brazos cruzados y una expresión entre rabia y asco. No había visto antes esa expresión en particular, y su sonrisa se desvaneció. Siguiendo su mirada, uno a uno los hombres dieron un paso atrás. Sin saber qué más hacer, Anna felicitó a Bran por su buen ataque y recogió su caja del suelo. Miró a Duncan y esperó una respuesta. Al ver que no decía nada, se tragó su orgullo y caminó hacia él.

—Estáis enfadado conmigo. ¿Puedo preguntar por qué? —Mantuvo la calma, sin reaccionar a su evidente ira.

—Os revolcáis en el suelo con uno de mis hombres delante de toda la aldea como una vulgar ramera, ¿y os preguntáis por qué estoy enfadado? —Su voz resonó en los edificios circundantes.

Al oír sus palabras, Anna escuchó la respiración agitada de la gente cercana. Manteniendo el más mínimo control sobre su ira, Anna se tragó una maldición, giró sobre sus talones y se dirigió hacia los establos. Una vez en el establo, arrojó las provisiones contra la pared y ensilló a Orión de inmediato.

«¿Cómo se atreve a llamarme prostituta? Si lo hubiera visto todo, sabría que no he hecho nada malo. Respondí al ataque con rapidez y le puse fin. Si cree que puede tratarme así, humillándome delante de todos, es un tonto, y yo aún más por haber aceptado casarme con él».

«Debería cancelar la boda y aceptar la invitación del abuelo para volver a casa. No toleraré semejante trato». Tiró de la cincha de la silla y soltó el estribo.

Trean salió del establo de Orión y le puso el hocico en la mano. Acarició su cabeza y condujo a Orión a través de la puerta del establo. A lomos de su caballo, se dirigió al lago, con Trean pisándoles los talones.

Alejándose de la aldea, Duncan soltó un rugido de frustración. Supo en cuanto soltó las palabras que se había equivocado gravemente. ¿Qué demonio se había apoderado de él? Siempre el que tenía el control, se encontraba frecuentemente fuera de control cuando se trataba de Anna. Sabía que ella no había hecho nada malo. Cuando Bran la sorprendía, tomaba las riendas de la situación. No hizo más contacto del necesario, ni se quedó en el suelo, levantándose inmediatamente después de que él cediera.

La rabia celosa que lo poseía no le importó nada, golpeándolo rápida y completamente inesperada. ¿Qué locura le había embrujado para tratar así a la mujer que amaba? La había llamado vulgar puta delante de los hombres y del pueblo cuando la noche anterior le había pedido que confiara en él. La ira en sus ojos era algo que no había visto desde su captura. Sabía que no debía acercarse a ella ahora, sólo empeoraría las cosas. Necesitaba tiempo para calmarse y él también.

Si no controlaba sus celos, sabía que corría el riesgo de perderla, si no lo había hecho ya. Su abuelo le había ofrecido llevarla al sur, a las tierras de Elliot, en la frontera. El miedo a que se marchara le atenazó las entrañas y se dejó caer sobre sus rodillas, con la cabeza entre las manos. La atracción del clan y la familia representaba una amenaza muy real. Si Anna decidía marcharse, sólo podría culparse a sí mismo. Sabía que no podía permitirlo y que no tendría más remedio que seguirla hasta convencerla de que volviera con él. ¿Pero a qué volvería? ¿A un marido tan celoso que nunca se ganaría su confianza? ¿Qué mujer elegiría voluntariamente un

destino así?

CAPÍTULO 24

Para Anna, el lago se había convertido en un lugar de solaz, un lugar donde pensar. Mirar fijamente las aguas azul-verdosas normalmente le producía una sensación de paz, pero hoy era diferente. No podía quitarse de la cabeza la reacción y las palabras de Duncan. ¿Qué había hecho para ganarse su desconfianza, su ira? Él sabía que ella no lo deshonraría. Había sido testigo de cómo dos guerreros perfeccionaban sus habilidades, de la forma en que el hierro es afilado con hierro, nada más.

«¿Cómo puedo entregarme a un hombre que piensa tan poco de mí? ¿Un hombre que me diría algo tan soez en público, delante de los hombres a los que entreno?»

Intentó verlo desde su perspectiva, imaginar una situación en la que lo descubriera en el suelo con otra mujer, pero no pudo conjurar una comparación justa. Su mente no podía imaginárselo así. Seguramente podrían llegar a algún tipo de compromiso.

«¡Mierda! ¡No quiero un compromiso!»

El dolor y la rabia burbujeaban ante su reacción, ante su falta de confianza. Tal vez se alejaría de ella antes de lo que sospechaba, disgustado por su falta de delicadas habilidades femeninas.

El gruñido grave de Trean interrumpió sus cavilaciones. Siguió su mirada atenta para ver a una docena de hombres emerger de entre los árboles. Una mirada a Orión le dijo que no tenía ninguna posibilidad de llegar hasta él antes de que la rodearan. Un hombre le apuntó a la cabeza con una ballesta. Una maldición gruñó bajo su aliento cuando reconoció a dos hombres del grupo de Alain. A los otros no los había visto nunca.

«¡Mierda!»

—Mirad lo que tenemos aquí, muchachos. Y completamente sola. MacGregor nunca ha sabido cómo proteger lo suyo. Venid con calma, muchacha, y podemos hacer esto sin derramamiento de sangre.

Cogiendo las espadas que no estaban en sus fundas, Anna bajó lentamente los brazos fingiendo resignación. Al hacerlo, el hombre de la ballesta se acercó cautelosamente, con un trozo de cuerda en las manos. Anna sacó rápidamente la daga de la bota con una mano y el *sgian dubh* de la manga con la otra. Le atravesó la garganta antes de que pudiera reaccionar, empujando su cuerpo moribundo hacia atrás para prepararse para el siguiente ataque.

—¡La gata tiene garras! —Los hombres retrocedieron en un alboroto.

Trean retiró los labios, enseñó los dientes y se lanzó contra el enemigo más cercano. El hombre blandió su espada y el cachorro de lobo cayó estrepitosamente con un aullido. Anna dio un paso hacia él, pero otro hombre levantó la ballesta, amenazándola. Anna se arrojó al suelo rodando hacia delante y apareció frente a él. Le arrebató la ballesta de un golpe y le clavó las dos dagas en el cuello. Dos muertos y diez heridos, lo sabía. Sin embargo, morirían más antes de que ella se fuera en silencio. Dos de los que estaban frente a ella desenvainaron sus espadas, con rostros asesinos mientras miraban a sus camaradas caídos. Un movimiento borroso a su lado atrajo su atención. Antes de que pudiera reaccionar, un golpe en la cabeza acabó con su resistencia.

* * *

Duncan vio el establo vacío de Orión y supo el destino de Anna. Esperó en los establos a que

ella regresara, dispuesto a disculparse, a pedirle perdón y a acceder a todo lo que le pidiera. Lo único que sabía era que el mundo no estaba bien, que él no estaba completo una vez que ella se alejaba de su lado. Tras dos horas de espera, la poca paciencia que poseía se esfumó. Mientras ensillaba su caballo, Orión entró solo en los establos. Cada nervio del cuerpo de Duncan se encendió como si hubiera sido raspado por un hierro candente. Corrió hacia los campos de entrenamiento, llamando a la guardia para que cabalgara con él.

Llegaron rápidamente al lago y encontraron señales de lucha y dos hombres muertos. Duncan se quedó paralizado, incapaz de respirar o pensar. Las palabras de rabia que pronunció resonaban en sus oídos, condenándolo con cada respiración. Ahora se la habían llevado, sin duda herida, ya que nunca iría voluntariamente. No podía soportar el dolor que amenazaba con consumirle. Los gritos de auxilio de Callum resonaron en sus oídos mientras volvía a ver la cabeza de su hermano desaparecer bajo las turbulentas aguas por última vez.

—Capitán, ¿qué queréis que hagamos? —La voz de Tavish se abrió paso.

—¡Enviad a un hombre de vuelta e informad al lord, el resto conmigo ahora! —Duncan se restregó la cara con los bordes de la mano y consideró las posibilidades por un momento antes de responder.

Con casi dos horas de ventaja, espoleó a Lasair como si un zurrón de *cu sith* le mordiera la cola. Los hombres que llevaban a Anna cabalgaban con fuerza, haciendo que su rastro fuera fácil de seguir. Duncan no necesitó ningún rastro para conocer su destino.

Una vez que los hombres de Duncan se dieron cuenta de lo que había pasado, de quién la retenía, no necesitaron más incentivos. Cabalgaron como uno solo, deteniéndose sólo lo suficiente para descansar y dar de beber a sus caballos. Duncan se sintió humillado por la lealtad que Anna se había ganado, y avergonzado al saber que sus hombres comprendían la razón por la que había estado sola cuando la capturaron. Las miradas duras y furiosas que recibía decían que conocían sus acciones, y también sabían que ella asumiría el brutal coste.

Cuando vieron el torreón de MacNairn, ya habían bajado las puertas detrás del grupo de jinetes que perseguían, cerrando el acceso al castillo. Duncan sintió los negros escalofríos de la ira que amenazaban con apoderarse de él mientras observaba el torreón cerrado. Para su sorpresa, Trean cojeaba por el sendero justo delante. Duncan detuvo su caballo junto a la bestia herida. Se veía sangre en un hombro y tambaleaba con una de sus patas delanteras.

—Venid, muchacho, dejadme curarte la herida. —Alcanzó al cachorro, pero Trean gruñó en respuesta, alejándose de él. El corte en su hombro parecía ser superficial, y Duncan lo dejó ir. El lobo de Anna también lo había juzgado. Trean se paseaba justo dentro de la línea de árboles, su lacio y lastimero quejido acumulando otra medida de culpa en el corazón de Duncan.

—Tavish, enviad dos hombres de vuelta al lord e informad de lo sucedido. El resto permaneced aquí y vigilad. Iain y yo iremos a ver al lord Stewart. Hasta mi último aliento, arrasaremos todo hasta que no quede piedra sobre piedra. —Se volvió hacia sus hombres.

Clavando los talones en el costado de su caballo, Duncan condujo a Lasair hasta el límite, llegando a la estancia de su abuela horas después, tanto él como su corcel empapados en sudor y agotados.

Su abuelo le concedió una audiencia de inmediato, y sus ojos se encendieron cuando Duncan relató la captura de Anna por los MacNairn. Aeneas Stewart se levantó de su silla en el gran salón.

—Reunid a los hombres. Cargad las armas de asedio en sus carros. ¡Es hora de acabar con MacNairn! —Su rugido puso a todos en movimiento, dándole a Duncan una esperanza que apenas se atrevía a buscar. No era más que un muchacho la última vez que había visto a su

abuela tan enfadada.

Tardaron un día entero en reunir el equipo y los suministros necesarios para el asedio. Antes de que terminaran, su padre y los hombres de MacGregor llegaron a la torre Stewart. Cabalgando todo lo que permitían las carretas, la fuerza reunida tardó otro día y medio en llegar a la fortaleza de los MacNairn.

* * *

Anna flotaba en la nada. Oía voces débiles en el borde de su mente y experimentaba una sensación extraña. Algo en las voces sonaba urgente, insistente, reclamando su atención. Lo único que quería era resistirse a ellas y volver a sumergirse en el estado de felicidad del que disfrutaba. Al cabo de un rato, la extraña sensación volvió de nuevo y, con ella, la orden de las voces que no la dejaban en paz.

Tal vez si les respondía, le permitirían volver a sumergirse en la aterciopelada negrura. Decidida a despertarse el tiempo suficiente para responder, Anna luchó por alcanzar la superficie de la conciencia, donde la esperaba su cuerpo. Se encontró más hundida de lo que pensaba, asustada por lo lejos que había llegado. De algún modo, sabía que no estaba lejos del lugar sin retorno.

La extraña sensación se repitió, esta vez seguida de un chisporroteo.

—Ah, por fin despierta.

La voz estaba más cerca, y la extraña sensación de la que ahora se daba cuenta era la de alguien salpicándola con agua. Inmediatamente, una sensación de ardor le recorrió desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Anna luchó por abrir los ojos, por orientarse, por comprender lo que había sucedido, pero su cuerpo se negaba a obedecerla.

—Hola, mi mascota. Bienvenida a vuestro nuevo hogar.

Entrecerrando los ojos, Anna intentó ver al orador en la penumbra, trató de entender sus palabras mientras el dolor amenazaba con devolverla a la inconsciencia. Siseó ante la intensidad del dolor, una punzada palpitante de cientos de agujas. ¿Se estaba quemando? Buscó indicios de llamas, pero no los vio. Seguramente la habían capturado y llevado al castillo del conde de Northumberland, pero el hombre que tenía delante no era ni el conde ni su hijo. Su largo cabello pelirrojo tenía vetas grises. Su rostro sugería que tendría unos años más que su padre. Y lo que es más importante, reconoció que hablaba gaélico, no inglés.

—¿Nuevo hogar? —Sus palabras débiles y arrastradas sonaban extrañas a sus oídos.

—Sí, mi mascota. Por fin estáis en casa. Pronto nos casaremos. —Su voz contenía impaciencia. Sus ojos, locura.

Algo en su declaración resultó ser más de lo que su mente podía procesar, y Anna volvió a sumergirse en la sedosa oscuridad.

* * *

—¡Idiota! ¡Quería que la trajeran ilesa, no herida! Ya han pasado dos días. A este paso, pasara una noche antes de que este lo suficientemente bien como para hacer sus votos.

—Ella ya había matado a dos hombres, mi señor. No quiero que nadie la mate por venganza. Nunca antes había dejado a una muchacha desmayada de un golpe. No sabía con qué fuerza golpearla. —Acobardado por la ira de su lord, el hombre levantó las manos en un esfuerzo por apaciguar a su jefe.

Era bastante cierto. Esta gata infernal mató a dos de los hombres que había enviado a

buscarla, y había matado a otros antes. Las historias sobre ella no eran exageradas. Sus planes, sin embargo, requerían que Anna estuviera despierta y con el juicio suficiente para responder al sacerdote, sin tiempo para esperar a que se recuperara. Incluso ahora los hombres la buscaban, de eso estaba seguro.

Una vez pronunciados los votos y consumado el matrimonio, no le importaba quién lo supiera. Sólo necesitaba mantenerla alejada de MacGregor hasta entonces.

* * *

El dolor en la cabeza de Anna exigía atención. La oscuridad dio paso a una luz apagada que penetró en sus ojos. Al recordar la lucha en el lago, le vinieron a la memoria los detalles de su secuestro. Con un esfuerzo hercúleo, se incorporó. Palpó suavemente el costado de su cabeza, buscando el origen del dolor, y se encontró con un corte de cinco centímetros en la sien, la piel áspera, arrugada y mal cosida.

No se había aplicado ningún ungüento. Por el olor y el aspecto del agujero en el que la habían encerrado, la infección parecía inminente. Lentamente, miró a su alrededor, parpadeando para que sus ojos funcionaran correctamente, la fatiga y el dolor minaban sus fuerzas. La celda en la que estaba sentada era una de tantas. Separadas por gruesos barrotes de hierro, eran poco más que jaulas. Su movimiento debió de alertar a un guardia, ya que se oyó actividad al otro lado de la puerta.

Un hombre maloliente y desaliñado que llevaba una espada corta y un juego de llaves deslizó una barra de pan bajo una ranura de los barrotes. Colocó una jarra alta de agua entre los barrotes y le gruñó. Anna no se movió ni reaccionó, pero lo vio salir por la puerta. Sacando fuerzas de flaqueza, cogió el pan.

El duro pan tenía manchas de moho gris y verde. Sin saber el día, Anna no recordaba la última vez que se había llevado algo a la boca. Incluso la mirada del pan mohoso despertó una bestia hambrienta que amenazaba con salir de su vientre. Quitó el moho, rompió la hogaza y la inspeccionó en busca de gusanos o gorgojos. Al no encontrar ninguno, se obligó a comer. Olfateó el agua antes de probarla, bebió un largo trago para engullir el rancio pan.

Al cabo de una hora, la puerta exterior volvió a abrirse. El hombre de más edad que había visto antes entró a grandes zancadas. Esta vez le acompañaban dos guardias armados.

—¿Segura que ya estáis despierta, querida? —Su sonrisa mostraba una boca llena de dientes marrones y torcidos que hacían juego con su piel cetrina y picada.

—¿Quién sois y por qué me habéis encarcelado? —Anna le miró fijamente durante un momento, intentando formar palabras. Su voz no era más que un graznido seco.

—Vais a casaros conmigo, querida. —Una mueca de maldad se dibujó en su rostro.

—¿Casarnos? Estoy prometida a Duncan MacGregor. El compromiso ha sido anunciado. ¿Quién sois? —Lo miró incrédula, con la respiración entrecortada.

—Sí, bueno, estáis aquí, ahora. Nuestro matrimonio os dará la oportunidad de reemplazar lo que me quitasteis. —Su sonrisa se transformó en algo más siniestro.

—No tengo ni idea de lo que habláis. Jamás me casaré con vosotros.

—Os casaréis conmigo y tendréis a mi heredero. —Su sonrisa se endureció hasta convertirse en una mueca. El esfuerzo que había hecho por mantener la calma se desvaneció y su tono se convirtió en un gruñido—. Llevadla.

Los dos guardias le colocaron grilletes en los tobillos y las muñecas y la sacaron de la mazmorra a medio andar, a medio arrastrar. La cabeza le palpitaba y el mareo la abrumaba, haciéndola tambalear sobre sus fríos pies descalzos.

Subieron una larga escalera, atravesaron una pesada puerta y llegaron al exterior, a pleno sol. La luz la cegó y aumentó el punzante dolor de su cabeza. Cuando sus ojos se adaptaron lentamente a la luz, Anna vio que se dirigían a una capilla. Se dio cuenta de su intención, pero sabía que no podía obligarla legalmente a casarse. Tendrían que matarla. En su estado actual, sería un camino corto hacia la muerte.

—Considerad vuestras palabras cuidadosamente, mi mascota. Vuestras elecciones decidirán cómo seréis tratada de aquí en adelante. En cualquier caso, tendréis un heredero, eso es seguro. Es preferible un heredero legítimo, pero un bastardo bastará. —El hombre la miró. Sus labios volvieron a la mueca de desprecio y sus ojos brillantes proclamaron su locura.

Anna permaneció callada. Cuando entraron en la estructura de piedra, un sacerdote estaba de pie ante el altar. Su expresión pasó del nerviosismo al horror cuando vio su aspecto y sus grilletes.

—Padre, es la hora. —Su captor inclinó la cabeza hacia el sacerdote.

El sacerdote miró rápidamente al hombre, tragándose las palabras que le venían a la mente, y comenzó la ceremonia.

Anna estaba atrapada en su peor pesadilla, obligada a casarse con un hombre malvado que sólo quería que diera a luz a su hijo. Cerrando los oídos a las palabras del sacerdote, se aferró a su amor por Duncan. Decidió ignorar su amarga despedida, repitiendo en su mente sólo acontecimientos agradables, controlando su instinto de pánico.

—¿Juráis solemnemente, Baen MacNairn…?

¡MacNairn! ¿El lord MacNairn la había capturado? Lo que había dicho antes ahora tenía sentido. De alguna manera había descubierto que ella había matado a su hijo, Adair, cuando le robó a Nessa. Su mirada se fijó en su rostro. Él le dedicó una sonrisa entre dientes.

—¿Y vosotros? —El sacerdote se apartó de MacNairn y ahora le habló a ella.

—No, no quiero. Preferiría morir antes que casarme con una bestia como ésta. —Con la mirada firme, Anna respondió.

Los ojos del sacerdote se desorbitaron de terror y retrocedió.

—Gracias, padre. Vuestros servicios ya no son necesarios. —MacNairn se volvió hacia el sacerdote. Sujetándola del brazo, la arrastró con violencia de vuelta a su celda. La arrojó al suelo y cerró la puerta de un portazo—. Os pudriréis aquí unos días más. Pronto me suplicaréis para casaros. —La escupió, se dio la vuelta y se marchó.

CAPÍTULO 25

Al final del tercer día, Duncan se aseguró de que todos estuvieran en sus puestos y listos para el ataque. Arrasar la aldea le había llevado menos de un día, ya que MacNairn había dejado pocos soldados para proteger a su pueblo. La mayoría de sus guerreros se reunieron tras sus muros de piedra, protegiendo su inútil pellejo. Los aldeanos apenas opusieron resistencia cuando vieron el tamaño de la fuerza combinada montada contra ellos, y varios expresaron su alivio al descubrir que un ejército había venido a sacar a su lord de su fortaleza, dando la bienvenida al fin de su gobierno de negligencia y crueldad.

Duncan necesitó toda la disciplina que poseía para permanecer en posición fuera de los muros, consciente de que Anna estaba prisionera allí. Temía perder la razón por la preocupación, la ansiedad royéndole un ardiente agujero en el vientre. MacNairn había retenido a su Anna, su corazón, durante cuatro días. Podía haberle pasado cualquier cosa, si es que aún vivía.

Los lores y capitanes se reunieron. Después de muchas discusiones, Kenneth MacGregor tomó el control y formularon un plan.

—Esperaremos hasta medianoche para comenzar el asalto. Con cuatro trabucos colocados alrededor de las murallas, el ataque vendrá desde tres lados. Dos se centrarán en la puerta principal y la muralla, donde se reúne la fuerza principal de los MacNairn. Pensarán que intentamos debilitar sus defensas y forzar la entrada por allí. Los otros dos se centrarán en la torre y los edificios desde el este y el oeste.

—Duncan guiará a veinte hombres por el muro sur con cuerdas y garfios. El humo y el fuego deberían crear suficiente confusión para enmascarar vuestra aproximación. Encuentren a Anna y váyanse por donde vinieron. Evitaremos la parte trasera del torreón.

Duncan sintió la mirada de los tres lores.

—Cinco de su grupo serán mis hombres —añadió Elliot, su voz no dejaba lugar a la negativa.

Duncan asintió.

El plan era bastante simple. Quemar MacNairn hasta los cimientos y liberar a Anna mientras lo hacía. Duncan eligió a una veintena de hombres para acompañarle, entre ellos quince de los MacGregor que Anna había entrenado. Los cinco hombres de Elliot incluían a su tío y a sus primos. Ahora, sólo quedaba la tortuosa espera hasta la medianoche.

* * *

Cuando Anna se despertó, se encontró con unas correas de cuero atadas a los postes de la cama que le ataban las muñecas. Vestida sólo con su camisón corto y sus corpiños, sabía que su posición indefensa revelaba las intenciones de MacNairn. Escalofríos de repulsión le recorrían la espina dorsal al pensar en las manos del hombre sobre ella mientras la desnudaba mientras yacía inconsciente. Sin dolor entre las piernas ni rastro de sangre en la cama, sabía que no había ocurrido nada carnal… todavía. Una rápida exploración de la pequeña habitación no mostró rastro de sus pertenencias ni de ninguna otra prenda de vestir.

Una fuerte conmoción resonó más allá del muro de cortinas, provocando gritos y clamores desde el interior de la torre del homenaje.

«¿Elliot? ¿MacGregor? Un miedo atroz la invadió. MacNairn no me dejará salir viva… ni sin ser ultrajada». Su mirada se dirigió a la puerta, casi esperando que él cargara contra la habitación,

decidido a descargar su ira contra ella antes de matarla. Dudaba que viviera lo suficiente para ser rescatada. Fuera cual fuera su plan de ataque, sabía que, si no encontraba alguna forma de escapar de su situación actual, los clanes llegarían demasiado tarde.

Aunque la noche era fresca, el sudor corría por su rostro y su cuerpo temblaba. Temía que la infección se hubiera extendido por la herida mal curada, limitando aún más el tiempo de que disponía para escapar antes de quedar incapacitada por la debilidad.

La luna nueva ofrecía escasa luz, pero proporcionaba una cubierta de sombras para ocultarla si lograba escapar de esta cámara. Volvió a moverse en la cama y descubrió que podía doblarse lo suficiente como para alcanzar las ataduras con los dientes. En un frenesí de esperanza, se esforzó por desatar la primera, y luego utilizó la mano libre para desatar rápidamente la otra, frotando sangre y calor en sus muñecas cortadas y magulladas. Tras desatar el cuero, introdujo las manos en las ataduras aflojadas y se recostó en la cama, esperando a que apareciera el demonio o alguno de sus lacayos.

No tardaron en oírse voces en el pasillo. El MacNairn apostó un guardia en la puerta y luego introdujo la llave en la cerradura. Cuando entró en la habitación, Anna cerró los ojos como rendijas, fingiendo dormir. Se cernió sobre ella y sintió su presencia, la olió, se ahogó en ella. Cada músculo de su cuerpo le pedía a gritos que atacara y necesitó toda la disciplina que poseía para permanecer relajada.

MacNairn se subió a la cama con ella, a horcajadas sobre sus caderas, agachado sobre ella a cuatro patas. Anna sintió su aliento caliente y vil en la cara cuando se inclinó hacia delante y le lamió la mejilla. Sin previo aviso, ella empujó sus caderas hacia arriba con un violento movimiento, arrojándolo contra la pared de piedra, de bruces. La sangre salpicó caliente su piel. Él gimió, aturdido por el impacto. Rápidamente, Anna soltó sus muñecas de los lazos. Le rodeó la cabeza con las piernas y le aprisionó el cuello y uno de los brazos. Apretó más las piernas y la presión sobre el cuello interrumpió el flujo de sangre al cerebro. Incapaz de proferir más que una protesta gutural, se sacudió y cayó de la cama, casi deshaciéndose de su agarre con la caída. Anna se golpeó con fuerza contra el borde de la cama y un dolor agudo y punzante le atravesó el costado. Ignoró el dolor y se retorció, apretando con más fuerza mientras el rostro del MacNairn se teñía de un rojo púrpura oscuro. Su cuerpo cayó hacia delante mientras se desmayaba, y ella lo soltó para incorporarse rápidamente sobre su espalda. Sujetándole la barbilla con una mano y el cabello con la otra, le retorció la cabeza con toda la fuerza que pudo reunir. El crujido resultante envió a MacNairn a reunirse con su hijo en el más allá.

Anna esperó a que el guardia reaccionara a los ruidos de los golpes, pero se dio cuenta de que probablemente creía que su lord simplemente se divertía con vigor. Desechando la idea con un gruñido de disgusto, volvió a revisar la habitación en busca de ropa, pero no encontró ninguna. Sin otra opción, cogió la del lord. Vestida con una túnica que apestaba a él, Anna se obligó a apartar la repulsión de su mente mientras se ceñía su tartán a los hombros, se abrochaba su ancho cinturón de cuero a la cintura, mucho más pequeña, y, lo que era más importante, le arrebataba su *sgian dubh*. Observándola de cerca, reconoció la pequeña espada que Duncan le había regalado con el escudo de los MacGregor. Sin duda, MacNairn había considerado su puñal una especie de trofeo. Metió los pies en sus botas, pero eran demasiado grandes, más un estorbo que una ayuda, y las apartó de un puntapié.

Tranquilizándose para la siguiente parte, se aseguró de que el cuerpo de MacNairn yacía oculto junto a la cama. Levantó la barra de la puerta y la abrió apenas un resquicio. Con la daga desenvainada, se agachó detrás del portal.

—¿Lord? —preguntó tímidamente el guardia mientras echaba un vistazo a la habitación. Con

una mano en el puñal, entró en la habitación y dio un paso repentino hacia la cama antes de detenerse. Al salir de detrás de la puerta, Anna le dio una patada en la parte posterior de la pierna, haciendo que una rodilla cayera al suelo. Un rápido golpe de su daga en la garganta le hizo caer, desangrándose en los juncos podridos. Cerró la puerta y la bloqueó, arrodillándose para desabrochar el cinturón del guardia y recoger sus armas. Además de su *sgian dubh*, llevaba un puñal casi tan largo como sus espadas cortas y una espada de calidad dudosa.

Sin aliento por el esfuerzo y débil por la fiebre y la falta de comida y agua, luchó contra una oleada de mareos mientras se secaba el sudor de la frente. Una vez eliminado el peligro inmediato, intentó respirar hondo para calmarse, pero el dolor en las costillas la cortaba como una cuchilla. Resopló a pesar de la agonía y esperó a que esta pasara, para luego equiparse con todas las armas, sintiéndose más segura ahora que estaba armada. Miró por la ventana mientras el ruido del exterior aumentaba. Desde la distancia que la separaba del suelo, parecía encontrarse en el segundo piso de una torre de tres niveles con una estructura de madera y vigas sobre ella. Buscó en el zurrón del guardia y sacó una gran botella de *whisky*.

Tras abrir los postigos de la ventana para que entrara más aire, Anna apiló la pequeña mesa de madera y dos sillas sobre la cama. Con el *whisky* empapó un viejo tapiz que colgaba de una pared. La parte superior de la tela apolillada alcanzaba la altura suficiente para que las llamas prendieran fuego al suelo. Vació el resto del contenido de la petaca sobre el colchón relleno de brezo, encendió el tapiz y luego el colchón con la vela antes de salir de la habitación. Con la espada y la daga en la mano, avanzó por el pasillo hacia la escalera, sintiendo a cada paso como si un cuchillo se clavara profundamente en su costado. Cerrando su mente al dolor, Anna se detuvo en una alcoba para escuchar pisadas y voces. Nada dentro de la fortaleza hacía ruido. Todos los ruidos procedían del exterior. Las escaleras terminaban en un gran vestíbulo lleno de mesas, bancos y un gran hogar. Lo encontró vacío.

Las puertas dobles estaban entreabiertas, dejando entrar los sonidos de la batalla en las murallas. Echó un vistazo al patio y vio que no había actividad, aunque la parte superior de las murallas estaba llena de guerreros MacNairn armados con arcos, la mayoría concentrados en la puerta principal. Examinó la muralla y vio una pequeña puerta de poste desprotegida desde abajo. Sólo había dos hombres encima.

Necesitando una distracción adicional y una salida, Anna se dirigió en silencio hacia los establos, pegándose a las sombras por el camino. Tenía que moverse deprisa, pues el fuego de la torre no tardaría en alertar a los hombres. Sus músculos protestaban, haciéndose eco del dolor que sentía en el costado y en la cabeza. El mareo amenazaba con apoderarse de ella, pero lo contuvo. Se deslizó por una puerta lateral y entró en los establos.

Los caballos imitaron su nerviosismo, sintiendo la tensión en el aire de la batalla que se libraba fuera. Acechando a lo largo de los establos, vio a un joven de no más de doce años de guardia, con la atención puesta en la ventana. Como no quería herirle de gravedad, se acercó sigilosamente por detrás. Le asestó un golpe en el cuello con el borde plano de la mano, dejándole inconsciente. Sujetándole por los hombros, lo sacó por la puerta y lo arrastró hasta el patio. Cogió una brida de un gancho y se la colocó a un caballo grande y oscuro. Lo condujo a la parte trasera de los establos y fue abriendo cada uno de ellos, permitiendo que los caballos salieran por las grandes puertas dobles.

La veintena de caballos parecían confusos por estar libres y entraron lentamente en el patio. Anna arrojó un farol a un gran montón de heno que había en la parte trasera de los establos y sacó a su caballo al exterior. Se aferró a la brida con fuerza y lo condujo hacia la puerta más pequeña, sin vigilancia, mientras el resto de los caballos se arremolinaban detrás de ella.

Entonces, forzó la cerradura oxidada y clavó la daga más pequeña del guardia en la bisagra superior, doblando ligeramente la hoja y dejando la puerta abierta. Los fuegos de los establos y la torre aumentaron, y los gritos de los hombres le advirtieron de que habían sido descubiertos. Obligándose a subir al lomo de su caballo, se incorporó con dificultad, jadeando por el dolor que sentía en el costado. Los incendios agitaron aún más a los caballos, que salieron en estampida relinchando fuertemente, asustados. Al descubrir la puerta abierta, salieron del patio tan rápido como les permitía la pequeña abertura.

Apoyándose en el cuello de su caballo, Anna se mantuvo en medio de la manada, oculta por la masa de caballos asustados. Una vez fuera de las puertas, cabalgó directamente hacia el linde del bosque, a unos cientos de metros de distancia. Al llegar al abrigo de los árboles, se detuvo y miró hacia la torre en busca de señales de persecución. Sólo un campo vacío se interponía entre ella y la muralla. El torreón en llamas iluminaba el cielo. Había escapado.

A pesar de que la escasa luz de la luna le permitía distinguir formaciones de hombres en la linde del bosque, se dirigió hacia el grupo más cercano. Más de una docena de hombres armados con *claymores*, espadas, ballestas y hachas la rodearon de inmediato. Cerca de ellos descansaban varios carros. Al parecer, ella les había interrumpido mientras cargaban un pequeño trabuco. En los carros, junto a los aparatos de madera, había grandes jarras de cerámica. Por el olor, contenían fuego griego.

—Soy Anna del clan MacGregor, prometida de Duncan MacGregor. —Anna se deslizó hasta el suelo y levantó las manos, recostándose en el hombro de su caballo.

—Si sois quien decís ser, ¿por qué vestís como un MacNairn? —Un hombre calvo y rechoncho, que parecía tan ancho como alto, la miró de cerca. Su voz retumbaba tan ronca como su aspecto.

—No tenía otra elección de ropa y cogí lo que había a mi alcance. Si me lleváis ante algún MacGregor o Elliot, podréis confirmar mi identidad. Supongo que mi captura es la razón por la que las fuerzas están reunidas aquí. Una vez que se sepa que estoy a salvo lejos de los MacNairn, se podrán salvar muchas vidas.

—Sí, los Stewart luchan hoy junto a los MacGregor y los Elliot, pero nada salvará a Baen MacNairn de su destino. Hace tiempo que debería haber muerto. Si decís la verdad, el capitán MacGregor se sentirá aliviado de que su futura esposa esté libre. —El hombre calvo escupió al suelo.

—El lord MacNairn ya no existe. Le rompí el cuello a esa bestia asquerosa con mis propias manos. —Un guerrero tomó su caballo. Anna agradeció con la cabeza.

Su afirmación provocó un murmullo de especulaciones en el grupo de hombres que los rodeaba. El líder le dirigió una mirada acusadora, dando a entender que no la creía.

—De todos modos, me llevaré vuestras armas, muchacha.

Anna entregó las armas que había tomado de los MacNairn, pero dudó en entregar su *sgian dubh*. Debido a los efectos de las heridas y a la falta de comida y agua durante el cautiverio, Anna llegó al límite y se tambaleó. Levantó la barbilla y fijó la mirada en el hombre.

—Esto fue un regalo de Duncan MacGregor para mí. No lo entregaré por las buenas.

Al ver el escudo de MacGregor en la empuñadura, el hombre esbozó una sonrisa y asintió. Le dio la espalda y se dirigió hacia el grupo principal de criados. Anna lo siguió, junto con otros cinco hombres, uno de los cuales conducía el caballo que había robado. Pasaron detrás de varios grupos más de guerreros Stewart antes de llegar finalmente a un grupo de MacGregor.

—¡*Lady* Anna!

En ese momento, la joven se volvió al oír su nombre y vio que Liam echaba a correr hacia

ella. Abrumada al ver por fin una cara amiga, tropezó los últimos pasos y lo abrazó.

—Tranquila, muchacha. Los lores y el capitán se alegrarán de veros a salvo. Os lo dije, si atacáis a un MacGregor, nos atacáis a todos.

Agotada, se tambaleó detrás de Liam mientras se dirigían hacia los lores. En la oscuridad, Anna no podía ver las rocas y sus pies descalzos sufrían por ello. Ya no le importaba, y un poco más de dolor no suponía ninguna diferencia. Oyó su nombre cuando otros la reconocieron, algunos dándole las gracias por su huida. Anna estaba a punto de decirle a Liam que tenía que parar a descansar cuando vio a su prometido sentado en su caballo bayo.

—Duncan. —Aunque apenas fue un susurro, él giró en su dirección. Antes de que diera el siguiente paso, la abrazó.

—Gracias a los santos, Anna. Pensé que os había perdido.

El calor de su aliento la reconfortó mientras hundía la cara en su cabello. Sin embargo, el peso de la última noche se apoderó de ella y se estremeció incontrolablemente, aferrándose a él como si su vida dependiera del contacto. Le echó el cabello hacia atrás y sus dedos rozaron la herida. Anna se estremeció.

—Estáis herida. —Su expresión de alivio se transformó en airada preocupación. La acercó para examinarle el corte mal cosido de la cabeza y soltó una maldición cuando ella se estremeció al tocarle las costillas.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Anna, ahogando su intento de esbozar una sonrisa valiente. Recordó cómo la había llamado el día que se marchó. Si lo pensó entonces, ¿qué debía pensar ahora después de pasar días -y noches- bajo el deshonroso cuidado de MacNairn?

Después de cogerla de la mano, la alejó de la línea del frente. Anna sólo consiguió dar unos pasos tambaleantes antes de que él la estrechara entre sus brazos. La llevó a una gran tienda situada muchos metros por detrás de la retaguardia de la formación, la colocó sobre un jergón y pidió comida y bebida. Alguien trajo un odre de agua, pan y queso.

MacGregor entró, seguido por su abuelo y un hombre mayor de aspecto fuerte que ella no había visto antes.

—Anna, gracias a Dios que estáis a salvo. —Morey Elliot se dirigió primero a ella, poniéndose en cuclillas en el suelo a su lado. Al ver su herida a la luz de la linterna, le preguntó —. ¿Cómo estáis?

—Tengo fiebre, miedo, temo que la herida esté infectada. —Aún temblorosa, luchó contra las lágrimas.

—Anna, él es Aeneas Stewart, el padre de Mairi, mi suegro. —Kenneth le presentó al anciano.

—Veo que sois una muchacha tan fuerte y valiente como me dice mi nieto. —El Stewart sonrió cálidamente y asintió.

Esperaron pacientemente a que Anna se recompusiera antes de presionar para obtener información. Tras beber unos tragos de agua y comer unos bocados de pan, respiró tan hondo como se lo permitieron sus costillas heridas y contó lo que recordaba. Gran parte de sus recuerdos eran confusos, sobre todo el momento en que sucedieron las cosas. No tenía ni idea de cuántos días había estado bajo las garras de MacNairn. Mientras describía lo que pretendía la bestia, Duncan se levantó bruscamente, con las manos cerradas en puños, mientras se paseaba por el pequeño espacio de la tienda.

Anna sabía que no debía intentar calmarlo, así que continuó su relato. Cuando llegó al punto en el que MacNairn intentó apresarla, Duncan se puso rígido y cerró los ojos. Murmullos y gestos de incredulidad llenaron la tienda cuando ella describió cómo había matado al vil hombre.

Rápidamente terminó su relato.

—Es mi dulce hada, sin duda. Más fuerza y coraje que una torre llena de esos bastardos.

—Elliot la abrazó suavemente.

El cuerpo de Anna se estremeció. Miró a Duncan, con la esperanza de aprovechar su fuerza. Se puso a su lado y la acunó con cuidado, murmurándole palabras tiernas al oído. No sabía por qué la consolaba, simplemente lo hacía. Sabía que aquello no duraría. No podía. Quería saborear cada momento antes de que él supiera que ya no era virgen. Por lo que él sabía, se la habían llevado mientras estaba inconsciente, aunque ella sabía que no era así. Aspirando su aroma, la sensación de sus brazos a su alrededor, Anna dejó que se grabaran en su mente para cuando la dejara marchar. Tendría que ser suficiente. Sabía con una certeza tan fuerte como las montañas que tenía ante ella que nunca amaría a otro hombre como amaba a éste. Aunque ahora le ofrecía amabilidad, Anna sabía que él ya no podía quererla. Su abuelo le besó la frente y siguió a MacGregor fuera de la tienda, con el lord Stewart pisándoles los talones. Cerrando los ojos, se concentró en el hombre cuyos brazos la rodeaban. Utilizó su calor para alejar el miedo y la conmoción. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que él no se había movido en absoluto. ¿Había asimilado por fin la realidad de los hechos? ¿Seguiría consolándola mientras se alejaba emocionalmente o se la entregaría a su familia para que se ocupara de ella?

La respuesta no tardó en llegar. La tumbó en el jergón, cogió una manta y la cubrió. Cuando se sentó a su lado, Anna observó la tensión de su cuerpo. Más revelador era el frío que sentía ahora que ya no la abrazaba.

En ese instante, Fiona atravesó la entrada de la tienda.

—¿Qué maldito idiota ha cosido a nuestra señora? Un ciego podría haberlo hecho mejor. Tranquila, muchacha. Fiona os curará. —La curandera limpió la herida en la cabeza de Anna, luego aplicó un vendaje de hierbas.

—Comprobad sus costillas del lado derecho. Me temo que están rotas. —La voz de Duncan era baja, distante, provocando un escalofrío más profundo dentro de ella.

Fiona palpó las costillas heridas y las vendó con fuerza, permitiendo a Anna respirar más libremente. Sacó una tisana de una pequeña tetera y vertió el líquido caliente en la garganta de Anna mientras Duncan la ayudaba a sentarse. Demasiado agotada y febril para luchar, Anna dejó que la trataran como quisieran. Sus ojos, pesados y ardientes, nunca se apartaban de Duncan, buscando señales de su amor que ella ansiaba tan desesperadamente. Sus acciones rígidas y su rígido lenguaje corporal decían todo lo que necesitaba saber. Demasiado cansada para llorar su pérdida, Anna cerró los ojos y dejó que el sueño se la llevara.

CAPÍTULO 26

Duncan había visto a Anna acercarse, apenas capaz de mantenerse en pie, sostenida por Liam, y nunca se había movido tan rápido en su vida. Aunque ella lo abrazó, él sabía que algo no iba bien. Temblaba, su piel ardía. Duncan se apartó para mirarla y le apartó el cabello del rostro, rozándole una herida en un lado de la cabeza. Aunque no era grande, se veía mal curada y muy irritada.

Al darse cuenta de que estaba herida, rápidamente comprobó el resto de su cuerpo. Anna retrocedió cuando le tocó las costillas. Otra herida. Una revisión superficial en la oscuridad no sería suficiente. La cogió de la mano y la acompañó hasta la tienda principal. Ella dio dos pasos inseguros antes de que él viera que sus pies estaban descalzos. Suficiente. La tomó en sus brazos y la llevó el resto del camino.

Al entrar en la tienda, Duncan la tumbó sobre un jergón de mantas y pieles. Pidió comida, bebida y a Fiona, usando la luz de la linterna para examinar más a Anna. Aparte de la cabeza, las costillas y una gran variedad de odiosos moratones, no tenía ninguna otra herida grave. Sus ojos contaban otra historia. Comió poco, bebiendo como si el bastardo no le hubiera dado ni una gota en todo el tiempo que la había tenido prisionera.

Los lores llegaron y esperaron a que saciara su sed y recuperara la compostura. La debilidad de su voz inquietó a Duncan, pero la muerte de sus ojos fue su perdición. Sus expresivos ojos verdes siempre decían exactamente lo que sentía. Chasqueaban cuando se enfadaban, ardían de entusiasmo cuando discutían y se oscurecían de pasión cuando amaban. Ahora sus ojos miraban sin vida desde su rostro pálido y demacrado. Duncan se paralizó, sintiendo como si alguien le hubiera arrancado el corazón con una cuchilla oxidada.

Mientras Anna le contaba su historia, la rabia se apoderó de él y le devoró el cuerpo como si estuviera atado en una hoguera encendida. La rabia se ensañó a partes iguales con MacNairn por haber cometido tales brutalidades y con él mismo por haber provocado las circunstancias.

Durante años se hablaría del asesinato de MacNairn y de su audaz huida. Cuando terminó su relato, ya no podía hablar correctamente, su voz le fallaba. Los lores se despidieron, pero Duncan no quiso seguirlos. Anna lo miró, con la necesidad en los ojos, y él le ofreció sus brazos. Cuando Anna hizo un movimiento hacia él, Duncan la estrechó, meciéndola suavemente de un lado a otro, murmurando palabras tranquilizadoras que a sus oídos sonaban vacías. Ella estaba más allá del consuelo, pero él le dio lo que ella le permitió. Anna no sabía cuánto recordaría de aquella noche. Por piedad, esperaba que no mucho.

De repente, Fiona entró en la tienda y examinó minuciosamente a Anna, chasqueando la lengua y murmurando contra el trato que había recibido. Duncan tumbó a Anna en el jergón y la curandera curó primero su cabeza, mezclando una pasta de hierbas para eliminar la infección, y luego le vendó las costillas. Le prepararon una tisana y la obligaron a beber.

—¿Qué tan mal está? —Un temblor de miedo vaciló en la voz de Duncan.

—Parece que se ha roto dos costillas, pero lo que me preocupa es su cabeza. El torpe que la atendió no le hizo ningún favor. Lo hizo mal y está infectada, provocándole fiebre. Debemos seguir dándole esta infusión de matricaria y milenrama y mantenerla fresca. Debería estar en una cama adecuada donde podamos atenderla, no en un maldito campo de batalla. —Fiona ladeó la cabeza.

La orden y la preocupación en la voz de Fiona le dijeron todos lo que necesitaba oír. Una vez

que Anna se durmió, Duncan la dejó al cuidado de Fiona y buscó a su padre. Encontró a los lores reunidos con los otros capitanes. Habían alterado los planes de batalla ahora que Anna estaba a salvo y MacNairn muerto.

—¿Qué dice la curandera? —preguntó Elliot.

—Necesita estar en una cama adecuada para que podamos atenderla adecuadamente.

—Elegid algunos hombres y llevadla a casa. No estáis en condiciones de luchar pensando en su estado —dijo Kenneth.

Duncan asintió. Llamó a cinco hombres y trasladaron el jergón a un carro. Trean salió de las sombras fuera de su tienda y Duncan lo colocó con cuidado en la parte trasera del carro, donde se acurrucó a la espalda de su ama. Los hombres montaron y emprendieron el camino de vuelta a Ciardun.

El día y medio de viaje transcurrió sin incidentes, aunque la fiebre nunca aflojó sus garras. Fiona permaneció junto a Anna, refrescándola con paños húmedos cuando ardía y envolviéndola en mantas cuando tenía frío. Trean le lamía repetidamente la cara, pero Anna no recuperaba el conocimiento. En cuanto llegaron al castillo, Duncan la llevó a su habitación. Trean lo siguió escaleras arriba y se tumbó en un rincón junto a la chimenea. Mairi y Nessa la despojaron de las asquerosas ropas que llevaba y Duncan las cogió y las quemó, maldiciendo a MacNairn mientras lo hacía. Cuando regresó, las damas habían limpiado a Anna todo lo que pudieron, librándola del asqueroso hedor de MacNairn, y la habían vestido con ropa de dormir.

—Debéis estar cansados y hambrientos del viaje. Id, comed y bañaos. Nosotras la cuidaremos —le animó Mairi.

—No puedo. Es mi culpa que esté tan cerca de la muerte. No me iré de su lado hasta que se recupere. —Los ojos de Duncan no se apartaban de Anna.

—¿Por qué es vuestra culpa? —Duncan sintió la mano de su madre en el brazo.

El noble respiró hondo y confesó sus acciones el día que Anna fue secuestrada. Mairi no ocultó su conmoción. Ninguno de los dos habló durante unos instantes. Finalmente, Mairi le apretó el hombro.

—Sabéis muy bien lo fuerte que es Anna. Lo superará.

—MacNairn la mantuvo hambrienta y prisionera todo el tiempo en su calabozo, a pesar de su herida. Estaba conmocionada, apenas podía mantenerse en pie cuando nos encontró. Sé que es fuerte, pero un cuerpo no puede soportar tanto. Temo por su vida. No me separaré de ella hasta que la fiebre la abandone. —Encontró la mirada de su madre.

—Encontraréis la forma de compensarla, y dejaréis de lado estos celos mezquinos. Haré que envíen comida. —Un suave beso rozó su mejilla.

—Iré a dormir, pero volveré mañana. Mantenedla fresca. Haz que beba una pequeña cantidad de este brebaje cada dos o tres horas. Necesitáis comer y descansar. Será una larga batalla antes de que vuelva en sí. —Cuando llegó la bandeja, también llegó Fiona con una tetera nueva para el fuego.

La puerta se cerró suavemente, dejando a Duncan solo con sus pensamientos mientras velaba a la mujer que amaba. Ambos durmieron con dificultad. Duncan se agitaba con cada gemido y movimiento de ella. Anna murmuraba en sueños, hablando con desconocidos en diferentes idiomas, incluido uno que Duncan no había oído antes. Supuso que era la lengua de su mentor.

A medida que divagaba, se le iban ocurriendo cosas. Duncan escuchó atentamente sus susurros y lo que oyó le rompió el corazón. Suplicaba ser aceptada y hablaba de su anhelo de encontrar un lugar en un mundo que no la consideraba ni inglesa ni escocesa. Sus palabras perdían coherencia, pero su angustia permanecía.

Duncan le tocó la mejilla caliente y seca, recorriendo con los dedos el rostro que amaba. Ella se volvió hacia su caricia, con lágrimas goteando sobre su mano.

—Duncan, lo siento… por favor, no me abandones. —Su voz se quebró y sollozó en silencio.

Duncan quiso responder, pero se dio cuenta de que su amada hablaba desde lo más profundo de su tormento. Su estado febril derribó sus muros protectores y su angustia se derramó. Impotente, la escuchó suplicar por su amor, oírla admitir sus sentimientos de indignidad, todos por sus palabras de celos.

Era demasiado. La vergüenza de lo que le había hecho le desgarró sin piedad. La había herido gravemente, en mente, cuerpo y alma. Siempre había tenido razón: no la merecía. Por egoísmo, Duncan también sabía que no podría vivir sin ella. Prometió que no permitiría que nada volviera a sucederle si las Parcas le permitían vivir. Pasaría el resto de sus días ganándose su confianza, su amor.

Al final del tercer día, la fiebre desapareció y su piel se enfrió. Sin embargo, seguía profundamente dormida.

—Su respiración es más superficial de lo que debería ser —opinó Duncan.

—Probablemente se deba al dolor. Las costillas rotas no permiten una respiración profunda —explicó Fiona.

Las costillas rotas no explicaban su palidez ni el debilitamiento de su corazón.

—¿Qué es eso? —Se volvió hacia la olla en el fuego. Por fin, algo de la tetera de Fiona olía agradablemente.

—Es una infusión de menta y cardo. Ayudará a estimular su cuerpo para que despierte cuando esté lista. Estaba muy débil cuando llegó a nosotros. No es de extrañar que necesite más descanso para sanar. —Sus palabras proporcionaron un pequeño consuelo. Lo único que podía hacerse era observar y esperar. La herida de Trean se había curado y parecía estar sanando bien. Duncan apenas detectaba signos de su anterior cojera. Los dos mantuvieron una vigilia silenciosa sobre Anna. Lenta agonía mientras el sol salía, atravesaba el cielo y volvía a ponerse. Trajeron comida, pero Duncan podría haber estado comiendo arena por lo que sabía. La mañana del quinto día trajo un cambio.

—Agua.

Era apenas un susurro, pero lo sacó de su letargo. Trean gimió y puso las patas sobre la cama. Levantándose de su silla, Duncan miró a Anna a los ojos, aliviado por fin de ver vida tras ellos. Llenó un vaso de agua y se lo acercó suavemente a los labios. Ella bebió unos sorbos y volvió a dormirse. Era suficiente. La esperanza creció en su pecho.

La noticia de sus progresos se extendió por todo el castillo. Mairi y Nessa se turnaban para estar con ella. Su abuelo se sentaba a su lado cada día durante una hora más o menos, creando un silencio incómodo entre él y Duncan. Se había corrido la voz de por qué estaba sola en el lago. Aunque nunca dijo nada, Duncan sabía que Elliot estaba furioso. Una parte de él deseaba que Elliot le diera una paliza, aunque sólo fuera para mitigar su culpa. El día que enfermó de fiebre, Moray Elliot hizo su visita vespertina diaria.

—Cuando me casé por primera vez con la abuela de Anna, que en paz descanse, yo era un joven testarudo y necio, y lord, por lo que creía que siempre sabía más. Morna tenía una forma de ver dentro de la gente que era astuta e inexplicable. Me dijo que un primo, que era como un hermano para mí, tramaba mi muerte, con la esperanza de usurpar el trono. Al principio, me sorprendió oír algo así. Cuando le pedí pruebas, me dijo que no tenía nada, que sólo lo intuía. Me enfurecí y la acusé de crear discordia. Le dije cosas terribles con rabia—. Sirvió vino en dos copas y le dio una a Duncan.

Duncan se removió en su asiento, incapaz de ocultar su sorpresa.

—Ella ignoró las palabras de odio e intentó razonar conmigo, pero yo no quise. Le dije que se equivocaba y que no volviera a hablar de ello. —El dolor de recordar estaba grabado en su rostro.

—¿Qué sucedió?

—Mi hermano oyó a nuestro primo haciendo planes para tenderme una emboscada con hombres a los que pagó para que lo hicieran. De esta manera, mi sangre estaría en sus manos. Él no sería sospechoso. Acudimos al consejo de ancianos, que incluía a mi tío, con la historia. Sugirieron que dejáramos que el plan se llevara a cabo, insistiendo en el último minuto en que mi primo me acompañara. Nuestros hombres los rodearon en el lugar de la emboscada, deteniendo el ataque. Mi tío se enfrentó a su hijo. Él lo negó, pero no hizo falta mucha persuasión para soltar las lenguas de sus matones a sueldo. Fue ahorcado por su traición. Fue una mancha oscura en nuestro clan durante muchos años.

—Morna y yo vivimos como extraños durante tres meses, desde que me lo contó hasta que descubrí la verdad. Sabía que había dañado gravemente a la única persona que me quería por encima de todos los demás, a la única a la que realmente podía confiar mi vida. —Elliot bebió un trago largo, como para quitarse la amargura del recuerdo.

—¿Cómo conseguisteis que os perdonara?

—Hice exactamente lo que vosotros haréis cuando Anna despierte. Suplicarle perdón. Convencerla de que no volverá a suceder. Dile que es lo más importante de vuestra vida y que no podéis vivir sin ella. Si no lo hacéis, os daré una paliza de muerte y me la llevaré a casa cuando esté bien para viajar. No seréis bienvenidos en la tierra de Elliot, y pasará un frío día en el infierno antes de que os acerquéis lo suficiente como para hacerle daño de nuevo. Puedo protegerla de la maldad de hombres como el conde. Estará a salvo entre los suyos. —Elliot mantuvo una dura expresión frente a Duncan.

—¿Y si ella no recapacita? No merezco su perdón. —La fuerza de la emoción tras sus palabras sobresaltó a Duncan, pero no más de lo que merecía.

—No, yo tampoco lo merecía, pero os perdonará si se convence de que la amáis y juráis no volver a cometer semejante estupidez. Las mujeres tienen más capacidad de perdón que los hombres, especialmente, con sus seres más queridos. Nos burlamos de los sentimientos más suaves de las mujeres hasta que es lo que más necesitamos. Tragad vuestro orgullo, hijo. Conquistadla de nuevo.

—¿Orgullo? —Duncan extendió sus manos—. No siento orgullo. La observo todos los días y vivo sabiendo que fui yo quien le hizo daño. —Duncan enterró la cabeza entre las manos, avergonzado por las lágrimas que amenazaban con caer.

— Sí, tenéis razón. Lo haréis bien. Pronto habrá una boda. —Elliot le puso la mano en el hombro.

* * *

A primera hora de la noche, Anna abrió los ojos. Miró alrededor de la habitación, tratando de entender por qué se sentía como si se hubiera peleado con Duff y hubiera perdido. No sentía ninguna parte del cuerpo sin magullar. Le dolía sobre todo la cabeza. ¡MacNairn! Era prisionera de aquella bestia inmunda. No, no podía ser. Estaba en una habitación que le resultaba familiar, la habitación de Duncan. Parpadeó varias veces, tratando de reconectar todos sus recuerdos. Los hilos de la memoria volvieron a unirse. El secuestro, las intenciones de MacNairn, su huida. Después de eso, los detalles se volvieron un poco confusos. Al volver la cabeza, vio a Lady

MacGregor en una silla junto a la cama, trabajando en un bordado.

—¡Gracias a los santos que estáis despierta! ¿Qué os pongo? —Mairi se dio cuenta de que estaba despierta.

—Necesito usar el retrete —susurró Anna, tragando con dificultad en un esfuerzo por hablar. Débil como un cordero recién nacido, se apoyó pesadamente en la mujer mayor mientras entraban en el retrete. El mero hecho de volver a la cama la agotó.

—Iré a buscar a Duncan y Fiona. —Mairi se apresuró a cruzar la puerta.

—Esperad —gritó Anna débilmente, pero Mairi ya se había ido.

Duncan entró unos instantes después, con una expresión demacrada pero esperanzada.

—Duncan, ¿qué os ha pasado? —Anna se quedó perpleja ante su aspecto, parecía estar tan mal como ella se sentía.

—Estoy bien, amor mío. Vosotros sois quien habéis tenido preocupados a todos. —Le devolvió la sonrisa.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —La había llamado «amor». La esperanza surgió en su pecho, pero se advirtió a sí misma que no le diera demasiada importancia.

—¿Qué es lo último que recordáis?

—Recuerdo haber escapado de ese hombre malvado, pero todo lo posterior es confuso.

Duncan describió los sucesos ocurridos después de que ella tropezara en el campamento, incluyendo sus tres días de fiebre, junto con los dos anteriores. Ella absorbió su historia, recordando más de su tiempo con MacNairn. Fue entonces cuando sintió un frío familiar en su mano.

—¡Trean!

—Sí, rara vez se ha ido de vuestro lado desde que regresamos.

—Lo creí muerto. Lo vi abatido por uno de los hombres de MacNairn en el lago.

—Tiene un pequeño rasguño en el hombro, casi cicatrizado. Lo encontramos siguiendo el rastro de los hombres que os llevaron. Es un muchacho valiente. Aparte de ser un poco asustadizo con la gente, parece tan dócil como un lobo puede ser. Y ciertamente devoto a vosotros.

Anna acarició el hocico del lobo mientras éste le lamía la otra mano.

—Aún no me habéis explicado qué os ha pasado. —Observó el aspecto demacrado de Duncan y las ojeras amoratadas.

—No se ha separado de vosotros en los últimos cinco días —respondió Fiona al entrar en la habitación—. Tuvimos que amenazarle para que comiera lo poco que comía, y no ha descansado ni una noche entera por preocuparse y velar por vosotros.

Anna no sabía cómo responder a esta noticia, pero la esperanza que sentía antes se multiplicó por diez.

—Le diré a Cook que prepare un caldo y que remoje algo de pan en él. Isla se encargará de enviar un baño después. ¿Necesitáis algo más? —preguntó Fiona.

Anna negó con la cabeza. Lo único que necesitaba, sólo Duncan podía dárselo.

Fiona salió corriendo de la habitación. Duncan se sentó en la silla junto a la cama. Cogió su mano y, llevándosela a los labios, besó cada dedo.

—Anna, os ruego que me perdonéis. No puedo perderos. Sois mi vida. Mis palabras de aquel día… supe que estaban equivocadas en cuanto salieron de mi boca.

Anna vio lágrimas en sus ojos. Aunque lamentaba su dolor, su corazón se estremeció al saber que él aún la amaba.

—Duncan, no fue culpa vuestra. Fui yo quien se marchó.

—No penséis en absolverme de esto. Os avergoncé delante de los hombres y de los demás. Os alejé con mis celos y mi ira sin sentido. Por mis acciones, casi morís. Se supone que soy yo quien debe honraros y protegeros. —Apretó la mandíbula y su expresión se endureció. La amargura llenaba su voz.

—Duncan, yo no soy Callum. No fue vuestra culpa entonces, y no lo es ahora. Pronto estaré bien, y un hombre malvado está muerto. Debería haber podido cabalgar hasta el lago en paz para aclarar mis ideas mientras vos aclarabais las vuestras. No es culpa vuestra que un enemigo se aprovechara de mi soledad.

—¿Significa esto que me perdonáis? —Se inclinó sobre la cama y la besó en la frente.

—Sí, os perdono. Os amo. Vais a ser mi esposo, ¿verdad? —La mirada torturada de sus ojos era más de lo que ella podía soportar. Habría dicho o hecho cualquier cosa para quitársela.

—Sí, seré vuestro marido si aún queréis tenerme. —La abrazó, enterrando su cara en su cabello.

—Duncan, mi amor por vos no cambia simplemente por unas pocas palabras duras dichas con ira. —Anna asintió.

—Anna, los últimos nueve días han curado mis celos. Si las palabras son importantes, tenéis mi juramento de que nunca volveré a comportarme así con vosotras, ni os hablaré jamás con ira en público. No soy tan tonto como para creer que nunca nos pelearemos. Sin embargo, guardaré esas palabras para cuando estemos solos. El miedo, la culpa y la humillación que he vivido han conspirado para azotar mi alma.

—No lo entiendo. ¿Humillación? —Su confesión y su promesa la tranquilizaron, pero la confundieron un poco.

—Los hombres sabían exactamente lo que había pasado. Aunque no dijeron ni una palabra, la ira que me dirigieron durante días fue inconfundible. Temería por mi vida si nos abandonarais. Esos mismos hombres se ofrecieron sin dudarlo para rescataros. —Duncan esbozó una tétrica mueca.

Anna consideró sus palabras. Aunque profundamente conmovida por su lealtad, Anna no deseaba que fuera a expensas de Duncan. Sin saber qué responder, buscó sus labios. El beso nació de la desesperación y el hambre por lo que casi habían perdido. Finalmente, le dio suaves besos por toda la cara y el cuello, hasta que Anna no pudo evitar sonreír. Al abrir los ojos, la mirada de su amado le decía que no volverían a separarse, nunca más.

EPÍLOGO

Antes de que amaneciese, en el día de su boda, los mozos de servicio le subieron un baño con aceites perfumados perfumando el agua. Isla la frotó sin piedad y le aplicó una mezcla especial en el cabello, creando una masa de ondas negras y brillantes. Envuelta en una cálida bata, Anna se sentó mientras Nessa y Mairi le arreglaban el cabello.

Entretejieron flores y finas tiras de tela dorada en los rizos de su cabeza, dejando que los mechones le rodearan la cara y los hombros. Cuando por fin terminaron con su cabello, le colocaron cuidadosamente una fina camisa de seda sobre la cabeza. Anna acarició la tela con asombro.

—Mairi, ¿de dónde habéis sacado esto? Es muy bonito, pero es como no llevar nada.

—Nunca os agradecí debidamente vuestro regalo especial. Kenneth estaba demasiado avergonzado para agradecéroslo, aunque lo ha disfrutado tanto como yo. Era justo devolveros el favor. —La futura suegra de Anna le dedicó una sonrisa cómplice y se inclinó para susurrarle.

Las mejillas de Anna se encendieron y su nerviosismo aumentó en espiral hasta que le costó respirar. Mairi le sirvió una copa de vino.

—Recuerdo el día de mi boda. Yo también estaba muy nerviosa. El único consejo que puedo ofreceros es que penséis en el amor que compartís con Duncan. Recuerda los planes que habéis hecho juntos. Desterrarán vuestros miedos. —Mairi le guiñó un ojo a Anna—. Respirar hondo y beber un trago largo también ayuda.

Anna consideró las palabras de Mairi mientras bebía. Tal vez sería aconsejable un poco más de vino para tranquilizarse. Pero no demasiado. No quería perder la razón cuando llegara el momento de pronunciar sus votos. Tuvo tiempo de beber otra copa antes de que las damas terminaran de arreglarla y peinarla. Con una sonrisa radiante, Nessa la cogió de la mano y la llevó ante el espejo colocado en la pared. Allí, una mujer que Anna nunca había visto antes, la miraba fijamente.

Pequeñas flores blancas, entrelazadas con cintas doradas, contrastaban con sus oscuros cabellos. Su tez cremosa tenía un toque rosado, probablemente debido al vino. Sus ojos verdes brillaban, abiertos de par en par por la expectación, y los labios rosados de su boca formaban un elegante arco. El vestido de terciopelo verde con ribetes dorados realzaba sus rasgos y atraía las miradas hacia su modesto escote. Más alta que la joven que estaba a su lado, la belleza de cabello oscuro del espejo tenía un aire de nobleza y gracia. Anna siguió mirando a la desconocida, hipnotizada por su reflejo.

—Soy… hermosa —dijo con incredulidad.

—Siempre lo habéis sido, querida. Sólo le hemos dado un poco de lustre —respondió Mairi.

—¿Creéis que a Duncan le gustará? Nunca me ha visto así. —La incertidumbre apareció en la voz de Anna.

—Predigo que mi hijo no podrá apartar los ojos de vosotros.

—Es más, me atrevo a asegurar que todos los hombres que os vean experimentarán lo mismo —añadió Nessa, con una sonrisa pícara en su rostro.

A Anna no le importaba el resto. Sólo deseaba complacer a Duncan.

Un golpe en la puerta indicó que era hora de partir hacia la iglesia. Anna bajó las escaleras flotando, sin apenas tocar la piedra con los pies. Al llegar al último escalón, su abuelo la esperaba con una sonrisa trémula en el rostro.

—Perdonad a un viejo tonto. Veros bajar las escaleras me recuerda el día en que entregué a mi Rossalyn en matrimonio a vuestro padre.

—Creo que mamá y padre estarían contentos hoy, ¿no os parece? —Anna aceptó su brazo con una sonrisa en la cara, sujetándolo firmemente.

—Sí, lo estarían. Muy felices. Es un buen hombre con el que os casáis. Puedo ir con mi creador sabiendo que seréis amada y bien cuidada. Sin embargo, antes de partir, me gustaría tener algunos bisnietos.

—Hablaré con mi marido. Veremos qué podemos hacer. —Anna se rio de su petición.

Al salir del vestíbulo, Anna se quedó boquiabierta, sorprendida por la multitud de gente reunida en el patio. Estaban a ambos lados del camino adornado con flores que conducía a la iglesia, con las puertas abiertas de par en par. Desde su posición, la pequeña capilla parecía estar abarrotada de gente. Mirando a través de las puertas, sus ojos sólo buscaron a uno. Lo encontró en la puerta con el sacerdote. Cuando se encontró con su mirada, toda preocupación desapareció y apenas notó que su abuelo colocaba su mano en la de Duncan.

Mientras se inclinaban ante el sacerdote, Anna trató de concentrarse en las palabras pronunciadas, repitiendo sus votos con voz clara y segura. Al entrar en la iglesia, se inclinaron ante el altar siguiendo las indicaciones del sacerdote. Cuando se levantaron, ella miró al hombre que sostenía su corazón. Le colocó en el dedo un sencillo anillo de oro con un nudo grabado en el metal. Duncan la abrazó y bajó la cabeza. Sin vacilar, Anna lo abrazó, ofreciéndole sus labios para que los poseyera. El beso fue tierno, pero demasiado corto para su gusto. Se recordó a sí misma que éste no sería más que uno de los miles de besos que compartirían de ahora en adelante. Su ahora flamante esposo le apretó la mano contra el pecho y la giró hacia la multitud que los aclamaba.

—¿Estáis lista para la fiesta, querida?

—¿Esta noche? —suspiró ella, desviando la mirada a un lado para ver si alguien más lo oía. El calor se encendió en sus mejillas.

—Ah, eso también. Pero me refería a la fiesta, los juegos y las exhibiciones. —Echó la cabeza hacia atrás con una carcajada. Inclinó la cabeza hacia ella—. ¿Competiréis?

—Sí, milord. Que comiencen los juegos. —Complacida de que tuviera en cuenta sus deseos, Anna le dirigió una mirada sensual.

FIN

Nota de DD al lector

La inspiración para Anna nació de dos cosas: mis 35 años de amor por las artes marciales y mi fascinación por las Cruzadas. En realidad, es un retrato de dos mujeres con las que solía entrenar. A excepción de su tiro con arco, el resto de habilidades las posee una combinación de estas dos damas. Intenté que el armamento y las habilidades se ajustaran a la época. En las artes marciales chinas, era habitual aprender el arte de curar al mismo tiempo que se aprendía a luchar, o antes, de ahí los conocimientos de Anna sobre acupuntura y otras hierbas curativas. La historia nos cuenta que la acupuntura se remonta a miles de años atrás.

El truco consistía en encontrar la forma de introducir las artes marciales y el armamento chinos, junto con las artes curativas, en la Inglaterra medieval, y la novena de las Cruzadas proporcionó el vehículo. Durante este periodo, la Ruta de la Seda, que era un medio para que muchas culturas y pueblos se mezclaran, estaba dominada por los mongoles, ya que ellos y los mamelucos musulmanes luchaban por la superioridad en la región. Cuando Edward (Longshanks), hijo de Henry III, vino a la cruzada después de llegar demasiado tarde para ayudar a Louis IX de Francia en la captura de Túnez, se dirigió hacia la Tierra Santa. Edward negoció una alianza con los mongoles para luchar contra los mamelucos en la región.

Aunque tuvo cierto éxito en lugares como Trípoli (actual Líbano y Siria) y Acre (norte de Israel), Edward se retiró debido a necesidades apremiantes en su país. La novena cruzada no fue una pérdida en sí misma, sino que la campaña perdió fuelle porque sus protagonistas fueron requeridos en otros lugares.

La historia de Escape a las Tierras Altas nos presenta a sir Everard Braxton, un caballero inglés que desempeñó un papel decisivo en la campaña de Trípoli y que, a su vez, fue recompensado con una pequeña baronía en las tierras fronterizas. Era común que los segundos hijos que no heredaban y otros caballeros se fueran de cruzada para tener la oportunidad de ganar tierras y riquezas en Tierra Santa, o comprar tierras para sí mismos con el botín de vuelta a casa. Algunos dirían que tal título y posesión no eran una gran recompensa, ya que las fronteras eran un lugar peligroso y tumultuoso, especialmente en esta época. Longshanks quería hombres leales y fuertes en la frontera.

Habiendo obtenido la victoria en Trípoli, no era descabellado que Braxton hubiera liberado prisioneros mamelucos. Zhang era guardaespaldas de un rico mercader que surcaba la Ruta de la Seda y que tuvo un mal final. Uniéndose a Braxton a cambio de su libertad, Zhang proporcionó los medios de transferencia cultural a las fronteras del norte de la Inglaterra medieval. Su tiempo de cautiverio habría cambiado su perspectiva del entrenamiento, de forma parecida a como los prisioneros de guerra estadounidenses en Vietnam cambiaron la forma en que se realiza el entrenamiento militar hoy en día. Anna y su hermano Edrick se beneficiaron de su experiencia.

Lord Braxton utilizó la diplomacia en lugar de la guerra para mantener la paz en su parte de la frontera casándose con la hija del lord escocés local. Aunque esto le convirtió en un pacificador de su territorio, creó una situación insalvable para su hija, que era despreciada por su sangre escocesa al sur de la frontera y por su herencia inglesa al norte. Esto supuso un conflicto suficiente para que Anna se convirtiera en alguien distinto a una noble inglesa mimada.

Esperamos que hayas disfrutado de la historia de Anna y de la rica historia que hay detrás.

Sobre las autoras

Cathy y DD MacRae empezaron como compañeras de crítica y trabajaron juntas para crear el libro que acabas de leer. Con la reacción enormemente favorable a Escape a las Tierras Altas, se asociaron de nuevo para crear la serie Fuertes Heoínas, que presenta heroínas atrevidas con intrigantes antecedentes que aportan un giro inesperado a los cuentos románticos de las Tierras Altas.

Cathy MacRae vive en el lado soleado de las montañas Arbuckle, donde ella y su marido leen, escriben y cuidan el jardín, con la ayuda de los perros, por supuesto.

DD MacRae disfruta dando vida a la historia y considera que la investigación es una de las mejores cosas a la hora de escribir una historia. Con más de 35 años de entrenamiento en artes marciales, DD también aporta una acción impresionante a los relatos.

Agradecimientos

Nos gustaría dar las gracias a nuestros compañeros de crítica y a todos aquellos que han contribuido a este libro: Vonda Sinclair, Dawn Marie Hamilton y Cate Park. ¡Sois las mejores!

Gracias y mucho aprecio a nuestra maravillosa editora, Simone Seguin, y a Dar Albert por las exclusivas portadas de esta serie.